



15
CCI



PAPINI
HOMBRE
FRACASADO



PQ4835

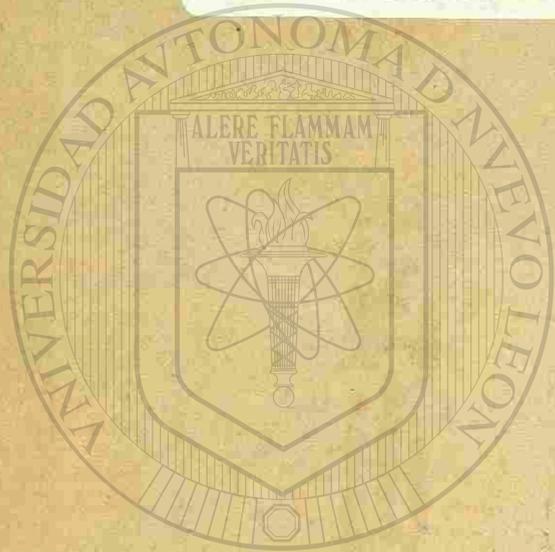
.A27

H68

R. C.



1020027131



UANL

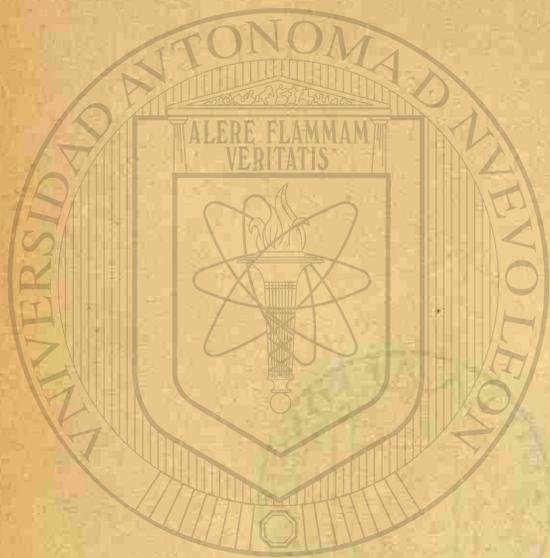


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANI

HOMBRE FRACASADO

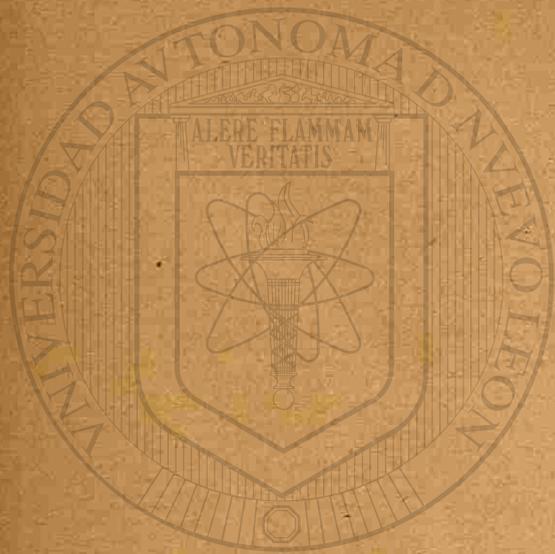
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

13

U A N P A P I N I



Un hombre fracasado

UNANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

099954



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EDITORIAL FERRAGUT

BARCELONA

31013

837 PQ 4835
A 27
H 68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

I

MEDIO RETRATO

Yo no he sido nunca niño. No he tenido infancia. Cálidos y rubios días de embriaguez pueril; largas serenidades de la inocencia; sorpresas de los cotidianos descubrimientos del universo, ¿qué son para mí? No los conozco o no los recuerdo. Los he sabido por los libros después; los adivino ahora en los chicos que veo; los he sentido y probado por primera vez en mí, pasados los veinte años, en algún instante feliz de armisticio o de abandono. Niñez es amor, leticia, despreocupación, y yo me veo en el pasado *siempre*, separado, meditabundo.

Desde chico me he sentido tremendamente solo y diferente, no sé por qué. ¿Acaso porque los míos eran pobres o porque yo no había nacido como los demás? No sé; únicamente recuerdo que una tía joven me puso el remoquete de *viejo* a los seis o siete años y que todos los parientes lo aceptaron. En efecto, estaba lo más del tiempo serio y cejijunto; hablaba poquísimo, incluso con los demás chicos; los cumplidos me aburrían; las caricias me daban rabia, y al desenfrenado tumulto de los compañeros de la mejor edad prefería

la soledad de los rincones más apartados de nuestra casa, pequeña, pobre y obscura. Era, en fin, lo que las señoras de sombrero llaman "un niño tímido", y las mujeres a pelo, "un hurón".

Tenían razón; debía ser y era tremendamente anti-pático a todos. Recuerdo que sentía perfectamente en mi derredor esta antipatía, la cual me hacía más tímido, más melancólico, más reconcentrado.

Cuando por casualidad me veía entre otros chicos, casi nunca tomaba parte en sus juegos. Me gustaba quedarme a un lado, mirándoles con mis ojos verdes y serios de juez y de enemigo. Y no por envidia; lo que dentro de mí sentía en aquellos momentos era más bien desprecio. Desde entonces empezó la guerra entre yo y los hombres. Yo les huía, y ellos no se preocupaban de mí; no los quería y me odiaban. En la calle, de paseo, ya me echaban, ya se reían de mí; en la escuela me tiraban pelotillas o me acusaban a los maestros; en el campo, incluso en la quinta del abuelo, los chicos de los campesinos me tiraban piedras, sin que le hubiese hecho nada a nadie, como si sintieran que era de otra raza. Los parientes me invitaban o me acariciaban cuando verdaderamente no podían por menos, para no demostrar ante los demás una parcialidad harto indecorosa; pero yo me daba perfecta cuenta de la ficción y me escondía o respondía a sus palabras malhumorado y hosco.

Un recuerdo se ha grabado más que ningún otro en mi corazón: húmedas veladas dominicales de noviembre o diciembre en casa del abuelo, con el vino cálido en medio de la mesa, en una sopera, bajo la gran lámpara de petróleo; con la fuente de castañas asadas al lado, y toda la familia — tíos y tías, primos y primas en cantidad — con las caras rojas, en derredor.

El patriarca, junto al fuego, blanco y vivaz, reía y bebía. Estallaban los leños, medio cubiertos ya de ce-

niza blanda; chocaban los vasos sobre las bandejas; murmuraban las tías beatas y sabidillas los sucedidos y los escándalos de la semana, y los chicos reían y chillaban entre el humo azulado de los cigarros paternos. A mí todo aquel jaleo de fiesta económica e idiota me daba dolor de corazón y de cabeza. Me sentía extranjero allí dentro, muy lejos de todos. Y apenas podía, tomaba a escondidas la puerta y con prudentes pasos, pegado a la pared húmeda, me sumía en el pasillo, largo y tenebroso, que llevaba a la entrada de la casa. Sentía allí latir con vehemencia mi pequeño corazón de solitario, como si fuese a hacer algo malo, a cometer una traición. En aquel corredor había una puerta vidriera que daba a un patinillo descubierta; la entreabría un poco y me ponía a escuchar el agua, que fluía cansada y de mala gana, resonando sobre las piedras y en las pilas, que fluía sin entusiasmo, sin fuerza, pero con la obstinación lenta y odiosa de algo que no terminará nunca. Escuchaba yo en la obscuridad, con el frío en el rostro y los ojos mojados, y si alguna gota del surtidor me saltaba de pronto, me sentía feliz, como si aquella salpicadura fuese a purificarme, a invitarme a otra parte, fuera de las casas y de los domingos. Pero una voz me reclamaba a la luz, al suplicio, a los comentarios. "¡Qué chico más mal educado!"

Sí, es verdad; yo no he sido niño. He sido un "viejo" y un "hurón"; pensativo y tímido. Desde entonces, lo mejor de mi vida estaba dentro de mí. Desde aquel tiempo, amputado del afecto y del contento, me encerraba, me distendía en mí mismo, en fantaseo anhelante, en el rumiar solitario del mundo rebecho a través del yo. No les gustaba a los demás, y el odio me encerró en la soledad. La soledad me hizo más triste y disgustoso; la tristeza apretó el corazón y aguzó el cerebro. La diferencia me separó incluso de

los cercanos, y la separación me hizo cada vez más diferente. Y desde aquel principio de vida empecé a gustar la viril dulzura de esa infinita e indefinida melancolía que no quiere desahogos y consuelos, sino que se consume en sí misma, sin objeto, creando poco a poco ese hábito de la vida interior y solitaria que nos aleja para siempre de los hombres.

No; yo no he conocido nunca la infancia, No recuerdo en absoluto haber sido niño. Me veo siempre selvático y absorto, apartado y silencioso, sin una sonrisa, sin un estallido de franca alegría. Me veo pálido y atónico, como en el primer retrato.

La fotografía está rota por la mitad, por debajo del corazón. Es pequeña, sucia y borrosa: los bordes de la cartulina están negros, como las orlas de los muertos. Un rostro palidecido de niño abstraído mira hacia la izquierda, y se comprende que allí, a la izquierda, frente a él, nadie le mira.

Los ojos están tristes, un poco hundidos — ¿no han salido bien? —; la boca está cerrada a la fuerza, con los labios un tanto apretados para que no se vean los dientes. Única hermosura: los rizos mórbidos, largos, ensortijados, que caen sobre el cuello de la marinera.

Mamá dice que soy yo a los siete años. Puede ser. Este retrato es la única prueba que tengo de mi infancia. Pero ¿es que os parece el tal un retrato de niño? ¿Ese pequeño espectro desvaído que no me mira, que no quiere mirar a nadie?

Se ve que no están hechos aquellos ojos para teñirse del celeste del cielo; son cenicientos, nebulosos de suyo. Aquellas mejillas se adivina que son blancas, que son pálidas y que serán siempre blancas y siempre pálidas; se pondrán rojas únicamente de cansancio o de vergüenza. Y aquellos labios tan cerrados, voluntariamente cerrados, no están hechos para abrirse a la risa, a la palabra, a la oración, al grito,

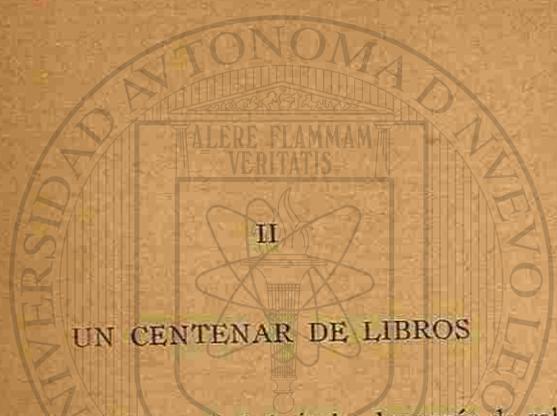
Son los cerrados labios de quien padecerá sin la fastidiosa debilidad de los lamentos. Son labios que serán besados harto tarde.

En ese medio retrato desvaído, encuentro de nuevo el espíritu muerto de aquellos días: el rostro delicado del "tímido", la hosquedad del "hurón", el tranquilo descorazonamiento del "viejo". Y se me encoge el corazón al pensar en todos aquellos días desvanecidos, en aquellos años infinitos, en aquella vida ensimismada, en aquella tristeza sin motivo, en aquella nostalgia imborrable de otros cielos y otros camaradas.

No, no; ese no es el retrato de un niño. Os repito que no he tenido infancia.

gundo libro de la escuela—pobre, humilde y estúpido libro de lectura, encuadernado en cartón amarillento, —donde un niño modelo, compungido y gordinflón, arrodillado en camisa sobre una camita de hierro, parecía recitar precisamente aquella oración rimada que abajo se leía. Y recuerdo con mayor nostalgia una especie de *Mil y una noche de la Naturaleza*, un librote con el canto verde todo deshilachado, de páginas anchas, arrugadas, rojizas de humedad, muchas veces rotas por la mitad o manchadas de tinta, pero que yo abría con la seguridad de ver aparecer ante mis ojos, siempre nueva, una ya conocida maravilla. Allí los pólipos gigantes, de redondos ojos crueles, surgían del mar, ansiando los grandes veleros del Pacífico; un joven alto, a pelo, arrodillado en la cima de un monte, producía sobre un oscuro cielo alemán su sombra colosal; por entre las altas y abruptas paredes de un valle español, estrecho y oscuro, pasaba un pequeño jinete, apenas iluminado por un rayo del alto cielo, todo atemorizado por aquel silencio de abismo; un enternecido demiurgo chino, tan sólo vestido de un trapo con un cingulo, con el escarpelo en una mano y en la otra un martillo, estaba terminando de hacer el mundo en medio del desorden de rígida selva de estalactitas que de la tierra surgían; un osado explorador, lleno de pieles, clavaba una gran bandera negra, agitada por el viento, en la punta extrema de un promontorio, frente al mar Polar, blanco, solitario y furioso... Y hojeando las rojizas páginas aparecíanseme de pronto entristecidos rostros de naturales de la Polinesia; islas madreporicas, yacentes en el mar como ligeros colchones; siniestros cometas amarillentos en el ilimitado terror del cielo negrísimo de tinta, y esqueletos de reptiles colosales...

Y recuerdo, entre los primeros libros que cayeron ante mis ojos, una fea deformación de las memorias



UN CENTENAR DE LIBROS

Me salvó de esta soledad sin luz la manía de saber. De que hube conquistado, renglón por renglón, el misterio del silabario—macizas letras negras, minúsculas, pero de tipo grueso; honestos grabados en madera; largas y friolentas veladas de invierno, bajo la luz de petróleo, con la pantalla toda pintada de florecillas naranja y azules, junto a mi madre, joven y sola, que cosía, inclinados los negros cabellos bajo sus reflejos—no tuve placer más grande ni más seguro consuelo que el leer. Los recuerdos más nítidos y sentimentales de aquella edad no son esos de la primera gorra de marinero, de terciopelo celeste, o de las naranjas chupadas al borde de un estanque verdimuerto, y tampoco los de los caballos encabritados en vano sobre una tabla ni el primer estremecimiento experimentado junto a una niña con la boca entreabierta por la respiración afanosa de la carrera. Recuerdo, por el contrario, con deseo infantil todavía, mi primero o se-

de Garibaldi, que yo leía y releía sin entenderlas, exaltándome instintivamente ante aquel olor a pólvora, aquel refulgir de espadones, aquellas rojas cabalgadas de bandidos y de vencedores. Nada concreto tenía en la cabeza ni nada sabía de Italia o de guerras; con todo, aplicábame a copiar el rostro barbudo del general, de la cubierta del volumen, y me parecía como si aun estuviese vivo y cerca.

Pero uno de los momentos más divinos de mi vida fué cuando tuve pleno derecho sobre la biblioteca de mi casa. La biblioteca de mi padre consistía en una rústica cesta de viruta y dentro de ella unos cien volúmenes, sobre poco más o menos. Aquella cesta estaba en un cuartito escondido al fondo de la casa, que daba sobre los tejados—verdadera Alhambra de mis fantasías,—donde había de todo: leños para quemar, trapos sucios, trampas para los ratones, jaulas de pájaros, un fusil de guardia nacional y una apollillada camisa roja, garibaldina, con la medalla del 60.

Allí me encerraba todos los días apenas estaba libre, y sacaba uno por uno, con estupor y circunspección, los libros olvidados. Volúmenes desencuadernados, disparejos, manchados, envilecidos por suciedad de moscas y de palomas; todos rotos y maltrechos, y, sin embargo, tan generosos para mí de sorpresas, de maravillas y de promesas. Leía aquí y allá; descifraba, no siempre comprendía; me cansaba; volvía a probar, agitado siempre de impaciente arrebató apenas me acercaba las primeras veces a aquellos mundos de la poesía, de la aventura y de la historia que de cuando en cuando una frase o una figura hacían fulgar un instante en mi cerebro virgen.

No solamente leía: fantaseaba, reflexionaba, reedificaba, intentaba adivinar. Para mí, aquellos libros todos eran sagrados y tomaba absolutamente en serio cuanto decían. No distinguía entre historia y leyenda.

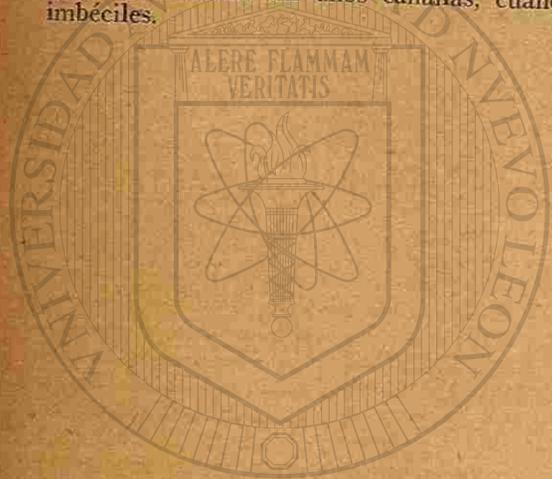
entre hecho y fantasía; los caracteres de imprenta eran a mis ojos testimonios infalibles de verdad.

Para mí, la realidad no era la de la escuela, de la calle, de la casa, sino más bien la de los libros—donde más me sentía vivir.—Algunas abrasadas tardes de verano veía a Garibaldi galopar, con la capa levantada por la brisa, entre los rebaños y los escopetazos de la pampa; en las mañanas tristes y lluviosas estaba con el conde Alfieri, que blasfemaba tras caballos y versos por todos los caminos de postas de Europa; y por la noche temblaba de odio patriótico y oratorio frenesí de gloria con los hombres ilustres de un Plutarco minuciosamente impreso en muchos tomitos vestidos de color suave.

En aquellos libros encontré también los primeros impulsos de reflexión. Había en el fondo de aquella maravillosa cesta hasta cinco o seis tomazos verdes (mesa revuelta de un copilador racionalista), donde se derrocaba a Dios y la sagrada Teología, y se hacía burla de los relatos de la Biblia y los sacerdotes del catolicismo. Entre las infinitas cosas de aquel cestón estaba el himno a Satanás, de Caducci, y desde entonces he tenido siempre más amor al Angel rebelde que al majestuoso viejo que está en los cielos. Después reconocé cuán grosera y poco segura era aquella apologética irreligiosa; pero a ella debo, asimismo, bien o mal, el ser un hombre para el cual *Dios no ha existido nunca*. Hijo de padre ateo, bautizado a escondidas, crecido sin sermones y sin misas, nunca he tenido eso que se llama "crisis de espíritu", "noches de Jouffroy" o "descubrimientos de la muerte de Dios". Para mí, Dios no ha muerto, porque nunca ha estado vivo en mi ánima.

Otro libro hizo un gran efecto sobre mi mente de entonces—y, por lo tanto, de siempre:—el *Elogio de la locura*, de Erasmo de Rotterdam. Había en casa

una edición italiana con las secas figuras grabadas por Holbein, y lo leí varias veces con gusto indescriptible. Debo tal vez a Erasmo mi pasión por los pensamientos nada comunes y el convencimiento profundo de que los hombres son unos canallas, cuando no unos imbéciles.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

UN MILLON DE LIBROS

Luego de unos años de lecturas furiosas y desordenadas me di cuenta de que los pocos libros que había en casa y los otros pocos que podía tener recurriendo a las escasas librerías de parientes y conocidos, o comprando alguno usado con los céntimos ahorrados del desayuno o con los cuartos robados a mi madre, no bastaban. Supe por un muchacho un poco mayor que yo que había grandes y riquísimas bibliotecas abiertas a todos, donde a ciertas horas se podía ir, pedir el libro que se quisiera y, lo que es más, sin gastar nada. Decidí ir en seguida. Pero había una dificultad: para entrar en aquellos paraísos era menester tener, por lo menos, diez y seis años. Yo tenía doce o trece, mas para mi edad estaba incluso demasiado alto. Una mañana de julio probé. Subí una gran escalera, que me pareció ancha y solemne, temblando. Luego de dos o tres minutos de incertidumbre y latir del corazón entré en la sala de pedidos, escribí mal que bien mi papeleta y la presenté con el aire turbado y sospechoso de quien se sabe en falta. El empleado—aun lo recuerdo, ¡maldito sea!, era un hombrecillo un tanto

panzudo, con ojos celestes de pez muerto y un pliegue maligno a uno y otro lado de la boca—me miró compasivo y, con odiosa y arrastrada voz, me preguntó:

—Perdone, ¿cuántos años tiene usted?

Se me enrojeció la cara, más de rabia que de vergüenza, y respondí, poniéndome tres años:

—Quince.

—No bastan. Lo siento. Lea el reglamento. Vuelva dentro de un año.

Sali de allí humillado, despechado, abatido y lleno de odio infantil contra aquel hombre horrible que me impedía a mí, pobre y hambriento de saber, el libre uso de un millón de libros, robándome así, cobardemente, en nombre de un número, un año entero de luz y contento. Había entrevisto al entrar una larga y vasta sala, con venerables sillones de alto respaldo cubiertos de paño verde, y todo alrededor libros, libros y libros, libros viejos, gordos y macizos, con las cubiertas de pergamino y de piel, con letras y frisos de oro. ¡Una maravilla! Y cada uno de aquellos libros encerraba lo que yo buscaba, ofrecía el alimento hecho para mí: historias de emperadores y poemas de batallas, vidas de hombres semidivinos, libros santos de pueblos muertos, y las ciencias de todas las cosas, los versos de todos los poetas, los sistemas de todos los filósofos. Aquellos miles de poemas en letras de oro eran para mí; a una orden mía los volúmenes que bajo el polvo esperaban, tras la tupida red de los estantes, habrían descendido hasta mí y los hubiera abierto, hojeado y devorado a placer.

No esperé un año para intentar la segunda prueba. También salió mal. Tuve que esperar a otro verano para vencer. Tenía poco más de trece años, tal vez trece y medio.

Junto con otro chico mayor que yo, que desde ha-

cía tiempo entraba allí sin dificultad, entré, por fin. Para no infundir sospechas y no pasar por niño en busca de pasatiempo, pedí un libro serio, un libro de ciencia—el de Canestrini sobre Darwin.

Esta vez estaba del otro lado de la pared de madera y cristal otro empleado—un tipo alto y seco, como pelado pajarraco, desgarrado de movimientos y que nunca permanecía quieto.—Tomó mi pedido sin mirarme, le hizo una señal con un lápiz azul y se lo pasó a un muchacho que cerca de él estaba sin decir palabra.

Esperé media hora roído por dentro de miedo a que el libro no estuviese o que no quisieran llevármelo. Cuando vino lo apreté bajo el brazo y entré, todo vergonzoso y de puntillas, en la gran sala de lectura. No había experimentado nunca tal sentimiento de reverencia—ni en la iglesia, de pequeño.—Como espantado de mi atrevimiento y de encontrarme allí dentro, después de tanto, en medio de aquel gigantesco relicario de la sabiduría de los siglos, fui a sentarme en el primer sillón libre que vi ante mí. Tales eran el desiallecimiento, el placer, el estupor y el sentimiento de haberme hecho de pronto más grande y más hombre, que durante una hora no conseguí entender nada del libro que delante tenía.

Todo allí dentro parecíame santo y majestuoso como el locutorio de una nación. Aquellos sillones sucios y desteñidos, forrados de tela cuyo verde descolorido acababa en amarillo o se escondía bajo la negra grasa, parecían a mis ojos colosales y fastuosos como tronos, y el vasto silencio pesábame en el alma más grave y solemnemente que el de una catedral.

Desde aquel día volví todos, siempre que el tediosísimo colegio me dejaba libre. Poco a poco me habitué a aquel silencio, a aquella habitación tan alta sobre mi cabeza enmarañada de adolescente descui-

dado; a aquella riqueza interminable de volúmenes antiguos y nuevos, de diccionarios, de revistas, de opúsculos, atlas, códices y manuscritos. Presto me hice como de casa, aprendí las caras de los repartidores, descubrí los secretos de las firmas, penetré en los catálogos, conocí los rostros de los fieles y de los apasionados que, como yo, iban todos los días puntuales e impacientes, como a un lugar de voluptuosidad.

Y me arrojé de cabeza a cuantas lecturas me sugerían mis pululantes curiosidades o los títulos de los libros que encontraba en los que iba leyendo, y emprendí entonces, sin experiencia, sin guía, sin propósito alguno, mas con todo el furor de la pasión, la vida magnífica y dura del omnisapiente.

IV

DEL TODO A LA NADA

¿Qué quería aprender? ¿Qué quería hacer? No lo sabía. Ni programas ni guías; ninguna idea precisa. De esta parte o de la otra, Este u Oeste, en profundidad o en altura. Únicamente saber, saber, saberlo todo. (He aquí la palabra de mi desastre: *todo*). Desde entonces he sido de esos para quienes lo poco o la mitad no cuentan. ¡O todo o nada! Lo he querido siempre todo — y que nada se escape o quede fuera; completo y totalidad,—nada más que desear después. Es decir, el fin, la inmovilidad, la *muerte*.

Entonces quería saberlo todo, y no sabiendo por dónde empezar mariposeaba a través del conocimiento con ayuda de manuales, diccionarios, enciclopedias. La enciclopedia era mi más alto sueño, el ideal más caro, el libro máximo y perfectísimo. Allí, a juzgar, al menos, por las promesas y las apariencias, estaba todo. Todo nombre de hombre, de ciudad, de animal, de planta, de río o de montaña, estaba allí registrado, puesto en su lugar, explicado, ilustrado.

A cada pregunta la enciclopedia respondía en seguida, sin que costara trabajo buscarlo. En mi retó-

dado; a aquella riqueza interminable de volúmenes antiguos y nuevos, de diccionarios, de revistas, de opúsculos, atlas, códices y manuscritos. Presto me hice como de casa, aprendí las caras de los repartidores, descubrí los secretos de las firmas, penetré en los catálogos, conocí los rostros de los fieles y de los apasionados que, como yo, iban todos los días puntuales e impacientes, como a un lugar de voluptuosidad.

Y me arrojé de cabeza a cuantas lecturas me sugerían mis pululantes curiosidades o los títulos de los libros que encontraba en los que iba leyendo, y emprendí entonces, sin experiencia, sin guía, sin propósito alguno, mas con todo el furor de la pasión, la vida magnífica y dura del omnisapiente.

IV

DEL TODO A LA NADA

¿Qué quería aprender? ¿Qué quería hacer? No lo sabía. Ni programas ni guías; ninguna idea precisa. De esta parte o de la otra, Este u Oeste, en profundidad o en altura. Unicamente saber, saber, saberlo todo. (He aquí la palabra de mi desastre: *todo*). Desde entonces he sido de esos para quienes lo poco o la mitad no cuentan. ¡O todo o nada! Lo he querido siempre todo — y que nada se escape o quede fuera; completo y totalidad,—nada más que desear después. Es decir, el fin, la inmovilidad, la *muerte*.

Entonces quería saberlo todo, y no sabiendo por dónde empezar mariposeaba a través del conocimiento con ayuda de manuales, diccionarios, enciclopedias. La enciclopedia era mi más alto sueño, el ideal más caro, el libro máximo y perfectísimo. Allí, a juzgar, al menos, por las promesas y las apariencias, estaba todo. Todo nombre de hombre, de ciudad, de animal, de planta, de río o de montaña, estaba allí registrado, puesto en su lugar, explicado, ilustrado.

A cada pregunta la enciclopedia respondía en seguida, sin que costara trabajo buscarlo. En mi retó-

jado cualquier juego y cualquier teatro, e incluso apuesto, una colección de fieras que en las ferias era lo que atraía mi corazón más que toda otra cosa.

Con todo, aquella empresa que me engrandecía, pobre chico ignorante, a mis propios ojos y a los de los repartidores de biblioteca, que me miraban con piedad mezclada de ironía y respeto, me aburrí o, por mejor decir, me espantó por la perfección que quería lograr. Llevaba ya trabajando un par de meses, mañana y tarde, al pie de los ventanales soleados, y por la noche bajo los arcos voltaicos de otra biblioteca o a la luz de una vela en mi cuarto, y con tantos escritos y copias no había conseguido pasar de las palabras que empezaban por Ad. Un larguísimo artículo sobre el furibundo Aquiles me cansó. Bordeaba la cuestión homérica; estaba en el umbral de la filología clásica; varias palabras griegas (que no entendía) me humillaron.

La razón corrió en ayuda del cansancio. Empezaba entonces a husmear un poco de filosofía, ¡quién sabe en qué pérfidos libros!, y comenzaba, mal que bien a reflexionar con más finura de lo que correspondía a mi edad. Vi, pues, que la verdadera sabiduría no podía consistir en una relación alfabética de noticias saqueadas aquí y allá de cualquier parte, en un amontonamiento de citas y de copias, ordenado mecánicamente, pero sin soplo de vida ni espíritu de pensamiento.

Abandoné la enciclopedia, pero no quería dar en el especialismo; mi donjuanismo cerebral tiraba de mí cuando iba a entregarme a un solo amor. Necesitaba yo lo ilimitado, lo grandioso, la totalidad de las cosas, la amplitud de los tiempos, la procesión de los siglos y de los volúmenes.

Me pareció que la historia convendría a mi caso.

Ideándola en grande, completa, historia de todas las cosas y de todas las actividades, entraba todo en ella,

menos las ciencias, que podría estudiar para mí aparte. Naturalmente, no ya historia breve y particular de una época o de un pueblo, sino historia universal de todos los tiempos y de todas las razas. De tal suerte, el sueño se reducía casi a la mitad, pero lo que quedaba era todavía para dar cuidado a un escritor de quince a diez y seis años.

Y héteme de nuevo a buscar, a estudiar, a copiar, a compilar.

Conocía ya y admiraba la historia universal de Cantú, que me había socorrido en varios de mis tropiezos eruditos; pero quería hacer una bastante más vasta, completa y segura que aquella. Y, además, Cantú era católico y atrimado a la cola. La mía sería la historia racionalista y revolucionaria, ya que en aquel tiempo era como mi padre: ateo y republicano.

Seguía siendo todavía la idea fija medioeval del espejo de toda cosa, pero ya más razonada y espiritual. Muchos, muchísimos, infinitos hechos—pero ligados por una vida que crece, sube y se desenvuelve—dispuestos y coagulados por un pensamiento que asciende de la más ciega voluntad de vivir a la heroica inutilidad del pensamiento por el pensamiento.

Para comenzar me embosqué en la cronología egipcia y refundí un compendio de la historia de Egipto hasta los alejandrinos. Iba ya a pasar a los chinos cuando me acometió el pensamiento de que mi historia no tenía cabeza. Para escribir una historia que fuese verdaderamente universal había que empezar por la creación del mundo, y no por los primeros recuerdos escritos. Lo poco que sabía de astronomía y de geología me había dado una idea de antigüedades maravillosas y de perpetuas destrucciones y nacimientos de mundos. No podía pensar, como Cantú, en considerar parejos los siete días de los hebreos y el *fiat* y el paraíso terrestre. Era menester contar el principio

del universo, no ya según Moisés, sino según la ciencia. La ciencia, para mí, personificábase entonces en Camilo Flammarión y en Carlos Darwin. El primero me conducía a Laplace y el segundo a Lyell. Y hé teme improvisado astrónomo, geólogo y antropólogo, para reescribir a usanza moderna la formación de la Tierra. Más de una noche fijé mis pobres ojos, ya miopes, en el fondo del cielo para descubrir una de aquellas nebulosas imanes-matrices de estrellas y planetas, de que hablaban con cifras y figuras los cosmólogos nuevos.

Pero cuando hebe escrito de nuevo, con tal cual lírica inexactitud, la llameante epopeya del sistema solar y la paciente historia de las cortezas de la tierra, pensé que aun no lo había hecho todo. Había dicho cómo se formara el mundo, pero no lo que los hombres habían fantaseado sobre el principio de las cosas.

Pero en mi historia debía estar todo, y pasé entonces de las ciencias a las cosmogonías. Este escrúpulo de historiador (no ya historia de los hechos sólitos, sino también de las creencias sobre los hechos) tuvo gran influencia en mis estudios.

Mi curiosidad se bifurcó: caí, de una parte, en la literatura comparada, y de otra, en la religión. En la religión antes que nada. No hubo teogonía o mito cósmico que yo no buscara, resumiese o copiara para dar con el principio de mi historia.

En ninguna me detuve, sin embargo, como en la de los judíos. Tomé en casa una de aquellas Biblias negras que hace treinta años vendían los protestantes ingleses en Italia por media lira (y que ninguno quería); releí allí todo el Génesis. Pero no bastaba. Busqué en la biblioteca los comentarios más alabados, las disquisiciones eruditas más autorizadas sobre la obra de los siete días, y concordistas católicos y herejes en confusión. Leía y hojeaba libeluchos ingeniosos del

diez y ocho y apologías estucadas a la moderna, para dar satisfacción a los seminaristas menos eretinos; ensayos franceses, claros y espumosos como el champaña, y blandos panecillos filosóficos y exegeticos, a la alemana; artículos de vocabularios y glosas largas y variolingües de biblias políglotas, sin saber discernir lo seguro de lo sofisticado y lo comprobado de lo supuesto. Revolví asimismo en los tomos verdes que había encontrado en la cesta-librería, y perdí poco a poco el recuerdo de la primera razón de mis investigaciones, para perderme en el laberinto de las cuestiones bíblicas.

Me empeñé, por ejemplo, en la tentativa concordatoria; tuve la paciencia de leer el librote de un tal Pianciani, y luego el colosal *Hexameron*, de Stoppani, y otros varios ejercicios biológicos y escolásticos de jesuitas darwinistas o poco menos. Y se me ocurrió entonces una idea: todos los comentarios de la *Biblia* que se conocen están hechos por curas, por obispos, teólogos, creyentes—por devotos, aunque sean luteranos o cuáqueros.—Falta, por el contrario—es decir, creía yo que faltaba;—un comentario de la *Biblia* hecho por un racionalista, por un hombre positivo, por un incrédulo desinteresado, espíritu libre, que siguiera versículo por versículo todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, y pusiera ante los ojos de todos, sin eufemismos, los errores, las contradicciones, las mentiras, las ridiculeces, las pruebas de ferocidad, de doblez, de estupidez, de esas páginas que dicen inspiradas por Dios. Un comentario semejante, pensaba yo, haría más daño a la fe que no las furias ateas y las aburridísimas controversias, que son las más de la antiteología moderna.

“Este comentario no existe; lo haré yo”.

Ahora ya las grandes empresas no hacían latir mi corazón, y esto, respecto a la enciclopedia suma, era

un trabajillo de nada, que podía acabar cómodamente, pensaba yo, en un par de años.

Empecé seriamente; cogí una gramática hebrea, y al cabo de pocos días escribía ya los gruesos y retorcidos caracteres semíticos y era capaz de copiar los versículos del Pentateuco del original. Recogí un material que a mí me parecía grandísimo y amontoné por mañana y tarde cosas nuevas, hasta que un día me parecieron bastantes. Estaba harto y casi con náuseas de tan enfadosa erudición; sentía que de no conseguir darle una forma, cualquiera que fuese, abandonarlo todo en aquel punto, y para siempre.

Entonces copié el primer versículo del *Génesis* (en hebreo) y empecé con el comentario: "En el primer día Dios creó el cielo y la tierra". Me encontraba de pronto en medio de las mayores dificultades. Hay en este versículo dos palabras que han dado bastante que hacer a los exégetas, y que los cristianos han traducido a su modo, como convenía a la teología fijada en los concilios y en los padres. ¿En el texto dice *Dios o dioses?* ¿*Creó o formó?*

Es decir: los primeros judíos ¿eran monoteístas o politeístas? ¿Creían en la creación de la nada o se imaginaban a Dios como un demiurgo escultor que diese forma a una materia increada e independiente de él? Problemas infinitos, como se ve: históricos, lingüísticos y filosóficos juntamente. Pero no me asusté, y empecé a escribir.

Escribe que te escribirás, no conseguía adelantar un punto; se amontonaban los argumentos, las defensas y contradefensas; seguían una tras otra las citas en tres, en cuatro lenguas; se abrían y extendían los paréntesis filosóficos y las disquisiciones teológicas. Mi poquísimo hebreo se perdía en esta terrible confusión, tenía que fiar en los demás, y los úni-

cos dignos de fe eran para mí los que le quitaban la razón a los curas y se la daban a la Razón.

Inclinábame, por lo tanto, a creer que se debía traducir "los dioses formaron"; pero lo difícil estaba en persuadir a los demás, y persuadirlos de modo que nadie pudiera rebelarse o dudar de lo contrario.

Y escribe que te escribirás, no conseguía acabar con aquel malditísimo versículo, que quedará impreso en mi memoria mientras tenga vida. Cuanto más escribía más se enredaban las ideas, se mezclaban y superponían ataques polémicos, disertaciones etimológicas e inducciones dialécticas en sabática danza erudita, cuyo ritmo y cuyo motivo ni yo mismo conseguía encontrar ya. Al cabo, como y cuando el espíritu quiso, las apunté; había escrito más de doscientas apretadas páginas. La emprendí con el segundo versículo: "Y la tierra era una cosa desierta y vacua; y eran las tinieblas sobre el haz del abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre el haz de las aguas". Aquí las traiciones y los falsos teólogos eran menores, pero las dificultades, casi igualmente grandes; tenía que explicar las tinieblas y el abismo y distinguir el concepto de espíritu de Dios de la idea de Dios (primera semilla de la trinidad alejandrina), y la alusión a las aguas me llevaba hacia Grecia, hacia los primeros pensamientos de Grecia: Hesiodo con su *Teogonía* y el mundo que surge del océano, y el sabio Tales de Mileto, que vió en la humedad el principio de todas las cosas. Chapoteaba en la erudición; me arriesgaba incluso a las citas griegas (¡qué emoción al copiar uno por uno con mano poco segura los divinos caracteres de Platón!) y vagaba por entre aquella maraña de citas, glosas, alucinaciones y disertaciones, como Adán en el jardín zoológico y botánico del Edén.

A fuerza de escribir llegué al tercer versículo: "Y Dios dijo: hágase la luz. Y la luz fue". Palabras que

sorprendieron incluso al retórico Longino, no obstante fuese pagano, pero que a mí, reciente discípulo de Bayle, de Voltaire y del autor de las *Veladas filosóficas y semiserias*, no me inspiraron respeto. Risa más bien; ¡cuántas muñecas a espaldas de Dios, que creaba la luz antes de haber creado el sol!

No llegué al cuarto—estaba ya cansado y aburrido.—Si para tres versículos habían sido menester todas aquellas páginas, todos aquellos apuntes, todas aquellas erudicionerías, ¿qué no sería para hacer toda la *Biblia* y comentar debidamente millares y millares de versículos?

Mejor era volver al sistema antiguo: resumir y atacar. Desarrollé el plan de una gran obra contra la fe; escribí varios fragmentos de ella; estaba, me acuerdo, en lengua toscanizante, en tono más bien punzante, y se daba un aire al *Asino* de Guerrazzi, leído por mí con gusto indecible en aquellos tiempos.

Pero tampoco esta suma del racionalismo siguió adelante; y fué especialmente entorpecida por otras investigaciones que había emprendido por aquel mismo tiempo, y que derivaban, como éstas, sobre la *Biblia*, de aquel famoso primer capítulo de la historia universal que nunca había escrito. Por las cosmografías que se encuentran en los libros sagrados y en los mitos populares, había entrado en deseos de pasar a sus formas poéticas en las edades cultas, y como nunca hacía las cosas a medias, había sondeado, a fuerza de diccionarios y de historias, todas las literaturas del mundo para recoger y encontrar los poemas que tenían por argumento la creación del mundo. Encontré muchos; los leí y copié; medité—como de costumbre—escribir un libro, y poco a poco, como suele suceder, me enamoré de ciertos poetas; leí otras obras de ellos, pasé a sus próximos, me saltaron a los ojos la mayor parte de los escritores de su literatura y acabé por convertirme en maníaco de literaturas orientales

y occidentales, como habíalo sido poco antes de historia universal o de crítica bíblica.

Hacer la historia de todo el mundo y de todos los sucesos humanos—pensé—es demasiado, especialmente para un novicio como yo; pero una historia universal de la literatura podré hacerla, no como las han hecho hasta aquí, no por naciones ni por siglos, sino por *argumentos*.

Quería una historia literaria mundial comparada, no sólo bibliográfica, sino ordenada según las materias y los argumentos. Gran rebusca, pues, de temas, de índices y de títulos; infinitos apuntes sobre leyendas y motivos poéticos y cajones atestados de papeletas bibliográficas. Me había restringido mucho, pero mi manía de lo universal estaba bastante satisfecha. Con todo, luego de unos cuantos meses de exploraciones afanosas y desordenadas, tuve que persuadirme que también esta empresa era harto difícil para ser llevada a buen término. Hubiera tenido, para hacerlo bien, que estudiar quién sabe cuántas lenguas y leer sin levantar los ojos años y más años. Una historia como la que yo soñaba no se podía hacer a fuerza de títulos; era preciso conocer todo lo importante, página por página, y releer más de una vez para descubrir las fuentes y establecer las comparaciones.

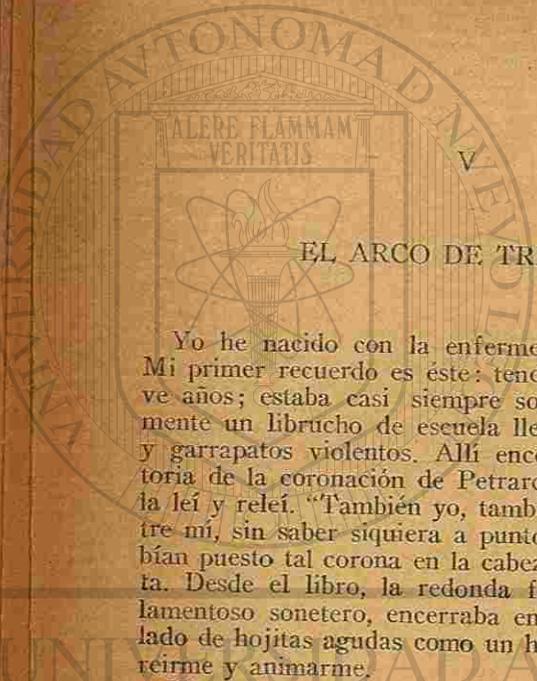
Me vi forzado a otra renuncia (quinto o sexto fracasó), y me decidí a estudiar únicamente las literaturas más próximas a la mía, las literaturas neolatinas. Pero estudiarlas a fondo con idea de escribir su historia pasada y con el propósito de enseñarlas en el porvenir. Y héteme convertido en encarnizado romanista: lector de revistas filológicas, descifrador de manuscritos, oyente de cursos especiales y gran frecuentador de manuales y bibliografías. En aquel tiempo estudié con bastante método las literaturas francesa e italiana de los orígenes; pero la que más me atrajo fué la me-

nos conocida, la menos estimada: la española. Ya, tiempo atrás, había estudiado el hermoso castellano en una gramática de quince céntimos y había traducido alguna escena del *Mágico prodigioso*, de Calderón; pero entonces tomé de guía los libros de Amador de los Ríos y de Ticknor; cogí los textos primitivos, de fuero de Avila a los más antiguos romances; fantaseé en torno al *Mysterio de los Reyes Magos*; me enamoré del *Poema del Cid*; me hice especialista en fray Gonzalo de Berceo y me penetré de la sabrosa argucia del arcipreste de Hita. No me paré aquí: vi y leí en parte todos los tomazos de la biblioteca Rivadeneira; hojeé manuscritos catalanes, castellanos y portugueses; aprendí casi a fondo el español antiguo; medité ediciones críticas; copié, al no poder procurarme los libros, obras enteras, y finalmente—eterna conclusión y nueva derrota,—decidí dejar a un lado la historia comparada de las literaturas romances para hacer un perfecto manual de historia de la literatura española.

También de éste escribí los primeros capítulos; me remonté a los iberos, a los romanos; seguí las vicisitudes de los godos, la invasión de los árabes, el surgir del nuevo vulgar, y pude llegar hasta los primeros documentos. Pero la narración se interrumpió en plena crítica del *Poema del Cid*. Habían sobrevenido otros pensamientos y otros estudios que tenían poco que ver con la erudición. La literatura española fué mi última aventura de compilador y de docto. Deplorable aventura—último momento de un descenso que entonces no advertí yo cuán precipitado era.

Del todo, al especialismo; de la sabiduría completa, a la historia universal; de la historia universal, a la crítica de la religión; de ésta, a la literatura comparada universal; luego, a la literatura romance comparada; posteriormente, a una sola literatura, y final-

mente, a un solo período de una literatura. A fuerza de fracasos parciales, de descartes, de reducciones y estrechamientos, yo, que lo quería todo, que quería saberlo todo y enseñarlo todo, me había reducido a complacerme con variantes y minucias filológicas y bibliográficas en el ribazo de un surco. ¡Y antes el campo entero habíame parecido espacio harto angosto para mi deseo de trabajo! Toda mi vida, aun después, ha sido así: un eterno impulso hacia el todo, hacia el universo, para después recaer en la nada o tras el valladar de un huerto; un sucederse de ambiciones enormes y de renunciaciones precipitosas. Esta breve historia de tentativas infantiles es una de las posibles traducciones del secreto de mi vida.



EL ARCO DE TRIUNFO

Yo he nacido con la enfermedad de la grandeza. Mi primer recuerdo es éste: tendría ocho, acaso nueve años; estaba casi siempre solo y leía frecuentemente un librucho de escuela lleno de figuras toscas y garrapatos violentos. Allí encontré un día la historia de la coronación de Petrarca en Campidoglio, y la leí y releí. "También yo, también yo...", decía entre mí, sin saber siquiera a punto fijo por qué le habían puesto tal corona en la cabeza al gordezuelo poeta. Desde el libro, la redonda faz mal dibujada del lamentoso sonetero, encerraba en el capuchón aureolado de hojitas agudas como un higadillo, parecía sonreírme y animarme.

Hice cuanto pude por que mi padre me llevase al Vial dei Colli. Una vez allí, arranqué de los bajos arbustos de un seto un par de hojas de siemprevivas. No estaba seguro de que fuese el famoso laurel, pero no me importaba. Vuelto a casa, me encerré en aquel cuartito del fondo, donde estaba la librería de viruta ya mencionada. Hice con aquellas hojas una especie de corona, y me la puse en la cabeza; me eché sobre

los hombros un gran trapo rojo y empecé a dar vueltas por la habitación, pegado a la pared, cantando una larga escena que a mí me parecía heroica y tremebunda, batiendo solemnemente sobre una caja de madera con el mango de un cuchillo. De aquella suerte parecíame que iba con gran pompa al Campidoglio y que aquel rumor era el necesario acompañamiento, tal vez el mugido de la multitud plaudente. Así hice una mañana gris de invierno mi bufo desposorio con la gloria.

Mas la primera promesa verdadera que me hice a mí mismo fué más tarde, a los quince o diez y seis años. Era un bochornoso domingo de agosto, a eso de las cuatro, y yo paseaba melancólico y sin compañía por una de las calles más largas y más anchas de mi ciudad. Llevaba en la mano un periódico, comprado a fuerza de quién sabe qué humillaciones, e iba con la cabeza baja, cansado, aburrido, despechado contra el calor y contra los hombres.

Era la hora en que la gente se levanta de siesta medio atontada, y salí con la ridícula esperanza de un soplo de aire y del fresco de la noche. Salían las amas sofocadas, con los niños colorados y llorosos, entre puntillas; los maridos, sudorosos, con sus mujeres del brazo; los hermanos, con las hermanas de la mano; los muchachos, en grupos de dos o de tres, con los blancos cigarrillos colgando de los labios; las muchachas, con sus pañuelos claros a la cabeza y los ojos briosos y anhelantes; los vejetes, de levita y con la sombrilla azul bajo el brazo; los pobres soldados, vestidos de oscuro, muy empaquetados, con sus guantes de hilo blanco. A cada momento la gente aumentaba; llenaba las aceras, atravesaba las calles, reía, se saludaba. Bajo los grandes sombreros floridos, los ojos de las mujeres brillaban por doquier como diamantes negros; de cuando en cuando, dos sombreros de paja

sostenidos por dos manos en alto aparecían sobre las cabezas del rebaño festivo.

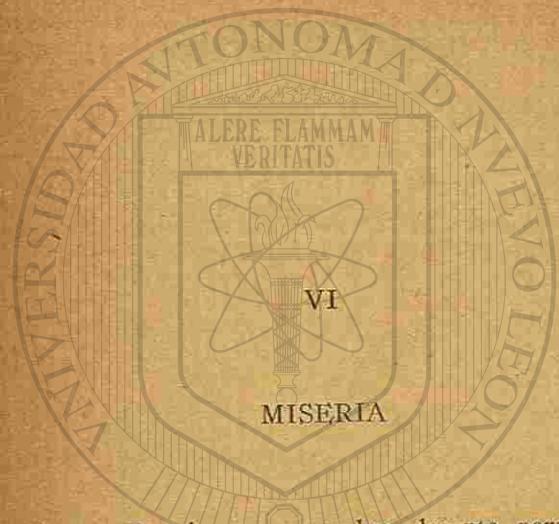
Yo me encontraba allí a disgusto. No conocía a nadie y a todos odiaba. Estaba mal vestido; era feo; era de rostro pálido; tenía el severo aspecto del descontento; sentía que nadie me quería ni podía quererme. Quien me miraba me despreciaba con todo su cuerpo al pasar; alguno se volvía a mirar al macilento solitario y reía. Especialmente las chicas guapas, vestidas de blanco y de rojo, de rostro moreno y limpios dientes, eran crueles conmigo; muchas veces sentía a mis espaldas sus descaradas risas. Tal vez no se reían de mí, pero en aquel momento estaba seguro de ello y sufría. Parecíame negada toda la buena vida: yo solo, yo sin amor, yo sin fortuna. Y aquella gente iba a su paseo, sin saber nada de mis tristezas de adolescente pobre y abandonado.

Y entonces, de pronto me rebelé. Sentí dentro de mí como un golpe de sangre, una sacudida de todo mi ser. "¡No, no, no! — gritaba dentro de mí mismo — ¡Así no debe ser! También yo soy hombre, también yo quiero ser grande y feliz. ¿Qué creéis ser vosotros, hombres necios y mujeres bien vestidas, que pasáis a mi lado con tanta presunción? ¡Ya verás lo que voy a hacer! ¡Quiero ser más que vosotros, más que todos, sobre todos! Soy pequeño, pobre y feo; pero también yo tengo una alma, y esta alma dará tales gritos, que todos tendréis que volveros a oírme. Y entonces yo seré algo y vosotros seguiréis no siendo nada. Haré, crearé y llegaré a ser más grande que los grandes, y vosotros continuaréis comiendo, dormitando, paseando como hoy. Y cuando yo pase, todos me mirarán; las mujeres guapas tendrán una mirada para mí también; las muchachas risueñas me querrán a su lado y me estrecharán, temblando las manos, y los hombres serios se quitarán el sombrero y lo tendrán bien en alto

sobre sus cabezas cuando yo pase, yo en persona, el grande, el genio, el héroe".

Así pensando, levantaba de nuevo la cabeza, hincháseme el pecho y mis ojos miraban con odio y orgullo todas las caras que pasaban junto a mi lado. Era otro; en aquel momento seguramente parecía más guapo.

Así llegué a una gran plaza, ante un arco de triunfo. Los caballos de la cuadriga golpeaban en el cielo, incendiado del ocaso, mientras jurábame a mí mismo llegar a ser grande antes de mi muerte.



En aquellos tiempos era pobre, decente, pero atrocamente pobre (he odiado siempre, y aun hoy, a cuantos han nacido junto a las carteras llenas, a los que han podido comprar casi siempre cuanto han deseado). Era burguesemente pobre, sin hambre y sin frío, pero su-
fría.

No me importaba el ir vestido con los desechos de mi padre, usados, lúcidos y llenos de lámparas; con remiendos bien hechos por detrás y en el fondo de los pantalones; ni llevar en la cabeza sombreruchos deformados, ni andar con zapatos demasiado estrechos, con medias suelas y palas nuevas varias veces. Cinco céntimos de cerezas o de higos en verano, de castañas asadas o *pattona* en invierno, bastaban a mi glotonería. Al teatro (*Stenterello*) y al café

(helado), una vez al año, tal vez dos si había alguna invitación de por medio. Y un domingo al año a comer al campo, siempre al sitio acostumbrado (riachuelo manso con poca agua, guijarros, cañaverales, prados abrasados, peces fritos).

Con todo, esta mezquinísima vida de mezquinos burgueses no me hacía sufrir sino por la falta de dinero contante y sonante, de dinero mío, que poder gastar yo, como a mí me gustaba.

Los que han tenido un padre acomodado o una madre compasiva, el bolsillo provisto a tiempo y la lucha junto a la cama; los muchachuelos voluntariosos que han gastado tantas liras en juguetes, figuras, pasteles, frutas y porquerías, no pueden imaginar cuánto he sufrido yo de niño, de muchacho, de adolescente, hasta casi los veinte años (tan sólo pasados los diez y nueve he ganado los primeros billetes de diez, *míos*).

Sin embargo, tenía más necesidad que los demás, y para otras cosas. Necesitaba, primero de todo, libros—los de casa eran pocos, a la biblioteca no pude ir sino tarde;—necesitaba periódicos—desde entonces me tentaban estos robatiempo;—necesitaba papel para escribir, plumas y tinta. Miserias, pequeños gastos, pocos cuartos. Y esos pocos cuartos faltaban. Mi padre no podía darme nada, y tenía razón. Costábale gran trabajo mantenernos a todos. Compraba de cuando en cuando, en los puestos de viejo, un libro, pero no más de dos o tres al año. Más tarde me concedió lira y media al mes, ¡cinco céntimos diarios!, para vicios, como se acostumbra decir en nuestras familias. Mis vicios eran el papel blanco y el papel impreso.

¿Qué hacer, pues? ¿Dónde encontrar el dinero que quería, que había de tener a toda costa para mis gastos, para dar de comer a mi espíritu?

Recurrí a varios medios; primeramente, a la economía. Me daban diez céntimos diarios para el com-

panage del desayuno. Yo gastaba siete céntimos. A la semana—cinco días de colegio—eran quince céntimos: un volumen de la Biblioteca del Pueblo o tres cuadernillos de papel.

Luego estaba mi madre. Mi madre era, como es justo, más misericordiosa que mi padre. Veía mi pasión, me compadecía. Tampoco ella, pobrecilla, tenía mucho más dinero que yo—apenas lo que mi padre le daba día por día para los gastos de casa.—Sin embargo, a fuerza de indecibles economías y expedientes, encontraba el modo de darme diez, quince y hasta veinte céntimos semanales, que se trocaban en seguida en entregas de libros ilustrados, en papel rayado a cuadritos (para que cupiese más) o en periódicos de literatura.

Otro medio era el latrocinio, y no me avergüenzo de confesarlo. Durante muchos años me he dado, cautamente, pero de continuo, al pequeño hurto doméstico. A veces, por la mañana temprano, mientras mi padre estaba todavía en la cama, conseguía, en la obscuridad, atrapar alguna moneda en el bolsillo del chaleco, colgado de una percha, o no devolvía el resto de algún gasto, si mi padre se olvidaba, o decía haber gastado algo más, o haber perdido por la calle una parte del dinero. Me regañaban, pero ¡era tanto el consuelo de aquellos pocos cuartos escondidos!

Intenté también el comercio, más con poca fortuna. Guardaba el papel de envolver y lo vendía, coleccionaba huesos de melocotón, compraba y vendía sellos usados; pero las ganancias eran difíciles y miserables.

A despecho de las economías, de la compasión maternal, de las estafas y del comercio, sucedía a veces que no tenía nada, nada en absoluto, ni siquiera cinco céntimos para comprar un periódico. Eran los días en que rompía las páginas blancas de los libros y las ho-

jas de los cuadernos del colegio para poder escribir; en que echaba un poco de aceite en el fondo polvoriento del tintero para poder mojar la pluma; eran los tristes días en que estaba parado más que de costumbre en los quioscos o en los escaparates de los librerías para leer de ocultas las medias columnas de los periódicos o alguna página de libro.

¡Cuánta pasión en aquellos tiempos! ¡Días tristes de frío, de soledad y de miseria sin esperanza! ¡Qué desesperación por el papel que se empapaba y en el cual la mala tinta se extendía malignamente, confundiendo palabras y pensamientos, por una plumilla despuntada que no quería escribir, y en casa no había más; por la obstinación de un librero que no me quería dar aquel libro por media lira menos, y yo no tenía bastantes cuartos!

Aun a fuerza de subterfugios, de ruegos, de engaños, era siempre el pobre, el muchacho pobre y silencioso, a quien nadie ve de buena gana. Los librerías apenas si me escuchaban cuando pedía el precio de un libro, sabiendo que podía disponer de céntimos tan sólo y no de liras; a los dueños de los puestos no les gustaba que estuviese tanto tiempo hojeando y leyendo aquí y allá, porque las más de las veces no compraba nada o compraba libruchos de desecho, de poco gasto, o quizás volúmenes incompletos; los vendedores de periódicos me miraban torvos, porque procuraba leer a traición.

Pero yo recuerdo siempre con orgullo las humillaciones de aquellos años. ¡Cuántas veces he pasado y vuelto a pasar ante un escaparate, adorando con los ojos un libro largo tiempo deseado y sin ánimo para preguntar el precio! ¡Cuántas veces he tanteado en el bolsillo los pocos cuartos, volviéndolos a contar por miedo a tener menos o a haberlos perdido y entrado en la tienda con la cara pálida, tímido y callado, es-

perando a que el dueño estuviese solo para decir tal nombre y tal título...! ¡Cuánto me despreciaban entonces libreros, dueños, compañeros, parientes, todos! Chicuelo desmedrado, silencioso y mal vestido, con ojos fijos de miope, los bolsillos llenos de papeles, las manos sucias de tinta, los pliegues de la rabia y de la tristeza en la boca y la arruga que comenzaba a grabarse en medio de la frente.

Y con todo, ¿qué pedía? ¿Quizás el ir vestido como los señoritos modelo de los grabados virtuosos, todos tan atildados y engolados? ¿Quizás el comer carne y dulces hasta el vómito y la indigestión? ¿Pedía buena casa, viajes, escopetas, caballos de madera o teatros de fantoches?

Era feo y mezquino—lo sé y lo sabía también entonces;—pero bajo aquella fealdad y aquella entenez había un alma que quería saber, conocer la verdad, embeberse de luz, y bajo aquel sombrero untuoso y aquella cabeza despeinada había un cerebro que quería comprender toda idea y por doquier razonar y soñar; había una mente que ya entonces contemplaba lo que los demás no ven y que se alimentaba allí donde los demás no encuentran sino vacío y desolación. ¿Por qué nadie ha comprendido y me ha dado lo que por derecho me correspondía?

Sin embargo, no me lamentó de aquella miseria ni me avergüenzo de las humillaciones pasadas. La facilidad de la vida me habría hecho, tal vez, más cobarde, menos apasionado y al fin más pobre. La amargura continua de quien no tiene y no puede tener, me ha alejado de los demás y ha constreñido mi espíritu con el laminador del dolor, que le ha hecho más pulido, más afilado y más digno.

VII

MI CAMPO

Además de a los libros y a los muertos debo mi alma a los árboles y a los montes. El campo me educó tanto como la biblioteca. Un cierto y determinado campo; todo cuanto hay de poético, de melancólico, de gris y solitario, lo he tenido en el campo de Toscana, en el campo que hay en torno a Florencia.

Mi padre, hombre de pocas palabras y de curiosidades intelectuales superiores a su condición, me llevaba todos los domingos, desde niño, a las afueras. Ibamos solos, después de comer, sin hablar. Mi padre sabía ciertas calles solitarias, desiertas, fuera de mano, donde se andaba, poco a poco, horas enteras sin encontrar un alma. No siempre, verdaderamente; algunas veces se encontraba uno con algún cura, algún campesino, alguna vieja. Nos saludaban y seguíamos adelante.

Mi padre estaba casi siempre ensimismado; yo rumiaba entre mí precoces disconformidades o ingenuos bocetos de ideas. Pero miraba. Por encima de los muros en que el camino estaba encerrado caían las ramas convulsas de los oscuros olivos o se alineaban

los rosales enanos, pobres, descuidados, los rosales con las rosas agostadas y pálidas, que caían hoja por hoja en la cuneta a marchitarse. ¡Cuántas leguas pegado a aquellos muros! Muros que aun veo; muros bajos, que invitaban a la gente a sentarse; muros húmedos, remendados de líquenes oscuros y de verdes hongos, con las escurriduras negras y relucientes de las troneras; muros altísimos, con árboles gruesos, negros y frondosos en alto, como para sostener jardines pensiles; muros nuevos apenas en las afueras, encalados de poco atrás y decorados con rústicos grafitos de albañil. De cuando en cuando, la verja de una quinta; cancelas negras y oscuras contra las cuales saltaba y escandalizaba por la parte de dentro el perro ladrador; cancelas abiertas, con un ciprés al lado, como de guardia, y una avenida que subía en cuesta, entre setos de mirto y de laurel. De cuando en cuando abríanse los muros y se sucedían los setos vivos, altos espinosos; blancos de escarcha y nieve en invierno, blancos de flores en primavera, negros de moras al fin del verano. Y más lejos aun desaparecían muros y setos, y el camino solitario y apisonado (como los senderos conventuales en la montaña) subía entre los cipreses y los abetos y tenía allí abajo los valles surcados, los prados mojados, los fondos de niebla y la ilusión del infinito.

Parecíame renacer. Únicamente allí, dándome el viento en la cara, sin sombrero, sin un pensamiento fijo, me sentía vivir como siempre hubiera querido. Cuando descendíamos de vuelta a la ciudad, la tristeza me aferraba de nuevo; el corazón y el punzante crepúsculo de la noche acompañaba mi nostalgia con los sonos de las débiles campanas a que no daba oídos. Entonces, para no separarme de aquel mundo libre y fresco, llevábame conmigo algún pedazo de él: una aceituna negra, hispida, lustrosa, encontrada abajo,

entre las hojas; una bellota con su corteza; un guijarro marmóreo, puntiagudo y cortante, a modo de cadena alpestre; una piña dura y verde; una agulla de ciprés; una castaña de India; un pimpollo de abeto; una bellota de encina. Me gustaba cuanto era simple y tosco, todo cuanto tenía un no sé qué de montañés y descuidado; lo que daba una sensación de dureza, de soledad, de vida sana y sin jardineros.

No he nacido yo para los campos ricos, esplendurosos, meridionales y tropicales; no he nacido para las flores vivas y perfumadas, para los frutos copiosos para el sol. El campo que siento, el campo *mío*, es el de Toscana, ese donde he aprendido a respirar y a pensar; campo desnudo, pobre, gris, triste, cerrado, sin lujos, sin esplendores de tintas, sin olores ni festones paganos, pero tan íntimo, tan familiar, tan adecuado a la sensibilidad delicada, al pensamiento de los solitarios. Campo un tanto monacal y franciscano, un poco áspero, un poco negro, donde se siente el esqueleto de piedra bajo la alfombra herbosa, y los grandes montes morenos, despoblados, se alzan de pronto como amenazando los valles plácidos y fructíferos. Campo sentimental de mi infancia; campo excitante y moral de mi juventud; campo toscano, magro y seco, hecho de piedra serena y de piedra fuerte, de flores honestas y aldeanas, de cipreses atrevidos, de matas y de espinos sin gracia, cuánto más bello me parecías que los famosos campos del Sur, con palmas, naranjos, higueras de Indias y el blanco polvo y el iracundo sol de verano.

Salíamos en toda estación; pero cuando enciendo de nuevo los recuerdos no veo más que invierno, otoño o primavera lluviosa; cielos cubiertos, unidos, grises, cerrados; viento mordiente o la quietud fría y bronceada de la tierra, que pena y trabaja en lo profundo. No veo nunca sol; no siento calor jamás; o veo un

solecillo aguado que sale a ojeadas de entre las nubes viajeras y hace parecer más negra la tierra cada vez que asoma de nuevo. Veo el campo como bajo un cielo del Norte, con todo el recogimiento y el desierto del año que acaba después que el último racimillo olvidado se ha encogido en las secas ramas de la vid.

Y me acuerdo bien de algunos cortos y ventosos días de enero y febrero, cuando andábamos ligeros por los caminos duros, helados, que resonaban bajo nuestros pasos, entre muros secos que enviaban los ecos a las blancas desfiladuras de las altas nubes. A fuerza de andar, volvía a casa con los pies ardiendo y el rostro encendido, todo vibrante y vigoroso como si volviera de una victoria. Y la casa pobre y oscura, y mi cuarto frío y revuelto, con una lamparilla de aceite, de latón, que daba poca luz y no sé qué de mortuario, me parecía el retorno a la mediocridad, a la esclavitud o a la muerte. Entonces cogía un libro y leía a la debilísima luz de aquella fúnebre lucerna, y poco a poco todo mi cuerpo se enfriaba, los pies se me helaban, se redoblaba la tristeza y me arrojaba en la cama a sepultar en el sueño los deseos inexpressados y los sueños indefinibles de una vida hartamente diversa de ésta y de toda vida.

VIII

EL DESCUBRIMIENTO DEL MAL

De una niñez selvática y precozmente introspectiva; de una soledad humillada, impuesta por la timidez, por la diversidad y la miseria; de las repetidas derrotas de un enciclopedismo hartamente ambicioso; del lirismo elegiaco rumiado por caminos grises, entre muros ennegrecidos bajo cielos de ceniza; de los confusos ímpetus hacia una vida heroica, digna, poética, luego negados y anegados en la maldita cotidianidad de una vida reducida, provinciana, constreñida y mortificante, surgió un pesimismo desesperado y encerrado en sí como una fortaleza sin ventanas. Apenas el intelecto, al fin de la adolescencia, fué mayor de edad, pidió a la vida sus razones y no tuvo respuesta. La teoría dió forma a la melancolía. A la tristeza física y absoluta de las tardes festivas de invierno siguió la investigación acerca de los bienes y los males de la existencia, y el espíritu respondía que *no* a toda promesa; replicaba que *no* a todo sueño embustero, a todo placer falso, y soplabla sobre los últimos encantos como el viento de media noche sobre las pocas llamas subsistentes de una luminaria con mal éxito.

A la languidez de las vigiliat fantaseadoras, cuando entran ganas de compadecerse uno mismo, sin razón, como nunca se compadecerá nadie, siguieron las investigaciones acerca de la naturaleza del dolor, sobre la brevedad de las alegrías, sobre el balance de la felicidad terrestre; a los sonetos patéticos por el fin de los días y de los otoños, siguió la firme intención de protestar pública, racionalmente, contra la bestial aceptación de la vida.

A esa edad la perpetua demanda inútil se me representó con las mismas palabras de todos los tiempos y de todos los tediosos: la vida, ¿vale la pena de ser vivida?

¿Qué podía responder? La vida me prometía poco y no me daba nada. No podía esperar riquezas ni triunfos en los estudios, pues que desde el principio había enfilado por necesidad un camino escolar breve y mediocre; ni amor de mujeres, porque era feo y temeroso; ni ilimitación de saber, porque me hacía daño pensar en las empresas truncadas. Pocos se curaban de mí; nadie me quería bien; excepto mi padre y mi madre, harto lejanos de esta alma que de ellos venía y que incluso a ellos parecía extraña.

No me restaba sino el pensamiento: siempre me había gustado generalizar, estrechar relaciones entre hechos lejanos, adivinar leyes, desmontar y volver a construir teorías. Poco antes, con la *Scienza Nuova*, mal comprendida, todavía fresca, se me había metido en la cabeza el construir una filosofía de la historia literaria, y me imaginaba haber descubierto los cursos y recursos del arte, las causas de las grandezas y de las decadencias en las literaturas. Desde entonces, Taine me abría el cerebro y me daba envidia por aquella su facilidad para componer esquemas claros, ordenados y simétricos de ideas, apenas coloreados, entre una línea y otra, de manadas de hechos; el demonio

teórico acechaba al niño poeta y me inspiraba las fórmulas, las sentencias y los corolarios bien deducidos.

Ya armado el pensamiento se lanzó, pues, a esta vida miserable, sin carnavales ni faros, y se apresuró a descubrir en ella el vacío y el callado dolor. ¿Está toda aquí? A cada deseo, una repulsa; a cada aspiración, un mentís; a cada esfuerzo, una bofetada; a todo el anhelo de felicidad que nos toma a los diez y seis, a los diez y ocho años, la promesa de la nada. ¡La nada enmascarada de cien maneras! Fe, gloria, arte, acción, paraíso, conquistas: máscaras en el rostro, agujeros sin ojos, boca sin lengua, besos sin respuesta.

La vida, para ser llevadera, ha de ser intensamente vivida. La sensibilidad la llena de cuando en cuando, y si es verdad que cambia semejante al agua que corre, al menos nos transporta como una corriente que puede parecer igual y eterna. Pero si se analiza la vida y se la desnuda y pela con el pensamiento, con la razón, con la lógica, con la filosofía, entonces el vacío se muestra sin fondo, la nada confiesa francamente ser nada, y la desesperación se afinsa en el alma como el ángel se posó sobre el sepulcro abandonado por el hijo de Dios.

Así acaeció que me afirmé, con todo el ardor de una vida ascendente, en la negación de la vida. Mi respuesta—la única posible entonces—a la maligna injusticia de la suerte y a la silenciosa enemistad de los hombres fué la persuasión de la infinita vanidad del todo, de la canallería congénita y de la infelicidad indestructible del género humano.

Mi pesimismo, no obstante lo proclamase y lo creyese radicalismo, no fué consecuente y no llegó hasta donde podía y debía llegar. Fué, al principio, sentimental, poético-literario. El enciclopédico rabioso y el lírico en germinación que había en mí se dividieron la obra. El descubrimiento de la infelicidad de la vida

fué un pretexto para nuevas compilaciones. Recogí en mis lecturas todos los desahogos de los poetas, los efectos de los dramáticos, los incisos de los oradores, las admoniciones de los predicantes, los aforismos de los filósofos, a medias y por entero, donde hubiese, velada o no, demostrada o lamentada, la inutilidad de la existencia, la supremacía del mal, la tristeza de los sueños interrumpidos, de las ilusiones laceradas, el descorazonamiento del pasado que no vuelve, la desesperación que doblega y destroza el alma cuando se ha girado en torno a la vida por doquier, isla breve y apenas iluminada del infinito gozo de la nada. Así, pues, hice una fúnebre compilación de dolor hecho verbo, donde los dísticos, las paradojas, las quejas y lamentaciones de hombres distantes en el espacio, en el tiempo y en el espíritu, se encontraron agrupados, como angustioso coro de humano descontento.

No solamente por curiosidad literaria; era sincero. El encontrar en los demás tales desfallecimientos y tales maldiciones, me daba ánimo. Me parecía no estar ya solo, haber encontrado los hermanos, los compañeros nacidos para mí, los muertos consoladores. Me parecía no poder equivocarme en mi negación y que ésta no era únicamente la protesta cobarde de un muchacho estropeado por la ensoñación desordenada.

Pero no hacía tan sólo centones de sentencias: pensaba hacer yo el libro, el verdadero libro sobre la vida; el libro que hubiera debido decidir de una vez para siempre a todo hombre a tenerse a sí mismo, a los demás y a la existencia entera, en la desestima que merecen. En aquel tiempo tropecé por primera vez con un gran filósofo. Hojeé, leí, medité a Schopenhauer; a trozos, a pedazos, a intervalos, pero lo bastante para comprender que la ciencia hacendera de los libritos de geología o de evolución no era el punto más alto a que podía llegar la inteligencia conoscente. Intenté

trazar una historia del pesimismo, y así recorrí, a grandes jornadas, la historia de la filosofía, donde otras ideas, además de las negativas y dolientes, me atrajeron y me entraron en curiosidad.

El erudito ya no estaba solo; el teórico crecía y se robustecía. El asiento de mi sistema pesimista, fundado sobre la ley de que son necesariamente inasequibles precisamente los fines más deseables, fué acompañado de alegrías intelectuales casi nuevas para mí. Y no olvidé el llegar a los últimos extremos y a la totalidad. Me disgustaba en Schopenhauer la hostilidad al suicidio. Yo preparé, por el contrario, como última parte de la gran obra, una estoica propuesta de suicidio universal. No ya por escándalo: no veía otra salida. Suicidio individual no, por ridículo e inútil; pero suicidio en masa, suicidio consciente y concordemente deliberado, tal que quedara sola y desierta la Tierra, rodando inútilmente en los cielos. Imaginaba poder fundar una sociedad, la cual debería aumentar y extenderse juntamente con la difusión de mi libro irrefutable. Cuando esta liga de los desesperados hubiese unido precisamente a la Humanidad entera, habría habido que escoger el gran día, ¡el fin! Había pensado incluso en los medios y me parecía que se debía preferir el veneno.

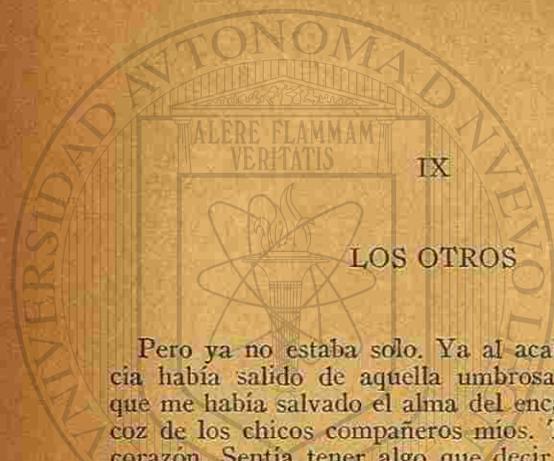
¡Tonterías, niñadas! Con todo, la idea fija de ser el apóstol de esta suprema conclusión de la vida fué para mí, durante cierto tiempo, el único pretexto para seguir viviendo. Y consentí en vivir únicamente con la esperanza bufa de que todos los hombres muriesen conmigo.

los padres y a las madres. Quería alguien igual a mí, para trabajar juntos; alguien mayor que yo, para aprender, para que me guiara; alguien inferior a mí, a quien ayudar y enseñar.

Espiaba en los rostros y en los corazones y no encontraba las más de las veces sino compasión y desprecio, o, ¡peor!, esa odiosa y harto fácil camaradería de los jovencuelos mal educados que le cogen a uno del brazo para hablarle de casas de golfas y bicicletas. De los compañeros de colegio, francamente, ni saber quería. ¡Qué gente! Filisteos satisfechos de pantalón corto, encanijados, lívidos y escandalosos desgastados — ¡Y aquel odioso, falso y circunspecto primero de la clase!—No, no. Yo necesitaba corazones amantes y, especialmente, cerebros activos y abiertos. Gente como yo; de esos que en el colegio hacen mal papel, pero que leen, piensan, rumian y tienen insólitas curiosidades y sueños extravagantes en la cabeza. Uno solo encontré en el colegio, pero no era escolar: era un maestro. Maestro por necesidad y poeta por naturaleza. Joven y generoso como era, supo descubrir en mis palabras y en mis miradas el alma para todos muda. Su llegada a mi vida fue como la aparición de la primera estrella en la larga expectativa de un crepúsculo vespertino. El animó mis impulsos poéticos; supo apreciar mis vagabundas rebuscas literarias, y, no obstante su superioridad, me consideró su igual. Fue el primero que en aquel muchacho supo ver un hombre.

Mas él sólo, por cordial que fuese su amistad, no me bastaba; yo buscaba los jóvenes, los jóvenes como yo, y tanto busqué, que en pocos años formé parte de grupos o cenáculos que me parecían, al principio al menos, banquetes y paraísos de inteligencia.

Empecé por reunirme con dos estudiantes mayores y más instruidos que yo (¡sabían latín y griego!), con



LOS OTROS

Pero ya no estaba solo. Ya al acabar la adolescencia había salido de aquella umbrosa soledad infantil que me había salvado el alma del encanallamiento precoz de los chicos compañeros míos. También yo tenía corazón. Sentía tener algo que decir y quería hablar, desahogarme. Hasta entonces todo el amor comprimido de que estaba lleno habíamelo dado a mí mismo. Me habían conmovido mis cosas, mi vida sin objeto y sin salida. Había llamado a la muerte a mi lado en malos y patéticos versos italianos y franceses, y había llorado aquella mi muerte próxima y oscura. Por la noche, pensando en mí, en mi suerte miserable de hombre a quien estaba cerrado todo camino y negada toda alegría, lloraba. De día llevaba en los cansados ojos y en mi vestido siempre negro una especie de luto anticipado de mí mismo.

Tenía necesidad de cariño. Quería sentir una mano en mi mano, quería ser escuchado y escuchar; tener alguien a quien decir en secreto, en el abandono inolvidable de las primeras amistades, esos sentimientos, esos pensamientos y deseos que no se pueden decir a

los cuales fundé una especie de congregación literaria que se llamó *Trinidad*. Se hizo el estatuto en regla y se nombraron los cargos; cada uno de nosotros fué algo allí.

Nuestra ley ordenaba que cada cual, por turno, defendiera una tesis y escribiese una especie de memoria que había de ser leída y discutida por los otros dos, a los cuales se imponía, so pena de vergüenza, el estar siempre en contra del tercero. Cuando me tocó la vez, volqué en un cartapacio de más de cien páginas una disquisición violenta y cavilosa acerca de los *Promessi Sposi*. Odiaba este libro desde los tiempos del colegio, en que me había tocado durante un año entero hacer el análisis lógico y gramatical de las mediocres desventuras de Renzo Tramaglino y de Lucía Mondella. Aquella campesina sin pasión; aquel cura infeliz y cobarde; aquel fraile que tenía siempre dispuestos el sermón o la bendición; aquel desconocido que se las da de terrible en serio y luego se deja impresionar por los sollozos de una beata plebeya, y se humilla por la liviana oratoria de un santo, me aburrían o me daban rabia.

No sentía cuanto hay de arte puro y grande en ese libro harto famoso; en tanto aquel aura piadosa y cristiana que allí alienta, aquella aquiescencia servil a la voluntad de Dios Nuestro Señor, aquel castigo ejemplar de los pecadores acompañado del triunfo discreto de los simples y los desgraciados, me hacían rebelarme con todo el fuego de mi espíritu satánico y carducciano.

Leí en el campo, bajo un vivo cielo de febrero, mi disquisición a los otros dos—luego convertidos en egregios y respetables servidores del Estado;—les hice una impresión pésima. ¿Cómo? ¿El más pequeño, el más joven de la trinidad, meterse a discutir, a burlarse, a desentrañar una de las obras maestras del genio italiano? Bien están la audacia, el valor, la falta

de prejuicios; pero hasta aquel punto, ¡no en verdad! La discusión fué más agria y litigiosa de lo acostumbrado. Volví a ver con frecuencia a mis dos censores y seguimos hablando, pero de la *Trinidad* ni se habló más entonces ni nunca.

Por fortuna encontré poco tiempo después a un hombre—tenía más años que yo—que era todo lo contrario de los demás: poeta (es decir, escribía poesías en verso y en prosa), músico (tocaba la flauta), entusiasta, cordial y extravagante como yo quería y deseaba. Conocía y amaba a los mismos escritores de mi corazón (Poe, Walt Whitman...), me inició en Baudelaire; me dió a leer libros maravillosos y nuevos para mí: Flaubert, Dostoiewski, Anatole France...

Su vida era doble: administrador o qué sé yo durante el día, era un soñador ardiente y despreocupado por la noche. Escribía muchísimo y había encontrado medio incluso de publicar algo suyo en los periódicos. Me hizo conocer a otros amigos suyos, artistas o que querían ser tales; un poeta delicadísimo, rico de imágenes, lánguido de todas las melancolías, heimiano y dannunziano al mismo tiempo, lector furibundo de todas las literaturas y, en el fondo, escritor de raza. Era alto y fino como el tallo de un lirio; pálido como un novicio místico; púdico y frágil como una virgen; pero estaba tísico y murió pronto.

Conocí con ellos a un pintor misterioso y fúnebre, apasionado de Boecklin; a un violinista medio loco, improvisador furioso (al piano) de marchas triunfales; a un compositor principiante, que andaba perpetuamente en busca de libretos, de lecciones de canto y de mujeres ajenas.

No eran, como vi más tarde, hombres tales que pudieran darme mucho, o de los cuales se pudiesen esperar grandes obras. Con todo, aquello fué para mí, después del helado mundo librero, el primer contacto

con el cálido y vivo del arte. En aquel faesímile de bohemia de ciudad pequeña estaban representadas todas las actividades del espíritu. Veía en ellos a hombres que hacían, que creaban, que alcanzarían un día u otro la gloria, y no ya las imágenes tiesas de los muertos célebres, solemnes y sepultados.

De aquellas juventudes oscuras, afanosas, ebrias de sueños y trabajadas por la duda, saldrían los genios de mañana, los conquistadores de la eternidad, los felices donadores de las bellezas nuevas. Y yo quería ser uno de ellos, sentirme compañero suyo, hermano en tal subterránea rebusca de la belleza y de la fortuna.

Nos encontrábamos todas las fiestas en casa del mayor de todos; se tomaba el café, se fumaba (¡los primeros cigarrillos!), se hablaba con enfática sinceridad de un libro nuevo, de un escritor descubierto entonces, de un artículo, de una ópera; se discutía, se luchaba, se gritaba. O, también, leían los poetas, interrumpidos por el entusiasmo de todos, los poemillas escritos durante la semana, y uno entonaba en la flauta una pastoral de monótona ternura, y otro tocaba algo de Bach o un trozo de música suya.

Había en todos nosotros la firme esperanza de estar designados para la gloria y la grandeza. Cada uno de nosotros admiraba a los demás y era por ellos admirado. No había envidias ni rivalidades. Queríamos engañarnos y soñar; una de las frases más repetidas entre nosotros era: "Que era menester beber a grandes sorbos en la copa de la quimera". Por lo demás, nunca he podido saber qué era aquella famosa quimera, de que se hacía tan inmóderado uso dominical.

Entre aquellos cinco afiliados, también yo tenía mi parte. Yo representaba allí al crítico, al erudito, al filósofo. A mí se dirigían para tener noticias históricas, títulos de libros o luces precisas sobre las teorías de

moda. Gozaba para con ellos de una fama de infinita sabiduría, que sólo en parte sentía yo merecer, teniendo en cuenta la ignorancia de los demás. Pero esta reputación y mi taciturnidad no del todo vencida, me hacían más autoritario y temible de lo que era menester. Y a ellos, por miedo quizás a la enorme estimación que por mí tenían, nunca les leí nada de lo que iba escribiendo recogidamente, por entonces, en torno a los más embrollados problemas de la vida y la muerte.

Mas no por sentirme a gusto en aquella periódica baraunda poética dejaba de sentir también que no me bastaba, que algo más andaba buscando mi espíritu, saciado ya y llevado a las abstracciones y a las construcciones conceptuales. Gozaba allí al calor de aquel entusiasmo ligero y un poco vulgar; la poesía ensanchaba y afinaba mi sensibilidad; la música, saboreada entonces por primera vez, acompañaba con ritmos más graves mis galopadas visionarias.

Pero no sentía en ninguno de mis nuevos amigos la pasión por el pensamiento desnudo, el hálito del razonamiento, el gusto y la práctica de la controversia lógica. Y a eso de los dos años acaeció mi traición: los abandoné poco a poco por otros compañeros, por otras orgías cerebrales.

Los nuevos eran tres. Un estudiante de medicina, rubio y guapo, que prefería Shelley y Musset a los tratados de psiquiatría, y la galería de los Ufizi a la sala anatómica; un casi doctor en letras, enano y locuaz, rebuscador de librerías, poeta de incógnito, a veces bebedor y jaranero, pero buen chico en fin de cuentas; un muchachuelo más pequeño que todos nosotros, irregular en todo, escolar de ninguna escuela, estudioso de ninguna materia, enemigo jurado de toda disciplina, desconfiado de sí mismo y orgulloso, cínico y melancólico. Al punto comprendí que en éste

había más alma y mejor paño que en los otros dos, y a él me uní especialmente desde los primeros tiempos. El mismo día que le conocí reñimos, pero al punto le tuve de aliado contra los otros dos, que representaban en nuestros numerosos encuentros cotidianos la poesía, la literatura, la elegancia, el *snobismo*; en una palabra, ese espíritu dannunziano que empezaba entonces a hinchar y estropear antes de tiempo a los jóvenes italianos. Nosotros dos, por el contrario, estábamos por el hecho, por el saber, por las ideas, por la teoría simple y simétrica, por la dura filosofía.

Durante muchos meses conseguimos estar juntos y discutir sin demasiada acritud. Algunas simpatías comunes, y especialmente algunos odios fuertemente sentidos por todos, nos mantenían unidos. Al cabo, sin embargo, se empezó a pinchar y echar pullas; de la ironía presto se pasó al sarcasmo, a la injuria, al ataque. La compañía acabó misteriosamente: hubo en el aire una desconfianza trágica. Finalmente, se acordó la separación absoluta y perpetua: dos de una parte y dos de otra. Aun veo el sitio y la hora en que fué decidido y resuelto en pocas palabras el abandono irrevocable. Nos separamos sin adioses ni apretones de manos. Yo me quedé, a la caída de la tarde, con sólo un amigo, con el solo amigo de toda la vida, con un amigo todo para mí.

X

EL

¡Caro Julián! Han pasado más de doce años desde aquel otoño angustioso y lluvioso en que nuestras almas dispersas se encontraron y unieron. Podemos hablar de aquellos tiempos pacata, serenamente, como si no se tratase de nosotros, que tenemos todavía los mismos nombres y apellidos y tantos recuerdos comunes. Ya no somos los mismos. Yo no soy yo; tú no eres tú ya. En un momento dado tomamos diversos caminos. Tú eres ahora un hombre serio, respetado, trabajador; tienes admiradores, secuaces, tal vez discípulos. Has hecho tus campañas; puedes mostrar tus heridas; has sabido crear de la nada algo que se tiene en pie, que rige y que rinde; has querido esconder las traversías dolorosas de tu alma complicada, bajo el mandil del obrero y los anteojos del escribiente.

Yo me he quedado un poco siempre en el vagabundo caprichoso y sin timón de aquellos tiempos; no tengo arte ni parte, no tengo la piedra de una certidumbre en que apoyar la cabeza; no tengo un pedazo de mundo que poder rodear de un muro y decir: ¡es mío! Pero también yo he cambiado, ¡y de qué modo!

Podemos, pues, hablar de aquellos años con toda

la verosimilitud de la calma, como si fuese historia e historia de otros. Pero no puedo por menos de hablar de ello; nuestra amistad no fué como todas las demás: frívola, pasajera, sentimental. Debes reconocer que no fué como todas las demás.

No sé si tú has sentido nunca profundamente, en toda su plenitud, cuán grave y bello suceso ha sido nuestra larga fraternidad. Por mi parte, no sé recordar mi vida de esos años sino acompañada de tu figura de laborioso y excitable jacobino. Me veo contigo contra el viento de invierno y contra el polvo de verano, apoyado en las barandillas, a orillas del Arno, contemplando la furia inútil de una presa; tendido en la yerba en una cima del Mugello; inclinado a husmear en los puestos de libros viejos, o sentado en silencio a la mesa desmantelada de una hostería campestre. Por muchos esfuerzos que haga nunca me veo solo. Recuerdo día por día nuestra vida común y nada más fuera de ella.

¿Te acuerdas de tu primera casa, en aquella calle limpia y solitaria, entre palacios y jardines cerrados, por donde no pasan de noche sino enamorados y porteros? Era una casa grade y un tanto amarilla, y no obstante no tuviera arriba de cincuenta años a lo sumo, exhalaba ya algo de vejez y de tristeza. ¿Te acuerdas del gran cuarto oscuro, todo lleno de libros, almacén de todas las delicias italianas y francesas, ubérrima tierra prometida de todas las curiosidades de ignorante? ¿Recuerdas las largas charlas en tu habitación, ante el suave chisporroteo de la leña seca, mientras caía rápida la noche y las campanas sonaban sin cesar por algún olvidado duelo? ¿Te acuerdas de aquel jardinillo estéril enterrado entre paredes húmedas y ventanas siempre cerradas, donde por primera vez hablamos, conmovidos, de Stirner y de la divina libertad del yo? ¿O te acuerdas más bien de cuando

íbamos a esperar la puesta del sol a las colinas y mirábamos la ciudad cobardemente tendida a orillas del lento río, y le decíamos: serás nuestra!

A veces íbamos más lejos, a los montes, en busca de soledad, de viento y de serenidad. El camino nunca parecía largo. Seguíamos adelante con nuestro paso ligero de andarines impacientes, y en vez de cánticos, alegrábons el camino pensamientos y paradojas. Las subidas nos animaban como una batalla que vencer; los descensos nos humillaban y enmudecían. Presto escapábamos de las tapias, de las cercas de espino artificial, de los campos rayados en surcos derechos como un cuaderno de colegio. Buscábamos la altura y la libertad, los caminos sin la regla de los setos, los senderos y atajos, las manchas calvas, las subidas pedregosas que llevan a las casas deshabitadas. Y cuando llegábamos a la cima, al pie de los muros de un convento pobre y cerrado, o junto a los pedregales de las atalayas en ruinas cantábamos *La Marsellesa* en el gélido silencio de febrero, ante los valles desiertos y desconsolados, a las montañas lejanas, negras de pobreza, a lo largo de las costas, blancas de nieve y de luz, hacia el cielo manchado de nubecillas, y se nos ensanchaba el pecho bajo el respiro de los pulmones y el latir del corazón. ¡Cuán lejos estábamos de la ciudad estrecha y estrepitosa, y de todas las santas leyes de la humillación, ser amos del mundo, los únicos hombres dignos y nobles del mundo. Soplaban el viento, salpicándonos la cara alguna gota que se había quedado en una hoja; viajaban las rígidas nubecillas blancas por el cielo grande, sin color; quejábanse los árboles, golpeados sin merced por una onda de tramontana, y las yerbas quemadas y pálidas por el hielo esperaban, pacientes, la primavera y el oloroso secreto de las violetas.

Caro Julián, hoy somos ya dos hombres y no dos

muchachos. Tenemos mujer e hijos, tenemos diferentes deberes, tenemos, en cierto sentido, cura de almas. Con todo, creo que si algo menos falso ha salido nunca de nuestro espíritu; si ha de quedar algo de nosotros, después de la muerte, en los espíritus ajenos, lo debemos y lo deberemos a aquellas frías fiestas invernales, a aquellas fugas en pareja hacia la tierra desnuda y la altura immaculada.

Acuérdate de nuestras veladas, cuando yo iba a tu casa, donde estabas solo, escribiendo y esperándome. Delante de tus ventanas había un ciprés y junto al ciprés una subida. Queríamos a aquel ciprés, que era un poco destartado y polvoriento, pero negro por entero y completamente solo en aquel resto de antiguo jardín. Y mirábamos muchas veces la subida. Nuestra vida era y quería ser una subida. Habíamos soñado todos nuestros sueños en alto, los pies en la yerba agostada y el perfume del tomillo en el aire. Todos nuestros proyectos de libros, nuestros programas de periódicos, nuestros planes de acción, los hemos concebido y desarrollado allá arriba, a unos cuantos centenares de metros sobre el mar y sobre la gente. Y en todo cuanto yo pensase o propusiera entrabas tú también; y en las cosas propuestas por tí debía tener parte yo, y el universo estaba netamente dividido así: nosotros dos, de una parte, y todo el resto, de la otra.

Arriba, junto a la desembocadura de la calle de San Leonardo, había dos cipreses grandes y majestuosos, y casi de la misma altura. Estaban emparejados y no tenían compañeros en derredor. Dijimos — una vez — que aquellos habían confundido sus raíces bajo tierra y sus ramas en el aire, así nosotros queríamos estar unidos en la vida y en el porvenir. Y dijimos asimismo que la suerte de aquellos cipreses sería la nuestra, y que si uno de los dos era cortado o fulminado, lo mismo nos acontecería a uno de nosotros... ¿Te acuer-

das? Pero los dos cipreses están allí todavía, y ni la tormenta los ha abatido ni el hacha los ha podado, y allá van los pajarillos al caer de la tarde a piar su amor. Y aun vivimos nosotros dos y siempre juntos, pero los orgullos locos ya no nos llenan la cabeza, y cuando paso ante los dos negros hermanos bajo la cabeza y — no sé por qué — se me aprieta el corazón.

¿No sientes qué grave suceso, qué hermoso suceso ha sido nuestra amistad de entonces? No sé si en tu memoria estaré vivo y presente como tú en la mía. No sé hasta qué punto sabes que lo mejor de nuestra vida empieza allí, y no antes, y que precisamente en esos años nuestra alma ha esculpido para siempre sus rasgos y medido la largura de sus alas.

Estamos juntos y lejos, amigo mío, y yo no sé nada de tí y tú ya no sabes nada de mí.

Pero si te recuerdo sentado ante los pupitres inmensos y garrapateados de la biblioteca, en las mañanas y tarde del trabajo apasionado, y vuelvo a oír tu voz preguntándome o respondiéndome algo (mirando en derredor con un raballo del ojo para que el hombre severo que pasea de arriba abajo no se diese cuenta de nuestro bisbiseo ilegal) entonces lo comprendo todo y vuelves a ser mío, todo mío, como en aquellos lejanos días de nuestra impaciente vigilia.

O cuando íbamos al café, por la noche, ya tarde, y nos refugiábamos en la última mesa, en el rincón más lejano del caserón aquel de hierro y cristal de la gran cervecería. ¿Te acuerdas cómo pasábamos, modos y desdenosos, muy tiesos, en nuestras capas negras, por entre las mesas de las buenas familias, junto a los filisteos solitarios que se morían de aburrimiento hipnotizados por la copas vacías, bajo la mueca de los jovencuelos elegantes y vulgares como criados? ¿Con qué satisfacción nos metíamos allá dentro

a beber el café caliente y malo, a recapitular las conquistas del día, a comentar el pasado y el futuro, la cara estúpida del vecino y la suerte del mundo, las plagas de la tierra y las esperanzas del cielo! ¡Cuántos libros hemos repasado, cuántas ideas hemos vuelto a descubrir, cuántas glorias hemos triturado, cuántos sistemas hemos desmontado, de cuántas obras hemos escrito el índice y el prefacio, a cuántas paradojas hemos dado aire y a cuántas saetas hemos limado la punta! ¡Nada de ajeno ni champaña! Era la nuestra, como la dipina juventud, una borrachera sin vino, una orgía sin mujeres, una fiesta sin música y bailes. Era el exultante desenterramiento cotidiano de nuestro yo, de nuestro más íntimo y verdadero yo; el descubrimiento, el rehacer perpetuo de nuestra inteligencia de líricos del concepto y de sondeadores de profundidad.

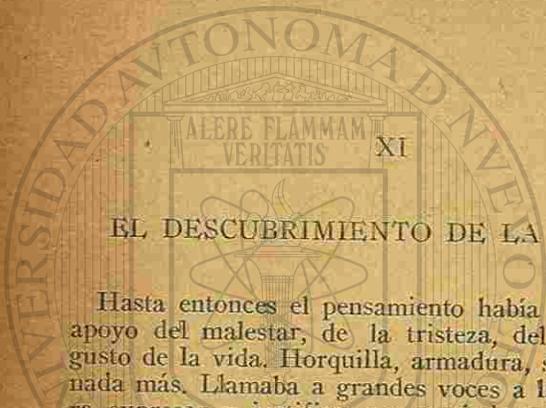
Nos hemos descubierto juntos y juntos hemos descubierto el pensamiento. Yo te revelé tu alma y tú me abriste la mía. Juntos hemos creído y negado todo; hemos edificado y derrocado. Uno al lado del otro, la mano en la mano, hemos buscado la verdad, devorado los libros y discutido las glorias más incontrovertibles. En el mismo instante nos hemos librado de la fe de los padres, de los ídolos de la tribu, de los rastrillos de los temerosos. Hemos dormido en la misma cama, comido en la misma mesa y hemos señalado en los mismos libros las mismas páginas. Con todo, nuestra amistad no ha tenido nada de blando, de femenino, de patético y — digámoslo también — de cordial. Ha sido la amistad de dos cerebros en pena, y no la correspondencia de amorosos sentidos de dos corazones confidentes.

No nos hemos besado nunca, no hemos llorado juntos ni una vez, y ninguno de los dos le ha dicho al otro los secretos más caros de sus pasiones. Cuando

te enamoraste lo supe por otros, y tuve la noticia de tu matrimonio por el *Corriere della Sera*. ¡Por algo leíamos con tanto ardimiento *Le rouge et le Noir* y la *Mort du loup*!

Si; tendrás que reconocerlo. Nuestra amistad no fué como todas las demás. Completamente cerebral, completamente intelectual, completamente filosófica; tuvo, sin embargo, los ardores y las tempestades de los afectos del corazón. Y no estoy muy seguro tampoco de que para nada entrase en ello el corazón. Yo no soy únicamente un cerebro. ¿No sientes cuánta nostalgia en estos recuerdos, en estas memorias de una felicidad irrevocable? ¿Y por qué este pasado de lecturas, paseos y coloquios—este pasado simple y recogido de trabajo y de silencio,—me conmueve más que el recuerdo de un amor? ¿Por qué siento todavía por ti una ternura nunca dicha, nunca manifestada, que ni una vez siquiera he mostrado en mis actos o expresado en mis cartas? No; yo no estoy de ningún modo seguro de que el corazón no tuviese parte en ello.

Tú solo, tal vez, podrías decirlo; pero no te lo preguntaré. No quiero que lo digas; será otro de aquellos secretos—¡el último!—que hacían más pura nuestra viril fraternidad.



EL DESCUBRIMIENTO DE LA UNIDAD

Hasta entonces el pensamiento había sido testigo y apoyo del malestar, de la tristeza, del ingenuo disgusto de la vida. Horquilla, armadura, sustentáculo, y nada más. Llamaba a grandes voces a la filosofía para expresar y justificar un sentimiento mío: aliada, auxiliar y sierva que alababa en tanto me daba razón y me prestaba su imagen—venerable, creía yo entonces,—para no presentar a los enemigos la lírica desnudez de mis angustias infantiles e imaginarias.

Pero en aquel escoger el obscuro asidero, sin adorno, de la filosofía, antes que la shakespeariana y abigarrada capa de la poesía, era la señal de una inclinación instintiva hacia el pensamiento abstracto y el reconocimiento; puedo decir ahora que aquella veste tenía un valor en sí y más valor que otras, y, en fin, la tendencia a descubrir que bajo aquel hábito podía haber también un cuerpo sólido y vivo.

Así, pues, salí del dolor por la vía del pensamiento. El método hizo olvidar los resultados y el medio mató el fin. Mi idea fija, como he dicho, era podar el mal de la vida de modo certísimo, irrecusable, definitivo, de tal modo, que nadie pudiese decir que no;

de tal modo, que todos tuvieran que decir: "¡Es así; no puede ser más que así!"

Entonces me parecía que solamente la ciencia podía dar la certidumbre, una filosofía enlazada a las ciencias y de ellas nacida. Todo el mundo conoce esa filosofía; se llama, en nuestros tiempos, positivismo. Me propuse, pues, hacer una demostración positiva del pesimismo.

Me arrojé, con el hambre de los diez y ocho años, sobre las antropologías, psicologías, biología y sociologías, que estaban entonces en ese insostenible colmo del medio día, que ya anunciaba el cansancio. Amontoné hechos, copié cifras, apliqué teorías, tenté generalizaciones, improvisé simiescamente hipótesis y sistemas. Y poco a poco fuí tomándole gusto; me olvidé de la tragedia del mundo, de la vanidad leopardina, de la renuncia schopenhauriana e incluso de mi indefinido descontento. Me gustaba la investigación por la investigación; la idea que engendra una idea más grande; el poder maravillosamente ensanchador de la abstracción. Los métodos y los conceptos me conquistaron; no vi ya mi dolor reflejado en el mundo, pero sentí pensar el mundo dentro de mí. Desde entonces mi vida fué pensamiento, y sólo pensamiento. La idea me pareció la única realidad, y la filosofía la única expresión perfecta.

Estaba ahogado por los hechos, pero los hechos no me bastaban. Por muchos que sondease y amontonase no agotaban el infinito. Aquella riqueza de particulares que había sido mi única riqueza de erudito desordenado, parecíame una desesperada miseria. Mi mente, maniática de vastedad y de totalidad, buscaba los conceptos universales como el único alimento que por fin le pudiese quitar el hambre. Las teorías me gustaban más que las pruebas, las ideas más que la experiencia y dos hechos tan sólo me parecían más que

bastantes para elevar un sistema. A fuerza de seguir adelante, por abrazar cada vez más realidad con menos principios, caí, como era natural y necesario, en el monismo. No ya en el monismo idealista, que conocí después, sino en un monismo cual podía ser inspirado por los grandes mecanistas que entonces frecuentaba. Creía—creía—en una substancia única que componía todas las existencias del universo, y que, aun siendo indefinida, asemejábase más a la vieja materia que a cualquier otra cosa.

Para mí, este monismo, esta fe en la unidad profunda y substancial de todas las cosas, no era únicamente una palabra, una frase, una fórmula. La sentí y la viví en mí, en cada momento de la vida, como se viven una pasión y un amor. Todas las cosas diversas eran, en verdad, para mí una sola cosa; la substancia única, substratum del variable todo; no era una invención mental, sino la realidad misma. Y exaltábame una voluptuosidad continua: la de creer saber que todos aquellos objetos tan separados, tan diferentes para las bestias ciegas que me circundaban, eran, por el contrario, para mí el mismo objeto, el mismo principio, la misma tela cortada y coloreada de mil maneras para comodidad de nuestros sentidos.

Tanta era la fe, que me convertí en apóstol. Empezaba entonces a superar el círculo de los compañeros de escuela y a reunirme con algún intelectual viejo (que era, o me lo parecía, superior a mí) y con otros menos doctos que yo, pero curiosos de ideas, con los cuales podía arriesgar las primeras experiencias de maestro. Recuerdo siempre un instante de junio musical y solar. Estaba en casa de un cuentista principiante, a quien quería convertir a mi fe. Sonaron de pronto las campanadas de mediodía y pareció como si llenasen de calor sonoro todo el aire ya colmado de sol.

Mira—díjeme, mostrándole una pluma,—piensa que esta pluma y ese repique son la misma y única cosa. Es ésta una fuerza fija, aprisionada por ahora en madera y hierro; esa otra, una fuerza que ahora se libera en anchos círculos en el azul. ¿Dónde hay una verdad más profunda y grandiosa que ésta?

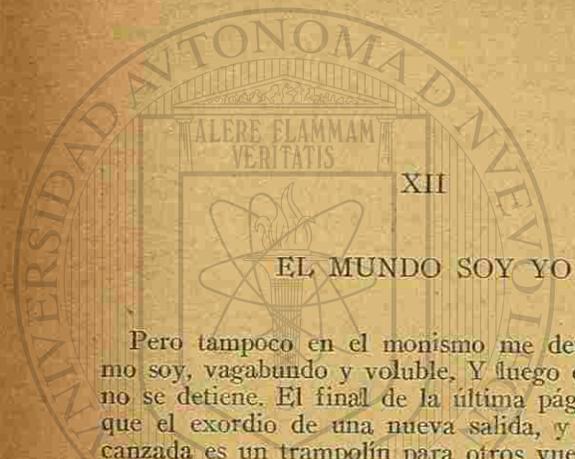
Y en aquel momento sentía, veía, tocaba en toda el alma aquella divina unidad y vislumbraba verdaderamente la enemiga confusión del diverso regurgitar hacia el origen único de un solo manantial, de un solo momento, y enlazarse en el futuro hacia la única desembocadura de un panteísta nirvana.

nada. Único espía y testigo de la realidad en este continuo surgimiento y resurgimiento de *estados* y *devenir*es de conciencia. El mundo es nuestra representación. Mi filósofo ya no fué Schopenhauer, sino Berkeley.

¿Hay algo más allá de la representación? El conocimiento ¿es una ventana fiel de la realidad, o un sistema de cristales historiados que filtran sólo imágenes falsas y sombras inciertas de verdad? ¿Y hay algo de verdad tras el conocimiento o la nada, como tras de la vida? ¿Es únicamente espejo de sí mismo corteza sin tronco y vestidura en el vacío?

Estas preguntas que el hombre sano no se hace, que el filósofo de oficio acalla con las sentencias y los expedientes de la profundidad verbosa, me turbaban profundamente y me forzaban a un juego cerebral sin descanso, a una caza desesperada de argumentos, de sofismas y de escapatorias; me hacían afanoso, inquieto, incansable, como si la vida misma hubiese de depender de ellas. Ahora, a una distancia de años, veo toda la ingenuidad de mi manera de plantear los problemas y la grosería de las soluciones; pero en aquellos días se trataba de cosas graves, de acaecimientos interiores bastante más importantes que un primer cariño o una ganancia inesperada. El pensamiento era la vida y la elección de una teoría era la dirección de una existencia.

Todas las noches, de cuatro a siete y de ocho a doce, discusiones—discusiones con amigos y con enemigos,—discusiones en alta voz, con empeño y furor. Ibamos a la orilla del río amarillo o por las avenidas altas, entre la gente, entre árboles, bajo el cielo tierno y esfumado del atardecer, bajo el cielo goteando lluvia o todo estremecido de estrellas descaradas, en medio de la multitud, de la niebla, de los carros estrepitosos; sobre las losas mojadas; sobre los guija-



Pero tampoco en el monismo me detuve. Era, como soy, vagabundo y voluble. Y luego el pensamiento no se detiene. El final de la última página no es más que el exordio de una nueva salida, y toda cima alcanzada es un trampolín para otros vuelos.

Conquistado el sentido de la unidad, púsoseme delante la pregunta que sin cesar retorna: ¿De qué está hecha semejante unidad? Qué nombre tiene la substancia invisible y omnipotente que todo lo hace y llega a serlo todo? ¿Materia? ¿Éter? ¿Energía? ¿Espíritu?

Reluce en mi interior, a grandes trazos, el drama de la filosofía. Contra las primeras afirmaciones naturalistas surgían las réplicas tradicionales. El universo de agua y de fuego, de corpúsculos o de vórtices, se convirtió poco a poco en el mundo de la razón, en la múltiple encarnación de las ideas, de la cristalización de la palabra divina; en el río cambiante de las imágenes, en el reino del espíritu manifiesto. La revolución idealista me conquistó. *Esse est percipi*. La realidad inmediata es la sensación. La sensación es un hecho nuestro, del alma. Más allá no sabemos

tros relucientes, sin ver nada, sin sentir nada, sin darnos cuenta de aquel mundo exterior, la existencia del cual se negaba o se confirmaba de nuevo de media en media hora. Teoría del conocimiento, percepción y representación, objetivo y subjetivo, idealismo y realismo, Kant y Stuart Mill, sentido y razón, Platón y Locke: toda la armería gnoseológica desenvainada y blandida, centelleando. Y volvíamos a casa vacuos, atontados, sin una certidumbre, sin un punto seguro y con la duda de que toda esta mezcolanza de definiciones, dilemas e inducciones, no fuese sino efecto de una mala inteligencia ridícula, de una sencilla y humilde cuestión de palabras.

Pero el idealismo resistía. Me parecía la única tesis lógica; y por lógica no se detuvo en mí en la solita igualdad entre exterior e interior. El mundo es representación, sí; pero yo no sé de más representaciones que las mías. Las de los demás me son desconocidas, como la esencia de los fenómenos inanimados. La mente de los demás existe tan sólo como hipótesis de mi mente. El mundo es, pues, *mi* representación—el mundo es mi alma,—el mundo soy yo!

¡Qué maravilloso descubrimiento, qué imprevista iluminación! Ninguna idea me sacudió y transformó como ésta. No me curé de su estrambótica inverosimilitud; no pensé que pudiera ser un equívoco dialéctico; una simple transposición de lenguaje, y nada más. Su misma locura inflamaba mi fe: ¿Nadie cree en ella ni puede creer? ¡Tanto mejor! Creo yo. La verdad más profunda se descubre siempre tarde, al final.

Y creí en ella con todo el cerebro; la tomé en serio, al pie de la letra, sacando las más lejanas y absurdas consecuencias. Mi vida se hizo fantástica y divina, sin que nada cambiara en derredor mío.

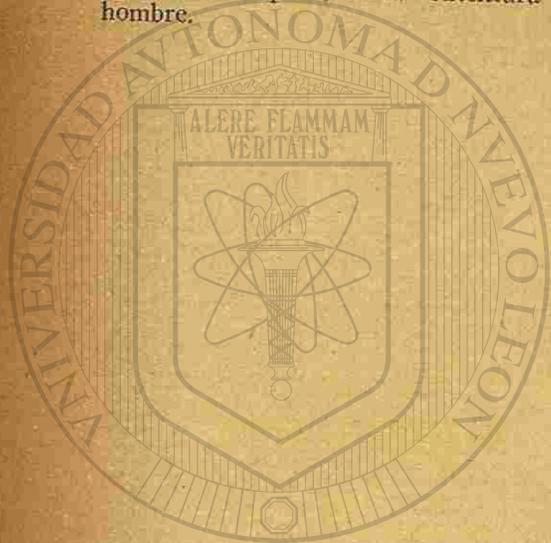
El mundo todo no era sino parte de mi yo: de mí, de mis sentidos, de mi mente dependía su existencia. Según mis movimientos, las cosas surgían o desaparecían. Volviendo, resurgían; dejándolas, se deshacían una vez más. Si yo cerraba los ojos, todos los colores morían; si me tapaba los oídos, ningún sonido, rumor o armonía rompía el silencio del espacio. Y última consecuencia: cuando yo muera, todo el mundo será aniquilado. Quedábame una última duda: ¿moriré como los demás? ¿Puedo pensar que mi pensamiento deje de pensar?

¡Y los hombres! Sombras pasajeras sobre mi sensibilidad, fantasmas evocados por mi voluntad, fantoches pretenciosos de mi teatro interior; ¡qué diversidad! ¡Cuánto más nulos y bufos que antes me parecían con todo su afán! Pasaba por entre ellos y pensaba: He aquí que creen vivir, que creen existir por cuenta propia, y aun—humildes creyentes—ser inmortales! Y no saben que no son sino figurillas apresuradas en mi pupila; recuerdos y esperanzas leves de mi ánimo; gotas inconsistentes de un río de imágenes que en mí sólo tiene manantial y desembocadura. Sigo adelante; helos aquí, de nuevo, enterrados en la nada, y que sin embargo yacen satisfechos, como si les esperase una vida colmada y sin término.

Y mirándolos, sonreía, y nos los odiaba ya, e incluso había desaparecido todo rencor por su injusto desprecio. Ya no era víctima; me sentía amo y dominador—el único vivo en un lugar de sombras.

Creo haber experimentado en aquellos días algo semejante a lo que Dios experimentaría siempre si existiese. Era yo incansable creador y aniquilador, y el mundo estaba a mis pies, como si yo pudiese rehacerlo diferente por completo y reabsorberlo con un acto tan sólo. Experimenté a veces tal embriaguez metafísica

con tal pensamiento, que me parecía no ser ya aquel pequeño yo mismo que soportaba, sino haberme de pronto transfigurado y agigantado como un dios que surgiese de repente de la contextura mezquina de un hombre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XIII

NADA ES VERDAD.—TODO ESTA PERMITIDO

El solipsismo perfecto y consecuente fué la más loca borrachera de mi primera juventud, pero no la más larga. Duró poco, como todas las embriagueces.

El despertar fué triste. Habitado a considerarme el eje del universo, la sola unidad capaz de dar forma y permanencia a la nada impaciente de ser, se me presentó de improviso la certidumbre de que era víctima ridícula de un juego de palabras, de una trampa lógica, de un rompecabezas metafísico. ¡Tanto calor, tanta voluptuosidad, tanta maravilla por una ilegítima deducción de un círculo vicioso! Decir que el mundo es representación quiere decir simplemente que las representaciones son el mundo y que el mundo existe; creer que los demás existen significa únicamente que existen esos conjuntos de sensaciones dirigidas por una voluntad semejante a la nuestra que se llaman hombres, y éstas son simplemente *definiciones* que no cambian nada de nada. El vocabulario es siempre el mismo, y ante las cosas y los hombres debemos obrar como entes, y no podemos obrar de otra manera. A la resistencia que los cuerpos oponen a mi voluntad se añaden las voluntades diversas de la mía y diri-

gidas contra la mía, y ello demuestra que en vez de ser un dios soy simplemente un imbécil.

Más tarde esta persuasión me empujó a buscar otro camino para llegar a Dios: acrecer el alcance de mi voluntad. Entonces, por el contrario, aquel humilladísimo y melancólico despertar tuvo por efecto el lanzarme al exceso opuesto. Perdí toda fe en el pensamiento, en la razón, en la filosofía. El pensamiento se me hizo paradoja poética; la razón me pareció diseño geométrico y simétrico de puras líneas sin dimensiones; la filosofía, no más que expresión dialéctica de simpatías, de odios, de necesidades cerebrales o morales de tal o cual hombre, y no del espíritu universal encarnado. La lógica, que me había conducido con su rigor autónomo y su camino sin recodos hasta aquel punto, se me trocó en una sofística sutil, capciosa, disgregadora, que ejercité gallardamente sobre todos los pensamientos posibles apenas se me ofrecía ocasión propicia. Me convertí en una especie de Gorgias de café, que para vengarse de la certidumbre perdida y de la soberbia fracasada, se divertía en disolver y disecar la fe de los demás, en arruinar sus tentativas de teoría, de afirmación, valiéndose, no sólo de su debilidad e ignorancia, sino también de la propia mala fe y pésima voluntad. Me gustaba meterles la duda en la cabeza a los dogmáticos; acallar a los ardorosos; poner en ridículo a los fanáticos; humillar a los charlatanes. Era un placer amargo, malo, estéril; pero me gustaba. Era mi única venganza. Iba aparte a buscar a los demás, no para convencerles de alguna cosa, como antes, sino para disuadirlos, para hacerlos una vez más semejantes a mí.

Poquísimos me resistían. El hablar animoso, la facilidad de improvisación, la práctica de la esgrima dialéctica, la experiencia de las diversas filosofías, el descaro de mi erudición bibliográfica, me daban la su-

premacía la mayor parte de las veces. Poseía el método; sabía las insidias tácticas, los lazos infalibles, los golpes maestros.

Todo es relativo. Verdad aquí, error acullá. Verdad por este lado y falsedad por el otro. Todos los principios, contradictorios en sí mismos; cada metafísica no es más que la transcripción en diversos lenguajes de dos o tres fórmulas generales, y éstas reducen casi siempre a alguna mística unidad—a un único que no se comprende, que no es nada, que no significa nada.—Se fabrican las filosofías para justificar nuestros prejuicios, nuestros sentimientos, las necesidades, incluso bajas, de nuestra vida; volvamos a traducir la filosofía a términos de vida, y nos encontraremos con una a modo de la metafísica de los cerdos esbozada por Carlyle. La única realidad es el presente, la sensación: cada cual viva su presente y mande al demonio las fórmulas y las fes. Es menester librarse de estas costras de antiguas enfermedades: cada cual se libre a sí propio y crea en sí mismo y en el momento fugaz, que por fugaz precisamente es bello.

Y como en ninguna de mis aventuras me he detenido en la mitad, no tardé mucho en sacar las consecuencias de esta negación de todo principio y de toda regla. Hallé a Max Stirner en aquel tiempo, y me pareció haber encontrado por fin el único maestro, sin el cual no me podía pasar. Del solipsismo cognoscitivo pasé al solipsismo moral. No hubo otro dios ante mí sino yo. Fantaseé una egología: destruí en mí los afectos familiares, los lazos patrios, los últimos frenos del hábito burgués de correcta conducta. Fui anarquista; me llamé anarquista; y no vi fin alguno digno de mí sino la liberación completa de mí mismo, y de los demás luego. Porque necesitaba para mi libertad de la libertad ajena.

Fundé con tres amigos un grupo individualista; es-

cribí la Proclama de los Espíritus Libres, y nos emborrachamos juntos de vino, de *haschisch* y de feroces absurdos.

Nada fué ya sagrado para mí: las mismas tentativas revolucionarias y los mismos programas humanitarios que me parecían antes algo importantes, habíanse trocado a mis ojos en estúpidas niñerías de creyentes laicos e inexpertos. Necesitaba muy otra cosa. La liberación *interior*, ideal, radical, de todos los hombres. Si acaso, aquí y allá, para ayudar al futuro, algún buen barril de dinamita. Pensaba, juntamente con los pocos a quienes me había acercado, en un golpe de mano para apoderarme de la ciudad; me preparaba para la universal revuelta; tenía deseos de escapar, de viajar por todos los países, de tropezar con los cuerpos de todos los pueblos, de estomagarme con las emanaciones de Oriente y perderme en los humos del Norte.

Y entre tanto, no pudiendo hacer nada, descontento y excitado, ávido y esquivo, descargaba mi desdén en aforismos desvergonzados, en desahogos líricos y mordaces, a semejanza de los de Nietzsche; y meditaba, por odio a la filosofía y a Kant, su digno alcahuete, una "Crítica de toda razón", y un "Crepúsculo de los filósofos"; y sentía la necesidad apostólica de liberar a los demás, como me parecía haberme libertado yo, con la desnuda y valiente teoría.

¿De qué modo? Fundando un periódico. Un periódico con la poca ciencia que se necesitaba para desahacer lo viejo, y la mucha crudeza, el anti-idealismo, el exotismo que había en mí y en los más próximos a mí.

XIV

HERVOR

Cada vez que una generación se asoma al terrado de la vida parece que la sinfonía del mundo tiene que atacar un tiempo nuevo. Sueños, esperanzas, planes de ataque, éxtasis de los descubrimientos, escalos, desafíos, soberbias, y un periódico.

Cada artículo tiene el trueno y el son de una proclama; cada asalto y compás de polémica está escrito con el estilo de los boletines victoriosos; cada título es un programa; cada crítica, una toma de la Bastilla; cada libro, un Evangelio; cada conversación toma el aire de un conciliábulo de catilnarias o de un Club de descamisados, e incluso las cartas tienen el aliento y el galope de admoniciones apostólicas.

Para el hombre de veinte años todo anciano es el enemigo; toda idea, sospechosa; todo grande hombre ha de ser sometido de nuevo a proceso; la historia pasada parece una larga noche rota por los relámpagos, una espera gris e impaciente, un eterno crepúsculo de la mañana que al fin surge con nosotros. Para el hombre de veinte años, los mismos ocasos parecen tener los reflejos blancos y delicados del alba que tarda en venir, y las antorchas que acompañan a los

muertos con iluminaciones de alegría por nuevas fiestas, y los lamentos de las campanas devotas son esquilas que anuncian los nacimientos y bautismos de las ánimas. Es la única edad rodomántica de la vida en que se tiene el vicio viril de coger a todos los bueyes por los cuernos; en que se anda con el paso ágil y bien firme de los poliorcetes, con el sombrero de lado y un bastoncito de cerezo en la nerviosa mano.

Toda cinta nos parece una bandera; todo amor lejano, el temblor gigantesco de una revuelta; todo estallido de petardo, el anuncio de una batalla, y todo chaparrón, el principio del segundo diluvio universal. Escuchamos con las orejas tensas el murmullo del viento y creemos que es el deshacerse del mundo; el trote de un caballo de alquiler nos hace correr a la ventana como si fuese el bucéfalo negro del Anticristo, y las bandas rojas del sol poniente casi nos hacen entrever un hemisferio de fuego que se extiende más allá de los últimos montes, donde la vida es tal vez una agitación de gigantes, y el cielo es, no de azul cristalino, sino color de incendio y de infierno.

En los momentos de la más profunda embriaguez tenemos la feliz certidumbre de ser los primeros hombres del mundo—los primeros en el orden del tiempo,—los verdaderos Adanes; de ser los que deben asignar un nombre a las cosas, edificar las ciudades, fundar los reinos, profetizar las fes y conquistar en riña, cuerpo a cuerpo, el entero dominio del mundo de aquí. Solos, inocentes, vírgenes y puros, nos seatimos con derecho a cancelar los recuerdos y la fuerza de retejer la realidad con nueva trama y nuevos dibujos.

El mundo nos parece mal pergeñado; la vida sin armonía y sin grandeza; el pensamiento nos hace el efecto de una furiosa intención a medias cumplida, de

un gesto apenas iniciado, de un dibujo negro y confuso que nadie ha desenvuelto en un fresco.

¡Hay tanto que hacer y rehacer! ¡Hétenos dispuestos; aquí estamos nosotros! ¡Fuera chaqueta y sombrero! ¡Adiós, grandes libros con márgenes escritas que nos disteis una sed tremenda y no nos enseñasteis las fuentes!

Hétenos aquí a nosotros, buenos chicos, que tenemos gana de trabajar. En mangas de camisa, los caballos al viento, azadón en mano y carabina al hombro, albañiles y soldados en el mismo momento, como los hebreos de Esdra. ¡Qué confusión! ¡Qué polvareda! ¡Cuánta cal! Caen los muros con estruendo de bombas; el polvo que nos ahoga es denso como el de una batalla *ancien régime*, y los cánticos que se alzan y se responden en el ruido de las demoliciones son cantos de guerra e himnos de revolución.

No hay nada que pedir; tenemos espíritu militar. No nos queremos poner, ni por todos los libros del mundo, la casaca del infante; pero la guerra es nuestro oxígeno, todo asedio es una fiesta y quisiéramos que cada palabra fuese un escopetazo a quemarropo y cada idea una infalible bomba de fortaleza. Pero el ejército regular nos repugna. Estamos por los voluntarios, por las bandas armadas, por los bandidos, por los libres guerreros de las plazas que derrocan a los reyes, por los caballeros errantes que buscan las aventuras de espada como Casanova las de faldas. Don Quijote es nuestro patrón, y únicamente por su amor toleramos a Sancho Panza; pero nos desahogamos odiando venenosamente a Sansón Carrasco, padre y modelo de todos los filisteos modernos, enemigos jurados de la locura y de cuanto se le parece.

También nosotros somos caballeros-hidalgos de capa y espada, prontos a clavarla en el amojamado corazón de los padres nobles y a amparar con la capa

a las Dulcineas temblorosas de miedo. Pluma en el sombrero y mano al pomo, miradas de valentones, movimientos de cobardes. ¡Qué diablo hacéis aquí en derredor vosotros! ¡Andad aprisa, si no queréis que os pisen; suicidaos si no queréis ser barridos. Nosotros seguimos adelante, ¡debemos seguir adelante! ¡Todo está sobre nuestros hombros; todo a nosotros toca!

Y, camino adelante, todo es bueno: una bofetada, una estocada y a seguir; así como así se hace ejercicio. También nosotros creemos que los molinos de viento son gigantes, y no nos avergonzamos de ello. ¿Son acaso menos peligrosos? Probad si no vosotros a asaltarlos y veréis que las aspas de madera no son menos duras que los brazos de los Briareyes.

Todo por nada; ¡o nada o todo! ¿Hay todavía mundos por descubrir, verdades por revelar, torres y murallas que derrocar al son de nuestras trombas?

A todos fastidiamos: arrojamos a Dios de las nubes del cielo; a los reyes, de los sillones de la tierra, y ni siquiera los muertos pueden estar tranquilos bajo las flores y las mentiras de los camposantos, ni las impedidas celebridades de bronce sobre sus pedestales de piedra.

Queremos librarnos de todo y de todos. Queremos volver a ser *desnudos* de alma como Adán, inocente, fué desnudo de cuerpo. Queremos quitarnos los mantos de la religión, las chaquetas de las filosofías, las camisas de los prejuicios, las corbatas corredizas de los ideales, los zapatos de la lógica y los calzoncillos de la moral.

Es menester rascarse la piel, limpiarse el alma de nuevo, desinfectar el cerebro, tirarse al agua corriente, volverse niños inocentes y naturales como salimos del útero de nuestra mamá. No queremos que los muertos sigan mandando a los vivos, que los libros inspiren las vidas, que la Razón y la Historia conti-

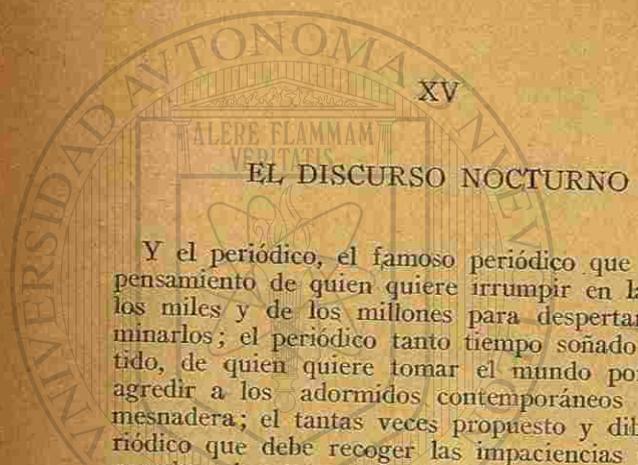
núen con mayúscula y todo teniéndonos encerrados y sujetos a los bancos de las escuelas, derechos y con la boca abierta, para recibir en el aire el pan mascado por otras bocas. La Razón debe ser *nuestra* razón, y la Historia comienza hoy. Año primero de nuestra era. *Incipit vita nova.*

Nueva tierra y nuevos cielos. Escenarios pintados para la ocasión. Palacios levantados en una noche. Largas fachadas, todas encendidas, con mil ventanas y un estandarte en cada una. Y muchos gritos por la calle; necesidad de subir, de habitar en los montes, de ver las ciudades a nuestros pies, de poder despreciar a los hombres de lejos.

Despreciarlos y también odiarlos y matarlos. Pero en el fondo, ¡amarlos! Todo cuanto hacemos es por ellos. Cuanto decimos es por deslumbrarlos, por asustarlos; pero cuanto hacemos es por todos, por la liberación y el contento de todos. Hacemos la guerra por que sean mejores, gritamos para que no se olviden, los asustamos para que piensen en cuanto les sucede. No tenemos más ambición en el fondo que la de ser sus maestros, sus guías, sus profetas, y nos bastaría morir, como Moisés, ante las viñas de la Tierra Prometida. Y de todas estas tempestades, rebeliones y arrogancias salen cuatro, ocho, diez y seis páginas de papel impreso; ¡el solito periódico!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

REPOSICIÓN DE BIBLIOTECAS



EL DISCURSO NOCTURNO

Y el periódico, el famoso periódico que preside el pensamiento de quien quiere irrumpir en la masa de los miles y de los millones para despertarlos e iluminarlos; el periódico tanto tiempo soñado y prometido, de quien quiere tomar el mundo por asalto y agredir a los adormidos contemporáneos a usanza mesnadera; el tantas veces propuesto y dibujado periódico que debe recoger las impacencias de los ignorados, dar voz y figura a un grupo de oscuros, revelar a los maestros inmediatos, a los que ya no son jóvenes, que los verdaderos jóvenes, que los frescos jóvenes de veinte años han llegado también a la mayor edad y que otra generación tiene por fin derecho a la palabra; ese periódico absolutamente necesario que debe ser algo así como el estiramiento de los músculos de un prisionero apenas suelto, como el primer canto de una boca que debió hasta ahora murmurar únicamente; ese periódico que debía ser, que quería ser y podía ser la primer venganza de todas las melancolías, el desahogo invocado de todos los desdenes, el arma de todos los golpes de mano, la tromba wagneriana de todos los desafíos, el diario de nuestros sueños, el cartucho de las demoliciones harto esperadas, la luz y el resplandor irisdicente de los pen-

samientos más temerarios, ese famoso periódico se hizo por fin.

Fue menester no poco valor. No teníamos dinero; no teníamos ideas precisas sobre lo que teníamos que hacer, defender y ofender; éramos pocos, y todos de natural y ambiciones diversas; no sabíamos adónde dirigirnos. Y con todo, el periódico se hizo.

No sabíamos esperar más. Nuestro día había llegado. ¡Hacia tanto tiempo que se hablaba de él! En el primer cenáculo habíamos pasado mañanas enteras imaginando uno de esos periódicos vehementes e incandescentes. Se llamaría *La Llama*, y sólo publicaría obras maestras. Los originales mediocres y los libros idiotas serían quemados todas las semanas en una plaza, en un arrebatado de alegría. Diríamos nuestra opinión a todo el mundo en sus propias barbas, incluso a los más célebres—especialmente a los más célebres,—y sería nuestro gerente un mozo de cuerda matón, un gigante silencioso que firmaría el periódico con su retrato en vez de con su nombre y apellido.

Más tarde, con otros, se pensó un periódico de alta filosofía y de batalla trascendental: un *Devenir* con la divina frase heraclitea en la cabecera. Cuando nuestros espíritus de libertad a toda costa se caldearon hasta el hervor, se empezó a hablar de otro periódico, especialmente de ataque y despiadada ofensiva contra mitos, teorías, fes y hombres: *El Iconoclasta*. Y cada vez se limpiaban las armas, se fabricaban las flechas envenenadas y se afilaban los dientes; pero luego, por una u otra razón—y primera entre todas, siempre, la miseria perseguidora—veíamos constreñidos a entrar de nuevo en la sombra y en la desesperación de nuestros cubiles.

Pero esta vez iba de veras y nada nos haría volvernos atrás. Los pocos cientos de liras se reunirían de cualquier modo y las ideas...

Ideas sobaban incluso. Bastaba que hubiese uno para tomar la barra del timón y dar una buena dirección hacia la meta. Los demás, domados siempre por quien manda, irían detrás con la alegría de los que no saben adónde quieren llegar. Y así fué. Y yo fuí el hombre que dió un nombre, una idea, un manifiesto al empuje de esta pequeña multitud.

Estábamos en el mes de los muertos, y queríamos empezar en año nuevo. No teníamos un lugar de reunión en los primeros tiempos, y el café era muy caro; pero nos veíamos todas las noches, después de ponerse el sol, en una plaza, y de allí nos encaminábamos, a través del bullicio y de la ciudad, a la conquista de los principios y de los hombres.

Llovía casi todas las noches; el pavimento de las calles estaba sucio, barroso y encharcado; pero ninguno de nosotros paraba atención en ello. Seguíamos adelante, entre la gente, ora separados por los carros o por los transeúntes, ora agrupados y quietos bajo el trémolo rojo de un farol, cuando la disputa se hacía más clamorosa o alguna idea impensada surgía en uno de nuestros cerebros; y no nos preocupábamos del agua en que chapoteábamos, del barro que nos salpicaba el traje, de los viandantes apresurados, que nos empujaban y con nosotros chocaban; de las espesas gotas que caían por entre la niebla sobre los negros sombreros y los paraguas cerrados; y nos acalorábamos por nada, nos entusiasmábamos por un título, por una ocurrencia, por un apunte de artículo futuro, por una disquisición que se anunciaba amenazadora, por la vaga promesa de un grabado o de una suscripción.

Todas las noches, durante dos o tres horas, nos emborrachábamos con este sueño de palabras y papel, nada a nuestro alrededor nos parecía más importante y todo se juzgaba y veía en relación con nuestro periódico inminente. Nos parecía que toda la vida de la

ciudad, de la nación, del mundo entero giraba febril en torno a nosotros, con nuestra misma expectación, y que de nosotros, de nuestro rumor vociferante de desconocidos entusiastas había de surgir de pronto la luz y la llama que todo lo iluminaría y quemaría. ¿Cómo podía permanecer tranquila la gente mientras se preparaba la revolución de ideas y almas nuevas y la destrucción de errores y hombres viejos?

Y, en efecto, alguno que otro venía y se acercaba a nosotros sin conocernos. Nuestra abierta conjura había corrido entre los jóvenes, y muchos acudían por curiosidad o por libidinosidad semejante a la nuestra. Habíamos empezado a hablar de tal periódico tres o cuatro personas; pero luego de unos cuantos días, otros amigos habíanse unido a los primeros. Casi todas las noches aparecían caras nuevas, tipos nunca vistos ni conocidos, y había que estrechar nuevas manos y convencer y animar a nuevos secuaces. Venían los pobres estudiantes vestidos de negro, con las ojeras amoratadas por la lujuria y el estudio; los artistas, llenos de miseria y de miedo; los jovencuelos tímidos, sin pelo de barba, que oían atónitos y meditabundos las palabras gruesas y los fieros propósitos de los mayores; y caían por allí incluso jóvenes más maduros, de barba rubia o castaña, que se sentían atraídos por aquella rociada de juventud iracunda, después de la esterilidad de la espera, hartos larga. Había que hablar uno por uno, como en secreto, con los recién llegados; tocarlos, probarlos, reconocerlos; después venía el acomodo con éste y con aquél; y la camaradería general del *tú* hacia del desconocido de ayer el compañero elegido de hoy.

Era menester recoger todas estas fuerzas, hacerlas compactas y macizas para un esfuerzo común y lanzarlas finalmente a la carga concorde y vencedora contra el involuntario enemigo. Entre todos, yo era

el único que tenía alguna idea o traza fundamental, e incluso cierto poder de coordinación teórica. Todos me reconocían ya como el capitán indispensable de la próxima empresa. Después de más de un mes de coloquios y de asambleas ambulantes en aquel febril cabo de año, pensé escribir una especie de gran discurso o manifiesto y leerlo a cuantos se habían acercado a nosotros para que nos dijeran claramente si nos seguirían hasta el fin o no. No teníamos, como he dicho, residencia propia, y hubo que recurrir al estudio de uno de nosotros, de un pintor venido de Roma, todo sonriente, de tranquilo fervor. Pero aquel estudio no era verdaderamente suyo: era de una Academia que se lo había "concedido amablemente", sin sospechar, a buen seguro, la clase de amigos que tenía. "Tanto mejor"—nos dijimos. ¡Proclamaremos la guerra a todas las academias, entre las paredes de una academia!"

Pero era menester entrar allí a escondidas, sin que los custodios del tétrico palacio se dieran cuenta de nada. La reunión era, según creo, para las diez o las once de la noche. Era menester pasar por una puercecilla secreta, medio escondida en una calle de trasmano. A la puerta velaba un afiliado. Según iba llegando cada cual en la húmeda oscuridad, todo envuelto en el balandrán o en la capa, se le guiaba de puntillas por las escaleras de caracol, y a través de largos pasillos y recodos de paredes de madera, hasta la majestuosa estancia que había de acoger la solemne fundación. Tres o cuatro velas, clavadas en los clavos que salían de las paredes, o en las botellas de los barnices, iluminaban misteriosamente la habitación, que estaba atravesada por gruesa viga que descendía a esconderse en uno de los ángulos. Cuadros empezados, grandes decoraciones de mujeres vestidas de rojo y de ángeles, con trompetas de plata; dibujos

heroicos de desnudos y caballos, y rostros de tediosas bellezas prerrafaelistas, nos rodeaban mirándonos con mirada de albayalde. Cada cual se acomodó como pudo—en las sillas medio despanzurradas, sobre las cajas vacías de los cuadros, sobre las mesas cubiertas de papeles, en el suelo,—y al cabo de un cuarto de hora la habitación estaba llena de humo de cigarrillos y de desmembrada charla.

Pero cuando saqué las cuartillas del discurso se hizo el silencio, y yo leí. No sabría volver a decir ahora lo que dije aquella noche de fingida conjura y alegre expectación. Había en mi discurso mucha literatura, mucho entusiasmo, tal vez un poco de énfasis, infinitas promesas, tremendas amenazas y una tentativa de atar en un haz las ideas, intenciones, arrogancias y fuerzas de todos aquellos jóvenes que me escuchaban y que tenían fe en mí y en sí mismos. Había entre nosotros pintores que menospreciaban a los poetas y a la poesía; literatos puros, henchidos de crítica y de historia; filósofos enrabiscados, ansiosos de polémicas y enamorados de vuelos y de abismos; paganos decoradores y místicos impotentes; curiosos que nada hacían y despreocupados por sistema; y había que encontrar para todos la palabra, el impulso, la meta, la esperanza que los uniese, los sacudiera y envolviese finalmente en el hecho irreparable de la obra común.

Era necesario encontrar un nombre, un símbolo, un título que los comprendiese a todo: poetas y pensadores, pintores y soñadores. Ningún nombre, entre los sacros de nuestra tradición ciudadana, toscana, italiana, se prestaba mejor que el de *Leonardo*.

Leonardo era el hombre que había pintado almas enigmáticas y rocas, flores y cielos mejor que los mejores; había buscado pacientemente la verdad, entre máquinas y cadáveres, más que los sabios, y había es-

crito acerca de la vida y la belleza con palabras profundas e imágenes más especiosas que los literatos de oficio; había soñado la potencia divina del hombre terrestre y la conquista de los cielos, como los amantes de lo imposible. Su vasta faz pensativa de viejo que sufre harto, con los labios sutilmente apretados tras la florida barba suave y veneranda, estaba ante todos nosotros; sus pensamientos (en aquel tiempo accesibles por primera vez, incluso a los más pobres) eran muchas veces memorias nuestras. En su nombre, pues, consagramos nuestra salida del silencio. El periódico había de llamarse *Leonardo*, y no de otro modo.

Un nuevo acceso de fe encendíame nuevamente en aquella vela de armas entre la juventud inquieta y dispuesta a todas las aventuras. Y en aquel concitado discurso nocturno afirmé nuestra plena y consciente paganía contra las delincuencias y cobardías del secular rebaño nazareno; nuestro feroz individualismo (o, como se decía, personismo) contra el frenesí socialista que entonces amortiguaba los ánimos de la juventud, que se imaginaba ser revolucionaria con apagar el color vivo de la propia persona solitaria en el pantano tétrico de la multitud tétrica e inepta, en la miserable política de una Italia envilecida y humillada; y, en fin, el idealismo intransigente monopsiquista de nosotros los filósofos, para quienes el mundo exterior no existía: la realidad era la sombra de un sueño; el universo, un fragmento descabalado de nuestra mente; las antiguas verdades, mentiras a servicio del rebaño, y que en la contradicción veía la certidumbre; en el descenso a tierra, la alegría, y en el absurdo, la ley. Sobre este caos y en esta lucha de tendencias, instintos y reacciones, había plantado, como flores supremas y banderas comunes, la fe en la inteligencia

sin prejuicios, en la divina virtud de la poesía y en el perenne milagro del arte.

De cuando en cuando, levantando los ojos miopes de las cuartillas escritas, veía ante mí, en aquel juego de sombras oscuras y claros rojizos, los rostros atentos de mis compañeros, las desordenadas filas de mi ejército, y me parecía leer en algunos ojos el estremecimiento deseoso del sí; sentía zumbiar en mis oídos la palpitación de veinte, de treinta corazones; un soplo de calurosa simpatía venía hacia mí envolviéndome por completo, y me conmoví de tal suerte, que las últimas frases, que había escrito con mis más armoniosas y luminosas palabras en el frío solitario de una media noche de invierno, me brotaron como interrumpidas y sofocadas de extraño e imprevisible enterrecimiento. ¿Sentía tal vez que mi verdadera vida—mi vida de apóstol y de aventurero—comenzaba en aquella estancia silenciosa, ante aquellos hombres futuros, en aquel momento tan solemne para todos nosotros?

No sé verdaderamente lo que pensarían quienes escuchaban mi altisonante y agitado discurso. El hecho es que casi todos escribieron en seguida su nombre en una gran hoja que una especie de secretario previsor había preparado sobre una mesa. Y cada uno de aquellos jóvenes estrechó mi mano y el periódico fué decididamente decidido. Cada cual daría un poco de dinero y mucho trabajo.

EL PALACIO DAVANZATI

Cada uno de nosotros fué sometido a la tasa de guerra: diez liras al mes. Y todos pagaron. Hubo un principio de jerarquía; se eligió una especie de secretario que había de pensar en dar cuerpo y materia a nuestro sueño. Fuimos juntos por las imprentas, mirados con suspicacia por los dueños y los regentes, que veían nuestra impericia y adivinaban nuestra pobreza. Y pudimos tener, al fin, una habitación completamente para nosotros, ¡una redacción!

¡Qué hermoso era en aquel tiempo el Palacio Davanzati, alta fachada de piedra noble y vieja, frente a las innobles ruinas del mercado! En medio, un escudo coronado y ampuloso del siglo XVII se destacaba, negro, sobre las piedras negras, y arriba, en lo alto, la hermosa logia abierta, aérea, libre, florentina, nuestra, prometía al transeunte que desde abajo la miraba, amplia vista de torres de mármol, de colinas iluminadas y de cielos serenos. Era en verdad la gran casa del mercader, rico y ennoblecido: maciza como su fortuna, confiada a los bancos de Francia y de Levante; hosca como su alma de faccioso, no ablandada todavía; sólida y amplia como su vida de humanista de buen gusto y de hombre del pueblo trabajador. Tal vez fuese la sugestión del nombre, pero a mí me re-

cordaba la prosa del Tácito davanzatiano, sobria, apretada, simple y, con todo, jugosa, carnosa y pulposa como la de mi Maquiavelo.

Pero había que ver por dentro el palacio en aquel tiempo: todo sucio y obscuro, con las escaleras medio arruinadas, las paredes pintarrajeadas, las barandillas cegadas a la mitad, y el gran patio lleno de recovecos, rincones urinarios y cajas abandonadas. Hoy lo han limpiado otra vez, picado y puesto como nuevo, y han hecho de él un museo con su catálogo y su portero con gorro de galón dorado, y hay que pagar una lira para visitarlo, porque dentro todo está muy bonito, todo adornado y coquetón, con muebles adquiridos en los anticuarios, sillones de roble, cuadros de buenos autores y arañas rescatadas de los judíos. Está limpio, simpático, confortable y hecho aposta para los forasteros, para los *snoobs*, para los señores instruídos que quieren tener una idea de la casa florentina del siglo XV, restaurada por un trapero ambicioso. Pero ya no es nuestro palacio Davanzati, mi palacio Davanzati, sucio y degradado, sí, pero lleno aún de verdadera vida y habitado por hombres verdaderos, no por telas, estatuillas ni sacabancos. Y no es, especialmente, el palacio Davanzati que hospedó por primera vez una creación nuestra y sintió los tumultos de nuestras disputas, el estruendo de nuestros duelos y los cantos de alegría y las risas locas de nuestra primera invasión del mundo.

Habíamos tomado una habitación a un buen hombre plácido y corpulento, que vivía fabricando jaulas de grillos y toldos de peluquería. La habitación no era grande, y estaba amueblada a la buena de Dios. Nosotros quitamos de en medio la cama, las mesillas y la cómoda y no dejamos más que un par de mesas, una butaca descosida y agujereada por varios sitios y tal cual silla coja. Pero nos bastaron pocos días pa-

ra transformar a nuestro gusto este desnudo camaranchón burgués. El amo de la casa, como avergonzado de la suciedad de las paredes, nos llevó un gran mazo de ramas de laurel, que fueron colocadas en derredor o colgadas del artesanado. Nosotros llevamos fotografías y grabados de esculturas y cuadros, y por entre las hojas oscuras fueron apareciendo las mujeres desnudas del Tiziano, los dignos viejos leonardescos y los cuerpos danzantes de los faunos malignos y de los Apolos vaneses. En una pared estaban colgados de un clavo dos floretes de esgrima y sobre la puerta—porque teníamos una puerta libre, completamente nuestra,—un cartel ostentaba en grandes caracteres negros el nombre de nuestro divino profector, bajo un gran sol rojo que por doquier extendía sus rayos retorcidos como serpientes soliviantadas. Allí, en aquel cuartucho medio vacío había fiestas todas las noches. Iban allí todos durante dos o tres horas para verse, para combatirse, para contar, para excitarse. Todo era pretexto para una asamblea. Acudían otros jóvenes impacientes y temerosos. Mi Julián estaba fuera de Italia; bastó una carta mía, donde refería fogosamente los preparativos de la gran salida y mis esperanzas y primeras medidas para que corriera precipitadamente a reunírseos al grupo, donde al punto ocupó uno de los primeros lugares.

Comenzaron a llegar los originales (correcciones, tachaduras, devoluciones), se grabaron pacientemente los primeros grabados (maderas amarillas y duras de boj donde la gubia cavaba rabiosamente, saliéndose a veces de la línea negra), y fueron enviados por doquier los anuncios de Prensa (¡el primer boletín de la guerra, resonante ya de golpes y clamores!). ¡Qué fiesta cuando llegaron las primeras pruebas de imprenta! Estaban húmedas y en mal papel, con la tinta todavía fresca, llenas de enmiendas y ridículos des-

propósitos; pero nos parecieron los mensajes divinos de la gloria, los primeros pasos nuestros, pobres mudos, hacia los hombres y la inmortalidad.

Queríamos hacer un periódico completamente diverso de los demás y que fuese en todos sus aspectos, incluso en la apariencia, inactual. Papel oscuro y granulento, en vez de papel blanco y liso; grabados en madera hechos por nosotros mismos, en vez de los mecánicos en cinc y las cuadrículas impersonales; figuras y símbolos en vez de firmas; nombres poéticos y sonoros en vez de nuestros apellidos oscuros e inarmónicos. Y todos trabajábamos de acuerdo para que el periódico fuese bello, original, sorprendente en todas sus partes. Nada de división del trabajo: vióse a poetas escribiendo de filosofía, filósofos que empezaron a grabar en madera, eruditos que expusieron líricamente sus metafísicas, pintores que intentaron hacer crítica y teoría.

Había una confusión jocunda, un trastrueque inestable, una furia nerviosa, como si toda la vida de todos y de cada cual fuese a empezar de nuevo; como si la Humanidad saliese entonces de un sueño de siglos o de un castigo divino y hubiese que construir el universo. Algún soplo del *sturm und drang* pasaba por entre nuestros cabellos, según estábamos inclinados sobre las pruebas o los dibujos, o se vociferaba en pie, encendido el rostro, acerca de la grandeza del arte, el genio de Miguel Ángel o la existencia de la materia. Y cuando salíamos, abajo, en el patio oscuro, se encendían los duelos y fingidas batallas que eran menester para descargar la fuerza sobrante que aquella agitación nos infundía a todos. Cualquier arma era buena: floretes, bastones, puños. Se hacían horribles asaltos de esgrima, que a veces terminaban en sangre, y nos íbamos a casa con las manos acardenaladas y el rostro arañado, felices y temblorosos,

como si también el cuerpo tuviese derecho a tomar parte en la fiesta del espíritu.

Pero al cabo la espera acabó. Después de haber hablado, gritado y trabajado dos meses seguidos, entró en máquina el primer número, y una tarde, después de las siete, por las escaleras oscuras del palacio los primeros paquetes del *Leonardo* llegaron a nosotros, que esperábamos aquella gloria inquietos y en silencio. Era el 4 de enero de 1903.

XVII

LA SALIDA

El periódico salió verdaderamente como queríamos; es decir, diferente de los demás. Y tuvo, como sus escritores, vida desigual y azarosa.

Comenzó de ocho páginas, en papel a mano, con grabados en madera. Salía cada diez días y hablaba de todo (incluso de política), pero más de arte que de filosofía, y la filosofía tenía un paso tan lírico, fantástico y extraño, que no parecía ser ella. Luego de algunos meses, sin embargo, los artistas y literatos empezaron a no pagar más, a no trabajar más. El periódico gustaba y desagradaba (curiosidad, entusiasmo, compasión) y era muy leído, especialmente por los jóvenes; pero los vendedores nos estafaban y los suscriptores no llegaban a ciento. Así, pues, al llegar el verano nos quedamos solos nosotros dos, los filósofos, Julián y yo. Y no nos rendíamos. El periódico se convirtió en revista; se redujo el tamaño, empleamos un papel hueso cualquiera, se publicó con más intervalo y con más páginas; dimos un tanto de lado al arte; la literatura y la política fueron desahuciadas y la filosofía llegó a ser, por último, dueña, señora, dominadora.

Una filosofía a nuestro modo, es claro, y que contradecía orgullosa y sarcásticamente a las filosofías

de la tradición, de los manuales, de los profesores, de las Universidades. Queríamos revolucionar la idea misma de la filosofía y dar al pensamiento las imágenes y el vuelo de la poesía; poner en la poesía de los literatos (que nos eran odiosos) un aliento, un fermento, una esencia de pensamiento. La filosofía tenía que empezar a vivir de nuevo con nosotros con una idea opuesta a la de su pasado. Hasta entonces había sido racional, y nosotros combatíamos el intelectualismo con todas nuestras fuerzas; había sido siempre contemplativa, y nosotros queríamos que se convirtiese en creadora y que tomase parte en la obra de rehacer al mundo.

Urgía por eso barrer el pasado y el presente de aquella filosofía de holgazanes, ciegos y cobardes que hasta entonces se había hecho. La filosofía dominante por aquellos años en Italia era el positivismo, y nosotros, ¡duro contra los positivistas! Tornaron y se reforzaron los instintos bárbaros y libertarios de los años anteriores: empezamos a gritar, escandalizar y discursar a diestro y siniestro, a veces con santa y perfecta justicia, a veces con harta precipitación, pero siempre de buena fe y por un amor más grande. Los ataques y las batallas fueron lo mejor de cada número. Instituyéronse sacrificios periódicos y regulares de nulidades y celebridades; se meditaron matanzas en masa y tomas revolucionarias de escolásticas Bastillas.

Junto a este trabajo de limpieza y recompostura había los principios de la reconstrucción: esquemas de metafísicas, revelaciones y exposiciones de teorías nuevas, concepciones mundiales místicas y pindáricas, y especialmente, programas, programas y programas. Estábamos tan llenos de pensamientos e intenciones, que no había tiempo para desarrollar, explicar y madurar cada cosa, y nuestras peripecias mentales eran

de tal manera rápidas, que apenas expuesto el plan de un sistema o de una investigación, otros diseños apuntaban y brotaban en nuestro interior.

No se destruía únicamente, no. Fuimos los primeros en Italia en hablar de muchos hombres, nuestros y extranjeros, olvidados o postergados, que ahora todos citan y entonces nadie conocía ni aun de nombre, y hablamos de ellos con reverencia, con amor, con entusiasmo. Fuimos los primeros en difundir, o casi, ideas recientes, direcciones del pensamiento mal conocidas o en formación, escuelas en que nadie entre nosotros pensaba ni ponía atención. Resucitamos la pasión por los antiguos místicos; infundimos a algunos jóvenes insospechada afición a las matemáticas; propusimos y discutimos problemas que parecían lejanísimos de nuestra cultura nacional. Y el arte, para colmar la extraña novedad de este inusitado furor ideal, servía como de material acompañamiento: las iniciales grabadas, las láminas adjuntas, las cabeceras en color (caballos en fuga, pomos de espadas, espigas henchidas de grano, gigantes con honda y caballeros lanza en ristre), eran como las flores arrojadas en una fiesta solemne o como fanfarrias de alegría en una marcha cerrada de voluntarios.

En los primeros tiempos de la reanudación estuvimos solos y regalábamos casi todos los ejemplares. Pero poco a poco vinieron a nosotros otros jóvenes y se enamoraron, incluso de lejos, de nuestra obra. Vinieron también hombres ancianos y graves que comprendieron lo que había de sincero y profundo en nuestras bacanales de lirismo idealista y en nuestra ferocidad de imberbes *conquistadores*. Nos dieron dinero, nos dieron libros, nos mandaron artículos. Encontráronse así en nuestras amplias y decoradas páginas sutiles matemáticos lombardos y poetas napolitanos, filósofos de gran nombre y abogados estu-

diosos y solitarios; viejos hombres de ciencia y estudiantes muy jóvenes, que veían por primera vez impreso su nombre. Aumentaron los suscriptores y los amigos; los extranjeros nos leyeron y animaron de lejos; las revistas de Italia y de fuera escribieron acerca de nosotros, combatiendo o admirando.

Aquella fué verdaderamente la edad heroica y divina de nuestro *Leonardo*, y duró poco más de dos años. Habíamos llegado a ser una fuerza con la que era preciso contar; nos seguía la atención de todos; nuestros fascículos, abarrotados de ideas y resonantes de bofetadas, eran esperados por muchos impacientemente; en algunos el estupor se cambió en entusiasmo y el desprecio en odio franco; hasta las mujeres—por lo general muchachas apasionadas—se dirigieron a nosotros, sin conocernos personalmente, con una simpatía que se acercaba al amor.

Nuestra revista fué el centro y el órgano de movimientos filosóficos; fué el punto de partida de iniciativas, de colecciones, de reimpresiones, y representó incluso a los ojos de los simples lectores de periódicos de cinco céntimos algo orgánico y concreto. Nosotros dos, los fundadores, ya no estábamos solos ni se nos ignoraba. Empezamos a preparar y a publicar los primeros libros, pequeños y grandes, de arte y de filosofía, que habían de ensanchar y reforzar nuestra acción; nos llamaban a escribir en otras revistas, nos invitaban aquí y allá a hacer discursos y conferencias.

Nuestros dos nombres, emparejados siempre como los de dos hermanos, eran ya familiares a la nueva generación, y muchos se dirigían a nosotros como a guías espirituales y a misioneros de una nueva fe del espíritu resucitado. Vivíamos en un estado de continua excitación, de descubrimiento de trabajo de toda especie; todos los días teníamos que descubrir nuevas

almas, leer nuevos libros, corregir infinitas pruebas, sostener polémicas, responder a compañeros ignorados y anudar frescas amistades.

A la sazón, nuestra vida era verdadera vida, vida de sorpresas, de asechanzas, de creación, de formación, de ascensión. Pero la misma intensidad, la misma fortuna de esta vida nos debilitó. Al cabo de dos años, mi Julián, mi verdadero y único compañero, me abandonó por otros lazos, por otros países. Continué solo, y otros se me acercaron y otras corrientes del pensamiento circularon en la revista.

Pero los nuevos compañeros, los últimos, no tenían ya el ardor y el desinterés de los primeros. Otros sueños más peligrosos asaltaronme el ánimo y me turbaron el juicio. Bordeé los tenebrosos mares de la magia; creí encontrar en las supersticiones antiguas y en los esoterismos remendados los primeros escalones de la subida a la divinidad. El idealismo se convirtió en misticismo, el misticismo en ocultismo, y el ocultismo pudo haberse trasuntado en teosofía, a no haberme detenido a tiempo.

Disminuyó la energía lentamente; decayó el ímpetu; la simpatía de los demás se debilitó. En vez de la rica y animada diversidad de un tiempo, se descendía a la recopilación interesante nada más. Cambiaba incluso el cuerpo exterior. La revista se hizo más pequeña y cada vez más revista; los grabados desaparecieron; reapareció la literatura. Mi espíritu, harto perdido en ambiciones desmesuradas, frente a las cuales un poco de papel impreso parecía algo ridículo y vano, se alejó de mi obra. Diferencias interiores y alejamientos exteriores apresuraron el fin. Llevaba cinco años desahogándome, maldiciendo, soñando—ante los demás, para los demás.—Ya no me bastaba; el trabajo era demasiado y al mismo tiempo los fines me parecían míseros. Y además la mente tiene nece-

sidad de descansar y rehacerse después de tantos años de florecimientos y siegas. Sentía la necesidad de nuevo recogimiento, de nueva soledad.

Y después de cinco años de esfuerzos, de guerras, de exploraciones y locas tentativas, *maté* voluntariamente a mi criatura, al hijo más querido de mí mismo. Estábamos en pleno verano, en agosto; el último número salió armado de un haz de atroces saetas y con la cubierta color de sangre, y con todo, era triste, descorazonado y pesado como el ataúd de un amante asesinado.

XVIII

LA FUGA DE LA REALIDAD

¡Hartas memorias, sobradas nostalgias! Este color y calor del pasado, estos hechos y pasajes externos, ¿qué cuentan? Son poesía, literatura, vanidad. Lo que importa aquí es la historia de un alma, la historia de mi alma, y no la de un palacio o de un periódico. No debería caer en semejantes flaquezas, y si no me avergüenzo de ello hasta el punto de borrar las huellas, es el caso que son también síntomas y pruebas de un fondo político y sentimental que no consigo ahogar ni en los accesos más dialécticos. ¿Es posible que yo no pueda ver la idea sin el cuerpo y sin la sombra, y no pueda comprender un sistema sino bajo la forma de vida y de experiencia sensible, pasional, cotidiana? Las cortezas, las cáscaras, los vestidos, las máscaras son—también yo lo sé—no más que cortezas, cáscaras, vestidos, máscaras. No son nada más. Nada más substancial ni más íntimo. Las cáscaras se rompen. Los vestidos se desnudan, las máscaras se destiñen, y lo que queda es el concepto, el esqueleto interior e indestructible de la verdad. Lo que lo reviste es esencial, variable, transitorio. Las manifestaciones a uso de los demás, los vehículos de estas embajadas espirituales—las palabras, las palabras habladas, las palabras escritas, las palabras impresas, las hojas con

sidad de descansar y rehacerse después de tantos años de florecimientos y siegas. Sentía la necesidad de nuevo recogimiento, de nueva soledad.

Y después de cinco años de esfuerzos, de guerras, de exploraciones y locas tentativas, *maté* voluntariamente a mi criatura, al hijo más querido de mí mismo. Estábamos en pleno verano, en agosto; el último número salió armado de un haz de atroces saetas y con la cubierta color de sangre, y con todo, era triste, descorazonado y pesado como el ataúd de un amante asesinado.

XVIII

LA FUGA DE LA REALIDAD

¡Hartas memorias, sobradas nostalgias! Este color y calor del pasado, estos hechos y pasajes externos, ¿qué cuentan? Son poesía, literatura, vanidad. Lo que importa aquí es la historia de un alma, la historia de mi alma, y no la de un palacio o de un periódico. No debería caer en semejantes flaquezas, y si no me avergüenzo de ello hasta el punto de borrar las huellas, es el caso que son también síntomas y pruebas de un fondo político y sentimental que no consigo ahogar ni en los accesos más dialécticos. ¿Es posible que yo no pueda ver la idea sin el cuerpo y sin la sombra, y no pueda comprender un sistema sino bajo la forma de vida y de experiencia sensible, pasional, cotidiana? Las cortezas, las cáscaras, los vestidos, las máscaras son—también yo lo sé—no más que cortezas, cáscaras, vestidos, máscaras. No son nada más. Nada más substancial ni más íntimo. Las cáscaras se rompen. Los vestidos se desnudan, las máscaras se destiñen, y lo que queda es el concepto, el esqueleto interior e indestructible de la verdad. Lo que lo reviste es esencial, variable, transitorio. Las manifestaciones a uso de los demás, los vehículos de estas embajadas espirituales—las palabras, las palabras habladas, las palabras escritas, las palabras impresas, las hojas con

ilustraciones, las hojas que salen de cuando en cuando, las hojas que se recogen en volumen y hacen el opúsculo, el libro, la obra—no son más que tentativas, rodeos, espirales, murmullos, lenguas que se forman, que comienzan, que pocos entienden, que nadie quiere estudiar. Quienquiera de nosotros que tenga una vida *suya*—quiero decir vida propia, personal, interior, sensitiva, intelectual, metafísica—es un Adán que debe dar nombre nuevamente a todas las cosas, construirse su vocabulario y fundar un lenguaje. Las palabras de los padres en boca *suya* tienen otro sabor, otro sonido y tono, otro significado. Os hablará de luz, y su mente tendrá delante las tinieblas, y cada vez que pronuncia una palabra simple, simplicísima, común, banalísima—la palabra *hombre*, por ejemplo,—tendrá en el pensamiento *su* hombre, que no es en verdad, creedlo, el hombre de la esquina, ni el hombre que está a la ventana, ni el hombre de Platón, ni el hombre de Dios, sino *su* hombre y no otro; ¡su ideal, su tipo, su sueño, mito y modelo de hombre!

Y cada cual debe volver a comprender su sí mismo, cuando éste ha pasado ya y está entre los muertos para siempre, con los demás muertos, con todos los yos que matamos a diario con el veneno lento del olvido; y cuando queremos volver a hablar de él, que ya no existe, debemos rehacernos de su diccionario, de su gramática, de su sintaxis mental; y de nada sirve buscar entre los despojos que existieron aquellos días sus trajes de gala, y repetir los epígrafes que dictó entonces para *fixar* (esto es inmovilizar: matar) sus intuiciones y sus venideras conquistas sobre el eterno fugitivo. El cuerpo, la materia, no bastan; buscamos el espíritu, lo profundo. Y si no es posible la pintura, nos contentamos con la geometría. No quiero hacer el solista sentimental de mí mismo. ¿Queréis la anatomía? He aquí la anatomía: despellejad, cortad, des-

carnad. Este es mi cuerpo, ésta es mi carne; pero el aliento que la animaba, la idea que la informaba, ¿dónde están? ¡Entre esta polvoreda de recuerdos, entre este revoltijo del fondo de los cajones, entre estos papeles que tienen ya la pátina de casi diez años? No busquéis; no están aquí. Yo sólo puedo decir cuál era el nudo central de mi pensamiento en aquella borrasca de escritos, de desbanderamientos, de ofensas y defensas, de clamorosos apostolados. El *sturm und drang* ha pasado (historia, anécdota, pintoresco); pero la vena de aquel tumulto y de aquella tempestad es en el yo donde queda; en el yo perpetuo, absoluto, es donde tiene contacto con la eternidad y *debe* participar en la eternidad.

Este nudo central de mi pensamiento de aquel tiempo era la *fuga de la realidad*: la no aceptación, la repulsa de la realidad. El pesimismo radical no era ya el punto último y único de mi concepto del mundo, y no pensaba poner ante los espantados ojos de los hombres la proposición de un voluntario envenenamiento universal. Pero el dolor cósmico, atrasándose en mí como teoría, había llegado a ser un estado de ánimo estable, se había quedado como un sedimento indestructible en la sangre y en el alma. Ya no lo formulaba, pero él había infundido todo concepto mío. “No nace pensamiento en mí que no lleve esculpida la muerte”, escribía Miguel Angel, viejo, y en mí no había idea sobre las cosas que no tuviese el amargo sabor del desprecio. Dicen que es propia de los jóvenes la serenidad esperanzada. No es verdad, o no es verdad al menos en todos. Porque el joven, antes de acercarse a la vida para poseerla, tiene ya dentro, si no tiene el alma irremediamente enfangada, esperanzas, y supone tan magníficas e intensas certidumbres de sublimidad próxima y de poder divino, que la realidad tal como es, la vida corriente, no pueden

menos de ser para él un continuo abofeteo de mentís. Esperaba el paraíso y se encuentra en las más fétidas estancias infernales; creía encontrar a sus hermanos tendidas las manos, y encuentra una punta de bestias afanosas que riñen y se acometen; imaginábase que la vida se ofrecía como piedra limpia y mármol de buena grana para esculpir en ella su imagen con el duro escalpelo de la voluntad, y tiene, por el contrario, entre las manos una masa de barro y de miseria, que no se puede modelar, y modelada no se tiene en pie.

Demasiado idealismo, dicen los prudentes, que han hecho ya el olfato al estercolero. Ya es sabido: muchos jóvenes mueren de este "demasiado" y no del poco de plomo que les atraviesa el pecho. Pero en verdad os digo que no hay señal más segura de un ánimo pequeño que el estar contento de todo. La serenidad puede llegar únicamente al cabo de la juventud, cuando se ha dado la vuelta en torno y dentro de las cosas, y nos consuela de la nada infinita el saborear el instante que no volverá.

Yo sentía, pues, fuertemente en aquel tiempo el disgusto de lo real. No aprobaba, no aceptaba el universo tal como era. Mi actitud era despechada y orgullosa, como la de un campaneó sujeto a un infierno terrestre. Y propendía a negar lo real, a negar las copias de lo real, a despreciar las reglas de la vida real, a rehacer por mi cuenta, a mi manera, una realidad diferente y más perfecta.

¿Qué era, en efecto, aquel espíritu de furibunda anarquía y descarada irrespetuosidad hacia hombres y dogmas, sino reacciones contra el pasado, contra lo fijo, lo glorioso, lo disciplinado y regular? ¿Qué era mi pasión por lo absurdo sino la náusea de lo fútil, de lo corriente, del buen sentido común? ¿Y el desprecio por las reglas éticas, la buena educación, los fetiches populares, los métodos prudentes y las vir-

tudes burguesas, sino el cansancio del hecho inmutable y maldito, y de todos los miramientos, todos los lazos y todas las creencias?

Combatía el positivismo porque los positivistas pretendían no ser otra cosa que notarios imparciales de la realidad; me inflamaba por el idealismo y lo llevaba hasta el último extremo porque aquel incluirlo todo en el espíritu y aquel poner en duda la existencia del cuerpo olía a extravagancia y paradoja. Por odio al presente me encerraba con unos cuantos muertos geniales; por odio a lo existente me abandonaba al sueño; por odio a los hombres buscaba la soledad de los campos y la silenciosa amistad de las plantas. Mi palabra preferida en aquellos tiempos era *liberación*. Liberación de esto y de aquello, del ahora y del mañana, del aquí y del más allá: liberación del todo.

Yo quería desnudarme y desnudar; volver al desnudo perfecto, a la espantosa libertad del ateo radical y universal. Y cuando me pareció estar desnudo y que los dolores y pensamientos de la tierra no eran ya míos, quise volver a fabricarme mi recuerdo. De dos maneras: con la potencia del espíritu y con la evocación de lo fantástico—con la voluntad y con la poesía.

El famoso pragmatismo no me importaba ya en cuanto regla de investigación, cautela de procedimiento y refinamiento de método. Yo miraba más allá. Entonces surgía en mí el espíritu taumatúrgico, la necesidad, el deseo de purificar y reforzar el espíritu, para hacerlo capaz de obrar sobre las cosas sin instrumentos ni intermediarios, y llegar así al milagro y a la omnipotencia. A través de la "voluntad de creer" propendía a la voluntad de hacer"—a la posibilidad de hacer.—; Si la voluntad pudiese extender el círculo de mando del cuerpo propio a las cosas que lo circundan, y hacer de suerte que todo el universo

fuese su cuerpo, obediente en cada una de sus partes a una orden suya, como ahora le obedecen estos pocos haces de músculos! Fingía partir de un precepto de lógica (pragmatismo), pero lo más secreto de mi ánimo estaba sediento y envidioso de la divinidad.

Un instinto semejante me condujo hacia el arte. Yo no podía sufrir la literatura; lo que hay en tal palabra de falso, de elegante, de fingido, de ajustado y decorativo, me repugnaba. No obstante amar entrañablemente a algunos poetas muertos, tenía invencible antipatía por la gente que reúne poesías, cuentos y novelas, para ajena diversión y utilidad propia.

La filosofía parecíame harto más noble y elevada que el arte. Pero la misma filosofía me llevó al arte de nuevo. Para poder expresar más apasionada y eficazmente ciertos pensamientos míos me dió por hacer immoderado uso de imágenes; intenté la forma del mito: del mito saqué leyendas; comencé a inventar coloquios y visiones, y poco a poco introduje como interlocutores tipos creados por la poesía y por la tradición, los cuales empezaron en seguida a vivir por cuenta propia, a hablar con otro lenguaje, a mezclarse en otras aventuras. Del desahogo lirizante fui sin casi darme cuenta al cuento hecho y derecho, y la idea, que había sido el fin y el todo, se convirtió en una de las materias primas sometidas a la fantasía. El afanoso rumiar de mi pensamiento, la amargura de mis desencantos, el impetu de mi apostolado se hallaron mejor y más fuertemente expresados en estas antiguas creaciones poéticas. Y así nació en derredor mío, sin querer, todo un mundo fantástico, opuesto al mundo real, donde podía retirarme a llorar y recordar, donde era señor y rey sin ley. En aquel tiempo conocí al pálido demonio de nuestros días, y escuché las confesiones del caballero enfermo y de la reina de Thulé; y acogí los gemidos del dolorido

Hamlet y las confidencias de Juan Buttadeo y de Juan Tenorio. Procedían de la sombra, de lo irreal, y con todo me parecían más vivos que los vivos que pisoteaban a mi lado, y sólo con ellos me era dado entender y ser entendido, amar y ser amado. Era aquél un mundo turbulento y cerrado, donde la sombra sobrepujaba a la luz y lo trágico surgía de lo corriente; un mundo habitado por jóvenes pálidos y sin ilusiones, por hombres poseídos y martirizados por ideas fijas y nuevos terrores; un mundo en que los actos eran raros, pero tumultuosos los pensamientos, y donde no se distinguían los confines de lo verosímil y lo imaginario, de la vida y de la muerte. Era otro mundo: era *mi mundo*, obscuro y terrible, sí, pero que por lo menos no era este mundo, el mundo de todos.

Y así, mientras esperaba doblegar y rehacer la realidad con los prodigios de la voluntad sublimada, iba creando el refugio de una realidad provisional, poblada por los dóciles espectros de los sueños. La poesía es escala para la divinidad, y el trabajo del arte es ya principio de creación. Poeta y profeta por hoy— ¡y Dios, acaso, mañana!

XIX

LOS HERMANOS MUERTOS

No aceptaba la realidad: no hay palabras más rigurosas para expresar mi asco del mundo físico, humano, racional, que me oprimía y no daba aire y espacio bastantes a mis inquietudes. Pero no las que serían menester; no lo dicen, no lo iluminan todo. Yo no quería *aquella* realidad, pero porque quería *otra* (más pura, más perfecta, más angélica, más divina), y me industriaba trabajosamente para que el esperado mundo, espiritual y armonioso, surgiese como la estatua que el cerebro vió y quiso del bloque tosco apenas arrancado del monte. Yo no aceptaba la realidad ordinaria, superficial, porque quería una realidad mejor, más verdadera, más profunda; renegaba del pasado, renegaba del presente para tender la vista, el deseo, el alma toda hacia un futuro más milagroso y digno.

Y aun hablando así, no lo he dicho todo: hay en mí algo así como un remordimiento que no sé calmar. Reniego del pasado; pero ¿es que no están en el pasado los espíritus magnos, los hermanos sepultados y, sin embargo, vivos y presentes que me han consolado en los años de soledad y en los años del éxodo; que me han enseñado los caminos de la liberación y me han dado los pensamientos, las imágenes, las palabras

que mejor representan mi verdadero yo, y me han hecho, sea pequeño o grande, tal como fui y tal como soy? ¿No son ellos los compañeros de los insomnios, los confortadores de las treguas, los azuzadores en las luchas, las sombras animosas de los días mejores? Únicamente a ellos debo el asco por los medioeres, la ansiedad de perfección, el heroico descontento, los primeros impulsos de la ascensión, las escalas para la fuga, las picas para la revuelta, los hierros para la destrucción y la misma idea de un universo más celestial y de una beatitud sin peso ni sombra. ¿Cómo renegar de ellos, sin renegar de mí mismo y de lo mejor de mi vida?

Y, en efecto, los aceptaba, pero, ¿qué digo?, los buscaba con más amor del que un hijo pueda tener por un padre amoroso, y con más ternura de la que un hermano pueda sentir por el hermano mayor. Estos muertos y mis poyos de piedra; estos muertos y mis árboles; estos muertos y mi espíritu inquisitivo. ¿Contradicción? De ningún modo. Aquella parte de pasado (aquellos hombres, aquellos muertos, aquellos maestros y aliados míos) era precisamente lo que me haría despreciar todo lo demás y me daba ánimo y luz para salir de ello. Aceptaba precisamente aquello que me hacía inaceptable el resto. Los amaba porque me incitaban al odio, los buscaba porque me ayudaban a huir.

Pero ¿qué necesidad tengo de tales excusas? Estas son las cavilaciones póstumas de una simpatía espontánea y de primer impulso. Yo me sentía bien con ellos, únicamente con ellos; veía el mundo a través de sus ojos de veedores; pensaba a la zaga de las sugerencias de su pensamiento; me eran necesarios como el pan, como el cielo, como el agua, como todas las cosas bellas, puras, óptimas, que no cuestan nada y sin las cuales no se vive. Los quería, en suma, más

de lo que se puede querer a una mujer, porque en la mujer tienes un rostro sólo y una sola alma, y ellos me daban diez almas, mil almas; un alma para el contento y una para el dolor; un alma para la superación y un alma para la santificación. Los quería locamente, desmedidamente, inmoderadamente. ¿No he dicho, pues, que siempre busqué la grandeza, que quise siempre—no obstante fuese pequeño, miserable o loco—ser grande, hacerme grande? Únicamente con ellos, con los genios, con los grandes, podía volver a encontrar y sentir de nuevo aquel ansia que me elevaba a las alturas, por encima de la manada bestial de los llanos. Ellos me daban ese alimento que *solum* es mío; daban la razón a todos mis instintos; me sacudían cuando ya iba a acurrucarme; me sonreían desde los muertos ojos de los retratos cuando apretaba con fuerza mi negra pluma entre los secos dedos, y seguía sobre el papel, con mi desbandada letra, la trazazón de una idea o el discurso de un fantasma.

Y los sentía tan cerca que los creía míos a todos; y tan vivos en el espíritu que no pensaba que estaban muertos, y si recordaba que sus cuerpos eran ya ceniza y polvo y que sus voces se habían callado para siempre, sentía el pesar de haberlos perdido harto presto, de no haber nacido antes, de no haberlos conocido. Nunca como en aquel momento he experimentado el odio a la muerte. Y no he querido a ningún vivo caliente y que hablase, como a aquellos cadáveres célebres, sepultos bajo los mármoles y los siglos. Y algunas veces me ha parecido tenerlos cerca de mí, en mi cuarto, o encontrarlos por los caminos más caros, a lo largo de los ríos rumorosos o de las tapias desconchadas, e intentado hablar y decirles toda mi pasión de solitario enamorado. Pero me miraban en silencio y desaparecían si me acercaba.

Los libros donde por primera vez conocí sus amo-

res, pensamientos y desdenes, los tengo presentes en los colores, en las formas, en el diseño de los tipos de imprenta e incluso en las manchas y dobleces de las páginas, y no los olvidaré nunca. ¡Qué tiene que ver con las reliquias sentimentales de los amores concluidos! Esas son verdaderamente las reliquias, las memorias de mi más hermosa vida; libruchos económicos, mal impresos, incorrectos; ediciones estereotipadas a unos cuantos céntimos el tomo; volúmenes comprados de segunda mano, todos manchados de tinta y de lápiz, rotos y gastados; sólidos tomos encuadernados en piel y guardados aparte como cosa santa.

Y recuerdo también los lugares y los momentos en los cuales me embebí en ellos, los sentí más próximos y míos y se me aparecieron en la luz más encendida y aguda. Dante está unido en mi memoria a las auroras estivas transcurridas sobre un desconchado banquillo de piedra, arriba, junto al sordo fluir de una fuente en un estanque de agua turbia. A Shakespeare lo he leído las primeras veces de noche, en invierno, en un cuarto helado e incómodo, a la luz de una vela; a Baudelaire le he comprendido en las avenidas más otoñales y desiertas de las Cascine, cuando la plata del Arno se enrojecía para la fiesta del crepúsculo; Shelley me recuerda un sendero en medio de un bosque primaveril, lleno de acacias y de olmos, donde he cantado en alta voz las más dolorosas inyectivas de Prometeo; Taine me reconduce a la sala interminable de la biblioteca, bajo la fría luz de las grandes ventanas polvorientas, atravesadas de cuando en cuando por un vuelo de palomas blancas; me he engolfado en *El Único* stirneriano, sobre el banco de ladrillo de un sagrado, blando de hierba y oloroso a incienso desvaído, junto a una iglesia, en lo alto de una colina, bajo la ventilada sombra de un tilo frondoso; y he declamado los versículos de Zaratustra

tras un muro de piedras, hecho por mí contra el viento, junto a la cabaña de un pastor, en las cimas herbosas y solitarias de Pratomagno.

Peró no fueron estos únicamente los compañeros de las vigílias de encierro, de los paseos meditabundos y de los magníficos descansos entre los árboles y bajo el cielo. No me olvido de ninguno de vosotros, amados verdaderos de mis diez y ocho, veinte y veinticinco años; uno a uno pasáis ante mí y recordáis a mi corazón una fecha, un paisaje, un verso, un pensamiento. Con todos vosotros tengo una deuda pendiente; una deuda que yo pago ahora, poca a poco, esforzándome en comunicar a los demás alguna chispa de este mi espíritu que habéis nutrido y resucitado.

Y soy especialmente deudor a vosotros, poetas, que me llevasteis, como Satanás, a las cimas de las montañas y me dijisteis al oído: "Mira: toda esta riqueza, frescura y belleza, puede ser tuya con tal que tú la veas y la comprendas!" Y a ti, padre Dante, debo el afán de los paraísos y el gesto violento y plebeyo de los desdenes magnánimos; a ti Leopardi hermano, la voluptuosidad del dolor sin refugios y la nítida y despiadada visión de las ridículas infamias de los hombres; a ti, Shelley, corazón de corazones, anegado como un dios en un mar, la animación patética de la naturaleza, los refinamientos suntuosos de un mundo dorado, la piedad por los titanes en derrota; a ti, fraterno Baudelaire, el perverso e inolvidable gusto de las maldiciones y los abismos sin salida y sin cielo de la miserable vida de la carne y la estática transfiguración de la bajeza cotidiana; a ti, Heine, la risa sonora de la tristeza que no quiere dejarse ver y el jocundo desventramiento de los fantoches de las varias mitologías; a ti, Walt Whitman de mi primera mocedad, el amplio respiro del mar, de las multitudes, de la vida de los hombres, el alzamiento conmovido y generoso de todo ser y de todo pueblo; a ti, Carducci

de Maremma, los zarpazos de león que no descansa y el deseo de los torbellinos aquilinos, de las revoluciones intransigentes, de las dianas batallonas y de la grandeza de Italia. ¿Y puedo decir lo que debo a Shakespeare, lo que debo a Goethe? ¿Fueron únicamente poetas, autores de dramas, de tragedias, de misterios? ¿No me introdujeron acaso en universos inéditos, en escenarios más ilimitados, entre ideas hechas carne, coloquios de héroes, maravillas de islas felices, y no aprendí de ellos que la vida es sueño, que el sueño es la realidad y que los pensamientos más graves, más temerosos, más iluminatorios no se encuentran en los libros de los filósofos? ¿No hablé más de una vez con el pálido Hamlet, no busqué la verdadera vida con el doctor Fausto? ¿No fueron uno y otro partes vivas y familiares de mi persona?

Se encontraron quizás Don Quijote y el Idiota, y alguna vez Julio Sorel y Peer Gynt, y frecuentemente el doctor Teufelsdröck, en compañía de Divino Chierico y de Filippo Ottonieri. Ellos son los que me han hecho, los que me sostienen, los que me dictan. En Cervantes he adquirido la santa locura del ideal y el desprecio por la salud vulgar de los Sanchos; en Dostoyewski, la santa locura del amor por los desgraciados y el funesto encanto de las tragedias interiores; en Stendhal, el estoicismo del hombre que ve con lucidez las cosas del mundo, la inclinación al pudor del secreto; en Ibsen, el respeto, la rebusca y defensa de uno mismo; en Carlyle, el descubrimiento del espíritu bajo el símbolo y el hábito y el haber vuelto a encontrar la afirmación en la negación; en los dos hermanos italianos, la melancólica argucia contemplativa que a duras penas refrena el llanto.

Peró ¿por qué no recuerdo, antes que a los demás, a Poe, que me desvió hacia las complicaciones de los espantos, y a Novalis, que me sedujo con el misticis-

mo del poderío? ¿Y los filósofos? Platón: jóvenes bellos, viejos sutiles, mitos y sofismas, banquetes y pórticos junto al mar. Berkeley: Ila y Filonocus, que destruyen ideas generales y materia en la caligine matutina de un parque inglés. Schopenhauer: descubrimiento del pensamiento y del dolor, de la voluntad y de la renunciación. Nietzsche: sol y destrucción; montañas nobles y blancas y la danza risueña del genio liberado. Stirner: anarquía dialéctica, soledad atroz, egoísmo evangelizante y elocuente rebelión extremista del tímido. Pero sobre todo he amado, entre cuantos piensan, a los destructores de costumbres, a los conocedores sin prejuicio de los hombres, a los desilusionados heroicos y tranquilos, a los que rascan los frenos del idealismo para mostrar los agujeros del encalado y deshacen el velo de plata para que el feo plomo sea pagado lo que cuesta. A los razonadores rigurosos, a los sin ideal, a los aduaneros intelectuales de la humanidad. Especialmente a los franceses: el prudente balanceo de Montaigne, el relampagueante volcanizar de Diderot, el esquematismo límpido y animado de Taine, y hasta el brioso escepticismo de Voltaire, el politeísmo moral de Brewster y el cinismo naturalista de Remy de Gourmont.

Este era mi mundo, mi verdadera patria y sociedad de hermanos. Hacían el fondo en esta divina ciudad del alma: las montañas de Leonardo; de monumentos, los héroes de Miguel Angel, tristes incluso en la victoria, y de cuadros, las luces y tinieblas de Rembrandt. Y se oían de cuando en cuando las cadencias solennes de las sonatas de Bach, los tiempos más apasionados de las sinfonías de Beethoven y los motivos heroicos de los coros de Wagner. Únicamente entre aquellos pensamientos, aquellas imágenes y aquellos sonos sentía el mundo digno de mí.

XX

LOS PEQUEÑOS VIVOS

Pero más fuerte que el amor por los grandes muertos era en mí el desprecio por los pequeños vivos. Por todos: por los que conocía y por aquellos a quienes nunca había visto; por los que me denigraban y por los que me aclamaban; por los que me salían al encuentro y por los que me huían.

Ningún hombre—quitados tres o cuatro compañeros de odios y aventuras—parecíame mi igual. Ninguno parecíame digno de juzgarme y ni siquiera de estar a mi lado. Creía en serio ser el único espíritu sin prejuicios ni anteojeras; sin falsedades, tonterías ni bestialidades en la cabeza; el único capaz de descubrir los engaños y arrojar a los usurpadores; de despoblar al Walhalla entero de viejos dioses y de idiotas modernos; de desnudar a toda cosa, a toda idea, de los rufianescos velos de la costumbre y de la convención; de librar a la Humanidad de todas las oprobiosas servidumbres mentales que la entorpecen. Quería librar, es decir, ayudar según mi idea, a los mismos a quienes despreciaba, y precisamente porque no eran libres, precisamente porque eran despreciables quería librarlos. Quería levantarlos hasta mí, y no inclinarme hasta ellos. Para hacerlos hombres les hacía comprender que eran animales; para demostrarles mi

mo del poderío? ¿Y los filósofos? Platón: jóvenes bellos, viejos sutiles, mitos y sofismas, banquetes y pórticos junto al mar. Berkeley: Ila y Filonocus, que destruyen ideas generales y materia en la caligine matutina de un parque inglés. Schopenhauer: descubrimiento del pensamiento y del dolor, de la voluntad y de la renunciación. Nietzsche: sol y destrucción; montañas nobles y blancas y la danza risueña del genio liberado. Stirner: anarquía dialéctica, soledad atroz, egoísmo evangelizante y elocuente rebelión extremista del tímido. Pero sobre todo he amado, entre cuantos piensan, a los destructores de costumbres, a los conocedores sin prejuicio de los hombres, a los desilusionados heroicos y tranquilos, a los que rascan los frenos del idealismo para mostrar los agujeros del encalado y deshacen el velo de plata para que el feo plomo sea pagado lo que cuesta. A los razonadores rigurosos, a los sin ideal, a los aduaneros intelectuales de la humanidad. Especialmente a los franceses: el prudente balanceo de Montaigne, el relampagueante volcanizar de Diderot, el esquematismo límpido y animado de Taine, y hasta el brioso escepticismo de Voltaire, el politeísmo moral de Brewster y el cinismo naturalista de Remy de Gourmont.

Este era mi mundo, mi verdadera patria y sociedad de hermanos. Hacían el fondo en esta divina ciudad del alma: las montañas de Leonardo; de monumentos, los héroes de Miguel Angel, tristes incluso en la victoria, y de cuadros, las luces y tinieblas de Rembrandt. Y se oían de cuando en cuando las cadencias solennes de las sonatas de Bach, los tiempos más apasionados de las sinfonías de Beethoven y los motivos heroicos de los coros de Wagner. Únicamente entre aquellos pensamientos, aquellas imágenes y aquellos sonos sentía el mundo digno de mí.

XX

LOS PEQUEÑOS VIVOS

Pero más fuerte que el amor por los grandes muertos era en mí el desprecio por los pequeños vivos. Por todos: por los que conocía y por aquellos a quienes nunca había visto; por los que me denigraban y por los que me aclamaban; por los que me salían al encuentro y por los que me huían.

Ningún hombre—quitados tres o cuatro compañeros de odios y aventuras—parecíame mi igual. Ninguno parecíame digno de juzgarme y ni siquiera de estar a mi lado. Creía en serio ser el único espíritu sin prejuicios ni anteojeras; sin falsedades, tonterías ni bestialidades en la cabeza; el único capaz de descubrir los engaños y arrojar a los usurpadores; de despoblar al Walhalla entero de viejos dioses y de idiotas modernos; de desnudar a toda cosa, a toda idea, de los rufianescos velos de la costumbre y de la convención; de librar a la Humanidad de todas las oprobiosas servidumbres mentales que la entorpecen. Quería librar, es decir, ayudar según mi idea, a los mismos a quienes despreciaba, y precisamente porque no eran libres, precisamente porque eran despreciables quería librarlos. Quería levantarlos hasta mí, y no inclinarme hasta ellos. Para hacerlos hombres les hacía comprender que eran animales; para demostrarles mi

amor, les pegaba. Si me inclinaba era únicamente para fustigarlos, para divertirme. Quería hacerlos dignos de mí, de mi tipo ideal de humanidad completamente libre, toda espíritu, completamente incrédula en cualquier fe. Como maestro hurafío, no intentaba fascinar con músicas y dulcedumbres, sino que quería despertarlos, sacudirlos, excitarlos. En aquel tiempo hubiera podido adoptar por lema de mi vida el verso del Petrarca:

“Sólo porque despierten otros vine”.

Pero no quería despertarlos por las buenas y con caricias, sino empujándolos y cogiéndolos por el pecho y sacudiéndolos contra la pared para que con la ira y la vergüenza de tan rudo despertar hubiese un estallido de energía, un gesto desdenoso de virilidad. Me comportaba con los hombres como los domadores con las fieras medio estúpidas y soñolientas de las colecciones zoológicas. Los pinchaba, los quemaba y fustigaba; los pinchaba con los más feroces sarcasmos que pudiese encontrar; los quemaba con palabras duras y desagradables y con acusaciones sinceramente despiadadas; los fustigaba mostrándoles cuán cobardes eran en la vida, cuán humildes en sus deseos, cuán primitivos en sus ideas, ignorantes de toda cosa y absolutamente incapaces de comprender a fondo y de razonar a derechas.

Nadie escapaba a mis rápidas ofensivas. Si no había discusión, la provocaba yo aposta, para improvisar dilemas o dar cintarazos sin compasión; si la disputa estaba ya encauzada, la torcía y desviaba de modo que quedase yo solo lanzando silogismos e improperios contra todos los demás; si llegaba de pronto un tímido, le obligaba a hablar para cogerle en falta y ponerle en ridículo; si me encontraba con un charla-

tán atrevido, experimentaba un gusto indescriptible en afrontar su osadía y reducirle al silencio.

Si había una mala verdad que decirle en su cara a cualquiera, yo era el primero y el único que se la decía, sin vueltas ni circunloquios; si me daba cuenta de un defecto, de una falta, de una flaqueza, no lo echaba en saco roto para utilizarlo como motivo de acusación o blanco para el ataque; cuando había que quitarse de encima un aburrido, un pelma, un pedante, un imbécil, los amigos acudían a mí, y raro era que no se marchase para siempre confuso y con las orejas gachas. Bastaba que yo supiese cuál era la más escondida tara de un hombre, para que precisamente sobre ella hiciese recaer la conversación, acusándolo sin cumplidos *coram populo*; y apenas adivinaba el punto más vulnerable y desagradable de una conciencia, no esperaba a más para decirlo y tocar aquel punto. De una frase inocente, dicha sin parar atención, era muy capaz de sacar las más impensadas consecuencias, certidumbres implícitas, afirmaciones ocultas, y sobre éstas daba y ahincaba hasta que el infeliz pedía gracia o huía. Pocas conversaciones me bastaban para reconstruir la psicología de un hombre, y cuando la había reconstruido se la ponía ante los ojos para que viese en ella como en un espejo y se ruborizase y avergonzara.

Todo me servía en esta guerrilla cotidiana contra todos: la citación erudita, la idea nueva, el nombre de una autoridad ignorada, el argumento *ad hominem*, la descomposición dialéctica, el examen de la palabra, la contradicción cogida al vuelo, la pirueta, la argucia, la gracia, la burla, la mirada de compasión, la sonrisa humorística, el guiño, la carcajada, la injuria! Con tal de que hiciese sentir sobre los hombros de aquellos idiotas indecentes la superioridad de mi talento y de mi doctrina, toda arma, toda actitud eran

buenas. Y si las víctimas no acudían a mí, iba yo a sacarlas de sus refugios y hacía por ir conociendo siempre gente nueva para tener donde elegir ánimos viles.

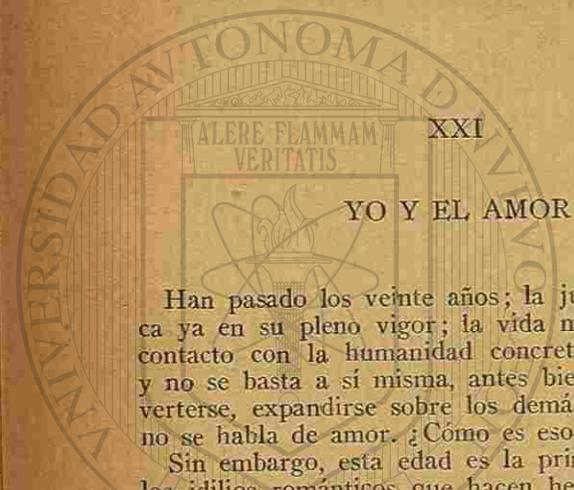
Consegui así en poco tiempo una fama de terrible y descarado que me gustaba; se me miró como a un loco grosero y como el apóstol de la franqueza; como un sinvergüenza, del que era menester huir, y como un héroe de la sinceridad. Muchos, los más viles, se apartaron de mí como de un apestado; algunos, más dignos, me buscaron, resistieron y forzaron mi amistad. Pues que esta manera mía de proceder no era únicamente un desahogo necesario de mis instintos brigantescos y guerreros y un resultado natural de mi orgullo sin límites, sino también un método para probar a los hombres, un cernedor para escoger los mejores y los más fuertes. Quien tomaba a mal mis palabras se marchaba, que era lo que yo quería. Otros me odiaban y era también lo que quería, porque siempre he tenido más necesidad de enemigos que de amigos. Algunos me estimaban más, atraídos por mi misma violencia; soportaban de buena gana los regañíos y los insultos, porque comprendían que muchas veces decía la verdad y que la verdad así dicha podía beneficiar bastante más a los espíritus ajenos que a mis propios intereses. Algunos amigos me los he conquistado a fuerza de palos y malas palabras. Estos pocos, más agudos que los demás, se daban cuenta de todo el amor que había bajo mi desprecio, y sabían que bajo mi gorgonesca armadura de asaltante había un pobre poeta sentimental bastante más capaz de amistad que los jovenzuelos educados y peripuestos.

Tanto más cuanto que no siempre mi actitud era la de un asesino o la de un púgil. Me gustaba mucho, por ejemplo, turbar las conciencias con preguntas impensadas, graves, fundamentales; con una de esas pre-

guntas que nadie hace nunca y que incluso parecen absurdas e inútiles; de esas preguntas que nadie se atreve a dirigirse ni a sí mismo y que ponen en duda de nuevo las ideas más habituales del mundo, todos los valores, toda la vida. Quería obligar a los demás a reflexionar, a pensar, a examinarse de nuevo el propio ánimo, su futuro, sus ideales; quería empujar a cada cual dentro de sí allí donde no se descende de buena gana, y poner a cada cual cara a cara consigo mismo, para rehacerse, para tomar otro camino, para acelerar el paso, para no olvidar, si todavía era tiempo. Entre estos eternos y perezosos durmientes que son los hombres, es necesario que alguno tenga el valor de echar el alto ahí de la escolta, de tocar a diana antes del alba y de dar un buen restregón al colorette que pintarrajea los rostros, para que todo el mundo vea con espanto su fealdad y su vejez. ¡Quién no tenga fuerzas para mirarse la cara, caracterícese de nuevo y recite el papel del caballero, aunque sea un canalla, y el papel de genio, aunque sea tonto. No me importa. ¡He cumplido con mi deber!

Odiadme, maldecidme, desahogaos a mi paso. No se rehacen los hombres con ceratos y homeopatía. Son menester curas radicales y feroces. Hay que cortar donde sea preciso cortar; quemar donde ya hay podredumbre y sacar del blando nido de las costumbres a quien no conoce la fresca furia del viento y la saludable gelidez de la nieve sino a través de los cristales de su casa. Y si el aire os corta la respiración y os ahoga, tanto peor para vosotros y tanto mejor para los enterradores.

Yo no me arrepiento de haber sido demasiado franco y pendenciero. No se hace el bien sino atornentando; no puedo querer sino despreciando.



YO Y EL AMOR

Han pasado los veinte años; la juventud desemboca ya en su pleno vigor; la vida más verdadera, en contacto con la humanidad concreta, ha comenzado y no se basta a sí misma, antes bien muestra querer verse, expandirse sobre los demás, sobre todos. Y no se habla de amor. ¿Cómo es eso?

Sin embargo, esta edad es la primavera clásica de los idilios románticos que hacen henchirse y estallar a los corazones más tímidos; es el pagano estío de todos los sentidos, el hercúleo julio de la lujuria irrefrenable, en que cada mirada es un deseo de placer, todas las manos buscan un cuerpo hermoso que acariciar y los besos son cálidos, como de fiebre, en los labios que no saben, no quieren, no pueden separarse. Esta es la estación de los amores en el año breve de la vida. Este es el tiempo en que la mujer, con las trenzas largas y las faldas cortas de la prima, o con los polvos de arroz de un rostro de treinta y cinco, entra en la vida del hombre y le plantea los primeros y más resistentes recuerdos en la carne o en el corazón. De ahora en adelante el hombre ya no está solo, y ya no es completamente suyo: la mujer, sea virgen o prostituida, empieza a poseerlo y a cambiarlo.

Este, pues, sería el momento para las confidencias

de los tímidos afectos, de los padecimientos sentimentales y de las pasiones furibundas. ¿Por qué no se habla, entonces, de amor?

No, señora, (sólo a las señoras supongo que se les puede ocurrir semejante pregunta); no, señora.

Renuncie a toda esperanza. De amor no se habla aquí ni se hablará nunca hasta el fin. Si ha empezado a leer esta vida de un hombre con el deseo indiscreto de tropezar con alguna mujer, arroje de sí el libro y no vuelva a pensar en ello. No escribiré de amor y no presentaré mujeres de ninguna especie.

Si esto es una novela será una novela sin amor.

Si ésta es una historia será una historia sin mujeres. Será aburrida, manca, inverosímil, todo lo que usted quiera, sensitiva señora mía; pero así será y así debe ser y así la quiero yo; yo, que soy el dueño de mi vida, de mi alma, de mi obra.

Y no es, querida señora, que el amor no haya tenido parte en mi vida; todo lo contrario. Y digo amor en todos los sentidos: platónico y simiesco, espiritual y corporal, sentimental y sensual.

Ha habido mujeres en mi vida: no digo que muchas, entendámonos, por que no he sido ni podía ser un Tenorio; pero las ha habido y eran mujeres hechas y derechas, mujeres de carne y nervios, como las que se admiran en las grandes novelas y se desean en la vida.

Eran señoritas entusiastas y harto ardientes; eran simplemente muchachas sanas y sin ninguna mancha de literatura; eran, ¡ay de mí!, señoritas inteligentes, cultas apasionadas y sin prejuicios; eran, y no me avergüenzo de ello, prostitutas cínicas y melancólicas, que hacían su oficio mucho más honradamente que otras muchas... Y algunas de estas mujeres eran guapas, y otras eran únicamente graciosas, únicamente simpáticas o únicamente interesantes. Y yo las he

querido a todas, una tras otra, con el alma y con el cuerpo, o con el alma sola y con el cuerpo sólo, y he hecho con ellas el ingenuo y el audaz, el tierno y el celoso, el magnánimo y el cobarde, como todos los hombres con todas las mujeres. También he hecho yo mis buenas declaraciones con la voz temblorosa y estrechando las manitas, intentando besar antes de tiempo la boca de la cual esperaba el lánguido sí; también he estado yo bajo las ventanas, en las mañanas jóvenes de sol y en los crepúsculos malsanos, esperando la seña de una mano, el movimiento de una persiana, la aparición de una luz o de un pañuelo; también yo he visto centenares de cartas líricas y desesperadamente invocadoras y de celebración, selladas al final con la eterna y vana palabra de los amantes: *siempre*; y he apretado contra mi pecho otros pechos; y he besado más de una boca, y he hecho cerrar muchos ojos con mis caricias; y toda calle a trasmano me recuerda un nombre, una flor, una palabra — un nombre que ahora ya no digo; una flor seca y marchita dentro de un libro puesto a un lado; una palabra que quisiera olvidar...

Sí, querida señora mía, también yo he estado enamorado y algunas mujeres han estado — supongo — enamoradas de mí. Y yo las he hecho gozar y sufrir como los demás hombres y he conocido también yo las fiebres del deseo, las angustias de la incertidumbre, los tormentos de la duda, la tristeza de la espera, la pena de los celos y la divina inconsciencia del abrazo violento, cuando parece como si las dos almas quisieran escapar de los cuerpos enlazados para formar una sola.

Si no quiero hablar de amor no es que no lo haya experimentado en todos los grados y estilos. También yo tengo un alma, gentil señora, y un corazón lleno

de sangre y no siempre fui insensible, ni nací impotente ni me he desvirilizado nunca.

Conocí, apenas mozo, las ansias de los amores castos; perdí ya grande, regularmente, como todos, mi virginidad; pasé, a través de los amores ilícitos, las pasiones prohibidas y los noviazgos aprobados, y he terminado (¡también yo!) en el seno de las alegrías legítimas del santo matrimonio. Así, pues, podría usted decirme, no sin cierta razón: “¿Qué más te falta?...”

¡Si supiese, señora mía, lo que me ha faltado! Me ha faltado esto únicamente: la mujer ideal, la mujer que se adueña de verdad del alma y la cambia.

Me ha faltado, en suma, la mujer que pueda ocupar un lugar en la historia espiritual de un espíritu, en la novela cerebral de un cerebro: “El eterno femenino nos eleva.” Así será; no tengo ganas de meterme hoy con Volfrango Goethe. Pero debo confesar por mi parte que el eterno femenino ni me ha hecho descender, ni me ha llevado arriba ni abajo nunca.

La mujer no se me ha aparecido ni como la Beatrix que coge a uno de la mano y le despierta de los sueños materiales para conducirlo a las maravillas celestes, ni como la Circe, que a los hombres nacidos para la virtud y el conocimiento, transforma en cerdos gruñidores en los opulentos jardines de sombras y de bellotas.

Las mujeres no me han corrompido, pero tampoco purificado. Han estado a un lado, huéspedes agradables, o molestos en los momentos de reposo; tentativas de consuelo en los tiempos de náusea; vehículos deseados de alegría o de sufrimiento; compañeras queridas y cariñosas de mi pobre existencia; intermedios de voluptuosidad o de furor en mi dura vida de trabajador descontento; admiradoras exageradas e

injustas de mi obra; pero no, si he de ser groseramente sincero, guías, donadoras o inspiradoras.

Me han quitado, me han pedido — y yo les he dado un poco de mi vida, de mi juventud, de mi tiempo, de mis ilusiones, de mis pensamientos —, pero de ellas recibí nada. La historia interior de mi alma no ha sido enriquecida ni cambiada por su presencia.

No me quejo; todo lo contrario. He dado porque podía dar, y me ha quedado bastante — la mayor parte — para mí. Y a ellas no les he pedido nada por mi espíritu y nada podían darme. Sé muy bien que la mujer es por su esencia y necesidad una parásita, una aprovechada, una ladrona. Yo la he aceptado como es y la he tomado tal cual está hecha; me he dejado robar y he pagado puntualmente mis tributos.

En las cuentas de las alegrías y los sufrimientos estamos iguales: si he gozado, he hecho gozar, y si he hecho sufrir, he sufrido yo también. Por lo demás, no pido nada, y lo que he dado bien dado está. Pero de cuanto sé, veo y recuerdo, a mí no me han dado nunca nada, nada en absoluto, ni una idea, ni un poco de fuerza, ni mucho menos un impulso hacia las divinas alturas a que ha aspirado siempre mi espíritu inquieto.

¿Es que acaso no deben pedirse tales cosas a las mujeres? Puede ser; yo también propendo a tal opinión. Pero entonces tengo derecho a no hablar de ellas aquí, pues que tan sólo escribo acerca del alma de un hombre, y no ya del hombre entero.

¿O es que fué mía la culpa por no saber encontrar o comprender a la Beatriz que podía elevarme a los cielos? Es posible, posibilísimo, y, si fuese verdad, me arrepentiría de ello más que de todos mis pecados, porque debe de ser verdaderamente una maravilla tal sublimadora de hombres, ya sublimes por el propio destino.

En resumidas cuentas, no la haya encontrado o no la haya comprendido, no ha descendido a guiarme y no puedo hablar palabra de ella.

He aquí explicada en pocas — cara e impaciente señora — las razones de mi silencio sobre un argumento que tanto la interesa. Comprendo, por desgracia, que los motivos del silencio son más ofensivos que el silencio mismo; pero, ¿cómo quiere que yo lo remedie?

Si supiese fingir o decir mentiras hubiera podido revolotear sobre este punto o contestarla entremezclando aquí y allá de amorosos recuerdos esta desnuda narración de acontecimientos interiores. Pero es completamente inútil que lo intente; no lo consigo. Y no puedo escribir lo que no siento y hacer un lugar a lo que no fué.

Con todo, no quiero perderme irremediamente para con usted — y para con todas las mujeres que quieran, por casualidad, escucharme —. Y quiero dar aquí un ejemplo — pequeño, mínimo ejemplo — de lo que podrían ser mis reminiscencias sentimentales. Se trata de un recuerdo asaz lejano: del *primer* recuerdo de amor con que cuento en mi vida.

¡Noche de un agosto remoto! Bajábamos juntos de la colina, después de una de aquella solitas cenas en el campo, de toda la parentela. Había conseguido quedarme atrás con *ella*, con la niña más pequeña, más abandonada, más triste, más semejante a mí.

La luna blanca sobre el polvo blanco del camino, sobre los caseríos blancos, sobre los olivos, que blanqueaban tras los muros recién enjabelgados, con la cal blanca aun, prestaba una iluminación de ensueño un tanto teatral a aquella hora.

Intentaba andar dentro de las sombras, y cuando íbamos a volver a la luz, mi mano, largo tiempo du-

dosa, buscaba la suya y en seguida la soltaba, con el sentimiento de haber cometido algo obsceno.

Mi corazón latía con demasiada fuerza para aquella edad, y el canto insistente y patético de los grillos perdidos en los campos casi me enternecía. E imaginábame las cabecitas negras con las antenas tensas, apenas fuera de los agujeros terrosos, junto a la hierba, refrescada ya por la noche, y me parecía que su verso igual era una pregunta vanamente repetida de amor y de felicidad.

También yo sentía necesidad, desde entonces, de un poco de felicidad. Y aquella noche tenía, por fin, el valor de decirle a *ella* lo que hacía tantos meses pensaba: el secreto de mis noches maníacas se desgranaba poco a poco, en frases breves e interrumpidas, bajo la blancura inolvidable de aquella luna de agosto. Ella me escuchaba, con el rostro blanco y tranquilo bajo el ala del sombrero de paja. Me escuchaba como en sueños, y de cuando en cuando decía que sí, siempre que sí, sin añadir una palabra más.

Yo coloreaba conmovido los particulares de mi químera filistea: "En cuanto fuéramos mayores nos casaríamos ella y yo. Iríamos a vivir a una casa pequeña, toda para nosotros, en el campo, pero cerca de la población. Necesitábamos un huerto; un jardín un poco más grande, con muchas flores y un estanque en medio con peces rojos y florecillas amarillas entre los hierros de la verja. Pondríamos una buena sala, con un reloj pegado a la pared, y su buena péndola reluciente de metal; una mesa redonda con tapete rojo rameado, y los retratos de nuestros papás y nuestras mamás en sus marcos negros con filete dorado. Tendríamos muchos animales: un gato blanco con un collar azul celeste, palomas en el tejado, tres o cuatro gallinas para los huevos, un canario y un jilguero, en jaula, para oírlos cantar; un perro muy grande de

guardián, y tal vez una mona pequeñita como la que tiene el pajarero sobre la puerta de la tienda... Y estaríamos juntos todo el día, divirtiéndonos y queriéndonos mucho..."

Ella seguía diciendo que sí, siempre que sí. Para ella todo era natural, sencillo. Que hubiésemos de estar juntos toda la vida nosotros dos — ¡precisamente nosotros dos! — no la extrañaba nada.

Yo veía nuestra vida futura como conquista fatigosa, ideal lejano, largo esfuerzo, azaña seria. Ella, no. Parecía como si se tratase de hacer ruido, ruido de jugar — a un juego nuevo, inventado por mí: el juego de la vida. — Estaba sí, un poco ensimismada, pero su rostro paliducho de niña poco acariciada era plácido y tranquilo. No me entendía. No nos entendíamos. Me decía que sí porque no entendía. ¡Y pensar que mi sueño era tan atrocemente mezquino, tan de niño y tan burgués! Yo, no sé por qué, me quedé más triste que si me hubiese dicho que no. Y no le volví a decir nada.

Aquel fué mi primer encuentro con el alma de la mujer. Los demás fueron muy diferentes; pero sin embargo...

Ahora ya no volveré a hablar de amor en este relato — ni siquiera una vez —. Puede usted, querida señora, cerrar el libro y tirarlo. Y despreciarme profundamente, con plena conciencia.



Cuando hube conquistado con la actividad caprichosa y temeraria de tres o cuatro años lo que para cualquiera (para muchos) hubiera sido un arribo y una victoria — tener un nombre, ser leído, discutido, seguido, temido —, sentí más profundamente que antes un vacío vergonzoso en mí mismo.

¿Pero cómo? ¿Es esto todo? Esto únicamente el fin último de mis días y de mis noches de trabajo, la conclusión de mis esfuerzos tentaculares hacia una luz menos terrestre, el resultado único, y definitivo de toda una juventud, de todos los ardimientos y furores de una juventud concentrada y comprimida durante largos años, llameante de pronto como una hoguera de alegría sobre la montaña. ¿Esto tan sólo? ¿Nada más que esto? Ver impreso el propio nombre, repetidas las propias palabras, reproducido el propio rostro; en la plaza las ideas más caras; arrojadas como pasto a “un cualquiera” las más celosas confesiones y los entusiasmos más inoportunos. ¿Y luego? Tener alrededor unos cuantos monos que imitan los gestos de uno y algún papagayo que tartamudea las frases de uno; ver libros con el nombre de uno en la cubierta, artículos con la firma de uno al pie; oír a quien habla de uno sin entenderle y no le comprende a uno, o le desprecia y le

envidia, y ni siquiera sabe molestarle a uno. Convertirse en un autor, un autor conocido, tal vez valorado; buscado por los directores de periódicos, deseado por los editores, perseguido por los gacetilleros de oficio; traducido a otras lenguas; candidato a la honrada celebridad de los cuarenta años.

Pero ¿y luego? Empezaba a obtener todo esto y sentía que no me bastaba, que no me bastaría nunca. ¿Qué me importaba, ser o llegar a ser un filósofo “brillante”, un escritor “muy conocido en el mundo literario”, un fabricante y comerciante más o menos afortunado de palabras y de pensamientos? ¿Dónde iba a parar? Poco era menester para saberlo. Aun mirando a lo alto, con toda la locura permitida a los mediocres, no había más que esto: ser impreso por Treves, enseñar en la Universidad, formar parte de una Academia, obtener (viejo, decrepito, inútil ya) el premio Nóbel...

¡Pero de ninguna manera! Sentía haber nacido para otras cosas, querer otros fines. No era ambición la mía; no era vanidad, sino orgullo, orgullo del bueno, orgullo diabólico, orgullo divino. Quería ser verdaderamente grande, épico, desmesurado; quería realizar algo gigantesco, inaudito, que cambiase la faz de la tierra y el corazón de los hombres.

Si no, mejor nada. Mejor marchitarse en el ocio cretino de una subprefectura o animalizarse en el trabajo manual, o, mejor que todo, ahogar los sueños fallidos y el peso del cuerpo en el agua amarilla del Arno.

Necesidad antigua y continua de ser jefe, guía, centro; pero especialmente inestable en aquel tiempo de ascensiones y animosos deseos.

Confieso: no me importaba mucho el por qué, sino que los ojos de todos estuviesen vueltos — ¡al me-

nos un momento! — a mí, y que todas las bocas hubiesen repetido mi nombre.

Fundador de escuela, iniciador de secta, profeta de religión, descubridor de teorías o de ingenio admirables, capitán de un partido nuevo, redentor de almas, autor de un libro de cien ediciones, maestro de cenáculo; cualquier cosa, pero el primero, el más célebre, el más grande en cualquier cosa.

Ser uno de esos que dan un nombre a una idea, a una multitud de hombres, que revelan una verdad nueva, imprevista, extraña; de esos a quienes todos deben conocer y juzgar, a quienes se les debe un capítulo, un párrafo en las historias, y que tienen su dominio propio, su campo aparte, su bandera reconocida.

No me importaba el por qué, no me importaba el cómo; pero no quería quedarme aparte, en segunda o tercera fila, entre las personas simplemente interesantes, simplemente curiosas, cultas e inteligentes. ¡Incluso una tontería, incluso una locura; pero ser el inventor de esa tontería, el héroe de esa locura!

Al principio me propuse la acción que les parece a los poco profundos más acción: a la política. El socialismo iba ya declinando, pero seguía siendo con todo el máximo movimiento humano de mi país en aquel tiempo, y yo, el hombre del no y de la contracorriente, me situé contra el socialismo.

Y fui socialista — socialista al revés; — acepté la lucha de clases. Pero que fuese verdadera lucha, guerra en términos verdaderos, no ya agresión del hambriento enardecido (el pueblo) contra el patrono tembloroso y transigente. Lucha de clases; es decir, defensa de la clase que ha hecho y que ha vencido, contra la clase que quiere hacerle abdicar antes de tiempo. Defensa burguesa: poca piedad, política de hierro y todas las ideas asociadas: expansionismo (es decir, nacionalismo-ejército y marina). Fui redactor jefe del

primer periódico nacionalista italiano; hice un discurso para diseñar el programa de un nuevo partido nacional. Me las vi todas las semanas con los popularistas; me arrojé a la polémica; mordí las glorias demagógicas; destripé las ideologías revolucionarias; quise devolver dignidad y valor a quien ya no quería sino ceder. Queríamos que Italia fuese grande en el presente, incluso con las conquistas. Pensábamos en Africa, pedíamos acorazados e intentábamos reavivar el poco espíritu imperial que pudiera haber todavía en Italia después de las derrotas de Abisinia.

Pero de este imperialismo colonial y militar pasé en seguida por mi cuenta a un nacionalismo espiritual. Italia me parecía un país sin vida, sin unidad ideal, sin un fin común. Todo mortecino, todo sin eco. Cada cual para sí, un poco de camorra para todos. Me pregunté cuál era en aquel momento el papel, la misión de Italia en el mundo. Y no supe responder. Entonces empecé con mazziniana inoportunidad mi *campana por el obligado despertar*. Débiles llamamientos (artículos, opúsculos, cartas) en un mundo rumoroso y distraído. Quería que mi país hiciese algo suyo, que representase algo suyo entre los demás pueblos. Quería que los italianos, arrojada la retórica de los pasados resurgimientos, se propusieran un gran fin común, un fin verdaderamente nacional. Desde 1860 no había habido un sentimiento, un pensamiento único, italiano. Era tiempo de ponerse en camino de nuevo. Una nación que no siente en sí la pasión mesiánica está destinada a deshacerse.

Pero ¿cuál podía ser esta suerte nacional? Yo mismo no estaba muy seguro. Gritaba y clamaba y luego interrogaba a los mismos que habían acudido a mis llamamientos. Decía: la preparación del dominio espiritual de las cosas. En Italia el espíritu había sido

siempre privilegiado; en este país debía empezar el definitivo reino del espíritu.

Pero ¿podía ser este un lazo nacional? Presto me di cuenta de que no. Este problema del señorío absoluto de la voluntad transcendía al más fantástico patriotismo. Era menester dirigirse a todos los hombres y trabajar para todos. No más los intereses físicos de un cantero de tierra, sino los intereses espirituales de toda la Humanidad.

Creía con toda la fuerza de mi alma tener una misión en el mundo — una misión mía, una gran misión. — Me parecía todos los días ser el llamado a hacer lo que los demás no hacían, ser el llamado a transformar de punta a cabo hombres y cosas, desviando el curso pacífico de la historia.

¿Quién me llamaba? No lo sabía, no lo sé. No creía en Dios, y en ciertos momentos me sentía como un Cristo que debiese a toda costa disponerse a otra redención; no creía en la Providencia, y me veía en el futuro como el Mesías y el salvador de las gentes. Eran voces que hablaban dentro de mí; eran voces subterráneas que parecían subir de otro hemisferio, de otra tierra. Me imaginaba que esta vida nuestra era ya *otra vida* y que esta tierra era ya cielo para otros que gemían abajo (no muertos aún allí, no nacidos aún aquí arriba), y pensaba yo que me llamarían para que los salvase, para que los levantase hasta mí y les hiciera partícipe de nuestras alegrías más divinas, de nuestras verdades más ciertas. Algunas veces mi estado de ánimo se asemejaba al de un dios que oiga a una multitud dolorosa rezar a sus pies invocando felicidad y liberación, muerte y redención. Y me conmovía como nunca me había sucedido leyendo a Marcos, a Lucas, a Mateo y a Juan, y una vez lloré sobre una vida simple y desnuda de Mazzini.

Me sentía empujado misteriosamente a hacer algo

por los hombres, por todos. Me parecía haber prometido antaño y ser llegada ya la hora improrrogable del cumplimiento.

Me había hecho a mí mismo; debía hacer a los demás. Había destruído; debía reconstruir. Había despreciado la realidad; debía cambiarla y purificarla. Había odiado a los hombres; debía amarlos, sacrificarme por ellos, hacerlos semejantes a Dios.

De otra suerte, ¿de qué aprovecha el haber venido a la tierra? ¿De qué sirve haber renegado crudamente del pasado? O rehacerlo todo y recomenzarlo todo y sublimarlo todo con un esfuerzo colosal de amor y de voluntad, hasta hacer habitable la realidad incluso a los más delicados y grandes, o renunciar a todo: de las alegrías intuitivas del vegetar a las satisfacciones de una pseudocelebridad europea y americana. Volvía en mí, también para la acción, el peligroso dilema infantil: o todo o nada.

El saber sólo ya no me bastaba: quería obrar. No me contentaba del todo el escribir: quería grabar mi voluntad en las cosas y en los espíritus. Quería salir de esta contemplación sin fin, de este batallar de palabras y de conceptos muertos, de estos fuegos artificiales de ideologías efímeras, de cohetes paradójicos y fantásticas ruedas. Estaba cansado de ver, de comentar, de juzgar lo que los demás hacen; de criticar y deshacer solamente. El mundo puramente cerebral, verbal y papelístico en que me debatía aparecía seme árido y sin esperanza. Era menester salir de él para alguna empresa más vasta, más fecunda, más concreta.

Pero no ya para sumirme en la vida primordial y animal de todos, en los negocios sólidos, en los quehaceres ordinarios, en la acción que es simplemente continuación y en la lucha que es sólo lucha por el pan, por el lecho, por el dinero, por la mujer y por la

autoridad. Quería obrar, pero no obrar humanamente, como los demás, como todos. Había mucho más que hacer, y nadie pensaba en ello. Vivir, sí; pero no la vida acostumbrada y siempre igual; obrar, sí; pero no para los antiguos fines. Mi paso por la tierra debía dejar una huella más profunda que una revolución o un cataclismo. Quería, en suma, que *comenzase conmigo, por obra mía, una nueva época de la historia de los hombres*. Inaugurar una nueva era, un período absolutamente distinto, un tercer reino. El hombre había sido, en los tiempos primitivos, puro bruto, fiera vegetativa. Después había ascendido a la Humanidad, había construido instrumentos, se había apoderado de las fuerzas de los animales, del viento y del fuego; había desatado poco a poco al pensamiento de los lazos de la pura conservación; se había iluminado y sublimado en el arte. Pero su vida estaba aún llena de supervivencias animalísticas; la barbarie permanecía en él bajo los indumentos del *gentleman* y las perfecciones de la vida mecánica; los fines últimos y comunes de la vida eran los mismos de los antepasados de presa: comer bien, gozar las más hermosas mujeres, mandar a los más débiles, robar a los demás todo lo posible. Las alegrías supremas y verdaderamente superanimales del pensamiento por el pensamiento, del pensamiento puro y desinteresado, de la contemplación y de la creación del arte, eran para muy pocos y en esos pocos reducidas a algunos momentos. La Humanidad estaba, pues, en un estado intermedio entre la fiera y el héroe, entre Calibán y Ariel, entre lo bestial y lo divino. Había que arrancarla de tal antigüedad, de tal contaminación. Matar, extirpar cuanto había aún de infrahumano en el hombre, para hacerlo sobrehumano, no ya hombre. Acercarlo a Dios, hacer de él la verdadera divinidad, innumerablemente viviente en el espíritu y para el espíritu.

¿Cuál es la parte más alta, más última, más noble y pura del hombre? El alma. Queriendo obrar sobre el hombre en el sentido elevador, había que obrar sobre el alma. Únicamente en la dirección espiritual es posible esperar un cambio radical de ruta, una evolución total de esencias y valores. La parte más elevada del hombre es la única guía hacia la altura. En la vida presente del espíritu está ya la semilla, el principio de la futura vida divina del hombre. La contemplación del filósofo, el éxtasis del místico, la creación del poeta; todo lo que aleja de las humillantes necesidades de la conservación corporal, del asqueroso gozo de los intereses terrenales, está en el espíritu. Y el espíritu es dúctil, es maleable, perfectible. Reserva en sí promesas indefinidas y sorpresas inesperadas; da señales de poseer el germen de otras facultades y el primer impulso hacia desenvolvimientos admirables. Si ha de surgir algo nuevo y grande en la vida del hombre, surgirá del espíritu; si queremos perfeccionar al hombre, es menester hacer perfecto el espíritu. Todos los valores en él residen, todas las razones de la vida externa, todos los motivos de nuestros actos. Si él cambiase de pronto cambiaría toda la vida. Si se propusiera diversos fines, si destruyera en sí algunas preferencias y adquiriese otras, la existencia de la Humanidad se agitaría y renovaría. Todas las cuestiones — nacionales, sociales, morales — no son en el fondo nada más que cuestiones de alma, cuestiones espirituales. Mudando el interior se muda el exterior; renovando el alma, se renueva el mundo.

Y el mundo se renovaba en absoluto. La vida de los hombres — lenta, pesada, adormecida, vulgar, física, infernal — asqueábame cada vez más. Quería que los demás sintiesen también esa náusea y que encontrasen la fuerza necesaria para salir de ella, para reducir y renegar la vida del cuerpo, la vida tradicio-

nal, la vida bárbara y selvática, enmascarada malamente (y hecha más atroz) con hierro, carbón y electricidad.

Era indispensable una última ascensión. Debía por fin abrirse el nuevo volumen de la historia universal. El hombre había sido primero todo carne; después carne y espíritu juntamente, y ahora debía ser todo espíritu, espíritu solo. Después de la edad fiera y la edad humana, la edad heroica, la época del ingenio al servicio de la fuerza, y, por último, la época del ingenio liberado, de la voluntad dominante, de la mente dominadora de toda fuerza.

Guiar a los hombres hacia ese reino; anunciar esa nueva edad, realizar esa época: he aquí el deber que voluntariamente me impuse. Mi misión era doble; disgustar y alejar de la vida presente a los hombres y preparar y hacer visible la vida superior y sobrehumana que yo presentía y entreveía con la exasperada tensión de los máximos deseos.

Pero, ¿de qué manera? ¿Y era digno de dedicarme a tamaña empresa? ¿Triunfaría? ¿Yo mismo estaba tan imbuído, tan dominado por el alma para tener derecho a despertar las almas ajenas e imponer a los demás una existencia menos desarrollada en lo feo y en lo malo?

Y aun teniendo un alma limpia, virtuosa y sin debilidades, ¿tendría intelecto lo bastante grande y animoso para inspirar a los demás con el arte la voluntad de la necesaria evasión de lo cotidiano inconsciente y conducir a término la elevación de cien pueblos a la esfera de lo divino?

Para dar principio a mi misión debía estar yo seguro de mí mismo; pulirme y engrandecerme; llegar a la perfección moral y a la sublimidad intelectual; trasmutarme en santo y en genio.

XXIII

EL PERFECTO

¿Pero cómo? ¿Pero no hay nadie entre vosotros que tenga el valor de venir aquí, a mi casa, cara a cara, y hablarme y descubrirme sin compasión ni melosidades qué soy yo? ¿No hay nadie que quiera decirme despiadadamente, como verdadero amigo, lo que he hecho de malo, lo que no he hecho o lo que hubiera debido hacer; mis defectos, mis vicios, mis delitos? ¿Sois todos hipócritas y cobardes como las señoras decentes de cincuenta años? ¿Tenéis miedo de que no hable en serio? ¿Teméis que tome a mal lo que me digáis o que en vez de abrazaros y besaros os rompa la cabeza u os ponga en la puerta?

¡Adelante, por Dios! ¿No habéis visto nunca la cara de un hombre franco que dice la verdad? Yo os llamo e invoco con toda el alma, con toda mi alma desgraciada. Tengo necesidad de saber qué cosa fea he cometido, para arrepentirme de ella y descontarla; tengo necesidad de todos modos de conocer mis defectos, para rasurarlos, quemarlos, deshacerme de ellos de una vez para siempre. ¿No habéis comprendido todavía qué es lo que me agita y me muerde noche y día?

Yo quiero hacerme un alma grande; quiero llegar a ser un grande hombre, un hombre puro, noble, per-

fecto. Sé que no viviré sino esta vez, y quiero vivir bien. La vida de todos vosotros me disgusta. Quiero ser grande o matarme. No hay otra elección para uno como yo. Tengo necesidad de estar más arriba que vosotros para que subáis más aún. Mas para llegar a ser grande es menester rehacer, atormentar, pulir, agigantar esta alma sola que nos ha sido dada no sé por quién para estos años breves de paso o de destierro sobre la tierra. Para hacerse el alma grande hay que conocer todas sus pequenezes; para hacerla pura es menester ver todas sus suciedades; para hacerla animosa y fuerte, todos los miedos y las vilezas.

¿Creéis que me he mirado poco a mí mismo? ¿Os imagináis que no he estado espionando todos los movimientos, los resplandores, los refugios, escondrijos, temblores y palpitaciones más escondidos de mi alma?

Y con todo — ¡maravillaos cuanto queráis y tratadme como a un embustero, incluso! — no he encontrado *nada*, ¿entendéis?, no he encontrado *nada* que me asquee o me avergüence. No he conseguido, en tantos años, sorprenderme un verdadero defecto, un vicio declarado; no he logrado nunca detenerme en el umbral de una acción y decir: “¡Esto es una canallada!”. No me ha sucedido ni siquiera una vez el sentir murmurar dentro de mí el remordimiento de alguna acción no realizada o mal hecha o contraria a alguna ley de los hombres o de Dios.

¡Pero, decidme al menos una vez la verdad; por vuestras madres, decidme si es posible que haya en la tierra un hombre tan puro! ¿Seré acaso un santo sin pecado, el único virtuoso, el alma sin mancha, el hombre perfecto? No lo penséis ni siquiera un momento; es imposible, la cosa más imposible entre los imposibles. ¡También yo seguramente soy malo, sucio, cobarde, embustero, débil, falso y sin corazón! También yo seguramente peco setenta y siete veces al día,

y tengo el alma negra y pestilente como una alcantarilla. Si así no fuese, no sería un hombre. Si no fuese así, ¿por qué sentiría hervir continuamente dentro de mí este enorme deseo de ser grande, de tener un alma grande, un alma hermosa?

No, amigos; inútil es que me tentéis con palabritas al oído. No os creo ni os creeré nunca. Puede ser que yo sea puro y perfecto para vosotros, para esa torcida moral de haraganes y de traidores, de vergonzosos cansados y de cerdos enmascarados. Pero no para mí; para mí no soy puro y grande, ni para ti, ¡oh, ideal indescriptible de mi vida!, soy como quisiera ser o como debiera ser para acercarme sin rubor a la muerte.

Lo que hay es que nadie puede conocerse a sí mismo; nadie puede ver con severidad y decir con franqueza todo aquello que se siente, piensa y hace. El astuto amor propio, la agudísima vanidad, el interés calculador, la temerosa vergüenza, el descarado orgullo, están siempre allí para esconder; para celar, para cubrir, para excusar, para justificar. Por eso, sin duda, no me doy cuenta de la podredumbre que llevo conmigo y creo ser el cisne de una absurda perfección.

Ahora comprendéis el por qué necesito de vosotros y por qué no puedo dar de lado vuestra severidad. Los demás ven todo lo malo que hay en un hombre; la natural malicia humana tiene ojos agudos y la mente pronta. Nada escapa a su maldita vigilancia. Lo que no ve, lo adivina; lo que no puede adivinar, lo sospecha. No es de hoy el que los hombres vean la paja en el ojo ajeno.

No os hagáis los inocentes. Aquí no se trata de subterfugios ni de cumplidos. Vosotros veís ciertamente dentro de mí, os asqueáis y os horrorizáis tal vez. Pero ¿por qué no hay ninguno que me hable; al menos uno, *uno solo* que venga a decírmelo todo? Os repito

que yo no soy como los demás. En las alabanzas me cisco; odio las adulaciones, no puedo sufrir las palabras sobrentendidas.

¿Es que tenéis miedo? Os juro que el primero que me haga caer en la cuenta de un defecto mío será mi salvador, mi más caro amigo, mi verdadero hermano.

¿Es que mi alma es tan horrenda que os falta el aliento para proclamar en alta voz su fealdad? Cobrad valor y hablad. Os recompensaré como pueda. Os daré cuanto poseo; robaré por regalaros; me arrastraré en vuestras casas para serviros y adoraros.

¿No sois capaces de descubrir el mal? Entonces sois estúpidos e imbéciles, porque si hay algo malo, vosotros, los extraños, debéis verlo a primera vista. ¡Aguzad la mirada, hacedos más maliciosos, acechadme, preguntadme a quemarropa! Haced lo que queráis; pero yo quiero, de todas suertes, que me denunciéis y acuséis sin piedad. Mi vida y mi muerte, mi grandeza y mi abyección, están en vuestras manos.

¿Qué es lo que estáis ahí murmurando? Ya sé, ya sé que no sabéis más que hablar mal de los hombres en secreto, calumniarlos en voz baja y acusarlos cuando no están. Pero conmigo esa infamia debe acabar. ¡Venid a la luz del sol, hablad a toda voz! No me avergüenzo, no huyo. Quiero ser acusado e infamado para poder subir adonde yo sé.

Pero tal vez... — perdonadme si os ofendo —, pero tal vez vosotros no queréis revelarme mis vicios y mis pecados, para que no pueda purificar mi espíritu, para que no me sea dado llegar a la perfección que espero.

¡A vosotros me encomiendo, hombres, a todos vosotros, amigos y enemigos; tened piedad de este pobre hambriento de grandeza! No le neguéis la amargura de la acusación ni la dureza de la condena. Hablad sin reparo, condenad ferozmente. No os detengáis si

me veis llorar, no os conmováis si veis que me pongo pálido. Me mataré si no me hacéis ver cuán pecador y culpable soy, si no me decís al punto cuán despreciable y miserable. Me encomiendo de rodillas a todos los hombres de la tierra. ¡Tened el valor una sola vez de decir la verdad cara a cara!

de los hombres? ¡Y en Italia especialmente! Haced el favor de decirme, si podéis, quién no tiene ingenio en este país bendito de los dioses. Si me traéis uno, lo pago a peso de oro. El ingenio, imbéciles míos, corre por esas calles, llena las casas, inunda los libros, emana de todas las bocas, regurgita incluso de las tabernas.

— ¡Qué muchacho más ingenioso! Lástima que no haya querido hacer nada.

— Ese es un malhechor, un trapisondista, pero ¡qué ingenioso!

— Dice unas animaladas muy gordas, de acuerdo. Pero no puedes negar que tiene mucho ingenio.

Estas son la opiniones que se oyen todos los días en Italia, por todas las aceras, en todas las casas y en todas la tabernas donde se reúnen los que se llaman intelectuales.

Quien sabe hacer la baladita o la cancioncilla con una cadencia simpática y rimas pasaderas tiene ingenio. Tiene ingenio quien sabe pintar las florecillas a la acuarela que parecen de verdad; tiene ingenio quien golpea el piano con garbo ante un Beethoven de yeso; tiene ingenio quien sabe describir con sentimental elegancia los estragos de un terremoto; tienen ingenio incluso los escultores de castañas de Indias y de aficionados porveniristas que disfrutan la inteligencia ajena haciendo humo al par con las ideas y los habanos.

Yo lo pregunto otra vez: ¿Quién no tiene ingenio entre nosotros? Hasta los que no hacen nada tienen ingenio, hasta los políticos, hasta los periodistas...

Digámoslo de una vez y para siempre: quien me dice que tengo ingenio me ofende. Quien me dice que soy un hombre de ingenio, me entristece.

Reniego de vuestro ingenio y lo pongo con los periódicos en el retrete. Os hablo claro: para mí el in-

XXIV

EL INGENIO

¡Me dicen estos hombres de alrededor que tengo ingenio, y creen hacerme un gran honor y darme un gran contento estos buenos muchachos! Hay alguno que llega a decir incluso que tengo mucho ingenio, y son los que creen quererme más y estar más cerca de mí.

¡Amigos caros, os lo agradezco y me inclino ante vosotros y que Dios os lo premie! Haced y decid todo cuanto podáis hacer y decir hasta vencer vuestro natural amor propio y mi desconfiada hosquedad.

¿Pero no hay absolutamente nadie entre vosotros que se dé cuenta de lo que me ofendéis y amargáis con eso del ingenio?

¡Al demonio vuestro ingenio! ¿Qué es eso? ¿Creéis verdaderamente en conciencia que yo me puedo contentar con ser un hombre de ingenio, un chico que promete hasta la tumba, un compañero gracioso y que sabe interesar a la gente? ¿Por quién me habéis tomado, voto a Dios? ¿Es que tengo la cara insulsa y sonriente de un hombre que se contenta con lo que todos tienen y que es feliz con diez ideas en la lengua y cien francos en la cartera? ¿No os habéis dado cuenta, lechuzas de mal agujero, de que el ingenio es la mercancía más común que se encuentra en las ferias

genio es aquella forma tal de inteligencia que todos pueden comprender, apreciar y amar. El ingenio es esa mezcla sabrosa de facilidad, de rebusca, de gracia, de lugarcomunismo, confitado, de filisteísmo un tanto brillante, que gusta a las señoras, a los profesores, a los abogados, a los hombres de mundo, a las famosas personas cultas; en suma: a todos aquellos que son término medio, que están entre cielo y tierra, entre paraíso e infierno, igualmente lejos de la animalidad profunda y del genio grande.

¡Mira que cosa se me ocurre! *Ingegno*, en toscano, no significa solamente inteligencia feliz y más que mediocre, sino también ese diente o guarda o inscuatura de hierro de las llaves que sirve para abrir. Estos dos sentidos no son próximos en el Diccionario tan sólo. El ingenio es lo que abre. Con tal ingenio se entra en todas partes, se comprende casi todo y se complace a muchos. Es el pasaporte de la vida. Es la ganza universal de las bolsas y de los lugares donde se hace una posición. El uno tiene ingenio para hacer cosas bellas; el otro tiene ingenio para dar a entender que las cosas feas que hace son bellas. Son dos ingenios diversos, pero ambos ganan.

Allá ellos. Que ganen, que gocen, que se diviertan y diviertan a todos esos hombres de ingenio. Yo no soy uno de ellos ni de ningún modo quiero serlo.

Es inútil; por cuanto hace a mí, me gustan siempre los extremos. En punto a seres vivos, no quiero sino a los animales o vegetales perfectos, a los que hacen honradamente su trabajo, sin comprender más, sin revolotear de aquí para allá en las charlas y en las ambiciones, o al verdadero genio, al alma grande, al héroe gigante y solitario como un monte de noche.

O un campesino o Dante, ¡y fuera en medio todos los demás; fuera a puntapiés los hombres de ingenio, los hombres graciosos, los hombres hábiles y los odio-

sos intelectuales! ¿Qué sois vosotros ante un aldeano-te sucio que muele el trigo para daros de comer o ante un poeta que exprime de su alma las palabras que hacen estremecerse y pensar a mil generaciones? ¿Qué hacéis? Palabras y palabras, mistificaciones y juguetes

Por mi parte, la elección ya está hecha. No podría, aunque quisiera, convertirme en un árbol o en un des-tripaterrones; pero quiero, lo quiero desesperadamente, llegar a ser un grande hombre de verdad; digamos de una vez la palabra que da miedo: ¡un genio! Y si caigo en el camino, sin ser lo que quiero y espero, aceptaré de buena gana el doloroso destino, lloraré por mi cuenta, no blasfemaré con quienes he despreciado y moriré solo, en un rincón del mundo, como el valiente lobo de Vigny.

Y no me arrepentire de nada: estoy seguro de que experimentaré tales alegrías al sentirme el alma limpia y tensa hacia algo absurdo y majestuoso, que no sentiré ni los guijarros del camino, ni las risotadas de quien cultiva su huertecillo y lo cree un mundo.

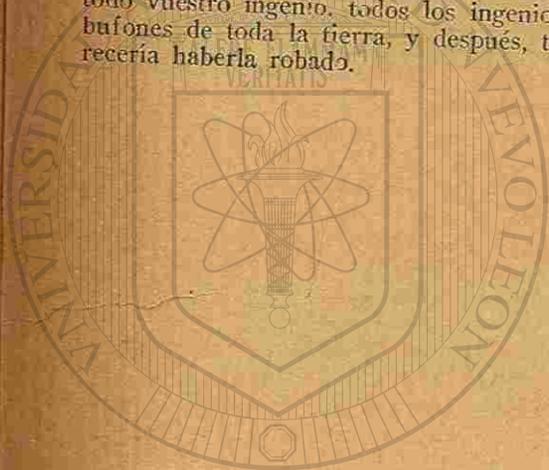
Y no lo tomes a mal, oh, valiente mí mismo, si a veces pareces estúpido e ignorante. El genio no hace gracias, no saca a bocadillos las ideas ingeniosas, no persigue los últimos números de las revistas ni los libros que se venden. No, no.

El genio es niño y loco, y es genio porque tiene el valor de ser infantil y alocado, y no puede por menos de parecer a veces ignorante o idiota, que se maravilla de todo y habla sin sentido común.

Pero son únicamente del genio, ¡oh, mí mismo, esas horas maravillosas en las cuales parece que Dios habla por tu boca, en las cuales todo es luz, todo se abre, todo es limpio y armonioso como el agua de un hermoso río; esas horas en las cuales el alma se convierte en fuego como el fuego, aire como el aire, amor

como el amor; esas horas en las cuales, por misteriosa locura, todo es posible, todo es sacro y no sabes ya decir cuál es el mundo y cuál es tu alma!

¿No sentís qué pálido y flaco pasatiempo es vuestro ingenio ante estos momentos? Por una de esas horas, por una sola de esas horas, daría todo mi ingenio, todo vuestro ingenio, todos los ingenios de todos los bufones de toda la tierra, y después, tal vez, me parecería haberla robado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

XXV

"DIES IRAE"

Llamamientos desesperados en el vacío. Dirigidos a los demás, pero que me decía a mí mismo. Esfuerzos, disciplinas, remordimientos. Intenciones sublimes ahogadas después en las cuatro columnas de un artículo. Sed de pureza, cívica luego entre los blancos brazos de una mujer. Cabalgada hacia lo subríme; envidia de los cielos; gusto de la aventura peligrosa, de la *gran tentativa* (salto del hombre hacia otra vida más allá de la vida; derrocamiento de los Júpiter; la promesa de la serpiente mantenida al cabo; redención verdadera, sin la cruz ni la sangre cayendo de las manos blancas que bendijeron); sueño taumaturgico vertiginoso, invencible, y la pequeña y pía vida cotidiana: en la pequeña estancia, en el pequeño café, en la pequeña ciudad, entre los hombres pequeñísimos.

Sin embargo, luchaba. Luchaba orgullosa, gallardamente, con todas las esperanzas en el corazón, con todas las voluntades en el cerebro. Habíame empeñado todo yo. Ser así; hacer *aquello* o desaparecer. Debíame entre las tentaciones hacia la mediocridad necesaria; intentaba hacer a mi alrededor una soledad despiadada de espíritu si no de cuerpo; me combatía; me castigaba; me educaba en el dolor con pruebas próximas y terribles. Sentía la necesidad de recoger-

me por entero en lo íntimo, en lo más profundo de mí, en un silencio que me hiciese escucharme únicamente a mí mismo, y nada más.

Yo debía ser el primer hombre de la nueva humanidad; yo debía dar el ejemplo inicial de una vida completamente interior, completamente independiente del cuerpo, de la materia, de la animalidad. Me daba cuenta de que estaba lejos de la meta señalada por mí y de que no era aun el espíritu sin mancha ni debilidad, predestinado a acompañar a los hombres en el gran paso más allá de la vida presente. Pero no me descorazonaba por eso. El entusiasmo engendrado por el mismo absurdo de la empresa; el ardimiento que me hacía parecer miserables todos los fines mayores de los hombres; la certidumbre loca del triunfo lejano; el orgullo colosal de sentirme instrumento de una misión tan insólita y tan maravillosa en la imaginación; la necesidad absoluta de apartarme de esta realidad, de este mundo, de esta vida humana, me cegaban día por día en mi carrera hacia el más funesto despertar en la vida de un mortal. Me parecía andar sobre la tierra como un gigante invisible que posase un pie sobre la cima de un monte y el otro sobre otra cima; que saltase los mares verdes y solitarios como un charco; que tuviese la cabeza entre las estrellas del cielo y se calentase al sol como un pobre al calorillo de una fogata.

Propósitos increíbles y visiones de apocalipsis me atravesaban el alma en aquellos tiempos, y la mayor arrojaba poco a poco del nido a la más pequeña con un crescendo paroxista de manía sin freno.

Pero el pensamiento fijo era uno tan solo, siempre el mismo: hacer posible, deseable, próxima, la palin-génesis del género humano, la transfiguración del hombre-bestia, el surgimiento universal del hombre-dios. Pero era necesario, antes que nada, que también

los otros comenzasen a sentir lo que sentía yo, y que todos tuvieran, como yo, el desprecio, el asco, el rubor, el terror de nuestra vida ambigua y anfibia. Y entonces pensé en el arte.

Únicamente el arte podía hacer el milagro. Únicamente la poesía podría recrudecer la sensación tremenda de la vida como es, tan frecuentemente fragmentada por la inconsciencia del hálito; y recordar los espantos, atizar todas las tristezas, despertar la vergüenza y crear la pena de la insoportabilidad allí donde es más dulce la quietud de la adaptación. Las teorías no influyen. Las teorías no persuaden sino a los menos y cansan a los más; pero el arte vivo, la poesía sojuzgadora y avasalladora (la poesía poética con todo su color, su armonía y su irresistible eficacia) obligaría a los hombres a mirarse en el mar muerto de la existencia humana y a retirarse de allí horrorizados, súbitamente atacados del deseo de huir, de *ser de otro mundo*. A Narciso el mirarse en el cristal encuadrado de margaritas causó la muerte; para la Humanidad sería ocasión de nueva vida.

La obra de poesía no podía ser — en mí, en aquellos momentos — minuciosa, episódica, confiada. Vivía en una atmósfera de grandeza, pensando cosas grandes; también la poesía (en cuanto instrumento inicial de redención y nada más) debía de ser grande, grandísima. Grandísima, al menos en el concepto como tela, como cuadro. Un poema cósmico, un drama universal una escena infinita.

Volviendo la vista atrás, no veía más que dos libros dignos de atención en ese sentido: la *Divina Comedia* y el *Faust*. Ambas, gigantescas reseñas de la vida y de la historia; el más allá y el más acá. En Dante el mundo subterráneo y supraceléstico para juzgar el terrestre; en Goethe, el mundo del mito y de la metafísica, para juzgar el de la realidad. Dolor y Amor; lo Alto y lo Bajo; los Santos y las

Madres, y un torbellino que acompaña, entre cielo y tierra, el viaje de un pecador mortal, deseoso de salud.

Pero ni el libro del prior florentino ni el del consejero francofortés eran lo que yo quería. Las dos leyendas — de la vida eterna, de la juventud eterna — no eran motivos bastantes para poner en derredor toda la vida de todos los hombres en todos sus aspectos y momentos. Era menester algo más. Algo más grande, más grande aun. Había en el cristianismo otro mito que cuadraba mejor a mi caso: el juicio universal. Y entonces dibujé en la mente y en el papel la única tragedia consentida a mi demencia: el *Dies Irae*, el día de la ira, del espanto, del crujir de dientes, de la última condena del último y del primer hombre.

Cuando el sol fué blanco como la luna en el cielo, que parecía más vasto y más negro, y la tierra se secó como una fruta olvidada, los hombres se escondieron en las cavernas y en las catacumbas, más cerca de los muertos, y se apretujaron unos contra otros, como las ovejas al acercarse el invierno. Volvió la primavera y ya no dió flores; el último ruiseñor murió en su nido solitario; los bueyes, cansados del trabajo milenario, no fueron más que huesos blancos reposando en los campos desiertos, y las ciudades de piedra, de mármol y de hierro, se deshicieron poco a poco en el abandono de las tinieblas silenciosas.

Tan sólo un hombre no quiso dejar el cielo. Todos sus hermanos habían renegado de mucho tiempo atrás de la superstición palestina que tomó el nombre de Cristo, pero él solo creía aún. El último cristiano esperaba sobre una altura las señales prometidas por los libros para antes del gran final. Y he aquí que su fe vencía y el Apocalipsis de Juan se desarrollaba ante sus ojos cansados de vigilante. Los caballos negros galopaban a través de la tierra devastada; los mares lanzaban sus aguas contra el cielo y lamían las mon-

tañas; los cielos se abrían, por último, y por las heridas de la negra bóveda llevian rápidas e innumerables saetas, hasta sumergir casi los continentes que quedaban en un diluvio de fuego. Entonces, cuando las señales parecieron ciertas, el último cristiano descendió a lo subterráneos a anunciar el fin a sus hermanos. "El día temido es llegado. El libro no mentía. David y Sibila eran testimonios veraces. Había que prepararse a morir. El juicio estaba próximo; he aquí la vigilia del día de la ira".

Pero los hombre no querían morir; no querían creer en la muerte, en el fin, en el juicio. El cristiano gritaba demasiado fuerte. Nadie quería escucharle, pero sus palabras turbaban todos los corazones. Y entonces algunos se acordaron de que el Dios de aquel hombre murió crucificado, y por hacer irrisión de su fe también fué clavado sobre una cruz de madera para que callase.

Mientras el hierro le desgarraba las manos, la sangre caía en pesadas gotas, y el tórax, desnudo, se henchía agonizante anunció todavía una vez más el fin cierto, el fin inminente. Cuando la muerte le cerró la boca, todos los hombre se sintieron libres y felices, la orgía del contento se desenfrenó allí abajo y el último día fué como un infierno de malos placeres. Mas presto se abrieron bajo sus pies los abismos, las montañas se derrumbaron con un fragor de mil truenos, las bóvedas de los subterráneos se hundieron y toda la tierra no fué más que un despojo sin vida, un cementerio ilimitado sin supervivientes.

Todo calló.

Hubo unos horas (¿o siglos?) de silencio, como antes. El sepulcro redondo giraba en la nada con la paz de sus osarios. Todas las voces callaban: todos los problemas estaban resueltos y los muertos podían descansar por fin, porque nadie vivía a su lado, nadie los recordaba, los lloraba, los compadecía.

Mas he aquí de pronto las trompetas, las trompetas terribles de la resurrección. Las trompetas agudas, las trompetas mágicas, las trompetas imaginables, las trompetas de clamor tan fuerte, tan penetrante, tan profundo, tan imperativo, que despierta a los muertos — incluso a los muertos que duermen hace mil y diez mil años. — Las trompetas celestes, sonadas no se sabe por qué bocas potentes como la palabra más dulce de Cristo; tan enérgicas, incansables, insistentes, que hacen temblar los huesos escondidos bajo la tierra y en el fondo de los mares; que hacen que los esqueletos recobren su envoltura corporal; que devuelven la vida, la respiración, el movimiento a todo el ilimitado ejército de muertos.

He aquí el valle de Josafat, grande como el mundo, abierto de un mar a otro, cubierto, lleno, rebosante de toda esta Humanidad resurrecta, de estos hombres, de estas mujeres, de estos viejos, de estos niños de todos los países, de todos los colores, de todas las edades, de todos los tiempos, que son todos hermanos y nacieron todos bajo la misma estrella y se encuentran ahora por primera vez, y gritan, temen y *esperan*.

Los más no saben por qué están allí y preguntan y no se entienden. Hay quien flora aparte y quien se tapa la cara para no ver. Algunos se encuentran, se reconocen, se acuerdan. Comienzan los coloquios, los primeros coloquios *verdaderos* de los hombres.

Los deseos del sueño se ven cumplidos. César puede hablar con Alejandro; Dante abraza a Virgilio; Carlos V interroga a Salomón. Los soldados se reúnen con los soldados; los reyes están con los reyes; las mujeres hermosas con los amantes perdidos; los campesinos que nacieron y murieron solos en lo alto de las montañas, se acurrucan juntos y hacen la señal de la cruz.

Todos, al cabo, supieron por qué se les había desper-

tado y supieron lo que les esperaba. Los cristianos verdaderos estaban exultantes. Por fin, iban a ver a su Cristo bajar de las nubes del cielo para condenar y premiar. Ya comenzaban aquí y allá las disculpas y las plegarias, las invocaciones a la piedad, las desesperadas demandas del último perdón. Había alguno con valor aún para amenazar a los dioses ausentes. Hubo quien dijo que tal *kermesse* póstuma era el último esfuerzo del destino antes del aniquilamiento verdadero. Hubo quien propuso construir casas y nombrar un Gobierno; y vieron hombres y mujeres abrazados por el suelo para olvidar el terror de su pecaminoso abrazo.

Nadie se entendía; nadie entendía a los demás. A cada momento se alzaba una voz intentando hacerse oír; otras mil voces respondían y el tumulto hacíase tan insoportable que a todos persuadía a la sevicia. Los profetas intentaban hacer negocio; había uno encaramado en una altura que predicaba sin cesar, sin que nadie le oyese.

Luego se cansaron todos. El juicio no empezaba. Y esperaron en silencio largas horas, largos días, tal vez años. Y nadie llegó. Y entonces todos a una gritaron:

— ¡Cristo! ¡¡CRISTO!! ¡¡¡CRISTO!!!

La única voz de toda la Humanidad, de todos los hombres que habían estado en la tierra para amar, para sufrir, para esperar, se elevó hasta el cielo como un desafío. Querían ser juzgados; la incertidumbre de la espera era más temible y dolorosa que un infierno.

Un pobre dijo la vida de los pobres, y pidió morir una vez más; un rey dijo la vida de los reyes; un poeta la vida de los poetas; un obrero, la vida de los obreros; una prostituta, la vida de las prostitutas; un marinero, la vida de los marineros. Los esclavos egipcios, los campesinos chinos, los guerreros de América, los legionarios de Roma, los mineros de Inglate-

ira, dijeron su vida y cada cual demandó piedad; todos pidieron morir otra vez.

¿Quién de ellos había sido feliz? ¿Quién de ellos había sido culpable? La vida no le había dado nunca a nadie lo que cada cual había pedido — y los más habíanse quedado a oscuras de todo. — Dios había hablado únicamente a los elegidos. ¿Quién los había hecho así? ¿Y qué comedia era aquella de la resurrección? Si no está preparada una vida mejor, preferible es la muerte, preferible con mucho la muerte.

Y después de las súplicas de aquellos millones de infelices, volvió sobre todos el silencio. Incluso los cristianos titubeaban. ¿Por qué no aparecía Cristo triunfante, en medio del cielo abierto, sobre su trono de fuego, circundado de los ángeles y los santos, como en las pinturas de los frailes antiguos?

Mas, por fin, sobre la muda multitud se oyó una voz que dijo: "Cristo no está en el cielo. Cristo está entre nosotros, humilde y solo. También él fué un hombre, también fué culpable, también él espera ser juzgado. Que el hombre juzgue al hombre y cada cual tenga lo que esperó. ¡Los que creyeron en el paraíso serán bienaventurados, y los que crean en la muerte tan sólo, volverán a ser ceniza y polvo!"

Y una vez más los hombres reposaron para siempre.

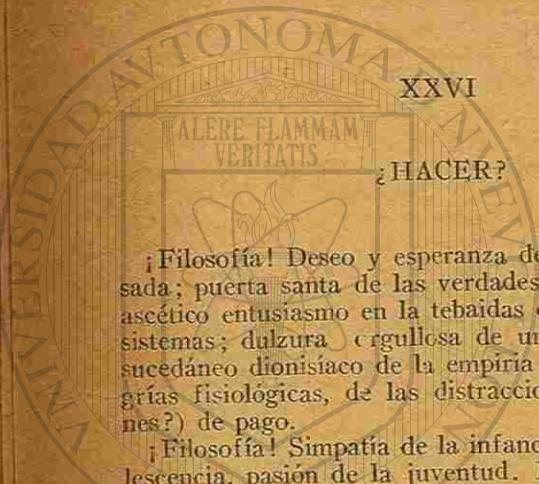
¡Cuántas cosas se me escapan hoy! Cuán ridículo es ahora el recuerdo mutilado de una tragedia por primera vez absolutamente trágica. ¿Qué tiene que ver el *Faust*! Mil diálogos, cien mil escenas — y toda la vida, con todos sus personajes milenarios. — La historia universal transformada en drama; la infantil tragedia, la divina comedia conducida a término y agigantadas hasta lo imposible.

Yo soñaba con representarla en un teatro grande como un desierto, con verdaderas montañas por escenario, y que las palabras sonasen tremendamente, co-

mo las de Dante; que las figuras pareciesen de Miguel Angel, y la música fuese más divina que la de Wagner. Hubiera querido el viento como respiro; el mar, por orquesta; razas enteras, por coros, y una lengua nueva, formidable, perfecta y clara, donde se reuniesen todos nuestros sonidos: del quejido de un mamoncillo al eco solemne de las cascadas. Gemidos capaces de conmover los cielos, alaridos de naciones arrodilladas, y el silencio, el verdadero, el inasequible silencio.

Todos los hombres hubieran temblado leyendo, viendo, escuchando mi obra; y hubieran reconocido en aquella última ficción toda la vida, todo el bien y todo el mal — y en la carrera sin resurrección hacia aquel último instante (el día de la ira) en que todo sería juzgado) — *por ellos mismos, bajo el cielo deshabitado.*

Y del espanto de esta representación monstruosa hubiera nacido la necesidad de una nueva vida, la vida prometida por mí.



XXVI

¿HACER?

¡Filosofía! Deseo y esperanza de una certeza reposada; puerta santa de las verdades difíciles; filtro de ascético entusiasmo en la tebaidas despobladas por los sistemas; dulzura orgullosa de una vida fracasada; sucedáneo dionisiaco de la empiria normal, de las alegrías fisiológicas, de las distracciones (¿consolaciones?) de pago.

¡Filosofía! Simpatía de la infancia, amor de la adolescencia, pasión de la juventud. Fe sin sagradas escrituras; culto sin ceremonias; adoración sin rezos, ¡y, sin embargo, más cara, más cerca de mi corazón que todas las religiones! Pensamiento abstracto, desnudo como las obras maestras de los mayores genios; idea más armoniosa y perfecta que toda escritura; concepto inmaculado y lineal, como un dibujo creador sobre la tela intacta del ser.

¡Filosofía! Mundos aladínicos de fantasmas más vivos que los vivos; de sombras más sirénicas que los cuerpos; de palabras más pulposas que las cosas; de fórmulas más incendiarias que una estrofa.

Te conocí, te amé, te violé. Tú fuiste el banquete sin fin de mi vida astenia; la fiebre de mi excesiva salud; el himno inolvidable de mi aridez de corazón. ¡Cerebro, cerebro, todo cerebro! ¡Teorías, principios,

dialécticas, nada más que abstracciones! Viví de sistemas, viví los sistemas; me nutrí de metafísicas, soñé metafísicas.

Las selvas de las más ásperas ideologías fueron mi edén, ¡y no había ni una hoja verde! El sol deslumbrador de la celeste unidad caía sobre mi cabeza, ya caliente de sangre y de razonamientos, y hería mis ojos cegados y los cerraba a fuerza de luz. En aquellas soledades de zarzas y matorrales conocí yo también, como los anacoretas, las tentaciones carnosas de las bellezas sensibles y terrestres. Las mujeres me miraban con sus ojos negros, grandes, abiertos y fijos; y en las riberas soleadas de los mares, las amarillas naranjas de Goethe se bamboleaban en la brisa impregnada de sal y de infinito. Y durante largos años (tantos años, tantos meses, tantos días ¡y tantas noches!) te fui fiel como un caballero de *chanson de geste*, y no tuve más Dios que tú. Te busqué en todos los libros; te veneré en todas las formas; te extraje de toda palabra; te conquisté en los grandes; en los pequeños te defendí. Grandes fiestas del espíritu para cada posesión de verdad; noches de delirio meditabundo para cada iluminación.

A tí, Filosofía, lo debo todo: el anhelo de los mundos purificados; el éxtasis de las ascensiones en lo inteligible; el ejercicio de la destrucción; el sentido de mi superioridad sobre los hombres de la calle. Yo fui todo tuyo y tú lo fuiste todo para mí.

Con todo, llegó el momento en que te me apareciste tal cual eres: cábala afanosa de signos en torno a la nada; orden vago y mutable sobre la diversidad fluuyente y desbordada; carrera irónica hacia la destrucción de tí misma.

Y yo te repudié, te desprecié, te licencié, te traicioné. Para lo que yo quería hacer no eras más que un obstáculo. No cumpliste lo prometido. De lo que

cumpliste no sabía que hacer. Yo buscaba la acción, el hacer, el cambiar — la realidad de hoy en promesa hacia la realidad del mañana —, y tú no me dabas más que la contemplación inútil, la quietud de los absolutos o la febrilidad fatigosa de las galopadas impacientes hacia una meta sin fondo.

La Filosofía había sido conocimiento (contemplación) y rebusca de lo universal (unidad).

Yo quería, por el contrario, acción (cambio, creación), y, por lo tanto, le realidad (realidad inmediata, concreta: lo particular). Derrocaba del todo a la nada el concepto milenario de la Filosofía, cortaba la tradición y volvía a la prefilosofía. Y creía, con esto, beneficiar a la filosofía de los filósofos. Todo problema, para mí, era problema de instrumentos, de transformación de instrumentos. Todo filósofo se había preocupado únicamente de encontrar nuevas soluciones a los problemas antiguos; pero todas las soluciones, las antiguas y las recientes, habían partido de las mismas premisas, respetando las mismas leyes, cayendo en los mismos paralogismos — productos, en suma, de estructuras mentales muy semejantes —. Era inútil proseguir todavía de otro modo por aquellos caminos, hartos andados. Una experiencia continuada durante siglos nos advertía — con la vanidad y la vacuidad de los resultados — que allí no había nada más que hacer ni qué esperar. Las mejoras de los vocablos, los retoques a los métodos, las reformas parciales de la máquina lógica, los cambios de terminología eran expedientes mediocres de gente que no sabe dejar el camino real de sus padres. Para cambiar los productos, para tener el derecho de esperar en alguna verdad definitiva, para obtener un resultado que fuese verdadera y radicalmente distinto de los sólitos, era necesario tomar la resolución difícil — pero única — de empezar de nuevo por otro lado. La Filosofía es una

construcción levantada con instrumentos; los instrumentos de la Filosofía son los cerebros de los filósofos; para mejorar sus productos hay que mejorar los instrumentos; de suerte que para mejorar la Filosofía es menester mejorar los cerebros de los filósofos. Es menester cambiar las almas.

Es decir: *hacer* algo, obrar, transformar; no ya únicamente conocer, describir, contemplar.

Los filósofos (y no todos; poquísimos) han pensado en cambiar un instrumento tan sólo: el lenguaje, y no han pensado en el más importante de todo: su alma.

El mismo principio podía adoptarse en moral. ¿A qué multiplicar las normas, los mandamientos, los imperativos, si luego los hombres se ciscaban en las filenas éticas y seguían siendo los mismos canallas de antes, tal vez menos feroces, pero sin duda más hipócritas? ¡Encontrad el modo de cambiar los gustos, los valores internos de las almas, y las acciones virtuosas fluirán naturalmente, sin necesidad de sermones, consejos, ni reglas! ¡Cambiad su personalidad directa, eficazmente, y el más quintaesenciado sistema ético será al punto superfluo! ¡Haced que los hombres sean espontáneamente virtuosos, en vez de aburrirlos con disertaciones sobre la virtud.

También por este camino volvía, pues, a mi sueño fijo de revolucionario espiritual: cambiar los hombres, cambiar las mentes. Pero no quería cambiar únicamente los espíritus, sino también las cosas. Es decir: cambiar los espíritus para que pudiesen cambiar las cosas cada vez más rápidamente. Mas para cambiarlas no basta tener los nombres escritos en los libros; no basta haberlos clasificado y genealogiado; no basta haberlos reducido a ideas generales, y las ideas generales a conceptos universales, y haber formulado las relaciones de causa entre los diversos grupos de

conceptos. No basta haberlas puesto en los escaparates y haber escrito en la muestra de cada escaparate el artículo (¿inviolable?) de la ley. Para cambiar la realidad no basta conocerla desde fuera a través de las formas del intelecto razonador y de los símbolos del Diccionario.

Es menester penetrar, insertarse en ella, llegar a ser parte suya, átomo de su masa, momento de su duración, chispa de su alma, gota de su corriente.

Es menester entrar en contacto con todos sus aspectos (incluso los más escondidos, los más transitorios, los menos visibles); fundirse en su plenitud; perderse en su inmensidad; hacerse realidad viva en la viva realidad. No ya permanecer en su contemplación como un mecanismo cerebral, como una lente reticulada, como un nomenclator y un medidor, sino arrojarse en ella de cabeza y hacerse penetrar por ella y penetrarla; sentir en nosotros su eterno fluir, multicolor, multisono, multisabroso; concertarlo con el pulso de nuestra sangre, con el latido de nuestro corazón. Hacer de modo que sea toda nuestra y nosotros completamente suyos.

Nadie aspira ni tiende a esta mística confusión.

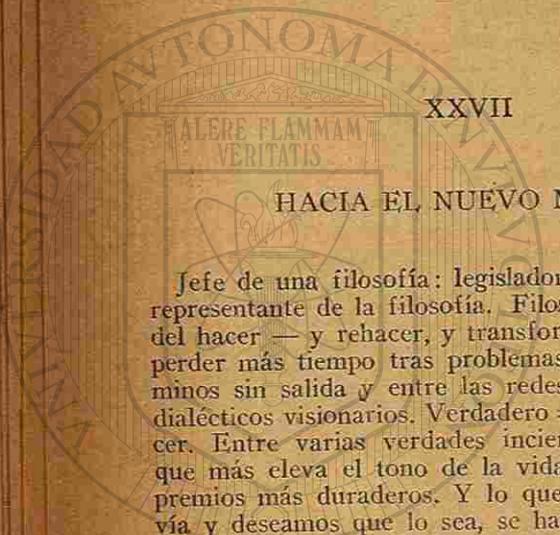
Ni siquiera los artistas; ellos también, en cuanto expresan lo particular, eligen, descartan, empobrecen. Hay momentos y lados de las cosas que nadie busca; ¡nada de acrobatisms trepadores hacia las vacías unidades de los modismos! Esta paciente excavación del particular concreto debieran hacerla los filósofos, en vez de divertirse todavía con los juegos froebelianos de las definiciones *a priori* y de las arquitecturas simétricas. Este sería el camino para el dominio del mundo.

Cuando el hombre, en vez de separarse de lo real, como algo en sí que lo juzga y lo mide, se deshaga en lo real de modo que se sienta hermano de cada áto-

mo y cada apariencia, entonces el cuerpo limitado del hombre desaparecerá en el cuerpo desmesurado del universo; el microcosmos será, en efecto, el macrocosmo, y cada parte del mundo como parte de su persona; y del mismo modo que la voluntad mueve a su antojo cada miembro de la persona, podría mover cada elemento del mundo.

De este fermento de ideas nació en mí esa especie de filosofía a que se llamó pragmatismo y que en otros tuvo orígenes y caracteres en todo diferentes. Esto no obstante, me uní a los pragmatistas y me dí a difundir las verdades de la nueva doctrina. En mí fué la tal un misticismo mágico; en los demás, una metódica preventiva. Confundímonos todos, pero se echó cierta levadura en los pacíficos hornos de las doctrinas conservadoras y tradicionalistas.

Hombre de teoría, no podía olvidar a los teóricos. A ellos especialmente me dirigía con el pensamiento para tenerlos de compañeros en la *gran* obra. Con el arte despertaría sobresaltados a los sensibles; con la teoría quería preparar y arrastrar a los intelectuales. Para un fin semejante a nadie se había de dejar a un lado; a nadie había de despreciar. Debían servirme el mito y la intuición, la imagen y el concepto. Todas las formas del espíritu, para la elevación del espíritu; todos los instintos y poderes de los hombres, para la creación del hombre nuevo.



HACIA EL NUEVO MUNDO

Jefe de una filosofía: legislador, apóstol y máximo representante de la filosofía. Filosofía de la acción, del hacer — y rehacer, y transformar y crear —. No perder más tiempo tras problemas insolubles, por caminos sin salida y entre las redes y los cepos de los dialécticos visionarios. Verdadero = útil. Saber = hacer. Entre varias verdades inciertas escoger aquella que más eleva el tono de la vida y nos promete los premios más duraderos. Y lo que no es verdad todavía y deseamos que lo sea, se hará que llegue a serlo con la fuerza de la fe.

Evangelio de fuerza, evangelio de osadía, evangelio práctico, optimista y americano. No más miedo: osar y saltar. No más dudas; todo grueso folio teórico ha de poderse cambiar en la moneda suelta de los hechos particulares, de los resultados deseables. ¡Afuera las metafísicas y bienvenidas las religiones! Aquellas nos dan los secos contornos conceptuales del mundo; estas nos ofrecen las perspectivas calurosas y reconfortantes de vidas que no pueden ser interrumpidas, de valores que no pueden ser negados.

¿Qué hacer de un conocimiento que ni siquiera sirve para conocer y que, por añadidura, no entra ni de soslayo en nuestra vida ni la cambia en un ápice? Que-

remos la teoría instrumento, la idea martillo, la filosofía industrial, el aprovechamiento práctico del espíritu.

Tomada así, en un tono un tanto lírico y exagerado de propósito, esta escuela me inspiraba. La tomé por mi cuenta, la desenvolví, la popularicé, la impuse a los demás, escribí apresuradamente apologías, resúmenes de ella.

Pero no me bastaba, no era aún suficientemente mía. Había de sacarla de aquel pie de casa anglosajona, de aquel pietismo de misionarios vestidos de paisano; arrastrarla por los cielos de lo absurdo: hacer de ella una cosa grande o tirarla.

Tomé, pues, la parte más sugestiva — la que enseñaba como hacer verdaderas, por medio de la fe, las creencias sin correspondencia con la realidad —. ¿Por qué restringir esta acción a las creencias? ¿Por qué crear solamente la verdad de alguna fe? El espíritu debía ser dueño de todo; la potencia de la voluntad no debía tener límites.

Como el conocimiento científico creaba, en cierto modo, los hechos, y la voluntad de creer creaba la verdad, así el espíritu debía influir sobre el todo, crear y transformar a capricho sin intermediarios. Hasta ahora, para obrar sobre las cosas exteriores tenemos necesidad de otras cosas externas, como instrumentos, y nuestra mente ha de mandar en nuestros músculos, y estos deben poner en movimiento otras partes de realidad material que consideramos. Yo quería, por el contrario, que el espíritu lo pudiese todo por sí, con su sola voluntad, sin intermediario alguno. También el espíritu, pensaba yo, es una fuerza de la naturaleza, la más noble, perfecta y refinada. ¿Por qué no la más poderosa? Basta entenderla y dirigirla. Del mismo modo que podemos obrar ya directamente sobre algunas porciones de realidad — las que forman

parte de nosotros o más directamente se refieren a nosotros —, debemos obrar sobre toda la realidad, sobre toda, sin excepción. El estudio y el ejercicio bastan, con tal de que se quiera, se espere y se busque. Y si conseguimos la victoria, todo el mundo será nuestro y será substancia plástica y manejable para nuestra voluntad, y la palabra de la primera serpiente se verá cumplida: ¡Seréis semejantes a los dioses!

¡Ser dios! ¡Todos los hombres dioses! He aquí el gran sueño, la imposible empresa, el fin orgulloso que se busca. Y lo puse como programa — a mí mismo y a los demás —. Imitación de Dios: omnisciencia y omnipotencia. Camino para llegar: el espíritu perfeccionado, agigantado, con nuevas cualidades y facultades.

Grande, grandísimo el sueño, pero no desesperado el acercarse. ¿Qué hombre se propone llegar a ser dios con deliberada voluntad? Charlatanes, sí; profetas y taumaturgos, sí; pero dioses, no. Algunos de éstos fueron creídos dioses — pero *después* y por los otros —. No fué su objeto la divinidad, sino efecto de la fe circunstante e imprevista. Emperadores de Roma hubo, locos tranquilos, que se creyeron dioses; pero creían serlo ya; no se proponían llegar. Yo, no; quería ser dios; reconocía estar lejos de ello aún.

Hubo quien se propuso confundirse con Dios — místicos, ascetas, santos —, pero volver a entrar *en Dios*, como parte, gota, átomo de una infinita divinidad que a todos engendra y recoge, emite y reabsorbe con el ritmo de su respiración.

Pero yo no quería ser parte, sino todo yo mismo; no quería ser parte, sino que todo fuese parte mía, toda cosa obediente a mí, como si las montañas, las estrellas y los mundos fueran miembros de mi cuerpo, y miembros obedientes. Yo no creía en Dios. Dios no existía para mí ni había existido antes. Quería crearlo

para el porvenir y hacer de mí, hombre débil y miserable, el ser supremo, soberano, riquísimo y potente.

Sobre este mi propósito y preparación del hombre-dios pensé fundar una religión. ¿Dónde? No ya en la vieja Europa, pobre e intimidada por las costrosas civilizaciones. En América, en la vasta América septentrional, de posibilidades indefinidas, donde se acepta todo lo nuevo, donde todo credo encuentra un templo, y todo Moisés, un capital. Había encontrado un compañero digno de mí, loco como yo, decidido a acompañarme y a partir conmigo insultos y triunfos.

Habíamos pensado en todo: en aprender bien el inglés, en estudiar las condiciones de América y en el dinero para empezar. Habíamos decidido prepararnos cinco años en la soledad, estudiando el problema de la potencia del alma — experimentando, reforzando nuestra voluntad, descubriendo los secretos de la acción espiritual directa, de suerte que pudiéramos ofrecer milagros y prodigios si aquellos hombres, duros como Pedro e incrédulos como Tomás, nos lo pidieran —. Todo estaba dispuesto, incluso el nombre de la nueva iglesia, incluso los puntos del maravilloso y mágico credo. Nosotros dos, italianos pobres y filósofos, iríamos allá, solos y osados, a ofrecer a todos la omnipotencia, la riqueza, el prestigio, la salud, la eternidad; todo aquello que los hombres desean y ansían con mayor avidez e insistencia. Nosotros dos solos, atravesando el mar, transformaríamos aquella tierra, descubierta por un italiano obstinado y sin escrúpulos. Y de allí volveríamos a Europa, seguidos por miles de fieles, con la aureola de la gloria en torno a nuestras cabezas y con la certidumbre de poder desafiarse desde esta esquirla de materia a todos los demás mundos sometidos a nuestra voluntad.

LA CONQUISTA DE LA DIVINIDAD

Ahora sí que el ingenio y la bondad — ni la poesía ni los sistemas — bastaban.

Antes de atravesar el Atlántico como profeta del nuevo reino *ser* — realmente, efectivamente *ser*, — lo que en la larga vigilia había soñado para mí, lo que había propuesto a los demás: un santo, un guía, un semidiós.

Ya no era el momento (harto lento por lo demás) de las proposiciones, de los afanes, promesas, esperanzas — programas.

¿Cómo se podía concebir un santo sin milagros, un fundador de fe sin prestigio, un diós sin poderes? Si la única razón de la vida era para mí aquella, y nada más que aquella, no podía retardar su cumplimiento y conclusión. La mariposa angélica debía romper la oscura crisálida; el fruto debía madurar después de la ligera prodigalidad de las flores. Romper los lazos, cortar los puentes; cambiar la vida, de carácter, de alma; poner el sello del hecho a la oración prolija de las intenciones.

No podía tener la ilusión de hacerlo todo por mí de la nada. Yo también tenía que volver, con mi altivo desprecio, por el pasado, a cualquier tradición; fiarme de las enseñanzas ajenas, aprovechar las ex-

periencias antiguas. Pero ¿a qué parte volverse con mayor esperanza de socorro?

Uno solo era mi objetivo inmediato: aumentar hasta lo infinito el poder de mi voluntad; hacer de suerte que mi espíritu pudiese mandar a hombres y cosas sin necesidad de actos exteriores. Es decir, *hacer milagros*. Nada más.

Los santos y los magos (o los que eran un poco una cosa y otra: los profetas hebreos, los fakires indios) pretendían haber hecho milagros. Los primeros, sin buscarlo, casi sin querer; los demás, sujetándose a una disciplina rigurosa y ayudados de secretas doctrinas y de fuerzas extrañas. Pero los milagros, en suma, eran posibles, y había ya el principio de un arte del milagro. Un principio, una radiación, un rudimento; era necesario constituir este arte, encontrar sus reglas seguras y aplicarlo. Aun no siendo verdaderos los que los historiadores de los santos y los teóricos de la magia llaman milagros; es decir, propiamente milagros en el sentido riguroso y filosófico de la palabra, a mí no me importaba. Eran hechos extraordinarios, ejemplos de poderes nada comunes, manifestaciones de voluntades insólitas, de hombres dotados de cualidades divinas: me bastaba.

Estudiando a estos hombres, penetrando en su vida, observando por qué caminos habían llegado a hacer lo que habían hecho, se debía sorprender al cabo su secreto — el meollo primitivo y común de los prodigios. — Luego era únicamente cuestión de voluntad y de pertinacia. Reconocido el camino, el paso no debía ser difícil; por donde los demás han pasado también yo pasaré.

Los santos me conducían hacia la religión; los magos, hacia las ciencias ocultas. Caminos sólo en apariencia divergentes; religión y magia habían nacido juntas en los tiempos primitivos. Los santos habían

sido taumaturgos (¿y el mismo Cristo?), y los magos (los verdaderos) habían sido, habían debido ser puros y ascetas. Conocía de antiguo los dos caminos: el celestial, hacia los paraísos consagrados, y el subterráneo, hacia los infiernos malditos.

Después del fracaso escéptico de mis *anfklarung* había vuelto con cierta simpatía hacia la fe; es decir, hacia el cristianismo, hacia el catolicismo. Había releído los Evangelios sin la petulante animosidad volderiana de los primeros años; había vuelto a entrar en las iglesias, y no tan sólo por admirar la arquitectura y contemplar los cuadros de los altares y los frescos de las capillas. Había releído los Evangelios para buscar en ellos a Cristo; había vuelto a entrar en las iglesias para encontrar en ellas a Dios.

El culto me atraía, y no tan sólo por la belleza de las ceremonias y por la música de las misas cantadas. Algo ambiguo — la necesidad de creer, de volverme niño, de sentirme en comunión con la cristiandad, de que había salido — se agitaba débilmente en mí, sin querer decidirme claramente. Leía a San Agustín; medité a Pascal; saboreaba las *Floreceillas*. Llegué hasta la *Introducción a la Vie Devote* y los *Ejercicios espirituales*. ¿Curiosidad psicológica? ¿Deseo de información?

En gran parte, sí. Pero había también un hálito de voluntad de creer, un callado deseo de tomar parte en el magnífico experimento religioso, que de Jesús acá había dado al mundo tantas obras maestras de espíritus y de obras. La apologetica me interesaba, y el cristianismo, incluso para ejemplo de amigos, me atraía. Empecé a frecuentar los místicos antiguos y modernos: de Plotino a Novalis. A los alemanes sobre todo (Meister Eckchart, Suso, Bohme), y a los españoles (Lulio, Santa Teresa, San Juan de la Cruz). Los especulativos y los sensuales, y no me olvidaba de

los solitarios, los anacoretas, los desesperados amantes de Dios que habían pasado su vida en perpetua oración, entre las piedras de las montañas. En todos hallaba algo que se compadecía con mi caso: elevación, diluyimiento en el ser, abandono, esperanzas de suertes más altas.

En algunos místicos heterodoxos, como Novalis, encontraba incluso las más explícitas promesas de lo que buscaba; pero nada más que promesas y expectativas. Los demás conducían a las alturas enrarecidas del más abstracto amor, pero querían que yo renunciase a mi conocimiento, a mi conciencia, a mi persona. Me invitaban al abismamiento, a la fusión; mas no ya en el móvil y agitado océano de los particulares, antes bien en la infinita indeterminación de un Dios único e invisible. Verdad es que algunos de éstos, diluyéndose en tal indefinible e inefable divinidad, habían conseguido realizar precisamente lo que yo quería: los milagros. Renunciando a todo, incluso a sí mismo, a su individualidad, lo habían obtenido todo. Todo le será dado a quien todo lo da. Era una espiral sobre el secreto del poder divino, pero estrecha e incierta.

Había ya reconocido, haciendo la teoría de la investigación de lo diverso, que es necesario compenetrarse con el todo para que el todo nos obedezca. En tanto nos sentimos *separados* no tenemos derecho a dar órdenes a aquel que separado de nosotros sentimos, y si las damos no tienen eficacia. El misticismo era, de hecho, una destrucción de barreras, una negación de la separación, un impulso hacia la inseparabilidad absoluta y eterna. El místico no se siente un algo separado del mundo, del ser — de Dios. — Y entonces, convertido en parte íntima e integrante del mundo, todo el resto de su voluntad se refleja en el ser: al abdicar su voluntad particular se convierte, sin

pensarlo, en una especie de voluntad universal, y las más rígidas leyes de los físicos caen ante el amoroso deseo de un extático.

Pero también el poder de los santos es limitado y saltuario, y está en el modo de alcanzarlo el principio mismo de su imposibilidad. La potencia perfecta se podría alcanzar únicamente con la renuncia perfecta del propio yo. Pero cuando esta renuncia hubiese llegado, todo recuerdo de pensamiento, toda huella de voluntad, todo estímulo de deseo habría desaparecido y no podría resurgir más. Y entonces no serían concebibles y posibles las órdenes. Quien hubiese alcanzado el máximo poder, precisamente por eso no podría servirse de él.

Pero yo no podía, no quería renunciar a mí mismo. ¿Qué me importaba una posibilidad plena perdida en la inconsciencia? Yo quería influir sobre las cosas particulares: conocer, saber, prever. No perderme yo mismo, no abolir el pensamiento. Y entonces me volví valientemente del otro lado: hacia el ocultismo.

No era la primera vez que intentaba penetrar en el atrio del templo maldito. Ya en los últimos años del enciclopedismo excesivo había llamado también a aquella puerta. Lo maravilloso me había siempre solicitado (¡oh, *Mil y una noches*, obra maestra de todas las poesías!), y todavía no me estomagaba hacerlo en los golpes de un velador redondo o en las palabras inconexas de un médium no del todo sumiso. Por la carretera vulgar de las sesiones espirituales (gabinetes ridículos, viejas histéricas, lámparas rojas, tropiezo de piernas y pies, risas contenidas, penoso silencio en espera de los golpes fatales) había hecho algún conocimiento entre los espías del más allá. Algunos — los más infantiles — no buscaban más que la certidumbre de una continuación cualquiera después del último suspiro. Otros, más idealistas, aspiraban a una re-

generación moral de este mundo por el conocimiento de las leyes del otro. Otros, en fin, más heroicos o más tercos, daban a entender que todos los pequeños prodigios físicos del medianismo y las disquisiciones y compilaciones abracadabrantas de la teosofía no eran nada: el principio, todo lo más. Indicaban doctrinas superiores, tradiciones secretas, maestros invisibles o lejanos, esoterismos de primer orden, reservados a quien puede vencer las mil terribles pruebas; y prometían vagamente la potencia, aquella misma potencia que yo por doquier buscaba. Con algunos de ellos hablé largamente; leí las turbias fuentes de su sabiduría ratonil; frecuenté algunas reuniones de olor diabólico; me inicié a la larga en la filosofía; probé las experiencias respiratorias de las varias Yoghe indoyanquis; demandé insistentemente los secretos; me ofrecí como discípulo. No es que yo tuviese plena fe en aquel chapoteo teológico y simbólico, del cual, según ellos, debía brotar la luz (la luz que debía traer nos la nueva vida, una vida rica en *poderes*); pero creía que había algo de verdad en las instrucciones a los discípulos por un régimen mental (y físico) diverso del sólito. De los sistemas confusos, de las ceremonias simiescas y de las fórmulas mecánicamente repetidas me sonreía; pero en toda aquella cantidad de enseñanzas y de experiencias que durante siglos y siglos se habían comunicado e intentado entre el Oriente y el Occidente, debía haber algo sólido; el núcleo, la semilla, el primer fragmento de un arte del milagro. Y en mi antiguo entusiasmo, me sumergí en investigaciones, meditaciones y lecturas. Véanse en todo ello efectos físicos de causas espirituales, si es que no mentían todos los médiums y medianistas. La telepatía era una anticipación de las relaciones futuras entre los hombres, una vez suprimidos los intermediarios lentos y pesados — los movimientos de los obje-

tos a distancia, las llamadas materializaciones (no negadas por todo el mundo), los primeros ejemplos de positivismo trascendentales, de señorío directo, mental, sobre el mundo de lo inerte. — Estos milagros eran realizados únicamente por hombres anormales, en estados extraordinarios; era menester hacerlos posibles para todos, incluso en los estados más corrientes. Eran muchas veces involuntarios; debían trocarse en voluntarios. Eran pocos; debían llegar a ser comunes.

Para obtener semejantes victorias y afianzarlas era preciso proceder con método. ¿Quiénes eran los actores, los agentes de estos fenómenos maravillosos? Los santos, los magos, los medios: nombres diversos de los hombres superpotentes, que habían realizado, con diferentes creencias, prodigios muy semejantes. El secreto no estaba, pues, en las doctrinas. El santo, impregnado de teología católica; el mago repleto de teología cabalística, alejandrina, paracélsica; el medio embebido de teología espiritualista género Allan Kardec, hacían, esperaban o prometían hacer las mismas cosas. La verdadera causa residía, pues, en el propio ser de estos hombres, que únicamente al azar o empujados por cualquier frenesí teórico, manifestaban incidentalmente su potencia. El caso era estudiar profunda, minuciosa, íntimamente su vida, su sistema de vida, su constitución, sus tendencias y anomalías. Construir la fisiología y la psicología del *hombre poderoso*. Hecho esto, trabajo fácil sería deducir una especie de método para la sublimación de la voluntad, y posible el educar y adiestrar artificialmente a los hombres para conceder sistemáticamente a cada cual su parte de divinidad. Era fiel a mi idea: pensar en el instrumento y no en la teoría; transformar el instrumento en vez de cambiar únicamente palabras y terminologías. Fijado de esta suerte el plan y el camino,

me puse desesperadamente al trabajo. Psicologías generales y particulares, normales y patológicas; leyendas de santos y autobiografías de videntes; relaciones de sesiones mediánicas y catecismos de iniciados: propedéuticas mágicas e historias de taumaturgos; todo lo engullí y digerí con mi antigua voracidad impaciente.

Reuní innumerables notas; seguí pistas falsas; inicié experiencias; creí haber encontrado. Fracasé, renuncié, empecé de nuevo... El tiempo apremiaba; la juventud huía; el deber, el deber, el más solemne deber de toda la vida, estaba decidido. Era menester descubrir el secreto en absoluto; tenía que apoderarme de él de todas maneras o desaparecer. Vivía en un ansia continua, demacrado, ausente, como en sueños. Una fiebre continua me excitaba; el cerebro se negaba a trabajar más... Mi cabeza era un dolor martilleante y perpetuo; me desmayé varias veces; perdí muchas el sentido de la dirección, del significado de las cosas, de las palabras. Ví la muerte de cerca; busqué la soledad; todo el mundo me parecía enemigo. Decidí marcharme sin decirle nada a nadie. Arriba, entre las montañas, más cerca del cielo, lejos de la murmuración y del bullicio de la ciudad, vencería el misterio más fácilmente. Mi debilidad aumentaba y se hacía intranquilizadora; incubos atroces asediaronme todas las noches; la locura estaba en acecho, pronta a saltar sobre mí; todo estaba descolorido en derredor mío, en torno de mi mente, que, afanosa, se tambaleaba, dolorosamente tensa hacia lo imposible.

Partí solo para la última tentativa, con mi loco sueño en el corazón. Bajaría nuevamente de la montaña victorioso y tremendo, como un Dios, o no volvería nunca más.

Pero volví...

EL DESCENSO

Volví... No puedo pensar en aquel regreso. No puedo decir lo que fué en mi vida. Una llamarada infernal de vergüenza me quema la cara. Un estremecimiento de frío me sacude los riñones. Se me nublan los ojos, aprieto los dientes y el corazón parece como si quisiera pararse; pero luego vuelve a latir y a palpitir más fuerte, como queriendo cubrir el habla interior de los remordimientos... No fué un regreso, sino una fuga, un derrota, un fin. Sentí que había vivido lo mejor de la vida, que mi parte en el mundo allí terminaba. Hubiera podido, después, comer, dormir, escribir y tal vez gustar (interesar a los demás, hacerme un hombre, etc.); pero el curso metafísico de mí mismo estaba cortado de raíz. No acababa un período; acababa una persona. No se cerraba una experiencia; se apagaba un alma.

¡Esperanza, orgullo, perfección, divinidad! ¡Oh, mis sueños verdaderamente soñados; oh, entusiasmos verdaderamente sentidos; oh, amores insaciados e impacientes, como primaveras que tienen ya la sequedad de los agostos! Quien no ha experimentado nada semejante; quien no ha esperado largas noches en la obscuridad a que las puertas se abriesen y fuese la gran luz; quien no ha acercado la boca seca y ávida a la

fuelle que debía brotar; quien no se ha visto grande en la cima de la montaña más alta, rival de Dios, dueño de los hombres, señor de la tierra; más allá y por encima del mal y del bien, de lo útil y de lo inútil, y de todas las pequeñas y grandes, las viles y las gloriosas hazañas de los hombres, solo consigo mismo, solo en el cielo, no podrá comprender lo que yo siento al pensar de nuevo en aquel regreso.

Descendía. Venía de lo alto, de los montes, de las colinas. Pero no descendía, como el pastor, orgulloso del secreto ardiente, con las leyes de la verdad grabadas en el corazón y en la piedra. No descendía, como el buen pastor de los olivos nocturnos, hacia un suplicio que era promesa de eternidad, hacia una muerte que era principio de vida. Descendía solo y ciego. No descendía: me despeñaba. Ni siquiera la sonrisa de una esperanza me iluminaba el rostro. Todo había acabado. Comenzaba otra vez lo mediocre, lo bajo, lo vil, y para *siempre*. ¡Adiós juventud! ¡Adiós grandeza divina! ¡Adiós verdadera vida!

Había ido a los montes pensando estúpidamente que subiendo mil o dos mil metros se estaba más cerca del cielo. Me había encerrado en la soledad, imaginando que hubiera otra soledad fuera de aquella que el espíritu fuerte, recogido en sí mismo, puede crear en el propio interior. Y con la cabeza posada sobre las yerbas rasas de las altiplanicies, con los brazos extendidos como un titán crucificado, no viendo otra cosa que el infinito celeste de la poesía y de la fe, de tú por tú con el cielo abierto, empezando a temblar cuando las estrellas comenzaban a temblar en el foscó azul del crepúsculo, había esperado el momento, el instante, el estallido, el brote, la revelación cegadora: el milagro. Y z mis invocaciones nadie había contestado, nadie había salido al encuentro de mi espera. Las cosas habían permanecido sordas a mis llamadas; todo había seguido

siendo como antes. Los hombres, aun cuando lejanos, parecía como si se mofasen de mí. Los sentía hacer muecas como de satisfacción.

—Quería ser más que nosotros. Salir de la humanidad. Tenía horror de nuestra miseria. Y ahora, también él, si quiere vivir. . .

(Sólo una mujer, lejana, lloraba. Pero ¿lloraba de verdad? ¿Sinceramente? ¿Tal vez por vanidad traicionada?)

Enfermé. Incluso la poca fuerza que tenía me abandonó. Volví a las casas, mi casa, entre los vecinos, entre los lejanos. Volví como vuelve entre los prisioneros el que se cree durante una hora indultado. Ya no era el de antes; no era el que había querido ser. Era un monstruo, un monstruo infeliz y rígido. Pálido, flaco, hoseo, de todos huía. Nada me seducía en el mundo de los valores comunes. Dejé también a los amigos. Dije que no quería ver a nadie, que durante algún tiempo quería volver a estar solo, selváticamente solo, como en los años de la adolescencia. Me encerré en casa. Cambié de población. No volví a hacer nada; no contesté a las cartas, no repliqué a los insultos, no correspondí al amor.

¿Qué otra cosa podía tentarme y retenerme después de lo que había intentado? ¿El arte? ¿La gloria? ¿El pensamiento? ¿No eran aquellas, acaso, las glorias que había dejado atrás, las felicidades a que había renunciado, los fines que había sobrepujado sin llegar a alcanzarlos, porque me parecían hartos próximos y pequeños?

Quien lo ha querido todo, ¿cómo puede contentarse con poco? Quien investigó el cielo, ¿cómo puede complacerse en la tierra? Quien se aventuró en el camino de la divinidad, ¿cómo puede resignarse a la humanidad? Todo se ha acabado, todo está cerrado, todo es-

tá perdido. No hay nada más que hacer. ¿Consolarse? Tampoco. ¿Llorar? Pero para llorar hace falta energía; ¿es menester un poco de esperanza! Yo ya no soy nada, no cuento ya, no quiero nada; no me muero. Soy una cosa y no un hombre. Tocadme: estoy frío como una piedra, frío de sepulcro. *Aquí está enterrado un hombre que no pudo llegar a ser dios.*

en la pequeña banda de los buscadores de lo absurdo y de lo no factible?

No; no es para lloriquear con estas excusas. ¿Salvaré los obstáculos invencibles interpuestos por la gente, la miseria, la mediocridad de los tiempos, la envidia de los prójimos, el desprecio de los lejanos, la indiferencia de los más? También son historias. No hay fuerza que no pueda ser vencida por una fuerza más grande; no hay enemigo que no pueda ser derribado por uno más vigoroso que él; no hay miseria que impida la adquisición de riquezas maravillosas; no hay hielo que no se pueda deshacer, calentar y hervir. Cuando uno comienza una empresa debe echar la cuenta de cuánto necesita para acabarla. Si no tiene poderes bastantes, debe conquistarlos antes de ponerse a la obra o arrinconarse en la sombra a hacer lo que todos hacen.

No, querido; tampoco esa es defensa. Lo malo es — ahora lo puedo decir — que los más débiles son los que se proponen las empresas más difíciles; los más cobardes, las más arriesgadas, y quien tiene el pecho estrecho y las piernas gráciles, las carreras más largas. ¿Por qué? Hay más de una razón: el gusto del contraste que hay en todas las cosas humanas; la necesidad de exaltarse y aturdirse con bufaradas de fuerza y borracheras de grandeza; el obscuro presentimiento de una cómoda excusa cuando la empresa no resulta, y se da como razón de ello su misma grandeza. Así, con la apariencia de querer hacer más que los demás, se hace menos que todos y se prepara uno una bella y gloriosa derrota: se había propuesto cosas tan grandes que no le bastaron las fuerzas; ¡quién sabe lo que hubiera hecho si su ambición hubiese sido menor!

Yo conozco hasta tal punto bien esas coqueterías y escapatorias de vencido, que no sé qué hacer. Que no

XXX

ME ACUSO UNICAMENTE A MI MISMO

Yo no la pago contigo, Destino, eterno y abstracto cirineo de las humanas anemias; ni la tomo con la asnalidad y maldad de los hombres, que han impedido el florecimiento y la fructificación de mi espíritu y no me han concedido el triunfo que *acaso* merecía.

Quedémonos en ese *acaso*, amigo. Ya que he sido débil, intentemos no ser injustos. Dios quiera que tenga el último valor: el de mirar con los ojos abiertos en mis propios ojos abiertos; el leer sin pausas, paréntesis ni reticencias en el libro de la memoria; el hurgar las llagas hasta el fondo, sin miedo del desgarrón y de la gangrena.

Yo no he conseguido hacer lo que me había propuesto, no he cumplido lo que había prometido, no he llegado a esa elevación de ánimo, a esa gloria, a ese poder que he soñado, deseado y querido en los años que fueron. ¿A quién echar la culpa? ¿Acaso a los propósitos, a las promesas, a los deseos excesivamente grandes? De ningún modo; no es que las alturas sean demasiado altas sino harto cortas las alas. Yo aspiraba a alguna de esas cosas que se dicen imposibles y que, en realidad, no han sido posibles hasta ahora para ningún hombre; pero ¿no consistía precisamente en eso la razón de mi orgullo y de mi embriaguez? ¿No me había colocado yo mismo, voluntaria y alegremente,

se diga que escondo mi cobardía entre los reflejos de un solisma y que disimulo mi pobreza de ánimo con una mano de rosa patético.

No he triunfado porque no quería ni sabía triunfar seriamente: he aquí la verdad pura, desnuda y simple. No he triunfado porque no he tenido fuerzas bastantes y porque no he tenido ni siquiera la fuerza de querer encontrar y crear las fuerzas que me faltaban, y porque no he tenido siempre en mí, en todo momento, como ejes de mi vida, como fuego central de mi alma, el sueño que engrandecía con palabras.

¿Creeis que no me cuesta dolor confesar tan crudamente la debilidad y la ficción de mi vida? Mas ¿por qué seguir engañándome y engañando a los demás?

Muchas veces, en vez de estarme encerrado en mi cuarto, a solas con mis pensamientos, me he dejado vencer en un momento de aburrimiento y he escapado a la calle, me he detenido en los escaparates, he seguido las luces encendidas sobre mi cabeza, he montado en los tranvías tintineantes y fugitivos, me he sentado en los cafés a mirar las estampas de una burguesísima revista, he buscado a los amigos y he tenido con ellos no sé cuantas conversaciones tontas, malignas o ingeniosas; he ido a hacer visitas, a tomar café en tacitas doradas, a charlar con señoritas forasteras y con viejas cariñosas.

Y hartas veces he dejado a la mitad una página en un punto difícil, para tumbarme en un diván y leer un libro cualquiera, que me diese la ilusión de pensar por mí, y he ido incluso a buscar los chistes de los periódicos. La holgazanería, la dulce y venenosa holgazanería, que tiene cien rostros y cien sonrisas, me ha arrastrado, seducido y corrompido casi siempre. Ella, con la excusa del frío y del sueño, o de la falta de papel o de plumas, me ha apartado del trabajo; ella ha

retrasado durante años y años las curas radicales del alma, las resoluciones decisivas. Y además, me he dejado vencer por el cuerpo, por la sensualidad, por el vientre y por... ¡pscht! Y he comido harto, tanto, que en muchas horas no podía trabajar; y he bebido hasta caer en ese estado de placentera embriaguez en que nada serio y todo parece fácil, alegre y lejano; y he perdido horas y horas, tardes y noches enteras junto a las mujeres, abrazado, enardecido, feliz.

Algunas veces, el miedo al ridículo me ha detenido a medio camino cuando iba a comprometerme con el mundo del cuerpo y de la bolsa, y los respetos humanos y el fácil casuismo burgués me han hecho tímido, incierto, tibio y desmemoriado; y los intereses, las necesidades de dinero han enderezado a otras cosas mis pocas fuerzas, han turbado mi espíritu, lo han constreñido a mentiras, a compromisos, a rémoras. Poco a poco, las hermosas horas de la exaltación han ido desapareciendo; nuevos cuidados hanme ocupado el ánimo; le pereza me ha llenado de algodón los oídos para que no sintiese los llamamientos y los remordimientos; placeres más bajos y fines más mediocres me han mantenido en este estado de soñolencia negligente e inquieta, enemiga de hacer nada, en que seguía prometiendo de palabra, pero en que se había perdido la gran voluntad que se mostraba a ciertas horas, y las llamas de un tiempo no eran sino restos de brasas apenas rojeando de vez en vez bajo la ceniza oscura.

Y así he llegado poco a poco a reconocer francamente mi impotencia y he arrojado a un lado los placeres divinos y los juramentos heroicos, para referir con melancólica serenidad la derrota de un alma. Yo no me acuso sino a mí mismo, y espero que me sea perdonada, por esta franqueza, alguna cobardía pasada.

XXXI

DIAS VERGONZOSOS

Yo creo ser muchas veces uno de los más jesuíticos holgazanes de Italia. Duermo diez horas por filo sin despertarme, sin soñar. Me despierto con la cabeza pesada y la boca pastosa; salgo a la calle para no hacer nada; vuelvo a casa para descansar; como vorazmente, como un chico que se masturbe todas las noches; sorbo una gran taza de café; fumo cinco o diez cigarrillos; me tumbo en una butaca y extendiendo las piernas sobre otra; leo un periódico de pies a cabeza, como un pensionista achacoso; vuelvo a salir para reunirme con algún escéptico conocido, con el que hago un poco de esgrima de ironía estúpida y amarga; entro en un café, me echo al coleteo una taza de chocolate harinoso, como sin ganas tres o cuatro pastelitos de hojaldre o rellenos de sucias conservas de frutas; hojeo un haz de periódicos sobados y estropajosos, y casi me sonrío al ver de pasada las caricaturas estúpidamente coloreadas; vuelvo a la calle bajo la gran luz teatral de los focos eléctricos; sigo a una cualquiera empolvada y dada de coloreté como si fuese mi primer amor; entro en una librería para comprar con pocos cuartos libros sin cortar, que no leeré nunca; me paro ante las tiendas de ultramarinos y contemplo con

apetito los quesos untuosos y las latas de sardinas; voy a una casa donde me dan té, y me bebo cuatro tazas esperando que me venga un poco de talento; o subo a un burdel si tengo gana y también si no la tengo, aunque no sea más que por matar los minutos y las horas, para no acordarme de lo que debería hacer y no hago, para embrutecerme, para envilecerme, para callar el remordimiento, para amordazar la conciencia... De cuando en cuando, si no puedo por menos, escribo una carta o diez cartas, para no pensar más en ello, para desembarazarme de todos, y alguna noche, cuando me siento verdaderamente colmado e inconsolablemente melancólico, empuño mi gruesa pluma negra y escribo lo que se me desborda del alma: lleno de prisa diez, veinte, cuarenta hojas blancas con mis desahogos, con mis actos de contrición, con mis refinados e ingeniosos absurdos.

Pero ¿qué queréis que salga de un hombre que vive entre el sueño y el café, entre la mesa y el lecho, holgazán y soñoliento, que sirve únicamente para tocar a diana, pero en cobarde fuga, el día de la verdadera batalla? E incorporándome en las sábanas tibias o levantándome de las sillas enfundadas, grazno como un águila, porque el espíritu ha sido injuriado, y diseño para mis semejantes una vida solitaria, austera, desdénosa, noble y miguelangelesca!

Y no se puede decir que yo no sienta la infamia de mi doble vida. La siento, y cuanto más duramente, más, para adormecer la vergüenza, me abandono y hundo. Hallo cierto *confort* en la confesión; pero cuando he reflejado en el espejo de las concitadas palabras mi lívida imagen de traidor de sí mismo, para que todos la vean y escupan encima, me creo perdonado y salvado, me enderezo con aire de triunfo, como si la malaventurada exhibición me hubiese purificado

y transformado. Y al día siguiente vuelvo a empezar como antes: me voy a la cama temprano, duermo diez horas sin despertarme, sin soñar; me levanto con la cabeza vacía y la boca amarga y vivo hasta la noche en ese estado que he confesado temblando el día antes. Y vuelvo, ¡ay de mí!, cuando ya no puedo más, a verter convulsamente palabras en el papel y a cantar versos de infinitas sílabas de terribilidad del héroe ascético que ve las cosas humanas con ojos divinos, y soy tan abyecto, que ni una vez se me ocurre la idea de echar arsénico en mi rubio té, pródigamente endulzado.

XXXII

¿QUE QUEREIS DE MI?

Sin embargo, todos me buscan, todos quieren hablarme, todos preguntan por mí a los demás. Uno me pregunta cómo estoy, si he mejorado, si he recobrado el apetito, si me doy paseos; otro me pregunta si trabajo, si he terminado aquel tal libro, si empezaré uno nuevo. Aquel extenuado *nico* alemán quiere traducir mis obras; aquella alocada muchacha rusa quiere que le escriba mi vida; la señora americana quiere a toda costa saber mis últimas noticias; el señor americano me envía el coche a la puerta para que vaya a comer, a confiarme con él; mi compañero de escuela y de cháchara de hace diez años quiere que yo le vaya leyendo lo que escribo: el amigo pintor pretende que yo me esté quieto horas y horas ante él para hacer mi retrato; el periodista quiere saber dónde vivo; el amigo místico, en qué estado estoy de ánimo; el amigo práctico, en qué estado está mi cartera; el presidente de la Sociedad ordena que yo haga un discurso; la señora espiritual desea que yo vaya a tomar el té a su casa en cuanto pueda, para conocer mi parecer sobre Jesucristo y sobre el quiromante llegado uno de estos días...

¡Pero en qué me he convertido, voto a Dios! ¿Qué derecho tenéis vosotros a entorpecer mi vida, a robarme mi tiempo, a husmear en mi alma, a sorberme el pensamiento, a quererme de compañero, confidente e informador? ¿Por quién me habéis tomado? ¿Soy acaso un actor asalariado para recitar todas las noches ante vuestras caras estúpidas la comedia de la inteligencia? ¿Soy acaso un esclavo comprado y pagado que deba inclinarme a vuestros caprichos de ociosos y ofreceros en homenaje cuanto sé? ¿Soy acaso una cualquiera que haya de obedecer a la primera indicación de un hombre decentemente vestido?

Soy un hombre que quisiera vivir una vida heroica y hacer más soportable a sus ojos el mundo. Si en algún momento de debilidad, de abandono o de necesidad arrojé al mundo mi desdén en palabras, o algún sueño embutido en imágenes, tomadlo y lleváoslo; pero no me aburráis.

Soy un hombre libre; necesito la libertad, necesito estar solo, necesito rumiar entre mí todas mis vergüenzas y mis tristezas, necesito gozar del sol y de las piedras de la calle sin compañía y sin palabras, cara a cara conmigo mismo, con la sola música de mi corazón. ¿Qué queréis de mí? Lo que quiero decir lo imprimo; lo que quiero dar, lo doy. Vuestra curiosidad me estomaga; vuestros cumplimientos me humillan; vuestro té me envenena. No debo nada a nadie, y tendría que ajustar cuentas con Dios únicamente, si lo hubiese.

XXXIII

LA GLORIA

Y aunque triunfase, aunque os arrojase a la cara a todos vosotros que me habéis despreciado, angustiado, escarnecido, destrozado, perseguido e ignorado, la obra que soñé y deseé, la obra maestra que hiciese llorar a vuestros secos ojos de avaros y cerrase vuestras bocas obscenamente risueñas e hiciese latir con fuerza el plácido corazoncillo que tenéis olvidado bajo el corpiño; si llegase, en suma, a confundiros, a batiros y derrotaros con la fuerza dominadora y resplandeciente de mi genio, ¿qué me diríais? ¿Qué podríais ofrecerme, de qué modo pensaríais recompensarme?

Todas las historias del dolor de los hombres están llenas de vuestro reconocimiento. ¡Buena cosa, por Dios, vuestra gloria!

¡Cómo! Después que he dado la mejor parte de mí, un pedazo vivo de mi carne, la flor de mi sangre, el secreto más celado de mi vida, ¿no encontráis otros medios que estos? ¿No sabéis hacer otra cosa que hablar de mí en los periódicos, sin comprenderme; cansarme con visitas y cartas; señalarme con el dedo si salgo a la calle a respirar o si me siento en un café o en un teatro; obligarme a seguir escribiendo, aunque no tenga gana ni sepa hacer otra cosa que repetirme; pedirme cartas, juicios, autógrafos y artículos por to-

das partes; espiarme y contar adonde voy, con quién vivo, qué hago; colocar mi cara fea por doquier, en libros y periódicos, en las esquinas y en las postales, y, después de muerto, ir a revolver mis papeles, sacar a la plaza los misterios de mi vida, tirar los últimos despojos de mi vida, y, por último, elevar una fea copia de mi cuerpo, en mármol o en bronce, en medio de cualquier mercado?

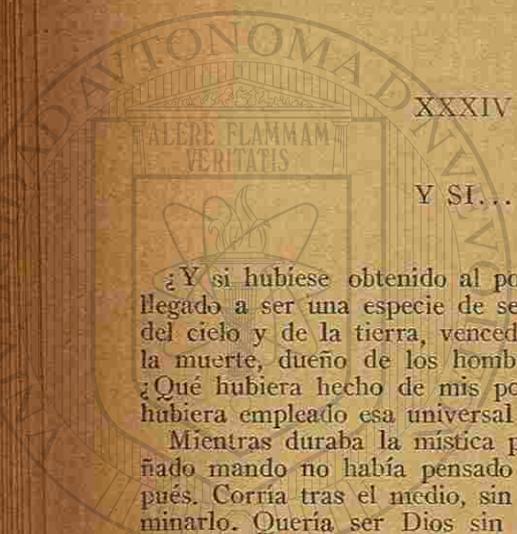
La vanidad es fuerte incluso en los grandes; lo sé. Pero, ¿es que no hay también almas delicadas? ¿No hay también espíritus que se sienten única y puramente espíritus, y que se sienten ofendidos y manchados por esa admiración de *pinsochere*? Lo que vale en mí, si es que vale algo, es el alma. ¿Por qué, pues, copiáis y eternizáis mi cuerpo? Si soy grande es porque he tenido la fuerza de ser solitario; ¿por qué la tomáis conmigo y me turbáis con vuestros alientos y vuestras miradas de animales curiosos? Si he dado algún ejemplo os he enseñado que la cosa más grande que el hombre puede hacer es añadir naturaleza a la naturaleza, vida a la vida, espíritu al espíritu, y no ya rumiár y contrahacer las obras de los demás; ¿por qué pues, os afanáis en hacer comprender lo que yo he dicho en vez de sentirlos encendida el alma para superarme y destruirme con otras creaciones?

Si he dicho bien lo que he dicho, ¿por qué lo repetís peor? Si los demás no comprenden mis palabras, ¿vale la pena de que alguien las dé a entender? ¿Y las hará comprender tal como las he grabado en las noches más espumeantes de mi inspiración?

Cierto que estos lamentos son ridículos, especialmente en mis labios. ¿A qué buscar fuera la recompensa que tú tienes dentro de tí? Si la creación de tu obra, si la vida de las personas de tí nacidas, si la plenitud de las imágenes por tí inventadas no bastan a contentarte y alegrarte, ¿qué es lo que vas buscando

entre los hombres? ¿Podrán darte ellos, pequeños, fríos, mediocres, lo que tu mismo genio no te ha dado? Crea sin pensar en ellos, arroja tus cosas entre los hombres para espantarlos o confortarlos, y luego sigue creando en tanto te quede fuerza. ¿Es que eres un albañil que espera el salario todos los sábados, después de haber hecho su faena? Tus casas no son casas de cal y canto, sino de palabras y de sangre; ni gloria ni dineros pueden pagarlas.

Ni gloria ni dineros; pero sí el dulce dolor y la gloria silenciosa. ¿Ah, si yo pudiese hallar junto a esos, ya fueran tres, siete o diez únicamente, que lean con toda el alma y no con los ojos tan sólo; que viven con el escritor y le quieren como a un hermano, aun cuando no le hayan visto; que sueñan con él, que hablan de él entre sí en los melancólicos paseos del domingo y se nutren de su pensamiento, se embriagan con su poesía, tiemblan por su suerte y esperan una sola palabra como los profetas esperan la revelación de Dios, entonces sí que sería feliz, entonces me sentiría compensado del silencio pasado y del insulso rumor presente! ¿Si pudiese estrecharte contra mi pecho a tí, oh, joven pálido, triste, desconsolado y enamorado lector primero y único, a quien he descubierto yo sólo y antes que nadie el amargo sabor de la grandeza y la alegría febril de la poesía! Una sonrisa tuya, un latido más fuerte de tu corazón, una mirada tuya amplia y feliz, un sueño tuyo agitado serían para mí regalos más suaves y sustanciosos que todas las charlas de papagayo y todas las coronas de hojas doradas. No los aplausos, los estrépidos, las bocas abiertas, las forzadas alabanzas y la envidiosa adulación. No, no; lejos de mí ese estruendo: hacedlo por vuestros cantarines, por vuestras bailarinas, por vuestros gordos tenores! Dad las bellotas a los puercos, si no tenéis gemas para los héroes.



XXXIV

Y SI...

¿Y si hubiese obtenido al poder? Aunque hubiese llegado a ser una especie de semidiós terrestre, señor del cielo y de la tierra, vencedor de la materia y de la muerte, dueño de los hombres y de los espíritus. ¿Qué hubiera hecho de mis poderes? ¿De qué modo hubiera empleado esa universal soberanía?

Mientras duraba la mística propensión hacia el soñado mando no había pensado casi nunca en el después. Corría tras el medio, sin saber a qué fin encaminarlo. Quería ser Dios sin tener en la mente mi creación y mi ley. El mundo estaba ya creado, y su ley era tal, que todo se hubiese desatado y deshecho a haberlo tocado yo. ¿Y entonces?

Poderlo *todo*, absolutamente *todo*. ¿Qué hacer? No se puede obrar sin escoger. ¿Pero cómo escoger ante las infinitas posibilidades de mis deseos? Para escoger hay que preferir algo; querer a éste más y a este otro menos; tener en la cabeza una idea cualquiera; sufrir en el ánimo por la fe en un ideal. Entonces hubiera podido destruir lo que despreciaba y hacer prevalecer lo que quería; dirigir la corriente de las cosas hacia mi meta, y modelar mi ideal en el dócil barro de lo concreto.

Pero yo no tenía nada de eso: ni amores, ni fines,

ni sueños. Mi único amor era el poder. Pero, ¿y después del poder? Estaba vacío, me sentí espantosamente vacío como un charco que parece un abismo únicamente porque refleja la profunda lejanía del cielo.

¿Qué hacer? La respuesta es desde luego difícil para un hombre superior, completamente barricado por doquier de imposibilidades e impotencias. Sabe que debe renunciar a este y al otro camino; el itinerario que queda es menos largo, pero más seguro. Mas para quien no tiene muros ni resistencias por ningún lado, teóricamente libre, teóricamente omnipotente, el ¿qué hacer? es mil veces más enigmático y amenazador.

¿Qué hacer? Para ejercitar mi fuerza, esto o aquello es igualmente bueno. Para quien, demasiado alto, no tiene ya los humanos intereses, necesidades, amores, verdades, todo está en el mismo plano. Destruir un pueblo y crear una especie nueva se equivalen. Dar la felicidad al miserable y precipitar en el horror del mal al dichoso son, a esa altura, la misma cosa. Lo justo y lo injusto, el encima y el debajo ya no tienen sentido. Apenas subimos más arriba de la Humanidad, sus diversos valores se confunden y desaparecen. Todos los sentimientos de los hombres están movidos por la impotencia; apenas se ha conquistado el pleno poder, uno se deshumaniza, se superhumaniza, pero queda insensible, muerto; ya no se tiene meollo, voluntad ni dirección. Todo es lo mismo: un nido de pájaros y una ciudad, un grano de arena y una península, un imbécil y un genio son igualmente considerables y ridículos. ¿Qué puede importarme una parte de la realidad más que otra, cuando todo es mío y está a mi disposición, bajo mis órdenes?

Gran parte del gusto que se experimenta cuando se consigue hacer algo — cambiar, poseer alguna cosa — depende del esfuerzo que el hacer nos ha costado.

¡Qué decidido soy! ¡Qué fuerte! ¡Otro no hubiera obtenido lo que he alcanzado yo! Y después de tanto trabajo, el objeto conquistado, aunque sea un juguete despreciable — una mujer, una casa, un harapo de fama — nos parece algo precioso, un dulce premio a nuestro sudor victorioso. Pero aun cuando el poder no costase trabajo, aunque bastase el conato de una voluntad, el murmullo de una orden, un rápido movimiento de cejas para obtener la obediencia inmediata e ilimitada de las cosas, ¿dónde está la gloria ya, dónde la victoria?

Acaso, pienso, ha sido para mí una gran fortuna el no haber conseguido triunfar de aquella manera material y ciega que yo creía. Hubiera sido más feliz de lo que soy. Y acaso me bastara saber que hubiera podido *hacerlo* todo, y no había hecho nada. Me hubiera quedado sin movimiento para siempre, impotente por demasiado poder. Y hubiera deseado desesperadamente los afanosos días de la vigilia, cuando quería, escogía, seguía cualquier cosa.

¿No serán estas consideraciones nada más que consuelos póstumos del gran fracaso? ¡Oh, sinvergüenza de Adán, arrojado antes de pasar la cancela!: ¿echaste a perder incluso el olor y el sabor a las frutas que no pudiste morder?

XXXV

¿SOY UN IMBÉCIL?

Toda mi vida está planteada sobre esta fe: que yo soy un hombre de genio. Pero ¿y si me equivocase, si fuera uno de tantos bobos como toman las reminiscencias por inspiraciones, los deseos por obras, y fuese, en una palabra, un imbécil? ¿Qué habría de extraño en ello? ¿Es acaso la primera vez que un majadero se imagina ser un héroe, que un literato se cree un poeta y que un idiota se pone la ropa de los grandes hombres? ¿No es posible, mil veces posible, que yo no sea más que un frío lector de libros, caldeado de cuando en cuando por el ajeno fuego, convertido en ingenioso por los demás y que haya equivocado el callado borboteo de un alma ambiciosa con el rumor de una vena pronta a estallar y a fluir, a abreviar la tierra y a reflejar el cielo? Cuanto más lo pienso, más común, verosímil y natural me parece. ¿Quién me da derecho a esperar en mí y en el genio? ¿Lo que he hecho? ¡Pero si yo soy el primero en renegar de ello y despreciarlo! Barreduras literarias de todos los países, desahogos nocturnos de un onanista sin amigos, juegos de destreza intelectual... ¡Nada más, ni nada mejor!

Toda la fe de mi genio está en la expectación larga e inútil de un golpe de inspiración revolucionadora y

¡Qué decidido soy! ¡Qué fuerte! ¡Otro no hubiera obtenido lo que he alcanzado yo! Y después de tanto trabajo, el objeto conquistado, aunque sea un juguete despreciable — una mujer, una casa, un harapo de fama — nos parece algo precioso, un dulce premio a nuestro sudor victorioso. Pero aun cuando el poder no costase trabajo, aunque bastase el conato de una voluntad, el murmullo de una orden, un rápido movimiento de cejas para obtener la obediencia inmediata e ilimitada de las cosas, ¿dónde está la gloria ya, dónde la victoria?

Acaso, pienso, ha sido para mí una gran fortuna el no haber conseguido triunfar de aquella manera material y ciega que yo creía. Hubiera sido más feliz de lo que soy. Y acaso me bastara saber que hubiera podido *hacerlo* todo, y no había hecho nada. Me hubiera quedado sin movimiento para siempre, impotente por demasiado poder. Y hubiera deseado desesperadamente los afanosos días de la vigilia, cuando quería, escogía, seguía cualquier cosa.

¿No serán estas consideraciones nada más que consuelos póstumos del gran fracaso? ¡Oh, sinvergüenza de Adán, arrojado antes de pasar la cancela!: ¿echaste a perder incluso el olor y el sabor a las frutas que no pudiste morder?

XXXV

¿SOY UN IMBÉCIL?

Toda mi vida está planteada sobre esta fe: que yo soy un hombre de genio. Pero ¿y si me equivocase, si fuera uno de tantos bobos como toman las reminiscencias por inspiraciones, los deseos por obras, y fuese, en una palabra, un imbécil? ¿Qué habría de extraño en ello? ¿Es acaso la primera vez que un majadero se imagina ser un héroe, que un literato se cree un poeta y que un idiota se pone la ropa de los grandes hombres? ¿No es posible, mil veces posible, que yo no sea más que un frío lector de libros, caldeado de cuando en cuando por el ajeno fuego, convertido en ingenioso por los demás y que haya equivocado el callado borboteo de un alma ambiciosa con el rumor de una vena pronta a estallar y a fluir, a abreviar la tierra y a reflejar el cielo? Cuanto más lo pienso, más común, verosímil y natural me parece. ¿Quién me da derecho a esperar en mí y en el genio? ¿Lo que he hecho? ¡Pero si yo soy el primero en renegar de ello y despreciarlo! Barreduras literarias de todos los países, desahogos nocturnos de un onanista sin amigos, juegos de destreza intelectual... ¡Nada más, ni nada mejor!

Toda la fe de mi genio está en la expectación larga e inútil de un golpe de inspiración revolucionadora y

triumfante; está en mi inquietud perpetua que con nada se satisface y de todo se asquea, excepto de un mundo celestial y platónico que de cuando en cuando me parece entrever entre las nubecillas del verdadero mundo; está en esas iluminaciones que presto vuelan; en esos tenues movimientos líricos, en esas rápidas imágenes que se truecan luego en buenas frases que frecuentemente me pasan por el alma cuando pienso sin mirar, cuando atravieso de noche mis puentes, entre el río y el cielo, temblorosos de luces.

Pero esto ¿qué prueba? ¡El descontento es tan frecuentemente una excusa de la más clorótica debilidad! ¡La ambición de la gloria es hasta tal punto común, incluso en las almas más indigentes! Y todos esos breves soplos fantásticos no llegan a ser el vendaval huracanado que barre el mundo y levanta a los hombres hasta los ángeles y las estrellas; todas esas impresiones desligadas, esas ideicas sin compañía, esos brincos relegados luego abajo, esos pequeños apuntes, esas expresiones felices que no consiguen ordenarse, organizarse, vivir juntas, fundirse en una obra maestra de vida, en una obra plena y cumplida, no aprovechan ni cuentan nada. Es menester bastante más para tener derecho a llamar de tú a los muy poderosos creadores y subir a la torre o al monte para escupir o para llorar sobre la procesión de los orondos y satisfechos. Las chispas fugitivas, los fuegos fatuos, las fosforescencias engañosas, los resplandores velados, los relámpagos lejanos, las chispas que surgen y se apagan en un instante no son la llama, son promesas, tentaciones, halagos; son la yesca siempre renacida de la vanidad; son el conforto extenuante del maldito infecundo, son los guiños de la agonía de un aborto. No hay que esperar en eso. Mejor sería más bien que no hubiese nada. Esas tufaradas de flaca genialidad son la marca de infamia y de tortura del hombre de tipo medio.

del que no es bestia ni genio supremo, que no es planta tranquilamente vegetativa ni alma furiosamente creadora, ni sordo montón de materia ni columna de fuego ante los pueblos. Soy el mediocre, el infame mediocre que odio con todo mi cuerpo; soy el que ya no será nunca nada cuando la sangre se detenga y los pulmones se hinchan por última vez. Acaso fui algo, hace tiempo, un momento; acaso gasté todo el genio que me fué dado en una sola noche, en una sola partida de ese juego que no sé. Y ahora estoy aquí como un hebreo que, habiendo probado la uva de la tierra prometida en un día de apresurada vendimia, se quedara solo, con la boca seca, en medio del desierto polvoriento; soy como quien está suspenso entre el cielo y la tierra, harto corpulento para subir a las estrellas y harto etéreo para arrastrarse por el suelo. Sedimentos de cultura, reminiscencias de poetas, bullicio de pensamientos, hacen de mí un hombre inadaptable a la sólita vida de lo práctico y lo mecánico, y no han bastado a hacerme digno de la de rey de las mentes. ¡Si al menos no hubiera experimentado, ni siquiera de lejos, ni siquiera un instante, la espasmódica gloria de la creación! ¡O si hubiese nacido y permanecido resuelta y definitivamente un tranquilo imbécil sin conciencia, un modesto cretino sin remordimientos, un buen idiota sin pretensiones! Pero no. Sé que soy imbécil, siento que soy un idiota, y eso me distingue de los idiotas completos y contentos. Soy superior hasta el punto de comprender que soy bastante superior a nada. Tal vez con el correr de los años mi imbecilidad será más profunda, y entonces, si no más feliz, no estaré tan atormentado. Y espero volverme árbol o piedra, y yacer al cabo en la bienaventurada inconsciencia del todo.

XXXVI

Y UN IGNORANTE

Y luego, en el fondo, digamos toda la fastidiosa verdad: ¡soy un ignorante! He husmeado por doquier, he revuelto en todo, he desflorado y abusado de lo cognoscible; me he dado de cabezazos contra lo incognoscible, pero nunca he profundizado en nada. No hay doctrina, filosofía, arte en que pueda decir que soy verdaderamente despota absoluto. No tengo una especialidad; no tengo un campo, aunque sea pequeño, aunque sea un huerto doméstico, en que me sienta verdaderamente en lo *mío*, en que pueda tratar de arribar abajo a quien se me ponga por delante.

Puedo dar a los demás, a muchos, la impresión de ser uno de esos hombres anfibios, eunucos y desmasculinizados que se llaman, con ultraje a la agricultura, "hombres cultos". He leído bastante libros, muchísimos, y con todo puedo decir que no he leído nada. Tengo en la cabeza una infinidad de nombres, una horda de títulos, un almacén de apuntes, pero los libros que verdaderamente conozco, por dentro y por fuera, en las palabras y en el espíritu, por lecturas repetidas, meditadas y tranquilas, son poquísimos, y me avergüenzo de ello, aunque no sea yo solo el único en este miserable estado de quien pierde el tiempo escribiendo en la arena palabras que se llevará el viento. El hombre de un solo libro es fúnebre y siniestro; pero el hombre de demasiados libros es como una alcantarilla que retiene de lo que pasa por ella únicamente lo peor, lo externo. Yo soy uno de esos hombres. *Mea culpa.*

Soy el autodidacto nato, el autodidacto es grande únicamente si consigue madurarse y formarse. Soy el enciclopédico, el hombre de los Manuales y de los Diccionarios, y el enciclopédico es maravilloso cuando sabe ligar con los anillos de hierro de las ideas madres los haces marchitos y sin flores de los hechos regados aquí y allá por las librerías.

Puedo deslumbrar a más de uno con la bibliografía; puedo sostener conversaciones docentes incluso con especialistas. Pero pasados cinco minutos o cinco días, héteme a secas; mi panera está vacía. Tengo muchos sacos en mi casa, pero ninguno a la medida.

Adondequiera que me vuelva no soy un profano, mas tampoco un iniciado. No tengo sitio reconocido en las reuniones de los doctos, y no llevo carteles en la frente. Soy un desarraigado que puede estar en cualquier parte mientras no le echen.

Judío errante del saber, no me he detenido en país alguno, no he tomado domicilio estable en ninguna ciudad. Perseguido por el demonio de la curiosidad, he explorado ríos y bosques sin designio y sin paciencia, de paso, al vuelo. Tengo muchas reminiscencias, pero pocos fundamentos. Soy como un rey que posee un gran imperio compuesto de mapas.

Lo he empezado todo y no he concluído nada. Apenas emprendido un camino, he vuelto por la primera travesía que se abría a mi derecha o a mi izquierda, y de ésta, por los atajos, he ido a dar a los senderos y por los senderos o otra carretera.

Cuando alguien se maravilla de mi saber, de mi "erudición", me entran ganas de reír. Yo sólo sé los vacíos espantosos que hay en mi cerebro. Yo sólo, que he querido saberlo todo, sé cuán próximos están los confines de mi ciencia. Las hazañas de la antigüedad, las lenguas muertas de las grandes naciones, las ciencias de la luz, del movimiento de la vida, me están

casi cerradas. Conozco el vocabulario y algún párrafo; tengo una idea del conjunto, y no sé andar con mis piernas. Soy ignorante, desmesurada e incurablemente ignorante. Y lo peor es que mi ignorancia no es la pura y natural del hombre de los bosques y de los campos que puede ir unida a la frescura, a la paz e incluso a una cierta ingeniosidad. No; yo soy un ratón de biblioteca; soy el que ha aprendido tanto, que ha perdido la espontaneidad sin adquirir la sabiduría.

Y, sin embargo, he tenido el valor de querer enseñar a los hombres, de improvisarme maestro, de trazar a los demás caminos y senderos. He escrito libros con notas y bibliografías; he sentenciado acerca de libros ajenos; he dado la impresión de poseer mis argumentos y de conocer mis temas. Tengo una cierta reputación de sabio, de trabajador, de fichador. ¡Cuán grande debe ser la ignorancia de los demás para que se vean de mí tales cosas! Yo sólo puedo decir cuán fácil y falsa es la fama que ciertos doctos obtienen con poco gasto de la ciega holgazanería de los hombres. Yo que conozco el derecho y el revés de mi sabiduría y qué sé cuán leve es y sutil la tela de mis erudiciones, qué falta de preparación hay bajo la seguridad y cuánta timidez bajo la ostentación, me avergüenzo de mí mismo y de los demás y siento la necesidad de confesarme en alta voz con quien quiera oírme.

¿Qué cosa grande podrá nunca surgir de un hombre de tal manera sumergido y enfangado en la ignorancia? Saber es poder. ¿Es, pues, para maravillarse el que mi potencia se ha quedado en tormentoso recuerdo y remordimiento, en la barredura de los deseos muertos? ¿Y a quién habré de acusar de esta necesaria derrota?

A mí mismo, siempre a mí mismo, solamente a mí mismo. Si yo hubiese sido más débil (para no soñar) o más fuerte (para vencer), no estaría aquí humillándome ante aquellos a quienes desprecio!

XXXVII

NO CONOZCO A LOS HOMBRES

No tengo únicamente la ignorancia de las cosas, sino también la de los hombres.

¿Cuál era el gran designio de la vida? Influir sobre mi especie, transformarla profundamente, conducirla de la bestia al hombre y del hombre a Dios; inaugurar una nueva época en la historia del mundo, fijar la hégira mística de la Humanidad. Mas para influir sobre los hombres es menester conocerlos; para cambiar sus almas es menester haber sabido entrar en ellas, haberlas penetrado con la simpatía y con el amor. Sin un contacto directo y cotidiano con todos, con los hombres de ciudad y del campo, con los niños de la escuela y los obreros de la fábrica, con las mujeres que esperan y con las que sufren, con los grandes de la tierra y con los mendicantes descalzos, no es posible producir un impulso que los arranque de la vida tal como es, para lanzarlos violentamente hacia lo mejor. Quien quiera encontrar los caminos de su corazón y descubrir el meollo de sus actos, debe haber conocido sus más secretos pensamientos, sus necesidades más graves, sus más ocultas preferencias. Hay el hombre de las trescientas páginas de un libro o en las treinta palabras de una definición; hay el hombre exterior,

todo fachada, que por sí y ante sí se ofrece a los demás para hacerse ver y valer frente a los compañeros, a quien se conoce en pocos instantes y se describe con pocos rasgos. Pero el hombre verdadero, el hombre real y concreto, no el muñeco simétrico de los filósofos ni el disfraz exterior de nuestros sentimientos. El apóstol, el profeta, el mesías, debe conocer al hombre que está bajo las palabras y las caracterizaciones; debe conocer a los hombres y no al hombre; a este hombre y aquél, millares y millares de hombres, uno por uno, con todas sus íntimas fisonomías sentimentales y mentales.

Yo no los conocía y tenía por fuerza que fracasar. No se hace uno escuchar de aquellos a quienes no se ha querido escuchar. Fui extranjero ante ellos, y no comprenden el lenguaje de los extranjeros. No pueden amar a quien no se ha consumido de amor por ellos. La Humanidad es una mujer que se conmueve únicamente por quien la adora y por quien la atemoriza.

Por eso intenté a mi vez conocer a los hombres; me he esforzado en mezclarme con ellos, en tomarlos del brazo, en escuchar sus conversaciones, en recibir sus involuntarias confidencias.

Quise experimentarlo todo: entré en las casas de los pobres, para recoger sus actas de acusación; me detuve ante el hombre que cavaba, que ahondaba para entrar en el espíritu de su trabajo, para adivinar su idea de felicidad; seguí a los desconocidos a través de las calles populosas para espiar su vida; quise acercarme a los señores elegantes y corteses, y temblé de frío y de rabia en sus salones caldeados; me detuve con el camarero y con el mozo de cuerda; hice hablar a los niños y a sus madres; frecuenté las iglesias y me senté junto a las beatas vestidas de negro que murmuraban ante la Virgen sus votos pueriles; estuve con

los curas en las sacristías y con los frailes en los conventos; pisé las escuelas de los grandes escolares y los estudios de los pintores desconocidos; me incliné sobre el mostrador de los comerciantes y charlé con los dependientes; hice que las pérdidas me contaran su vida y respiré el aire grasiento y maloliente de las casas económicas de comidas y de los cafés de segundo orden para oír las conversaciones de aquellos a quienes quería redimir.

Yo mismo probé a inmiscuirme en la vida de los demás; escribí cartas a máquina junto a los escribientes; tomé apuntes con los estudiantes; despellejé pedazos de muerto con los médicos; seguí el trigo con los campesinos; tiré de la cabezada de los borricos con los arrieros; comí, charlando, con duques y marqueses; empleé la llana con los albañiles y la batidera con los peones.

Sin embargo, todo fué inútil. Me he acercado a vosotros, hombres, y no os quiero. No puedo amaros. Me irritáis, me repugnáis. Y pues que no os amé, no os conocí, y no habiéndoo conocido no puedo salvaros. Estuve solo y completamente mío en medio de vosotros, y vosotros me dejastéis solo. Mis palabras os dejan mudos y mis promesas no os mueven. Habéis hecho bien.

Hay en mí un tremendo contraste, como en todos cuantos han intentado cambiar nuestro destino. Me acerco para conoceros, y apenas empiezo a conoceros me disgusto. Para salvaros de este disgusto tendría que cambiaros; pero no puedo porque no sé cómo estáis hechos. Es un círculo doloroso por el cual muchos fueron destrozados y triturados. Cada cual ama con inmenso amor a la Humanidad, encerrado en la soledad de su casa. Apenas sale y empieza a tener que ver con Pedro y con Judas, hombres que hablan y andan, el amor se trueca en desprecio y odio. Y se aleja

de nuevo y en el desierto vierte su amor por todos los hombres, incluso por Pedro y por Judas.

Este es mi caso. Yo os amo, hombres, como pocos os aman. Toda mi vida interior rebasa de este amor más puros, más nobles, más poderosos. Mi sueño más caro era el de ser vuestro redentor mayor y verdadero.

Pero este amor es celoso, oculto, extraño. Apenas intento expresarlo, las palabras se me hinchan en los labios; apenas intento abrazaros, se transforma en disgusto; apenas respiro entre vuestros alientos, se envenena y se esconde. Es un amor íntimo, completamente mío — un amor solitario, egoísta, impotente. — En vez de encenderse más a la vista del amado, decaer y desaparece; en vez de manifestarse en actos amorosos, en palabras cordiales, toma la forma del sarcasmo y la fusta de la invectiva. Mi amor está hecho de escupitajos y golpes. Vosotros no podéis comprenderlo ni aceptarlo.

Yo no puedo reproducirlo en estos momentos de despiadada sinceridad. La culpa es mía: soy demasiado frío para poder confundirme con vosotros verdaderamente como el amante con la amada. En mi sonrisa leed la burla; en mi apretón de manos hay un puño que tiembla. También la Humanidad es de los violentos, y yo no supe amaros ni pegaros bastante.

En mí hay únicamente intenciones sin fuerza y he de destrozaros sin tener derecho a pedirlos el consuelo de una palabra. Soy un pequeño Prometeo, que tiene en su pecho el buitre del remordimiento, porque con el fuego robado sólo ha sabido quemarse a sí propio.

XXXVIII

LA INSPIRACION

¡Oh, si de pronto estallase dentro de mí, como una vena largo tiempo detenida y cerrada por fuerza, la majestuosa y profunda corriente de la inspiración, y las ideas brotasen como chorros fantásticos hasta el cielo, y las imágenes y los sentimientos y las caras palabras definitivas cayesen como una lluvia para refrescar mi corazón, para consolar, para despertar, para enternecer todos los corazones de los hombres! ¡Oh si mi alma se inflamase de pronto, como en un campo de maleza, como una selva árida y frondosa, y los pensamientos iluminasen el cielo como cohetes desplegados, y las palabras quemasen como fuego verdadero, y las ideas surgiesen al correr de mi pluma como chispas de un leño encendido, y pudiese, al cabo, iluminar y caldear todas las almas de los hombres! ¡Por qué me ha de ser negada, precisamente a mí que la espero, deseo y quiero, esta alegría, esta felicidad, esta gracia?

¡Oh, si en estos días, después de tantos años de espera impaciente y de invocaciones desatentadas, oyese fluir una inundación de palabras nuevas, me sintiese invadido de una oleada nunca sentida, y en vez de escribir las mismas historias, de encartar las mismas palabras, de arrastrarme penosamente sobre las huellas

de los pensamientos cansados y remendados, se me vienesen a la boca verdades inesperadas, maravillosas imágenes y acentos, armonías y pasiones que ningún hombre hubiese nunca descubierto, hallado o sentido! ¡Cuántas veces, por la noche, a la luz roja y ondulante de una vela o a la más tranquila y blanca de una lámpara encendida, he esperado la llegada de la hora divina, como los amantes desilusionados siempre esperan a media noche a la bella que al cabo se les ofrece! Y poco a poco rompía las cartillas, no llenas del todo aun de gruesas letras negras y apresuradas y me atormentaba los ojos con las manos, y miraba estúpidamente alguna cosa estúpida, trazaba casi soñando perfiles de monstruos y de viejos barbudos y rompía otros papeles y me maldecía a mí mismo, hasta que me levantaba de pronto, y tirando silla y pluma, me arrojaba en la cama, sin poder dormir, sin poder soñar, sin poder olvidar.

Así cien y mil veces; el espíritu permanecía siempre duro e impenetrable; el alma, siempre fría y muerta; el papel, siempre blanco; la gloria, siempre lejana. El genio no existe, el eco no responde, el estro no despierta; obscuridad silencio, tortura.

¡Qué no hubiera hecho y no haría por ser sacudido y despertado un instante, por recibir de pronto la misteriosa dictadura de una revelación!

Inspírenme Dios o el demonio, no importa; pero que alguien más grande que yo, más sano que yo, más vidente que yo, más loco que yo, hable por mi boca, escriba con mi mano, piense con mi pensamiento.

XXXIX

MIS DEUDAS

Pero Dios no quiere hablar por mi boca; no escribiré un libro santo. Y el demonio, que en literatura se complace, me agarra hacia el interior de los espantos.

Mas tengo miedo de que alguien hable lo mismo por mi boca. No me conozco aún a mí mismo. Tanto me he repartido, que mi alma está ahora dividida y despedazada, sin vida, con todas las fibras descubiertas y confusas, como en tantas mesas de anatomía. No me conozco. No reconozco mi voz. No sé, cuando habla, si las palabras proceden precisamente de mí o si algún maligno apuntador se ha escondido tras de mis hombros.

Siento que soy *deudor*. Todos los hombres son deudores, pero poquísimos reconocen sus deudas, y los más no se proponen pagarlas. La historia del espíritu humano está llena de letras protestadas. Nos comemos a los viejos, como los salvajes del Pacífico, y no siempre sabemos digerirlos. Con todo, reconocemos como nuestros los vómitos que siguen a tales devoramientos.

Me siento infinitamente deudor. Yo puedo decir, como San Pablo: "Soy deudor de los griegos y de los romanos, de los hebreos y de los gentiles". Podría añadir otra media docena de pueblos, y no se cerraría la cuenta.

Soy como los hombres de la edad de oro: no distingo el tuyo y el mío. No he robado con la idea deliberada de robar. Los plagios no me gustan; sólo los muy ricos o los muy pobres los pueden hacer. Pero he respirado, he absorbido, he masticado e ingerido cuanto ha caído en mis manos, y ahora no sé hacer la separación de bienes. Estoy todo impregnado de teorías ajenas, embutido de libros, saturado de artículos, atiborrado de palabras y de imágenes. Soy ahijado de la cultura y de los demás, mientras que querría ser genio, yo mismo.

Esta indeterminación me irrita; quisiera saber lo que verdaderamente soy, cual es mi participación personal en lo que he hecho. Quisiera regalar a los demás, luego de haberlos robado; quisiera añadir algo a esa civilización que me ha alimentado. Quisiera encontrarme yo mismo: hacer el arqueo e irme con mi bagaje, aunque sólo pesase una onza. Pongo mi nombre al frente de mis libros; pero quisiera saber lo que de veras me pertenece y lo que he arrendado. Me parece haberme empastado de tal manera con los demás, que no puedo usar mis propios miembros. Canto en corro y no consigo hallar el timbre de mi voz.

Estoy disgustado. Esta comunidad me fastidia; la sospecha de hurto me turba. No quisiera tener deudas con nadie, y con gusto vería que mis acreedores no me reconocieran. Quiero ser yo, yo solo, separado, independiente, sin ataderos, único y legítimo propietario de mí mismo y de mis cosas. Soy un Robinsón sin la isla.

Por el contrario, cuando releo lo que escribo pareceme estar siempre en casa ajena. Aquella palabra puedo haberla tomado de aquel escritor antiguo; aquella imagen puede ser reminiscencia de otro; aquella idea puede ser el disfraz y la prolongación de ajena teoría; aquel tipo puede haberme sido sugerido por

una novela leída, por un personaje vivo; aquel apunte puedo haberlo tomado en la conversación de un amigo. Las sombras de los pasados y de los presentes se me reúnen alrededor, y yo quisiera arrojarles a todos a la cara su haber, con frutos e intereses. Los demás no tienen estos escrúpulos; los envidio.

No quisiera tomar nada ni siquiera de la realidad; quisiera ser como la araña, que saca de su vientre todos los hilos de su obra. La abeja me es odiosa, y su miel me sabe a rejalgar. Quisiera ser el deudor de mí mismo y solamente de mí mismo. Ni siquiera los aspectos del cielo, los rostros de los hombres, las plantas de los bosques ni las casas de la ciudad debieran darme nada. No puedo por menos, y sin embargo me avergüenzo de encontrarlos en mí, en mis escritos. Me parece que sin aquel cielo, aquel rostro, aquel árbol, aquella casa, no hubiera sido capaz de decir nada, y ello me entristece. Quisiera hacer el vacío en torno a mi espíritu para ver de lo que es capaz cuando se le abandona a sí mismo. Es un deseo absurdo, un empeño ridículo, un imposible; ¡muchas gracias! Pero no puedo por menos de sentirme así: el antideudor por excelencia, hasta la locura. Y luego hay algo peor: incluso tengo miedo algunas veces de deber lo que llamo mi ingenio a cosas absolutamente extrañas a mí, y físicas por añadidura. Si estoy más agudo después de dos tazas de café; si tengo más facilidad para relacionar después de haber vaciado una tetera; si me pongo alegre y paradójico después de un vaso de espumante; si me siento más noble sobre una cima de mil metros; si una música de café, una fanfarria de soldados o un tiempo de sinfonía me hacen más poético y hacen nacer en mí pensamientos, imágenes y períodos que no sabría evocar en el silencio, entonces una estúpida vergüenza me invade el ánimo y tengo la cruel sospecha de no ser más que una máquina cerebral que rinde lo

que en ella se emplea, que tiene necesidad de combustibles y de esencias para trabajar y que no soy yo quien piensa y sueña, sino que el café, el té, el vino, el oxígeno y los sonidos piensan y sueñan en mí. Es un miedo estúpido tal vez; hay gente que bebe y escucha lo que yo bebo y escucho, y con todo, no hacen lo que yo hago. Pero no importa. Esta cosa negra o rubia que me echo al cuerpo me produce cierto efecto; si no la tomase no escribiría lo que escribo y no pensaría de ese modo. Estas substancias físicas y extrañas son una parte de mi inspiración, son las colaboradoras de mi vida, y ello me da rabia e ira. Ser deudor de Shakespeare es ya bastante fastidioso; pero deberle algo a una infusión de Puerto Rico y Santo Domingo, o de té de Ceylán, es harto humillante.

No sé cuántos experimentarán este malaventurado tormento de no encontrarse en sí mismos. Los griegos, con su *γνωθι σεαυτον* e Ibsen con el "sé tú mismo", me irritan por manera increíble. ¿Cómo haré para conocerme yo mismo si no sé encontrarme en esta multitud de humanidades, que me aprieta y penetra por doquier? Y ¿cómo llegaré a ser verdaderamente yo mismo si no sé reconocermé, si no sé cuál es el centro irreductible, el último residuo de mi personalidad?

Yo no busco un hombre, no busco el Hombre; quiero a mí mismo, únicamente a mí mismo. Y no sé quién es, ni dónde está, ni qué piensa verdaderamente. En este yo, fajado, vestido, inspirado por los demás, tengo que vivir, tengo que vivir, para siempre, como un desconocido, es uno de los suplicios de mi dura vida.

XL.

EL BUFON

Antes de morir de hambre y de frío como un gato extraviado, haré todos los oficios: iré a recoger trapos por las calles, con un saco al hombro; iré por las puertas de las iglesias y de los cafés pidiendo una limosna por amor de Dios; seré guarda de retretes públicos; haré bailar a un oso en las plazas de los pueblos, y si no me queda de veras otra salida, haré de joven abogado. Pero hay un oficio que no haré nunca, aunque me lo ordenasen con la pistola al pecho.

El de escritor bufón, de escritor que escribe para divertir la gente, para pasatiempo de aburridos y vagabundos; el infame oficio del hombre que de un enero a otro inventa historias, fabrica intrigas, busca aventuras, refresca recuerdos, desarrolla novelas, improvisa cuentos y construye comedias para hacer reír o llorar a quien lo paga y le aplaude.

Es inútil que estos divertidores públicos hablen de belleza, finjan ponerle morro a la plebe y reciban bajo la capa, por la noche, en la obscuridad, el precio de sus pasatiempos. Son, quieranlo o no, los cortesanos de la multitud soberana, que quiere olvidar la torpe vida del día; los bufones asalariados del pueblo; los ministriles de la burguesía, que entre una chupada de cigarro y un paseo quieren leer. Quien vende ficciones

que en ella se emplea, que tiene necesidad de combustibles y de esencias para trabajar y que no soy yo quien piensa y sueña, sino que el café, el té, el vino, el oxígeno y los sonidos piensan y sueñan en mí. Es un miedo estúpido tal vez; hay gente que bebe y escucha lo que yo bebo y escucho, y con todo, no hacen lo que yo hago. Pero no importa. Esta cosa negra o rubia que me echo al cuerpo me produce cierto efecto; si no la tomase no escribiría lo que escribo y no pensaría de ese modo. Estas substancias físicas y extrañas son una parte de mi inspiración, son las colaboradoras de mi vida, y ello me da rabia e ira. Ser deudor de Shakespeare es ya bastante fastidioso; pero deberle algo a una infusión de Puerto Rico y Santo Domingo, o de té de Ceylán, es harto humillante.

No sé cuántos experimentarán este malaventurado tormento de no encontrarse en sí mismos. Los griegos, con su *γνώθι σεαυτόν* e Ibsen con el "sé tú mismo", me irritan por manera increíble. ¿Cómo haré para conocerme yo mismo si no sé encontrarme en esta multitud de humanidades, que me aprieta y penetra por doquier? Y ¿cómo llegaré a ser verdaderamente yo mismo si no sé reconocermé, si no sé cuál es el centro irreductible, el último residuo de mi personalidad?

Yo no busco un hombre, no busco el Hombre; quiero a mí mismo, únicamente a mí mismo. Y no sé quién es, ni dónde está, ni qué piensa verdaderamente. En este yo, fajado, vestido, inspirado por los demás, tengo que vivir, tengo que vivir, para siempre, como un desconocido, es uno de los suplicios de mi dura vida.

XL.

EL BUFON

Antes de morir de hambre y de frío como un gato extraviado, haré todos los oficios: iré a recoger trapos por las calles, con un saco al hombro; iré por las puertas de las iglesias y de los cafés pidiendo una limosna por amor de Dios; seré guarda de retretes públicos; haré bailar a un oso en las plazas de los pueblos, y si no me queda de veras otra salida, haré de joven abogado. Pero hay un oficio que no haré nunca, aunque me lo ordenasen con la pistola al pecho.

El de escritor bufón, de escritor que escribe para divertir la gente, para pasatiempo de aburridos y vagabundos; el infame oficio del hombre que de un enero a otro inventa historias, fabrica intrigas, busca aventuras, refresca recuerdos, desarrolla novelas, improvisa cuentos y construye comedias para hacer reír o llorar a quien lo paga y le aplaude.

Es inútil que estos divertidores públicos hablen de belleza, finjan ponerle morro a la plebe y reciban bajo la capa, por la noche, en la obscuridad, el precio de sus pasatiempos. Son, quieranlo o no, los cortesanos de la multitud soberana, que quiere olvidar la torpe vida del día; los bufones asalariados del pueblo; los ministriles de la burguesía, que entre una chupada de cigarro y un paseo quieren leer. Quien vende ficciones

es un servidor de quien se aburre y tiene dinero — una especie de alcahuete que ofrece ajena vida fingida a quien no tiene vida bastante dentro de sí. ¿Que diferencia hay, en cuanto al efecto, entre un cigarro y un cuento, entre un drama y una botella de vino? Rumiando y leyendo pasa el fastidio de la espera; escuchando una comedia y emborrachándose bien, se entra a vivir en otro mundo, a soñar y ver lo que no existe.

Hay una diferencia: el arte. Y concedo que se podrán decir cosas muy hermosas también de esa manera, y que se podrán escribir obras que permanecerán, quien sabe cuánto tiempo, en el corazón de los hombres. Pero, en suma, en todas estas cosas hay siempre, en el fondo, la idea de que antes que nada es menester distraer a los hombres y tenerlos alegres, y que es bueno contarles historias para que no se adormezcan, para que respiren más de prisa, para llegar más seguramente a su alma y hacer comprender, de segunda mano, alguna gran verdad.

Pero ¿qué me importa darle gusto a los hombres? Yo no quiero ser el bufón de nadie. Y afirmo que todos los escritores de novelas, de historias, de cuentos, de comedias y de dramas, han sido bufones, gente que vive para solicitar la imaginación de los hombres, como los concertistas acarician sus oídos y las mujeres sus cuerpos.

Los hombres son casi todos niños, incluso a los sesenta años; tienen necesidad de esos quitapesares; tienen necesidad de las invenciones y de las aventuras, de lo pintoresco y de lo patético. Los escritores, aunque ellos mismos no fueran precisamente niños, los han contentado y se han puesto a andar en cuatro patas por el suelo, a tocar la trompeta, a caballo en un palo. Siento que entre ellos haya hombres como Homero, como Cervantes, como Shakespeare, como Dosto-

yeuski, a los cuales quiero bastante. También ellos son buenos como los demás; ¿qué queréis que yo le haga? También yo, cuando los leo y me divierto escuchándolos, soy un niño mimoso que sigue necesitando los cuentos de su mamá.

Me doy perfecta cuenta de que soy descontentadizo, fastidioso y puritano. ¿Quién ha pensado nunca que los que iluminaron nuestra niñez y nos acompañaron con tantas de sus criaturas, hablando en las veladas melancólicas y libidinosas de la adolescencia y de la juventud, fueron bufones? También yo, cuando me toma esta obscura rabia que me hace vomitar condenas y ofensas, dudo de mis palabras y estoy a punto de crearme injusto, desatentado y malo. Pero, por el contrario, no. Pensad lo que quiere decir bufón: hombre que divierte a los hombres. Y ¿cómo lo divierte? Muchas veces haciendo reír con las desgracias ajenas, o, por lo menos, sirviéndose de los males y de las desventuras, no para despertar la compasión y el horror, sino para entretener la curiosidad. El caso lastimero de dos amantes muertos antes de gozarse es un remedio para bostezar diez veces menos en una hora; la desesperación de una madre, la traición de una mujer, la ferocidad de un vengativo, la tristeza de un desilusionado, la generosa locura de un exaltado, el triste fin de un inocente; no hay cosa en el mundo que el cuentista de profesión no asalte y no haga suya para alimbararla ante los señoritos y las señoritas que no se desahogan suficientemente en la vida natural, y ante los papás y las mamás que se ríen de buena gana a costa de Don Quijote y vierten una lágrima sobre los sucesos del Rey Lear. Todo su arte, que muchas veces es grandísimo, tiene por objeto el interesar profundamente a los ociosos lectores o especuladores, de modo que sean verdaderamente transportados fuera de su pequeña vida personal, obscura, mezquina y hu-

millante. Entended, asimismo, la palabra bufón en el sentido más noble, más grande y más heroico que queráis, pero dejadme que llame así a todos aquellos que con la esperanza de una recompensa, ya sea una rama de laurel, un epígrafe glorioso, el batir de manos o diez mil liras contantes y sonantes, escriben algo con el fin de procurar a los hombres un entretenimiento placentero.

¿Os parece que ésta sea acción de hombres que tengan conciencia de su puesto en este misterioso y admirable universo? ¿Os parece que los pocos que ven unos cuantos pasos más allá de estas bestias niñas y saben el fin que nos espera si no sabemos vencer valientemente el destino, creando una vida más pura ante la amenaza de la nada? ¿Os parece, digo, que deban animar esa infantilidad y ese juego de los hombres y tenerlos quietos ante los teatros de papel donde se mueven los fantoches de los sueños, para escuchar las peripecias imaginarias de fantasmas imaginarios?

A qué tenerles tanta compasión fuera de lugar y emplear tanto genio en adormecerlos y acunarlos, cuando sería mucho más bello y peligroso despertarlos a fuerza de alaridos; ponerlos cara a la obscuridad, hacerlos columpiarse cabeza abajo en el abismo y obligarlos así a levantarse, a descubrirse, a hacerse más dolorosos, pero más altos ante el universo, que ahora apenas los soporta.

¿Pero qué historietas, leyendas ni tragedias! El que se aburra, que juegue a la brisca o que se tire al mar. Y no emplee más el genio en regalar lecturas divertidas a los desocupados y en dar nueva vida a quien existió en el pasado o no existió nunca, sino en anunciar nuevas vidas, vidas mejores; en preparar una tierra que conozca únicamente los dolores del espíritu, habitada por hombres que no piensen en olvidar, sino en recordar y prometer.

XLI

UN POCO DE CERTIDUMBRE

Yo no pido pan, gloria, ni compasión. No pido abrazos a las mujeres, dinero a los banqueros o elogios a los "geniales". Esas cosas o no me importan o las gano o robo por mí mismo. Pero pido y ruego, humildemente, de rodillas, con toda la fuerza y la pasión de mi alma, un poco de certidumbre; una sola, una pequeña fe segura, un átomo de verdad. Yo os ruego y os conjuro por cuanto tenéis de más caro y precioso, por vuestra vida, por vuestra amada de hoy, por vuestra idea preferida, que digáis si está entre vosotros quien tenga lo que busco, si hay alguien que esté *cierto*, que *conozca*, que *sepa*, que viva y se mueva en la *verdad*. Y si hay, si no yerra y no se engaña, si es generoso cuanto afortunado, me diga a mí lo que conoce y lo que sabe, me lo revele bajo juramento y me haga pagar cuanto quiera, como quiera, su verdad.

Tengo necesidad de un poco de certidumbre, tengo necesidad de algo verdadero. No puedo pasarme sin ello; no puedo vivir. No pido otra cosa, no pido más; pero esto que pido es mucho, es una cosa extraordinaria: lo sé. Mas lo quiero de todos modos; a toda costa debe dárseme si es que hay alguien en el mundo a quien mi vida le importe.

Yo no he buscado más que esto. Desde niño no he

vivido más que para esto. He llamado a todas las puertas, he interrogado a todos los ojos, he preguntado a todas las bocas y he sondeado mil y diez mil corazones en vano. Y en vano me he arrojado a la vida, a punto casi de asfixia y de vomitar; en vano, siempre en vano, me he estropeado los ojos sobre los libros viejos y sobre los últimos, y me he zumbado la cabeza con los alaridos de los filósofos rivales, y en vano, eternamente en vano, he provocado los ecos interiores y he preparado con humildad los caminos de la revelación. Pero nada, nada ha sucedido y nadie ha respondido.

Nadie ha respondido de modo que apagase todo deseo y toda necesidad de seguir pidiendo; nada ha sucedido que haya calmado el corazón, harto impaciente y saciado esta mi alma, sedienta como un desierto. No han sido inútiles todas las tentativas, las pruebas y los esfuerzos; han caído muchos muros, muchas murallas han sido derribadas y deshechas, algunas, poco a poco, como vena que se abre; otras, con gran estrépito, como si una nueva tierra surgiese de la antigua. Pero tras de cada pared estaba el vacío; más allá de cada muralla era la obscuridad y el eco de tal manera singular, que cada sí de esperanza devolvía un cansado *no* sin fin.

Nadie podrá decir que yo no he tenido valor. Recuerdo todavía las noches, largas, serenas, veladas al aire libre, con la ilusión del infinito en el alma, bajo esos cielos y esas estrellas que le llenan a uno de santidad y le limpian el pensamiento de los colores bestiales del día... Y me he inclinado sobre el cristal del microscopio; y ¿qué he visto? Lo que veo todos los días a ojo desnudo: pequeños seres en un pequeño mundo, devorándose unos a otros.

Vinieron también los hombres de la fe. Y todos sus discursos no consiguieron infundirme la fe que había

en sus palabras, y donde había palabras no había hechos; y donde había palabras, mi espíritu maldito entreveía los engaños, los orgullos, las ilusiones, las ignorancias, las ficciones, los comodines, los cálculos y todo cuanto quiere hacer de Dios un servidor del hombre.

Tampoco con los filósofos tuve fortuna; los mejores eran gramáticos, que a fuerza de afilar la hoz hacían caer seca a tierra la mies antes de segarla, y los demás eran poetas extraviados, energúmenos sin gracia, que diseñaban noche y día, en imaginarias ciudades celestes donde nadie puede vivir, largas, altas y ricas fachadas sin habitaciones detrás.

Y por ninguna parte verdad alguna. Una verdad, se entiende, de esas que hacen caer de bruces a tierra, como fulgores divinos, e iluminan con luz inextinguible lo de fuera y lo de dentro: el hombre y su imagen. Y por ninguna parte certidumbre alguna. De toda cosa he visto el pro y el contra y el pro del contra y el contra del pro; todas las ideas eran diamantes y prismas, como tetrafrontes y esfinges, con mil respuestas a diez preguntas. De cosa ninguna puedo decir: es así, y no de otro modo. A ningún problema se puede responder de una manera, sólo y únicamente de aquella manera. Todo hombre que habla tiene una razón suya, y quien habla contra él tiene la suya, y tiene la suya también el que habla contra el primero y el segundo y un cuarto posible. Nos toca asentir por turno; incluso el loco tiene sus argumentos, y es menester escucharle con prudencia.

¿Escéptico yo? No, desgraciadamente. Ni siquiera escéptico. El escéptico es afortunado; le queda una fe, la fe en la imposibilidad de la certidumbre.

Puede estar tranquilo, y si le acomoda, ser dogmático. Pero yo, no. Yo no creo ni siquiera en la vanidad de toda investigación y no estoy cierto siquiera de la

inexistencia de la certidumbre. Entre las cosas posibles está también ésta: que existe la verdad y que alguien la posee.

¿Qué quiere decir que yo no la haya encontrado y que no la posea? Ahora bien: no quiero vivir así, tambaleándome entre la duda y la negación, afanoso por el deseo siempre renaciente, agobiado por la derrota siempre repetida. Quiero que alguien me ayude, y que el que se haya calmado me dé también a mí un poco de su paz.

¡Pero nada de palabras, eh! Nada de engaños, de esperanzas de muchachos o charlas de mujeres.

Quiero una certidumbre cierta — ¡aunque sea una sola! —; quiero una fe indestructible — ¡aunque sea una sola! —. Quiero una verdad verdadera, aun pequeña y mezquina — ¡una sola! —. Pero una verdad que me haga tocar la substancia más interna del mundo; el último sostén, el más sólido; una verdad que de por sí se asiente en la cabeza y no haga concebir lo que la contradice; una verdad, en suma, que sea un *conocimiento*, un conocimiento real y verdadero, perfecto, definitivo, auténtico, indiscutible.

Sin esa verdad no puedo ya vivir, y si nadie se apiada de mí, si nadie puede responderme, buscaré en la muerte la bienaventuranza de la plena luz; o la quietud de la eterna nada.

XLII

¡QUIERO EL MAL!

Hay momentos en que me parece estar bien, en que me siento feliz, en que tengo el cobarde valor de olvidar toda la bajeza y el destrozo de mi vida, y me tumbo muy calladito, lenta, hipócritamente, en las comodidades, en las costumbres, en la vida fácil, gorda, tranquila, de todos vosotros, de compañeros a quienes odio. Es una cosa vergonzosa, y experimento cierta repugnancia al confesarla.

No he sido hecho para la alegría, no debo buscar el placer — ¡ay de mí si caigo en los tibios y adormecedores brazos de la felicidad! —. Sí quiero ser fiel a la razón de ser de mi alma — al juramento que hice al nacer la segunda vez —, al pacto que hice con la vida y con la muerte, no debo diluírme y endulzarme en el lácteo biberón del bienestar ordinario y común.

Harta regularidad, harta paz, harta bonanza hay ahora en mi vida. Mientras los hijos del hombre no tienen donde descansar la cabeza, yo tengo una casa de cinco habitaciones, en un palacio antiguo, junto a los jardines siempre nuevos, y da en ella el sol, y hay buenas camas para dormir, amplias butacas para sentarse, grandes platos para comer. Soy pobre, y con todo, nada me falta. Todos los días la sopa humea sobre la mesa, y el pan bien tostado cruje entre los dientes. Hay sobre la tierra un poco de sonrisa, incluso para quien quiere alejarse de ella como un hijo maldito.

Hoy por hoy, mi vida está ordenada y regulada. Me

voy a la cama temprano, duermo hasta la mañana, el estómago digiere, los amigos me quieren, las mujeres me buscan, chicos y grandes se quitan el sombrero a mi paso. Todo va bien, nada falta. Todo va bien y nada falta para aquel que busca únicamente lo exterior y juzga a los demás tomándose a sí mismo como medida. Pero no había venido al mundo para eso, no había aceptado el vivir para eso; no para eso durante veinte años seguidos me he martirizado y flagelado el alma, como un fraile loco se martirizaba y flagelaba pecho y espaldas. Me he quedado en el mundo porque el mundo es aún más temeroso que la nada; he aceptado la vida porque la vida es más dolorosa que la muerte; me he disciplinado, despellejado y azotado porque únicamente del dolor procede la verdad; sólo en el espasmo nacen los fetos de la mente, y toda la música no es más que melancolía, y en el fondo de la desesperación es la única voluptuosidad que no da asco.

No quiero estar contento ni tranquilo, no quiero ser feliz ni rico. Reclamo todas las desventuras sobre mi cabeza; invoco desgracias sin número en el camino de la vida. Que la enfermedad me haga castañetear los dientes; que la pobreza vacíe mi casa; que el amor me traicione; que los amigos me dejen; que los gusanos babeen sobre mí; que la fiebre y la locura se disputen mi cabeza; que los enemigos me persigan y me hieran; que los únicos caros se me mueran al lado, de pronto, sin un gemido... Venga conmigo todo el dolor del mundo; con esta sola condición se verá si soy un hombre o un trapo, si me sostiene un alma o únicamente un esqueleto. Los cabellos encanecen; las mejillas se aflojan; la frente se arruga; caen las lágrimas; ¿qué importa? Únicamente en la soledad desesperada crecen las flores que yo busco, crecen las flores que ya no se marchitan ni doblegan, que huelen y viven siempre.

XLIII

EL FIN DEL CUERPO

No sólo el alma está agobiada, sino que también el cuerpo está gastado y se acaba. Harto tiempo he ido cantando: "¡Espíritu, ¡espíritu!", y en él no he pensado y le he dominado como a caballo indómito, a fuerza de espolazos y tirones del freno. Esperaba domarlo, contaba vencerlo, apoderarme de su alma y enseñorearme de él sin mirarlo siquiera, y ahora se venga; siento que el fin se aproxima y que esta envoltura de largos huesos embutida de poca carne amenaza deshacerse, volverse barro bajo el barro.

Los ojos primero que nada. Los he estropeado desde chico por leer a la luz de una vela y a la más tranquila, pero más débil, de una lamparilla de aceite que casi siempre, hacia media noche, se apagaba poco a poco, dejándome a oscuras y con el olor horrible del pábilo humeante. Los he sacrificado en los días de invierno, en los crepúsculos ociosos (¡qué aburrimiento dejar a la mitad una página que te interesa y levantarse de la silla caliente para buscar las cerillas!), en las salas obtusas de las bibliotecas anticuadas; obstinado en leer mientras podía adivinar la forma de las letras; en tanto podía escribir, casi a tientas, sobre el papel sin rayar! Y por la mañana, muchas veces, apenas la primera claridad asomaba entre las

maderas, volvía a tomar el libro abandonado por fuerza la noche antes y leía en la cama hasta que el asco del calor animal de las sábanas me echaba al frío de la calle y a los quehaceres habituales.

En aquella luz pobre y roja de la noche, en aquella poca y vívida luz del alba se esforzaban los ojos: las pupilas se ensanchaban desmesuradamente; los párpados se enrojecían. Sentía luego cierta ternura en ellos durante todo el día y caerse las lágrimas por las mejillas. No me importaba; pero desde hace muchos años no logro ver lo que hay en lo alto de una montaña y a unos cuantos pasos no reconozco un rostro amigo y familiar. No veo; no veo más que de cerca y con ayuda de lentes fuertes. El mundo ha perdido para mí sus más vivos colores y sus contornos netos y precisos. Lo veo todo confusamente, como en una niebla, ligerísima por ahora, pero universal y continua. De lejos, por la noche, todas las figuras se me confunden; un hombre con capa me parece una mujer; una llamita tranquila, una larga raya de luz roja; una barea que baje el río, una mancha negra en la corriente. Los rostros son manchas claras; las ventanas, manchas oscuras en las casas; los árboles, manchas oscuras y compactas que se elevan en la sombra, y apenas si tres o cuatro estrellas de primera magnitud brillan para mí en el cielo.

¡Y que áurase mucho! Pero tengo miedo de quedarme ciego. Tengo miedo de ir viendo cada vez menos, menos, ¡y luego nada! Me imagino con espanto lo que sería mi vida. No tengo fuerza sino en la inteligencia, no tengo amigos más que entre los muertos, no tengo placeres fuera de los libros. ¡Y no podría volver a ver ninguno de esos hermosos tipos redondos, elzevirianos, cursivos, que me han dado tantas alegrías, que me han enseñado cuanto sé, que han expresado a los demás cuanto había de menos vil en

mí mismo. Tendría que esperar las mercedes de los demás, leer con ojos extraños; entregarme a la elección, a la paciencia, a la compasión ajena. Y en mi derredor, ¡obscuridad, todo obscuridad! ¡Negro y obscuridad por doquier, para siempre! Yo con mi pensamiento *solo* en medio de las tinieblas hasta la muerte. No creo en ello seriamente, y con todo, lo pienso de cuando en cuando, como en una cosa cierta, ya fijada, cuestión de días o de años. Y pruebo a vivir semejante desventurada vida prevista: a veces, si la calle es solitaria, cierro los ojos y sigo andando; dudo, no voy derecho; siento a mi lado las paredes y los umbrales de las casas y bajo mis pies las losas, que hacen eco a mis pasos. ¿Sabría llegar a casa? Pero de pronto oigo ruido: un coche, un transeunte. Vuelvo a abrir los ojos: no se ha perdido el mundo. Aun veo algo; ¡estoy salvo! Torno a cerrar los ojos otra vez, y entre la obscuridad y la alegría sigo mi camino, llevo a mi destino.

Pero es inútil: me quedaré ciego seguramente; lo siento. El espacio se ha roto para siempre en algún punto. Pequeñas manchas oscuras bailan y giran en torno mío, y no hay lentes que las hagan desaparecer. Cuando se ensanchen y se junten caerá para mí, sobre el magnífico mundo del sol y del color, el telón negro y definitivo de la ceguera, y todo habrá terminado.

Si no muero ciego, moriré paralítico; también los nervios están gastados y nada sano el cerebro. Siento los avisos hace bastante tiempo: dolores y entorpecimiento en una pierna, movimientos involuntarios de los dedos, grandes opresiones de cabeza. A veces siento en el cráneo como si algo se deshiciera. Si quiero pensar, todo se confunde y anubla y me parece como si todos los objetos corrieran vertiginosamente, no obstante tenerlos siempre delante, y como si las ideas desaparecieran de repente, sin conseguir yo atraerlas

de nuevo, y una palabra estúpida, una imagen insignificante resurgen y se clavan allí sin querer volver a la obscuridad de lo inconsciente. El aire me pesa como si tuviera que sostener con la cabeza el firmamento, y dentro hay vacío y dolor y no puedo reflexionar, no sé trabajar, no quiero saber nada. Un cansancio enorme de ocaso, una inapetencia espiritual de quien todo lo bebió y vomitó, un odio por todas las ideas y todas las apariencias me hacen despreciable y digno de compasión a mis ojos.

Más de una vez me he desmayado en casa y en la calle. Y he aquí después los largos días de convalecencia idiota, de reposo forzado, de humillación innarrable, de rabia impotente, de esfuerzos sin dirección. Nada basta para galvanizarme: ni café, ni te, ni vino, ni buenas palabras de amigos, ni caricias de mujer. Saboreo el disgusto y me ahogo en la nada, y deseo tan sólo la noche, la cama y el sueño grave, largo, bestial, hasta entrada la mañana.

De cuando en cuando desvaríos, caprichos, desequilibrios, ideas fijas, y es espantosa entre todas las cosas esa confusión, esa opresión, esa pesadez de cabeza, que no es dolor de cabeza tan sólo, sino también dolor de espíritu, anemia del alma, vergüenza muda del reposo odiado y necesario. A veces me parece no poder volver a aferrar el pensamiento, y una completa danza rápida, aulladora de ideas trastrocadas, de figuras imposibles, de fragmentos de frases; una danza que me toma y me arrastra y me pierde en el tumulto de mis propias criaturas; amontonamiento de luces que aparecen y desaparecen en un mar obscuro, y luego el cansancio desfallecido de quien no tiene ya nada que hacer en un mundo que ya no es suyo y que quiere comer únicamente para apoyarse en la solidez de la salud carnal. Un buen día la crisis no pasará, y una parte del cuerpo se quedará inmóvil para siem-

pre, y el cerebro no funcionará más, no pensará más, no verá más lo que veía; no recordará lo que vio; no será capaz de penetrar los pensamientos ajenos, de ligar y expresar los pensamientos propios. Será el paso lento e idiota de algunas imágenes insustanciales, desencajadas del conjunto; algo blanco, paredes blanqueadas, delantales cándidos, el cielo sin secretos y el tranquilo vaivén de un manicomio decente, de un manicomio de pago. ¿O acaso los alaridos feroces, los terrores inmensos y las noches llenas de fantasmas y de gritos, entre las tinieblas del espíritu y de la habitación? O tal vez el apagamiento lento e inconsciente: no entender, no comprender, no saber más nada, nunca más; no entender ni siquiera que no se entiende... Y el fin...

XLIV

LA MUERTE

Pero ¿quién ha dicho que yo tengo que morir? ¿Morir? ¿También yo, pues, tendría que dejar de pronto de respirar, de ver, de moverme, de sufrir? ¿Tendría que hacer como los demás? ¿Como todos? Todos los hombres mueren. Muchas gracias. Pero ¿os parece buena razón esa? Muera enhorabuena quien quiera morir; yo soy yo y no soy los demás.

¡Pero no, ea! Aquí debe haber un error, una mala inteligencia colosal. ¿Qué razón habría para que también yo tuviese que desaparecer estúpidamente, como un cualquiera? Pero ¿no sabéis que yo llevo todo el mundo dentro de mí? ¿No sabéis que si me muero ya no existe la lluvia, que cae y tiembla sobre las hojas; el hermoso sol que quema la piel, el prado verde y blanco que hace tropeles de sombras cuando el viento lo desflora, ni el gran cielo azul, ni el bucy tranquilo y blanco, ni las vírgenes en medio del oro en el fondo de las iglesias oscuras, ni los cantos maniáticos de las muchachas abandonadas, ni las alegrías que brillan en los escaparates, por la noche, bajo la roja electricidad?

Todo el mundo con sus bellezas y sus horrores, con sus ideas y sus cuerpos; todo el mundo está aquí, en mí, dentro de mí, y sería anulado si yo muriese.

¿Pero cómo? ¿Habré de convertirme como los demás en un cuerpo helado, en una carroña hedionda, en una gusanera, en un puñado de polvo? ¿Es posible que yo imagine de mí una cosa semejante? ¿Puede

darse nunca que el mundo muera de repente conmigo? ¿Es justo que todo lo que llevo en mi cerebro y en mi corazón, todo este infinito pulular de pensamientos y de recuerdos, de imágenes y de afanes, haya de acabar y detenerse para siempre? ¿Cómo puedo imaginar que el mundo siguiera siendo si no lo puedo pensar más que con *mi* pensamiento?

¡Afuera, pues, engañadores insidiosos y malignos, bestias hambrientas de muertos! Yo no puedo morir, no quiero morir, no moriré nunca.

¿Creéis acaso que me importa la vida porque soy feliz bienaventurado, porque estoy contento, lleno de comodidades y de dinero? ¡Ni por sueños! Soy el hombre más desgraciado y miserable del mundo; no tengo amor, no tengo riquezas, no tengo amigos, no soy guapo ni fuerte. He conocido pocas alegrías en el mundo; he gozado rara vez; he llorado frecuentemente; he sufrido casi siempre. Y, con todo, no quiero morir. No, en absoluto; quiero vivir todavía, vivir siempre.

Es inútil que tú me prometas, sacerdote, otras vidas en otros mundos; una vida más bella, más tranquila, más luminosa. No lo creo. No sé nada de tus mundos; no quiero saber nada de tu felicidad. Conozco este mundo, esta tierra, esta vida fea, agitada y tenebrosa, y ésta quiero, ésta deseo, ésta pido para siempre. Quiero precisamente esta vida mía desgraciada, descontentadiza, melancólica, triste; esta mi vida dolorosa. Que yo vea el cielo, aunque sea sólo un pedazo, con tal de que sienta cantar un pájaro por la mañana en primavera; con tal de que yo vea reír a un niño y a una mujer; con tal que pueda escribir alguna palabra para quien bien me quiere; con tal que pueda seguir la inquiete sombra de un árbol sobre el muro blanqueado por la luna de agosto.

XLIV

LA MUERTE

Pero ¿quién ha dicho que yo tengo que morir? ¿Morir? ¿También yo, pues, tendría que dejar de pronto de respirar, de ver, de moverme, de sufrir? ¿Tendría que hacer como los demás? ¿Como todos? Todos los hombres mueren. Muchas gracias. Pero ¿os parece buena razón esa? Muera enhorabuena quien quiera morir; yo soy yo y no soy los demás.

¡Pero no, ea! Aquí debe haber un error, una mala inteligencia colosal. ¿Qué razón habría para que también yo tuviese que desaparecer estúpidamente, como un cualquiera? Pero ¿no sabéis que yo llevo todo el mundo dentro de mí? ¿No sabéis que si me muero ya no existe la lluvia, que cae y tiembla sobre las hojas; el hermoso sol que quema la piel, el prado verde y blanco que hace tropeles de sombras cuando el viento lo desflora, ni el gran cielo azul, ni el bucy tranquilo y blanco, ni las vírgenes en medio del oro en el fondo de las iglesias oscuras, ni los cantos maniáticos de las muchachas abandonadas, ni las alegrías que brillan en los escaparates, por la noche, bajo la roja electricidad?

Todo el mundo con sus bellezas y sus horrores, con sus ideas y sus cuerpos; todo el mundo está aquí, en mí, dentro de mí, y sería anulado si yo muriese.

¿Pero cómo? ¿Habré de convertirme como los demás en un cuerpo helado, en una carroña hedionda, en una gusanera, en un puñado de polvo? ¿Es posible que yo imagine de mí una cosa semejante? ¿Puede

darse nunca que el mundo muera de repente conmigo? ¿Es justo que todo lo que llevo en mi cerebro y en mi corazón, todo este infinito pulular de pensamientos y de recuerdos, de imágenes y de afanes, haya de acabar y detenerse para siempre? ¿Cómo puedo imaginar que el mundo siguiera siendo si no lo puedo pensar más que con *mi* pensamiento?

¡Afuera, pues, engañadores insidiosos y malignos, bestias hambrientas de muertos! Yo no puedo morir, no quiero morir, no moriré nunca.

¿Creéis acaso que me importa la vida porque soy feliz bienaventurado, porque estoy contento, lleno de comodidades y de dinero? ¡Ni por sueños! Soy el hombre más desgraciado y miserable del mundo; no tengo amor, no tengo riquezas, no tengo amigos, no soy guapo ni fuerte. He conocido pocas alegrías en el mundo; he gozado rara vez; he llorado frecuentemente; he sufrido casi siempre. Y, con todo, no quiero morir. No, en absoluto; quiero vivir todavía, vivir siempre.

Es inútil que tú me prometas, sacerdote, otras vidas en otros mundos; una vida más bella, más tranquila, más luminosa. No lo creo. No sé nada de tus mundos; no quiero saber nada de tu felicidad. Conozco este mundo, esta tierra, esta vida fea, agitada y tenebrosa, y ésta quiero, ésta deseo, ésta pido para siempre. Quiero precisamente esta vida mía desgraciada, descontentadiza, melancólica, triste; esta mi vida dolorosa. Que yo vea el cielo, aunque sea sólo un pedazo, con tal de que sienta cantar un pájaro por la mañana en primavera; con tal de que yo vea reír a un niño y a una mujer; con tal que pueda escribir alguna palabra para quien bien me quiere; con tal que pueda seguir la inquiete sombra de un árbol sobre el muro blanqueado por la luna de agosto.

las partituras cerradas, que no volverán a abrirse. La última fiesta ha terminado con la última nota que aun vibra en el aire para dar el tono a este silencio harto vacío. No quedan más que dos caminos: o volverse imbécil del todo o matarse.

Sin embargo, siento todavía dentro de mí un gran deseo de vivir. No quiero morir. Quiero rehacer y comenzar la vida de nuevo. Quiero encontrar otras razones para vivir. Y mejor vivir suspendido en la nada, sin hilos sobre la cabeza, sin puntales tras de los hombros, sin sostenes bajo las axilas; pero vivir, voto a Dios, seguir viviendo, vivir en el pleno sentido de la palabra, vivir con los ojos y con las manos, con el cerebro y con el hígado; vivir todavía diez, veinte, treinta años, mientras sepa conquistarme mi pedazo de pan en el horno del mundo y sepa decir mis palabras en los coros disonantes de los hombres.

No quiero morir ni del todo ni a medias, ni como alma ni como cuerpo. Hay algo más fuerte en mí que todas las derrotas; hay un escollo clavado en medio de mi alma, que resiste a todas las tempestades que le han recubierto en los últimos tiempos. Hay una bestia que quiere comer, hay dos piernas que quieren andar, hay una cabeza que quiere pensar, una mano que quiere escribir. Pero ¿por qué razón? ¿En nombre de qué fe? ¿En vista de qué objetivo? La bestia no lo sabe, la bestia no es intelectual, la bestia no es religiosa, la bestia no comprende nada, pero no quiere darse por vencida. Si las banderas se han abatido, permanecen las murallas; si las palabras no corresponden ya a los hechos, ¡al diablo las palabras y vivan los hechos! El hecho resiste y existe, el hecho es algo irrefutable y dominador, el hecho no quiere morir.

No es la sangre únicamente la que no quiere detenerse. El mismo yo que cerró una por una todas las ventanas sobre lo posible y tuvo que renunciar incluso

XLV

PRECISAMENTE POR ESO

Es difícil, creo yo, encontrar otro hombre que haya fracasado tan grandemente en toda su vida. No me queda ya nada que perder. Todos los hilos y los puntales que sostienen a los demás están cortados. Los que bajan del cielo (fes y creencias) como los que clavan a la tierra (dogmas y principios). Soy lo último de los círculos del mal; he renunciado, he tenido que renunciar; he abandonado y me han abandonado.

El saber no me basta; los hombres me desagradan; las mujeres, más todavía; la literatura me asquea; la inspiración no acude; la gloria me da náuseas; mi vida es sucia y tediosa; mi cuerpo se deshace, y mi deseo único, primero y profundo, el deseo de la potencia, no es ya ni siquiera un deseo. Todas las tablas de valores se han despedazado en estas contorsiones interiores; toda esperanza se ha descolorido en la obscuridad de estos años; las ansias posibles de salvación no son más que yugos para permanecer apegados a una tierra, a una vida que ya no tiene promesas ni invitaciones. La representación ha terminado; los bastidores han sido arrimados contra la pared, se han apagado las luces, las cantantes se han quitado los trajes de reina y se han marchado en coche, vestidas de negro; los instrumentos están allí abandonados y sin voz junto a

a la única que le importaba, a la de lo imposible. no quiere irse. Está en la obscuridad, sin fuerza ni apetitos; pero no quiere suprimirse. Sigue esperando. Sin esperanza, pero espera. Si viene lo peor, lo aceptará; pero no quiere arrojarse allí donde la nada comienza, sin la esperanza del dolor siquiera.

El yo más profundo está todo dolido y martirizado; pero también este martirio le place, porque significa existir, significa contraponerse a algo. Que el destino le persiga de ese modo le da la certidumbre de que hay en él algo que puede ser tomado como blanco, le da la conciencia de su importancia en el universo. Ha descendido hasta el fondo del abismo. Ya no se puede mover: o ha de cavarse la fosa allí mismo, o subir de nuevo hacia la luz. No queda otra cosa que hacer. Y entonces el que era hombre vuelve a salir y empieza el nuevo capítulo.

Pero este nuevo capítulo no se parece absolutamente nada a los demás. Las cosas que he negado, negadas siguen; los sueños abandonados no los reclamo; desprecio hoy asimismo las ambiciones que desprecié; a los hombres que me asquearon también hoy los tenga lejos de mí; los fines que a veces cegaron mis ojos lejos siguen. ¡Pero qué importa! Empieza un nuevo camino, el secreto está hallado. Una última posibilidad de grandeza se me ofrece, y yo no la rechazo. Por ella sola florecé de nuevo el desierto en silencio, y vuelven a brillar las pupilas vergonzosas bajo los párpados rojos. Todavía puedo ser un héroe. Tengo necesidad de estimarme para no verme constreñido a aniquilarme, y este *nada* es lo que me salva.

Para mí ya no hay más nada. Soy el nihilista perfecto. Ya no creo en nada. Soy el perfecto escéptico. No creo en nada; soy el ateo completo, definitivo, por entero; el ateo que no se arrodilla ni siquiera ante las creencias laicas, racionales, filosóficas y humanitarias

que han ocupado el lugar de las antiguas fes mitológicas. Sé que nada resultará de nuestros esfuerzos; sé que el fin del todo es la nada; sé que la recompensa de toda obra será el fin de los siglos. la nada y luego nada. Sé que todas nuestras construcciones serán destruidas; que de nuestros incendios no quedarán ni las cenizas; que nuestros ideales, aun logrados y dominados, se hundirán en la eterna obscuridad del olvido y del no ser final. Ninguna, ninguna esperanza tengo en el corazón; ninguna, ninguna promesa puedo hacerme a mí mismo y a los demás; ninguna compensación puedo prever para mis actos; ningún resultado de mis pensamientos. El futuro, este encantador de todos los hombres, esta causa perpetua de todos los efectos, es para mí nada más que la desnuda perspectiva del aniquilamiento.

Y con todo, ante este espantoso espectáculo, ante esta tremenda desesperanza, ante esta carrera hacia el vacío, yo no tuerzo el rostro ni me echo para atrás. Consiento en seguir viviendo. Todo cuanto haga será *inútil*; pero *precisamente por eso* me siento empujado a hacer. La nada — nada de mí mismo, de mi obra, del mundo entero — es el punto de llegada de todos mis esfuerzos, y sin embargo, *precisamente por eso* seguiré esforzándome hasta que la tierra me llame a su oscuro reposo.

Quiero renegar de todo mi pasado utilitario. Todos los hombres buscan una recompensa, un pago por todo lo que hacen. Incluso las acciones que parecen más espirituales — actos de creación, actos de fe, de amor — esperan su validez, exigen antes o después el ser saldados. Nadie hace nada por nada. Incluso las religiones, incluso las artes, incluso las filosofías están fundadas en la ganancia. Las obras humanas — sin excepción — son letras de cambio que necesitan ser pagadas. El vencimiento será más o menos largo — algunas

lo tienen en la otra vida, en el cielo, en los siglos de los siglos—; pero llega el día de las cuentas. Si los hombres supieran de seguro que alguno de sus actos no será presto o tarde remunerado, nadie haría nada. Incluso Dios quiere ser recompensado con las oraciones y con los sacrificios, y está aparte la eterna cárcel del infierno para los malos pagadores.

Yo mismo, en el pasado, fui el más ávido de estos gananciosos. Quería que me fuese dado todo por poco; que a unos cuantos años de soledad, de rebusca, de ascetismo, fuese dada en pago la eterna omnipotencia. No buscaba el espíritu por el espíritu, sino el espíritu para hacer con él la leva de la materia, el instrumento de toda posesión terrestre.

Pero ahora que todo ha caído a mis ojos, ahora que sólo conozco la insolvencia radical del infinito y la inutilidad de todo trabajo, ahora destruyo en mí al interesado, al utilitario, al rapaz, al judío, y consiento en vivir precisamente porque la vida no tiene estipendio y sigo pensando precisamente porque el pensamiento no puede ser nunca asalariado.

El hombre desesperado encuentra en el fondo mismo de su desesperación la mera base para saltar más alto que el agujero de los quejosos; el ateo que en nada y en nadie tiene fe, ya encuentra en la trágica vacuidad de su espíritu solo, sin dioses de ninguna especie, la fuerza de creer en sí, en el momento actual de sí mismo y del mundo que es suyo. Después de la orgía del dolor sale nuevamente del tormento la posibilidad de la alegría; pues que nada espero, ya no tendré desilusiones, no tendré desconuelos ante la traición de los hechos.

El hombre *solo*, absolutamente *solo*, absolutamente desnudo, que no pide nada, que no quiere nada, que ha llegado al vértice del desinterés por demasiada perspi-

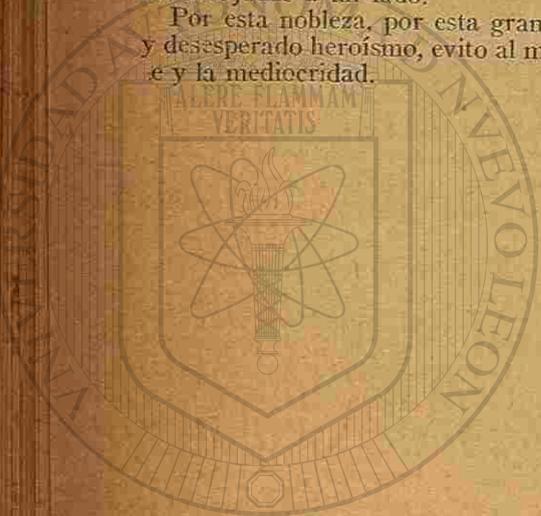
cia y no ciega renuncia, se vuelve al mundo, desnudo para él como una pradera quemada, como una ciudad devastada; el mundo que ya no tiene iglesia, metas, asilos ni refugios, y le dice: "Aun cuando no me prometas nada, estoy todavía contigo, sigo unido a tu fuerza, trabajo con tu trabajo, te acompaño y te reflejo en tu camino".

Mientras el hombre espera algo del universo es un comerciante que da para recibir, que cambia y regatea, que se irrita si fracasa y se mata si la restitución no ocurre, si no le pagan la letra, si el beneficio es menor que los gastos. Pero el hombre que ha renunciado a toda compensación y trabaja por lo que será deshecho *sabiendo* que será deshecho, es el único hombre digno, verdaderamente digno de habitar serenamente el universo. El sólo es el *noble* frente a los traficantes que lo rodean, aunque éstos hayan escrito en las muestras de sus tiendas los nombres más puros, más ideales y metafísicos.

Hace y no pretende que nadie haga por él; da sabiendo que no recibirá nunca; aspira a las cimas sabiendo que no las alcanzará; ofrécese por entero, y sabe que nadie le pagará su justo precio. Pero en eso consiste precisamente su trágica grandeza; en esto su deshumanidad que lo retiene todavía entre los hombres. Otras glorias le son negadas; no tiene, como los creyentes en la vida, en la Humanidad y en la verdad, consolaciones, promesas y faros que lo sostengan y le hagan menos duro el camino. No puede contar más que con su fuerza, y este sentimiento de ser tan fuerte como para poder prescindir de todo el resto, le llena de amarga, pero sana voluptuosidad. ¿Qué valor hay en vivir cuando se cree firmemente que nuestros ideales se convertirán en realidad; que un paraíso cualquiera, ya sea celestial o terrestre, nos espera para restaurarnos de nuestras penalidades? Pero la verda-

dera nobleza del hombre, su máximo heroísmo consiste en saber vivir incluso cuando se han destruido en él todas las razones de vivir, cuando las vendas y las muletas que hacen posible la vida de todos han sido arrojadas a un lado.

Por esta nobleza, por esta grandeza, por este último y desesperado heroísmo, evito al mismo tiempo la muerte y la mediocridad.



XLVI

EL RETORNO A LA TIERRA

Revivo, pues. Pero *solo*, terriblemente *solo*. Yo únicamente, no ya Dios, pero desinteresado como él, si como él no puedo ser dueño. Tengo que rehacer mi vida sobre nuevos disignios, una vida completamente mía, una verdadera vida nueva. No hay una mano que me ayude si alargo la mía en los tropiezos de la subida. La tierra está llena de voces, pero se trata de "buenas muchachas", con las que he almorzado y cenado, pero que ya no me dicen nada. Son para los demás, para los no liberados.

Sin embargo, para reconstituirme, para enderezarme, para ponerme a andar de nuevo, tengo necesidad de apoyarme en algo, de volver a poner las raíces en algún sitio. No tengo más que a mí mismo, pero este "mí mismo" está ligado más estrechamente con una parte del universo. No soy un hombre metafísico y absoluto, suspendido en la atmósfera de los conceptos. He nacido en un lugar cierto, pertenezco a una raza, tengo dentro de mí una historia, una tradición. Recogerme y concentrarme significa volver a ponerme en contacto con mi tierra natal, con mi pueblo, con la cultura de que, lo quiera o no, he salido.

He de empezar otra vez por el principio, renacer: es decir: volver a la primera matriz, no a la de carne

de mi madre, sino a aquella mayor y más verdadera de la patria. Mientras he sido únicamente un maníaco de cerebralismo, mi patria era el mundo y mi librería era las naciones donde encontraba las únicas leyes que respetaba. Pero ahora, que quiero rehacer mis huesos y volver a poner la sangre en movimiento, tengo que volver a las raíces más profundas de mi ser concreto.

Por eso he querido hacer conocimiento con mi país, y al encontrármelo he vuelto a descubrir también mejor mi alma. Los doctores ordenan a algunos enfermos el aire natal. Por un caso feliz, el convaleciente que soy ha vuelto a llenarse el pecho del aire de su pueblo y le ha sentado bien. Mientras estuve ahogado en la universal cultura teórica permanecí hombre de casa y de ciudad. Abandoné el campo, o si fui a él no lo ví, no lo abracé, no lo quise. Pero el rostro de la madre sólo desde lo alto se ve, lejos de los aspectos calcinosos de la ciudad. Lo he hallado ahora de nuevo en lo alto de las montañas, enrojecido por el sol, pálido con la luna, blanqueado por la nieve, refrescado por las flores, arrugado por el viento; nunca viejo, siempre joven, siempre el mismo, con la sonrisa que no engaña.

Es inútil que yo retuerza este dolorido mí mismo para hacer de él un dios de Atenas o un coloso escandinavo. Mientras soy cerebro y nada más que cerebro, converso con el chino, con el profesor alemán y con el ensayista inglés, con el jacobino francés y con el sofista griego. Soy de todos los siglos, comprendo y soy comprendido. Mis palabras son moneda internacional, que gasto en cualquier mercado.

Pero cuando me recojo en mí mismo por completo, alma y cuerpo, cerebro y corazón, y quiero insertarme en una raza y en un siglo, siento que soy precisamente de aquí, y únicamente de aquí y de este tiempo. Haga lo que haga, soy un hombre nacido en Toscana,

entre toscanos, entre paisajes y valores toscanos — un hombre nacido en Toscana en 1881, que ha tenido veinte años el primer año del siglo XX y que escribe en el presente año de 1912. — Soy toscano, no italiano solamente. La verdadera patria de cada cual no es ya el reino o la república a que pertenece. Italia es harto grande para cada italiano; la patria genuina no puede ser sino pequeña. Incluso en Francia, país unificado como ningún otro, el hombre de Bretaña siente al provenzal como extranjero, y el normando y el lo-renés, son normandos y loreneses en el propio corazón de París.

Yo me siento profundamente toscano. Los venecianos o los napolitanos me son extraños; los siento más apartados de mí que a ciertos bárbaros. No estamos bien juntos; siento que no somos hermanos. No basta escribir la misma lengua y ser gobernado por el mismo código para decir que se tiene la misma patria.

Incluso entre los toscanos me siento muchas veces extranjero y lejano. Pero cuando digo Toscana quiero decir antes que nada el país toscano, los montes, los collados, los ríos, los horizontes de este país, que de las rosadas torres de las Apuanas corre hasta acabar allá abajo, en la vasta y solitaria Maremma, entre las grandes cimas del Apenino y el verde respiro del Tirreno. Quiero decir este cielo tan bello hasta cuando es feo, esta palidez hecha de olivos, estas lanzas negras de los cipreses, estos pingües festones de las vides trepando por las colinas, estos valles desolados y pedregosos donde florecen únicamente el cardo azulado y la margarita amarilla.

Y luego entiendo por Toscana los grandes toscanos y su genio. De los padres etruscos, tumbados a guardia en sus tumbas, plácidos y agudos como adivinadores; de los etruscos que trajeron de oriente el amor del futuro y la seguridad del arte; de los etruscos que

enseñaron la civilización a los romanos y circunscribieron en sus confines la que debía ser la Italia más fecunda en grandes, hasta la gallardía de Dante, la sutileza de Maquiavelo, la terribilidad de Miguel-Angel, la curiosidad de Leonardo, la penetración de Galileo. En todos estos hombres se siente el nervio, cierto sentido plebeyo de realismo robusto, la sobriedad, la limpidez, la grandeza sin hinchazón ni énfasis, la austeridad sin beaterías ni rigideces. Hay un genio toscano que es de aquí, con caracteres propios, que se separa de todos los demás genios italianos y forasteros, y con el cual me siento en plena armonía.

Encontrarme a mí mismo significó, pues, encontrar la Toscana en su campo y en su tradición. Na ya los caminos alrededor de Florencia, metidos entre los muros tristes y las verjas de los señores, sino los senderos de los pastores Apeninos arriba, de tú por tú con el cielo, con los bosques a mis pies. No ya las alturas ciudadanas del Vial dei Colli o del Incontro, sino las jorobas de Pratomagno y las cimas del Alpe de la Luna. Me he encontrado una casita oculta y desconocida, que está al mismo tiempo en el corazón y en los confines de mi Toscana. Está junto a las fuentes del Tiber, junto a la selva donde sufrió San Francisco, al castillo donde nació Miguel-Angel, al pueblo donde nació Pier della Francesca. A pocos pasos de mi casa vino, de joven, el Carducci republicano. Y si subo más arriba, entreveo el mar de la Romagna y las alturas de la Umbria.

Sobre este collado pedregoso, donde el viento no encuentra descanso, mi espíritu ha recobrado la calma y se ha recobrado a sí mismo. En este cercado de montes oscuros y agudos, en este prado pobre de flores, de hierbas y sembrado de piedras; a la sombra de estos cerros duros y olvidados, al rumor de este río estrecho y claro, que llegará a Roma sucio y grande; ba-

jo este cielo verdaderamente celeste, transparente y delicado, incluso cuando está esparcido de nubes, he vuelto a sentir el verdadero olor de la tierra, el gusto del aire, el sabor del pan, el justo calor del fuego de leños y sarmientos. La vida me ha reconquistado poco a poco con la belleza de la simplicidad. Me he enlazado de nuevo con mis progenitores campesinos, con los buenos aldeanos plebeyos que guardaron las vacas y segaron el trigo por estos sitios. Me he puesto nuevamente en regla con la antigua familia. A este hijo pródigo que ha comido en todos los banquetes intelectuales de Europa y ha guardado y arreado los cerdos ajenos, le ha preparado su antigua casa un rincón junto al hogar todo negro de humo, y a la mesa de pino, que conoce las amarillas polentas, los jamones salados y los panecillos tostados al horno.

En los primeros tiempos era tal el gusto del nuevo hallazgo, que tenía necesidad de llevar a casa algún pedazo de este país fraterno y paterno, que reconocía y amaba todos los días: un pedrusco puntiagudo como una montaña, una hoja arrancada de una encina, una bellota lisa y bien modelada, un mazo de flores de campo, una de ciprés, una espiga de maíz. Todas estas cosas pobres, simples, toscas, inútiles, sin valor, me proporcionaban un placer extraordinario, sentíalas amigas, hermanas, parte de mí mismo, símbolo de mi tierra y de su tradición.

Entre tanto, al mismo tiempo, volvía a acercarme a la literatura de mis mayores y paisanos. Después de los primeros años de lectura universal y familiar, casi no había vuelto a ellos. Me había embebido de culturas exóticas; casi no había leído libros italianos, y entre los libros había preferido los teóricos a los líricos, los doctrinales a los imaginativos. Pero allí, después del retorno a la patria presente, sentí la necesidad invencible de volver a la patria pasada. Y me re-

léi poco a poco, a la sombra de los olmos y de los abetos, entre el olor de la menta y el viento de la Vernia, los libros que eran míos por derecho de nacimiento y de renacimiento: Dante y Compagni, Boccacio y Sacchetti, Maquiavelo y Redi, Gino Capponi y Giosué Carducci. Aquellos libros que había leído por deber y curiosidad, aquellos libros que me habían aburrido en el colegio y dejado frío fuera de él, que había considerado hasta entonces como retórica literaria o documentos de historia, se me abrían ahora como amigos y hermanos, tomaban un nuevo color, daban otro gusto, se reanimaban con todo su primitivo vigor. Aquellas cosas viejas me rejuvenecían el espíritu. Estos hombres antiguos, sólidos y sin prejuicios, me parecían en algunos aspectos más modernos que yo. Y me sentía de su misma casa, salido de su misma familia, hablaba su misma lengua y podía comprender así mis recuerdos hasta lo que puede parecer más extraño y vulgar a los ojos de los forasteros.

Fué como el viaje de un desterrado al lugar de su balía. Todo se me apareció de nuevo como por primera vez y me atascó el alma de cosas que parecían nuevas; mas, para las cuales, había el lugar ya hecho y el marco apropiado. Las luchas del infierno, los ríos de luz del cielo, Florencia erizada de torres y de almenas, los jóvenes libidinosos, desvergonzados conquistadores; los vejetes bufones y canallas, los príncipes astutos y varoniles, la natural maldad de los hombres, los movimientos de las estrellas en el infinito y del mosto en las tinajas, la historia de las derrotas y de las esperanzas, el Valdarno y la Maremma, el Casentino y el Mugello, toda la hermosa tierra de Toscana, con los hombres y los jardines, con los cielos y las fuentes, de los tumultos del municipio a los motines del 59, me penetró de nuevo en el corazón y se me pegó a la carne como la madre al hijo esperado que vuelve.

No me conquistaba únicamente la substancia pulposa de aquellos libros, sino, sobre todo, el arte magnífico con que estaban hechos, la maravillosa lengua en que están escritos. Nada de adornos, nada de énfasis, ningún trino inútil, nunca mal gusto alguno ni flaqueza; cosa fuerte, obtenida con poco, toda dibujo y relieve, de bronce y de piedra, y no de miel y chantilly. Grabados profundos, toscos tal vez; pero decisivos, claros y sin una línea de más. La lengua rica, siempre-nueva, viva de agudezas y repliegues expresivos; familiar y plebeya, sin perder por eso solemnidad y majestad. También aquí, como en las montañas del país, aparente pobreza, simplicidad robusta, alegría severa, grandeza y libertad.

La Toscana así rehecha es *mi* Toscana; pero es también la más verdadera y famosa Toscana, no la de los florentinos bastardeados, de los jardines podados o de los escritores comedidos, endulzados y castrados, que del dieciocho acá han desaromizado y traicionado a su patria. Yo, por el contrario, quiero permanecer fiel a esta más grande Toscana, que para rehacerme a mí mismo he tenido que rehacerme desde el momento y el punto en que nací.

Primero estaba en mí el mundo enterò. Después me he encontrado solo y casi sin vida. Para recobrar fuerzas he tenido que restituirme al pedazo de mundo que me era más contiguo y afín. Ora que he mamado de nuevo a los pechos de la primera madre y vuelto a sentir su habla; ora que siento mi cuerpo con nueva sangre y la lengua más suelta, puedo volver a emprender la jornada hacia mi verdadero destino.

miento de manos cálidas, de cordialidad. Pero yo no busco bastones para sostenerme, sino para dar palos, y cuando me siento demasiado débil me encierro conmigo mismo y, antes de verter lágrimas de amor ante quien desprecio y me desprecia, me divierto en ultrajar en mi persona a la raza entera de los hombres. ¡Al diablo también el amor debilitante!

¿Quién soy, pues? ¿Cuál es este capital completamente mío, de nadie heredado, a nadie robado, ganado céntimo a céntimo en las fábricas de la experiencia, con los trabajos de mi alma, y que ahora constituye mi único tesoro, toda mi poca potencia, el verdadero yo, en suma?

Muchos han intentado definirme, describirme, limitarme — amigos y enemigos. — He escuchado, he callado, he sonreído. Llegado a la mitad de la vida posible, después de varias pruebas y un larga cuarentena de soledades, creo conocerme mejor que los demás.

Yo no soy un hombre de acción, y no soy un filósofo. Me gusta la historia, pero no seré nunca ministro; me atraen las teorías, pero no haré nunca un sistema. No soy ni un comerciante ni un santo. Deseo el dinero por la libertad, pero no tengo el valor de dejar el resto por hacerlo a cualquier costa; envidio a los grandes renunciadores, pero no creo en los dioses y en los paraísos. Hay en mí dos actitudes únicamente que puedan interesar a los demás, en medio de todo el amontonamiento de salud y de enfermedad, de filisteísmo y de maldad, que me interesa a mí tan sólo.

Yo soy, para decirlo todo en dos palabras, un poeta y un destructor, un fantástico y un escéptico, un lírico y un cínico. Sería harto largo el describir cómo pueden estar juntas y encontrarse a gusto estas dos almas. Pero éste es verdaderamente el fondo de mi alma.

Yo soy, a veces, un pobre sentimental que se con-

XLVII

¿QUIEN SOY?

¿Pero cuál es mi destino? ¿Qué soy?

Ahora que he rehecho y recobrado mis fuerzas y mi desesperada exaltación, no puedo inspirarme en razones extrañas ni encomendarme a fantasmas exteriores a mí. Todos los dioses sacros y profanos, asiáticos y europeos, han corrido a esconderse. No hay ningún dios ante mí. He vuelto a poner mi causa en la nada como el Único feroz. El universo está dividido en dos partes: yo y el resto.

Ahora, este mi germen interior debe dar vida a todo, debe animar y transmutar lo que me circunda, debe ayudarme a tolerarlo. En esta última y decisiva guerra no puedo tener aliados. Si la muerte sobreviene y no se detiene ante mí, quiere decirse que soy un trapo, que se bamboleará y se deshará en el macero ilimitado de la inutilidad.

A nosotros dos, pues, universo enemigo. Me he alzado en pie con trabajo, todo dolorido de las caídas, pero siempre derecho de cintura para arriba, dispuesto para el desafío, dispuesto a escupir sobre este círculo, donde los blandos Abeles sumen sin misericordia a los Caínes que no obedecen a las invisibles codicias de la especie. Dura cosa es la vida egoísta, sin apoyos de amistosos muros, sin calma de enseñadas, sin ofreci-

mueve en la noche solitaria, apenas desciende por las persianas cerradas un simple ritmo de baile vienés, desgarrado por un piano; un niño que rebosa ternura al contemplar un pobre cielo compacto, color de niebla, sin el consuelo de una nube negra o blanca; un desgraciado, que puede sentirse lleno de amor por un viejo desconocido, por un amigo muerto, por una flor marchita, por una casa cerrada.

En otros momentos, por el contrario, me convierto en el lobo hobbesiano de colmillos que han menester morder y destrozar. Nada hay para mí sagrado: ni la grandeza de los muertos, ni las glorias cimentadas por los siglos, ni las verdades aseguradas por milenarias experiencias, ni la santidad de las leyes, ni la terribilidad de los códigos, ni los axiomas de la moral, ni los lazos de los más profundos afectos. Quiero volver toda cosa de arriba abajo, revolucionar las creencias, mostrar el reverso feo de toda fachada imponente, las manchas de toda estrella, las razones mezquinas de toda grandeza, los motivos cobardes de toda institución venerada, la ceguera de los sabios, la infamia de los moralistas, la razón de los males, la dulzura del mal, la grandeza de la nada. Me gusta roer, ofender, levantar los velos, desnudar los cadáveres, quitar las caretas. Llego a no tener miedo ni pudor; no respeto a nadie; me siento bien en el tumulto; me complazco en turbar, en asustar, en ser y parecer malo.

Pero después de esta furia devoradora, vuelve a salir el fantástico que imagina historias imposibles, que deforma la realidad, que proyecta en el cómodo espejo de la imaginación sus instintos más malvados, sus deseos más atrevidos; que crea más en grande a los hombres que odia y a los hombres que ama, tomando de la vida misma el apunte real para prolongarlo y agigantarlo en el sueño.

Me asedian entonces las historias absurdas, los pro-

yectos extraños, las aventuras increíbles, los locos y los delincuentes que nunca vivieron y que quieren vivir en mí, los amores ficticios e irracionales, las muertes singulares, increíbles. Estoy obligado a crear un mundo nuevo, que me turba e inquieta a mí mismo en las largas temporadas en que soy, como los demás, burgués y realista; un mundo que tiene en sí fragmentos y luces de profunda verdad, pero que no es el mundo vivo y verdadero que todos creemos conocer. En ese mundo me muevo con entera libertad; doy a mis criaturas el rostro que quiero, las hago hablar a mi manera, las hago vivir para fines que nadie se propone, las hago morir de repente de muerte voluntaria por causas que pareceríanles ridículas a los hombres de carne y hueso.

Yo he permanecido, en suma, siendo *el hombre que acepta el mundo*, y en esta mi actitud obstinada consiste la unidad y la concordia de mis opuestas almas. Yo no quiero aceptar el mundo como es, y por eso intento rehacerlo con la fantasía y cambiarlo con la destrucción. Lo reconstruyo con el arte e intento revolucionarlo con la teoría. Son dos esfuerzos diversos, pero concordes y convergentes.

Así como soy y como permanezco, siento que soy también yo una fuerza creadora y disolvente; siento ser un valor, tener un derecho, una parte, una misión para los hombres. Únicamente los imbéciles, condenados de por vida a la imbecilidad, pueden declararse satisfechos del mundo. Quien intenta moverlo, animarlo, incendiarlo, renovarlo y acrecentarlo, tiene derecho, no al reconocimiento, en que me cisco ahora y siempre, sino a la libertad de hablar y de existir. Todo hombre tiene necesidad, para vivir, de no creerse totalmente inútil. Yo no pido y no quiero otro apoyo; pero de esta miserable certidumbre tengo necesidad también yo, al par de los débiles. Yo vivo y obro, sa-

biendo que toda mi vida y mi acción se hundirá en la nada; pero quiero que los demás sientan que tengo el derecho de estar entre ellos y ofenderlos, porque hago algo que a ellos puede beneficiarlos.

En un mundo donde todos piensan únicamente en comer y en hacer dinero, en divertirse y en mandar es necesario que haya de cuando en cuando uno que refresque la visión de las cosas, que haga sentir lo extraordinario de las cosas ordinarias, el misterio en la vulgaridad, la belleza en la basura. En medio de una casta amplísima y potentísima de esclavos de la opinión y de la tradición, de pedantes parásitos y sofistas, de predicadores de viejas leyendas, de carceleros de prisiones moralistas y místicas, de papagayos pertinaces de todas las antiguas normas sociales y de todos los lugares comunes, es necesario un despertador nocturno, un guarda de la pura inteligencia, un zapador de buenos músculos, un incendiario de buena voluntad, que quemé y desmantele para hacer sitio a la luz de las plazas, a los árboles de la reconquistada libertad a las construcciones futuras.

Yo soy uno de esos hombres que aceptan el deber más ingrato y la parte más peligrosa. Y por el bien y por el mal que quiero y hago, tengo derecho a respirar, a calentarme, a andar, a levantar la cabeza, a escupir en la cara, a existir, según mi ley.

XLVIII

DECLARACION DE ESTILO

Yo no escribo para hacer dinero, no escribo para hacerme bello, no escribo para alcahuetear con las pobres muchachas y con los hombres gordos, no escribo ni siquiera para poner sobre mi negro sombrero de paño la carnavalesca rama de laurel de la fama ciudadana. Escribo únicamente por desahogarme — por desahogarme en el sentido más estercolario que podáis pensar, ¡oh, delicadas imaginaciones de barítonos sueltos! — No digo, fijaos, por "liberarme" como nuestro melencólico héroe epónimo, como el sublime filisteo Goethe Wolfgang, consejero íntimo del duque de Weimar y el alma de los Prometeos rehabilitados.

El se liberaba con las trágicas frivolidades de un Werther, por las tenues desesperaciones de una lejanía deseada, y el producto de esta liberación iba a parar a las mesillas de las bellas sentimentales marchitas y a la cabecera de los futuros suicidas, como nana fúnebre, pero recamada con todos los contrapuntos de la bien nacida literatura.

Yo, por el contrario, me desahogo, y entiendo el desahogo con los más plebeyos y estomacosos sinónimos: entiendo por tal el esputo que sube del fondo de mi garganta inflamada y que vuela como por encanto en infinita salpicadura sobre todos los rostros que yo

sería capaz de abofetear; entiendo en vomitar la bilis que me ha destilado de la sangre el espectáculo de nuestra vida; entiendo el fluir del pus de las llagas o los bubones de mi inmoral personalidad, expuesta al contagio de los más populosos lazaretos; entiendo el eructo improvisado y tonante, que nace de lo profundo, como el desprecio. ¡No, señores! Nada delicado ni fácil saldrá de mi pluma al correr sobre el papel.

Quisiera que, en vez de la lívida tinta que sale de sus cuadradas puntas de acero, fluyese sangre oscura y humeante, como la que gotea del pecho del héroe de una reyerta nocturna; quisiera que el hierro horadase y devorase el papel por donde pasa, como si fuese ardiente, y que de los surcos achicharrados subiese a la abierta nariz del lector acre humo benéfico.

Yo no soy de esos, respetable público, que escriben con el aire compungido y afanoso de servidores que alargan el abrigo y la piel. Los hay que se ponen ante el imaginario lector como un falso napolitano se apoya en la pared con la guitarra colgada del pecho y la boca patéticamente abierta, bajo las ventanas de los hospedajes de los invernantes generosos; otros, por el contrario, se tienden a sus pies, semejantes a cabelludas Magdalenas que sacan de la ampolla bálsamos y ungüentos para todas las escorias y callos del alma; otros me parecen monaguillos con sobrepelliz, que los domingos balancean los incensarios de latón entre los *berci* de la misa cantada.

Yo soy de otra casta. No he nacido al aliento pacífico de un buey y de un borrico, y los tímidos pastores no vinieron a rendirme homenaje el primer día de mi vida. He nacido revolucionario, y no estoy ni siquiera seguro de no haber entonado, al salir de la sangrienta puerta materna, en vez de los vulgares chillidos de sorpresa, un motivo de alguna modesta *Marselesa*. Cualquiera que sea el gobierno del mundo, esta-

ré siempre en la oposición. La expresión natural de mi espíritu es la protesta; la actitud espontánea de mi cuerpo es la del asalto a la bayoneta; mi figura preferida es la invectiva y el insulto. Todo canto de amor se trueca en mis labios en *ritornelo* de rebelión; trunco de pronto las más cordiales efusiones con una carcajada, un guiño, una salida airosa. ¡Oh, si cada una de mis palabras fuese una bala de carabina sibilante en la libertad del aire; cada una de mis frases, un chorro de fuego; cada capítulo, una barricada bien defendida; cada libro, un bloque de pesado cascote, capaz de abrir las peludas calaveras de un pueblo!

Hay palabras blancas, frágiles y olorosas como jazmines; las hay de esas dulzonas y pegajosas, como el azúcar roja de los caramelos de los niños pobres; hay otras blandas, tibias y viciosas, como las carnes de las amantes de cuarenta años; las hay luego de tal manera paradisíacas, áleas y extrañas, que únicamente las plumas de ganso de los viejos santos en ayuno las pudieron prender en el papel como trémulas mariposas hechas de polvorientos reflejos; las hay, en fin, de esas de tal manera públicas e insípidas que la prosa compuesta con ellas se deshace entre los dedos como miga de pan duro.

Pero las palabras que escojo y prefiero no son esas; las mías tienen que ser duras como la piedra fuerte; escabrosas, áridas, desagradables, como los pedruscos que se despeñan de las cimas y saltan de las excavaciones de las minas; han de estar pagana, espontánea y obscenamente desnudas, como salieron de las bocas vinosas de la plebe creadora. Y con estas palabras toscas y nativas quiero hacerme una prosa cuadrada, compacta, unida, santa y robusta, que avergüence a los perfumistas y a los libertos de las más literarias literaturas. Y cuando me haya vaciado de la saliva, de la hiel, del pus y de la mala sangre entonces también se-

ré suave como los lirios del valle, y por la mañana escucharé con arrobamiento el pío pío de los pajarillos saltarines sobre las tejas, y me conmoveré con el bamboleo de las campanas en los campanarios bajos y desencalados de las iglesias olvidadas, e iré por los paseos de los jardines de las afueras con la cabeza baja para no pisar una gruesa hormiga. Entonces oiréis subir de mi pecho liberado un canto tan suspiroso de voluptuosidad, talmente henchido de ternura, tan blando de lloroso amor, que ninguno de vosotros podrá oírlo sin recordar el instante más luminoso y apasionado de su juventud, sin retorcerse en espasmos, por la harto agotadora dulzura.

XLIX

NO HE FRACASADO

¿Conque se anda diciendo por Italia que soy hombre exhausto, acabado, *fracasado*? ¿Es verdad que se dice que fuí un fuego de paja y que el viento de primavera se ha llevado hasta el último velo de ceniza?

¡Poco a poco, muchachos! Esperad un poco, por favor. ¡Nada de *fracasado*! Pero si no he empezado aún! Tenéis que ver que todo lo que hice — ¡cuánto! — era un prefacio, un proemio, un índice anticipado, un anuncio, una proclama, si queréis, un rebasamiento de mosto y de espuma, como para poder madurar mejor dentro. Lo mejor viene ahora: hoy es cuando nazco.

El fuego de paja era fuego de alegría, era un fuego artificial, rueda infantil, cosa de risa, para divertirse; pero ahora siento prender un incendio que no se podrá apagar.

No sé qué queréis hacer con el hoyo que habéis cavado para mí (tal vez esconderéis tarde o temprano en él los fetos de vuestros abortos), pero os aconsejo que tiréis al cesto los epígrafes. No hay losa de mármol que me haga doblar la cabeza; vuestras condenas a muerte me infunden un brío, unas ganas de reír, de moverme, de hacer, como no sentía de tiempo atrás.

No; sabedlo para otra vez: no está bien confundir el silencio con la muerte, el recogimiento con el fin y

la preparación con el suicidio. Tengo treinta años, pero todavía el pelo rubio y rizado; aun tengo bastantes dientes; tengo manos tenaces y pierna ligera. Sigo sintiendo la sangre golpeando a martillazos en el pulso y en las sienas; tengo aún cierta ebullición de ideas en la cabeza; el pensamiento no me ha abandonado; antes bien, se ha hecho más claro y resuelto. Tengo todavía algo que decir y tiempo por delante, y en mi casa hay siempre papel blanco en abundancia, papel liso, blanco, cortado, donde la pluma corre con facilidad y rapidez, y tengo todavía plumillas de acero y botellas de tinta llenas, sin abrir aún. No me falta nada; mi hora no ha llegado; no era aquella, pero acaso esté por sonar. No me rindo ni me retiro. Aquí estoy siempre, yo en persona, dispuesto a responder a todos de todo.

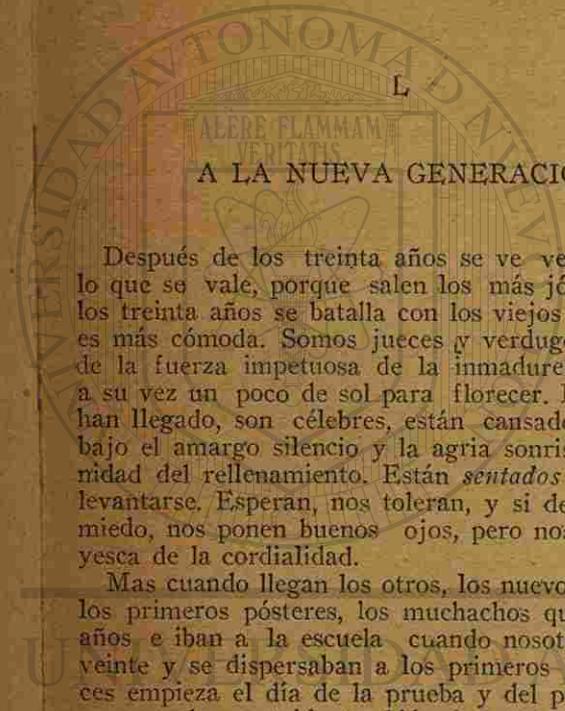
¡Tengo tantas cosas que decir! No tenéis idea de la cantidad de impresiones y descubrimientos que tengo que comunicar a los demás antes de mi muerte. No puedo condenar y suprimir toda esta parte de mí, que es la mejor, que es la única que justifica todas las demás. Tengo compromisos conmigo mismo, con los hombres, con el espíritu. Sé que represento en mi país, en el mundo, una corriente de ideas, no bien vistas aún, que no está difundida y comprendida; sé que personifico la hostilidad y la enemistad contra modos de pensar y de escribir que son vergonzosos, perniciosos, imbéciles. ¿Y había de estar quieto y callado y retirarme a la celda del contemplador taciturno o a la habitación caldeada del hombre acomodado, que deja correr el mundo con tal que a él no le falte la cena?

¡Antes morir que un fin semejante! Yo tengo que decir lo que tengo en el cuerpo; mi deber es hacer de modo que los demás no vuelvan a decir ciertas cosas, que no las piensen y no las escriban de ese modo. No me importa que todo ello sea inútil; no me importa sinceramente, no me importa nada. Me siento bastan-

te fuerte para ejercitar mi fuerza en hacer de Tántalo, y lo bastante rico para tirar lo mejor por la ventana. No sólo no estoy acabado, sino que soy inagotable; mi llama es como la que devora a los soberbios en el infierno católico: inextinguible. Y me parece que mi juventud tiene que ser eterna, como la de los dioses de la Grecia.

Me parece, digo, pero no lo creo. Llegará también para mí el día en que las escamas de oro de las cosas caerán como las fajas de lino pintadas que envuelven a las momias pulverizadas; llegará el día en que el sol me parecerá únicamente una luz más en el cielo sofocante, y el retorno de la primavera será simplemente una página nueva del almanaque, y las flores destilarán en vano de la sucia tierra los más dulces colores para alcanzar el cielo, y los ruiseñores de las noches cálidas no serán más que uno de tantos rumores de la noche; y cuando el sol descienda hacia el río, no subiré por las escaleras de las colinas a saludarlo con los ojos y con el silencio. Mujeres rubias, tiernas, solícitas, bien perfumadas, pasarán a mi lado y no sacudirá mis carnes el deseo; no están hechas para mí; ya no pienso en que me amen. Toda mi vida se disolverá como una languidez de indiferencia, en una niebla de memorias grises y casi iguales, sin el relámpago de un deseo ni el rayo de una acción. Así será de mí — como de todos.

Pero antes de llegar a este fin quiero llenar de aliento todas las trompas del universo y ejecutar todos los mandatos, cumplir todas mis venganzas y dejar escritas y grabadas mis palabras y mis voluntades. Apenas si he principiado. El niño nace a los nueve meses, pero el hombre comienza a los treinta años. La flor ha florecido, pero el fruto ha de madurar antes de pudrirse.



A LA NUEVA GENERACION

Después de los treinta años se ve verdaderamente lo que se vale, porque salen los más jóvenes. Hasta los treinta años se batalla con los viejos y la empresa es más cómoda. Somos jueces y verdugos en nombre de la fuerza impetuosa de la inmadurez, que quiere a su vez un poco de sol para florecer. Los enemigos han llegado, son célebres, están cansados y esconden bajo el amargo silencio y la agria sonrisa la vil seriedad del rellenamiento. Están *sentados* y no quieren levantarse. Esperan, nos toleran, y si de veras tienen miedo, nos ponen buenos ojos, pero nos preparan la yesca de la cordialidad.

Mas cuando llegan los otros, los nuevos, los frescos, los primeros pósteres, los muchachos que tenían diez años e iban a la escuela cuando nosotros teníamos veinte y se dispersaban a los primeros golpes, entonces empieza el día de la prueba y del peso. Estos jóvenes se han nutrido también de nosotros, se nos han echado encima, nos han seguido durante un buen trecho de camino; pero ahora es el momento de la muda y de la mayor edad. Sienten la necesidad de rebelarse contra los más próximos y están preparándose a asaltarnos, como nosotros asaltamos a nuestros mayores. Aunque no nos asalten en público, nos juzgan en pri-

vado — somos ya para ellos materia de historia y de evaluación. — Se sienten superiores a nosotros, están seguros de habernos superado y de podernos sobrepujar con el primer salto que den. No hay ya con ellos la amorosa confianza que nos ligó a los coetáneos y nos animó en la competencia misma, haciéndonos comprender en ocasiones las flaquezas y faltas de nuestra obra. Estos recién llegados no quieren saber nada: son de otro tiempo, han atravesado otros climas, otras averciones. Se adelantan fríamente en nombre de los dogmas del día, consignados en fórmulas de fácil circulación; son crueles como niños e indelicados como saqueadores. Son de otra raza, hablan otra lengua. Podemos estar juntos, trabajar al lado, hablarnos y sonreírnos, pero no nos entendemos. Siento que no hay buena sangre entre nosotros y ellos. Siento que pende sobre nuestras cabezas su sentencia despreciativa, su desdeñosa condena.

Pero ved: yo no quiero hacer el muerto y el hombre superior, como hicieron con nosotros tantos de nuestros viejos. No quiero fingir que los ignora, no quiero esconder la cabeza bajo las pilas de los libros o envolverme en la toga cesárea del asesinado contento. De ninguna manera. Yo soy yo y ellos son ellos. Haremos cuentas. No tengo miedo a los nuevos, como no tuve miedo de los antiguos. Estoy dispuesto a sacar a la plaza todas mis cartas y a defenderme con los dientes y con las uñas, con las palabras y con las ideas, como un salvaje y como un civilizado. No me echo atrás. No me doy por vencido. Ya lo he dicho: no soy fracasado. El título de este libro está equivocado: poco importa. Aquí hay un hombre que está dispuesto a vender caro su pellejo y que quiere acabar lo más tarde que sea posible.

Yo no desprecio a los jóvenes y no los odio. He hecho por algunos de ellos cuanto he podido. No los

rechazado. Los he tratado mal cuando he creído que eran dignos de escuchar la verdad de un hombre. Los he esperado, los he deseado; los he esperado en el umbral de los veinte y de los veinticinco años para ver qué es lo que podían hacer, qué tenían en el cuerpo. Hubiéralos querido más violentos, más personales, menos serios y menos fonógrafos. Pero no importa; tal como son los respeto y los estimo. Si hacen cosas mediocres o escriben estupideces no las condeno; es menester hacer muchas cosas malas para llegar a hacer alguna pasable. No se llega a los veinte años con la obra maestra en el cajón de la mesa. Espero que la harán, y entonces pasarán por encima de mí sin remordimiento.

Pero no quiero tampoco humillarme ante ellos. No quiero desaparecer sin haber resistido hasta el último aliento. Si hay entre ellos alguien que crea poderme abofetear y pisotear antes de tiempo, sin derecho, se encontrará ante un armado vivo, y no ante un cadáver. Para destruir es menester hacer también, y para vencer, sangrar de las heridas.

¡Adelante, muchachos! Estos treinta años míos de vida, estos veinte años de vida cerebral, estos diez años de literatura podía tal vez haberlos empleado mejor. Pero algo he hecho, sin embargo. He tomado parte en movimientos de ideas y los he iniciado; he fundado revistas, he publicado una media docena de libros, he sembrado ideas — sean locas, estúpidas o profundas — a diestro y siniestro, tengo mi pasado — y tendré a toda costa un porvenir.

¿Y vosotros? ¿Qué habéis hecho, qué hacéis? Veamos: artículos, recensiones, críticas — críticas, artículos y recensiones. — Tenéis ingenio, a buen seguro, y cultura; pero por ahora, si no yerro, estáis agarrados a lo ajeno, vivís a la sombra de quien hizo algo, os hacéis grandes poniéndoos bajo los tacones los volúme-

nes de los demás. Hay entre vosotros quien ha hecho arte y lo hará; muy bien. El juzgar es difícil, pero el hacer es más difícil aún. Veremos.

Entre tanto, yo no quiero que se me liquide en un dos por tres. No quiero que se me pisotee sin protesta. Y para vosotros, especialmente para vosotros, sobre todo para vosotros, he escrito esta historia dramática de mi cerebro.

Héteme aquí: me he abierto y desgarrado; he puesto al desnudo vísceras y nervios, como en tantas mesas de anatomía. Si queréis, podéis trabar conocimiento con mi más verdadero yo y salvaros de los juicios precipitados. Aquí no está mi biografía, pero sí el curso exacto de mis acontecimientos interiores. Todo el resto de mi obra encuentra aquí su explicación y su clave. No es ésta una obra de arte; es una confesión a mí mismo y a los demás. Aquí aprenderéis a conocer al misántropo sentimental e injuriador, que se ha hecho, a Dios gracias, antipático a toda gente. Pongo en vuestras manos mi espíritu, os presento documentos y defensas. Sobre esto y con esto quiero ser juzgado. Yo seguiré haciendo, trabajando, con vosotros, a vuestro lado; pero se ha cerrado un periodo de mi vida y quiero que se tenga en cuenta este desordenado desahogo en cincuenta capítulos.

Me presento a vuestros fríos ojos con todos mis dolores, mis esperanzas y mis flaquezas. No pido piedad ni indulgencia, alabanzas ni consuelos, sino sólo tres o cuatro horas de vuestra vida. Y si después de haberme escuchado seguís creyendo, a pesar de mis propósitos, que soy de veras hombre fracasado, tendréis que confesar al menos que he fracasado porque quise comenzar demasiadas cosas, y que no soy nada porque lo quise ser todo.

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	<i>Página</i>
Medio retrato..	5
Un centenar de libros..	10
Un millón de libros..	15
Del todo a la nada..	19
El arco del triunfo..	32
Miseria..	36
Mi campo..	41
El descubrimiento del mal..	45
Los otros..	50
El..	57
El descubrimiento de la unidad	64
El mundo soy yo..	68
Nada es verdad. Todo está permitido..	73
Hervor..	77
El discurso nocturno..	82
El palacio Davanzati..	90
La salida..	95
La fuga de la realidad..	101
Los hermanos muertos..	109
Los pequeños vivos..	115
Yo y el amor..	120
La misión..	128
El perfecto..	137
El ingenio..	143

Página

“Dies Irae”	147
Hacer	156
Hacia el nuevo mundo	162
La conquista de la divinidad	166
El descenso	174
Me acuso únicamente a mí mismo	178
Días vergonzosos	182
Que queréis de mí	185
La gloria	187
Y sí	190
Soy un imbécil	193
Y un ignorante	196
No conozco a los hombres	199
La inspiración	203
Mis deudas	205
El bufón	209
Un poco de certidumbre	213
Quiero el mal	217
El fin del cuerpo	219
La muerte	224
Precisamente por eso	226
El retorno a la tierra	233
Quién soy	240
Declaración de estilo	245
No he fracasado	249
A la nueva generación	252

Fin del índice del libro

